TRABAJOS
DE
PERSILES
Y
SIGISMUNDA.
HISTORIA
SETENTRIONAL.

POR

MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA.

TOMO I.

MADRID.
POR D. FERMIN VILLALPANDO.
AÑO 1799.


REG. COMPOST. ACAD. BIBLIOT.

PRÓLOGO.

No son pocos los sábios, que no obstante el notorio mérito de todas las obras del famoso Español Miguel de Cervantes Saavedra, y sin embargo de los repetidos elogios prodigados principalmente á la VIDA Y HECHOS DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA, que ha corrido siempre con la primera estimacion, dán la preferencia sobre todas ellas á los TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, que presento al público en esta nueva edicion.

El Maestro Joseph de Valdivieso, ingenio sólido y adornado de todas las amenidades del buen gusto, en la aprobacion que dió en Madrid á 9 de Septiembre de 1616 para la impresion de este libro, dice, *que de quantos dexó escritos ninguno es mas ingenioso, mas culto ni mas entrete-*

nido ; autoridad de tanto peso, que me escusa de la reproduccion de otras muchas.

Y finalmente, el mismo Autor, en varios lugares, haciendo mencion de esta Fábula, parece la considera como la mas estimable de sus producciones. Entre otros es notable el pasage con que concluye la epístola dedicatoria, con que remite al Conde de Lemos la segunda parte del QUIXOTE, que es como se sigue: *Ofreciendo á V. E. los* TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, *libro á quien daré fin dentro de quatro meses*, Deo volente, *el qual ha de ser ó el mas malo ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento ; y digo que me arrepiento de haber dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos ha de llegar al extremo de bondad posible.*

A DON PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO, CONDE DE LEMOS, DE ANDRADE, DE VILLALVA, MARQUÉS DE SARRIA, GENTIL-HOMBRE DE CÁMARA DE S. M. &c. &c.

Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: Puesto ya el pie en el estribo, *quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, por-*

que casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran Señor, ésta te escribo.

Ayer me dieron la Extremauncion, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies á V. E. que podria ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida: pero si está decretado que la haya de perder, cumplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte

mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía, me alegro de la llegada de V. E., regocíjome de verle señalar con el dedo, y realegrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Todavia me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las Semanas del jardin, *y del famoso* Bernardo; *si á dicha, por buena ventura mia, que ya no seria ventura sino milagro, me diese el cielo vida, las verá, y con ellas fin de la* Galatea, *de quien sé está aficionado V. E. y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios á V. E. como puede. De Madrid á 19 de Abril de* 1616.

Criado de V. E.

Miguel de Cervantes.

PROLOGO
DEL AUTOR.

Sucedió pues, Lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linages, y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que á mis espaldas venia picando con gran priesa uno que al parecer traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces, que no picasemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venia vestido de pardo, antiparas, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales: verdad es, no traía mas de dos, porque se le venia á un lado la valona por momentos, y él traía sumo tra-

bajo y cuenta de enderezarla: llegando á nosotros dixo: vuesas mercedes van á alcanzar algun oficio ó prebenda á la Corte, pues allá está su Ilustrísima de Toledo y su Magestad ni mas ni menos, segun la priesa con que caminan, que en verdad que á mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de una vez? Á lo que respondió uno de mis compañeros: el rocin del Señor Miguel de Cervantes tiene la culpa de esto, porque es algo qué pasilargo. Apenas hubo oido el estudiante el nombre de Cervantes, quando apeándose de su cavalgadura, cayéndosele aquí el coxin y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió á mí, y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dixo: sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el re-

gocijo de las Musas. Yo que en tan poco espacio ví el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesia no corresponder á ellas, y así abrazándole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la valona, le dixe: ese es un error donde han caido muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las Musas, ni ninguna de las demas baratijas que ha dicho vuesa merced: vuelva á cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversacion lo poco que nos falta del camino: hízolo así el comedido estudiante, tuvimos algun tanto mas las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el qual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desaució al momento diciendo: esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará

toda el agua del mar océano que dulcemente se bebiese: vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo, pero así puedo dexar de beber á todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido; mi vida se vá acabando, y al paso de las efemeridas de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este Domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado: en esto llegamos á la puente de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado,

mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar, volvióseme á ofrecer: picó á su burra, y dexóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien habia dado gran ocasion á mi pluma para escribir donayres, pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta, y lo que sé convenia. Á Dios, gracias, á Dios, donayres: á Dios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida.

TRABAJOS
DE
PERSILES
Y
SIGISMUNDA.

LIBRO PRIMERO
DE LA HISTORIA.

CAPÍTULO I.

Voces daba el bárbaro Corsicurbo á la estrecha boca de una profunda mazmorra, antes sepultura que prision de muchos cuerpos vivos que en ella estaban sepultados; y aunque su terrible y espantoso es-

truendo cerca y lejos se escuchaba, de nadie eran entendidas articuladamente las razones que pronunciaba, sino de la miserable Cloelia, á quien sus desventuras en aquella profundidad tenian encerrada. Haz, ó Cloelia, (decia el bárbaro) que así como está, ligadas las manos atras, salga acá arriba atado á esa cuerda que descuelgo, aquel mancebo, que habrá dos dias que te entregamos; y mira bien si entre las mugeres de la pasada presa hay alguna que merezca nuestra compañía, y gozar de la luz del claro cielo que nos cubre, y del ayre saludable que nos rodea. Descolgó en esto una gruesa cuerda de cáñamo, y de allí á poco espacio él y otros quatro bárbaros tiraron hácia arriba, en la qual cuerda ligado por debaxo de los brazos sacaron asido fuertemente á un mancebo, al parecer, de hasta diez y nueve ó veinte años, vestido de lienzo basto como marinero, pero hermoso sobre todo encarecimiento.

Lo primero que hicieron los bárbaros fue requerir las esposas y cordeles con que á las espaldas traia ligadas las manos: luego le sacudieron los cabellos, que como infinitos anillos de puro oro la cabeza le cubrian: limpiaronle el rostro, que cubierto de polvo tenia, y descubrió una tan maravillosa hermosura, que suspendió y enterneció los pechos de aquellos que para ser sus verdugos le llevaban. No mostraba el gallardo mozo en su semblante género de afliccion alguna, antes con ojos al parecer alegres, alzó el rostro, y miró al cielo por todas partes, y con voz clara, y no turbada lengua dixo: gracias os hago, ó inmensos y piadosos cielos, de que me habeis traido á morir, adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos oscuros calabozos, de donde ahora salgo, de sombras caliginosas la cubran: bien querria yo no morir desesperado, á lo menos porque soy christiano; pero mis desdichas son tales, que me

llaman, y casi fuerzan á desearlo. Ninguna de estas razones fue entendida de los bárbaros, por ser dichas en diferente lenguage que el suyo, y así cerrando primero la boca de la mazmorra con una gran piedra, y cogiendo al mancebo, sin desatarle, entre los quatro, llegaron con él á la marina, donde tenian una balsa de maderos, y atados unos con otros con fuertes bexucos y flexîbles mimbres. Este artificio les servia, como luego pareció, de baxel en que pasaban á otra isla, que no dos millas ó tres de allí se parecia: saltaron luego en los maderos, y pusieron en medio de ellos sentado al prisionero, y luego uno de los bárbaros asió de un grandísimo arco, que en la balsa estaba, y poniendo en él una desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal, con mucha presteza le flechó, y encarando al mancebo, le señaló por su blanco, dándo señales y muestras de que ya le queria pasar el pecho. Los bárbaros que

quedaban, asieron de tres palos gruesos cortados á manera de remos, y el uno se puso á ser timonero, y los dos á encaminar la balsa á la otra isla. El hermoso mozo, que por instantes esperaba, y temia el golpe de la flecha amenazadora, encogia los hombros, apretaba los labios, enarcaba las cejas, y con silencio profundo dentro en su corazon pedia al cielo, no que le librase de aquel tan cercano como cruel peligro, sino que le diese ánimo para sufrirlo: viendo lo qual el bárbaro flechero, y sabiendo, que no habia de ser aquel el género de muerte con que le habian de quitar la vida, hallando la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazon, no quiso darle dilatada muerte, teniéndole siempre encarada la flecha al pecho, y así arrojó de sí el arco, y llegándose á él por señas, como mejor pudo, le dió á entender, que no queria matarle.

En esto estaban, quando los

maderos llegaron á la mitad del estrecho, que las dos islas formaban, en el qual de improviso se levantó una borrasca, que sin poder remediarlo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se desligaron y dividieron en partes, quedando en la una, que seria de hasta seis maderos compuesta, el mancebo, que de otra muerte que de ser anegado, tan poco habia que estaba temeroso. Levantaron remolinos las aguas, pelearon entre sí los contrapuestos vientos, anegáronse los bárbaros, salieron los leños del atado prisionero al mar abierto, pasábanle las olas por cima, no solamente impidiéndole ver el cielo, pero negándole el poder pedirle, tuviese compasion de su desventura; y sí tuvo, pues las continuas y furiosas ondas que á cada punto le cubrian, no le arrancaron de los leños, y se le llevaron consigo á su abismo; que como llevaba atadas las manos á las espaldas, ni podia asirse, ni usar

de otro remedio alguno. De esta manera que se ha dicho, salió á lo raso del mar, que se mostró algun tanto sosegado y tranquilo, al volver una punta de la isla, adonde los leños milagrosamente se encaminaron, y del furioso mar se defendieron. Sentóse el fatigado jóven, y tendiendo la vista á todas partes, casi junto á él descubrió un navio, que en aquel reposo del alterado mar, como en seguro puerto se reparaba: descubrieron asimismo los del navio los maderos y el bulto que sobre ellos venia, y por certificarse qué podia ser aquello, echaron el esquife al agua, y llegaron á verlo; y hallando allí al tan desfigurado como hermoso mancebo, con diligencia y lástima le pasaron á su navio, dando con el nuevo hallazgo admiracion á quantos en él estaban. Subió el mozo en brazos agenos, y no pudiendo tenerse en sus pies de puro flaco (porque habia tres dias que no habia comido), y de puro molido y

maltratado de las olas, dió consigo un gran golpe sobre la cubierta del navio, el Capitan del qual con ánimo generoso y compasion natural mandó que le socorriesen.

Acudieron luego unos á quitarle las ataduras, otros á traer conservas y odoríferos vinos, con cuyos remedios volvió en sí como de muerte á vida el desmayado mozo, el qual poniendo los ojos en el Capitan, cuya gentileza y rico trage le llevó tras sí la vista y aun la lengua, y le dixo: los piadosos cielos te paguen, piadoso señor, el bien que me has hecho: que mal se pueden llevar las tristezas del ánimo, si no se esfuerzan los descaecimientos del cuerpo: mis desdichas me tienen de manera, que no te puedo hacer ninguna recompensa de este beneficio, sino es con el agradecimiento: y si se sufre, que un pobre afligido pueda decir de sí mismo alguna alabanza, yo sé, que en ser agradecido, ninguno en el mundo me podrá llevar alguna

ventaja. Y en esto probó á levantarse, para ir á besarle los pies, mas la flaqueza no se lo permitió, porque tres veces lo probó, y otras tantas volvió á dar consigo en el suelo: viendo lo qual el Capitan, mandó que le llevasen debaxo de cubierta, y le echasen en dos traspontines, y que quitándole los mojados vestidos, le vistiesen otros enxutos y limpios, y le hiciesen descansar y dormir. Hizóse lo que el Capitan mandó, obedeció callando el mozo, y en el Capitan creció la admiracion de nuevo, viendolo levantar en pie con la gallarda disposicion que tenia, y luego le comenzó á fatigar el deseo de saber de él lo mas presto que pudiese, quién era, como se llamaba, y de qué causas habia nacido el efecto que en tanta estrecheza le habia puesto; pero excediendo su cortesía á su deseo, quiso que primero se acudiese á su debilidad, que cumplir la voluntad suya.

CAPÍTULO II.

Reposando dexaron los ministros de la nave al mancebo, y en cumplimiento de lo que su señor les habia mandado; pero como le acosaban varios y tristes pensamientos, no podia el sueño tomar posesion de sus sentidos, ni menos lo consintieron unos congoxosos suspiros, y unas angustiadas lamentaciones que á sus oidos llegaron, á su parecer, salidos de entre unas tablas de otro apartamiento que junto al suyo estaba; y poniendose con grande atencion á escucharlas, oyó que decian: ¡en triste y menguado signo mis padres me engendraron, y en no benigna estrella mi madre me arrojó á la luz del mundo, y bien digo arrogó, porque nacimiento como el mio, antes se puede decir arrojar, que nacer! Libre pensé yo que gozára de la luz del sol en esta vida; pero engañóme mi pensamiento, pues me veo á

pique de ser vendida por esclava: desventura á quien ninguna puede compararse. Ó tú, quien quiera que seas, dixo á esta sazon el mancebo, si es, como decirse suele, que las desgracias y trabajos, quando se comunican suelen aliviarse, llégate aquí, y por entre los espacios descubiertos de estas tablas cuéntame los tuyos, que si en mí no hallares alivio, hallarás quien de ellos se compadezca. Escucha pues, le respondió, que en las mas breves razones te contaré las sinrazones que la fortuna me ha hecho; pero querria saber primero á quien las cuento. ¿Dime, si eres por ventura un mancebo, que poco ha hallaron medio muerto en unos maderos que dicen sirven de barcos á unos bárbaros que están en esta isla donde habemos dado fondo, reparándonos de la borrasca que se ha levantado? El mismo soy, respondió el mancebo. ¿Pues quien eres? preguntó la persona que hablaba. Dixératelo, si no quisiera, que primero me

obligáras, con contarme tu vida, que por las palabras que poco ha te oí decir, imagino que no debe de ser tan buena como quisieras. Á lo que le respondieron: escucha, que en cifra te diré mis males.

El Capitan, y Señor de este navio se llama Arnaldo, es hijo heredero del Rey de Dinamarca, á cuyo poder vino por diferentes y estraños acontecimientos una principal doncella, á quien yo tuve por Señora, á mi parecer, de tanta hermosura, que entre las que hoy viven en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginacion el mas agudo entendimiento, puede llevar la ventaja. Su discrecion iguala á su belleza, y sus desdichas á su discrecion y á su hermosura; su nombre es Auristela, sus padres de linage de Reyes, y de riquísimo estado. Esta pues, á quien todas estas alabanzas vienen cortas, se vió vendida y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco y con tantas veras la amó, y la ama, que mil ve-

ces de esclava la quiso hacer su señora, admitiéndola por su legítima esposa, y esto con voluntad del Rey padre de Arnaldo, que juzgó que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho mas que ser Reyna merecian; pero ella se defendia, diciendo: no ser posible romper un voto que tenia hecho, de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaba quebrarle en ninguna manera, si bien la solicitasen promesas, ó la amenazasen muertes; pero no por esto ha dexado Arnaldo de entretener sus esperanzas con dudosas imaginaciones, arrimándolas á la variacion de los tiempos, y á la mudable condicion de las mugeres: hasta que sucedió, que andando mi señora Auristela por la ribera del mar, solazándose, no como esclava, sino como Reyna, llegaron unos baxeles de corsarios, y la robaron, y llevaron no se sabe adonde. El Príncipe Arnaldo, imaginando que estos corsarios eran los mismos que la prime-

ra vez se la vendieron, los quales corsarios andan por todos estos mares, ínsulas y riberas, robando ó comprando las mas hermosas doncellas que hallan, para traerlas por grangeria á vender á esta ínsula, donde dicen que estamos, la qual es habitada de unos bárbaros, gente indómita y cruel, los quales tienen entre sí por cosa inviolable y cierta, persuadidos, ó ya del demonio, ó ya de un antiguo hechicero, á quien ellos tienen por sapientísimo varon, que de entre ellos ha de salir un Rey, que conquiste y gane gran parte del mundo: este Rey que esperan, no saben quien ha de ser, y para saberlo, aquel hechicero les dió esta órden: que sacrificasen todos los hombres que á su ínsula llegasen, de cuyos corazones, digo de cada uno de por sí, hiciesen polvos, y los diesen á beber á los bárbaros mas principales de la ínsula, con expresa órden, que el que los pasase sin torcer el rostro, ni dar muestras de

que le sabian mal, le alzasen por su Rey; pero no ha de ser éste el que conquiste el mundo, sino un hijo suyo. Tambien les mandó, que tuviesen en la isla todas las doncellas que pudiesen, ó comprar ó robar, y que la mas hermosa de ellas se la entregasen luego al bárbaro, cuya sucesion valerosa prometia la bebida de los polvos.

Estas doncellas compradas, o robadas, son bien tratadas de ellos, que solo en esto muestran no ser bárbaros, y las que compran, son á subidísimos precios, que los pagan en pedazos de oro sin cuño, y en preciosísimas perlas, de que los mares de las riberas de estas islas abundan: y á esta causa llevados de este interés y ganancia, muchos se han hecho corsarios y mercaderes. Arnaldo pues, que, como te he dicho, ha imaginado que en esta isla podria ser, que estuviese Auristela, mitad de su alma, sin la qual no puede vivir, ha ordenado, para certificarse de esta duda,

de venderme á mi á los bárbaros, porque quedando yo entre ellos sirva de espia, de saber lo que desea, y no espera otra cosa sino que el mar se amanse, para hacer escala, y concluir su venta: mira pues, si con razon me quejo, pues la ventura que me aguarda, es venir á vivir entre barbaros, que de mi hermosura no me puedo prometer, venir á ser Reyna, especialmente si la corta suerte hubiese traido á esta tierra á mi Señora la sin par Auristela. De esta causa nacieron los suspiros que me has oido, y de estos temores las quejas que me atormentan.

Calló en diciendo esto, y al mancebo se le atraveso un ñudo en la garganta, pego la boca con las tablas, que humedeció con copiosas lágrimas, y al cabo de un pequeño espacio le preguntó, si por ventura tenia algunos barruntos, de que Arnaldo hubiese gozado de Auristela, ó ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada, des-

deñase á Arnaldo, y no admitiese tan gran dádiba como la de un Reyno: porque á él le parecia, que tal vez las leyes del gusto humano tienen mas fuerza que las de la religion. Respondióle: que aunque ella imaginaba, que el tiempo habia podido dar á Auristela ocasion, de querer bien á un tal Periandro, que la habia sacado de su pátria, Caballero generoso, dotado de todas las partes que le podian hacer amable de todos aquellos que le conociesen, nunca se le habia oido nombrar en las contínuas quejas que de sus desgracias daba al cielo, ni en otro modo alguno. Preguntóle, si conocia ella á aquel Periandro que dicia: díxole, que no, sino que por relacion sabia ser el que llevó á su señora, á cuyo servicio ella habia venido, despues que Periandro por un estraño acontecimiento la habia dexado.

En esto estaban, quando de arriba llamaron á Taurisa, que este era el nombre de la que sus des-

gracias habia contado, la qual oyéndose llamar, dixo: Sin duda alguna el mar está manso, y la borrasca quieta, pues me llaman, para hacer de mí la desdichada entrega: á Dios te queda, quien quiera que seas, y los cielos te libren de ser entregado, para que los polvos de tu abrasado corazon testifiquen esta vanidad, é impertinente profecia, que tambien estos insolentes moradores de esta ínsula buscan corazones que abrasar, como doncellas que guardar, para lo que procuran. Apartáronse, subió Taurisa á la cubierta, quedó el mancebo pensativo, y pidió que le diesen de vestir, que queria levantarse: traxéronle un vestido de damasco verde, cortado al modo del que él habia traido de lienzo. Subió arriba, recibióle Arnaldo con agradable semblante, sentóle junto á sí, vistieron á Taurisa rica y gallardamente, al modo que suelen vestirse las Ninfas de las aguas, ó las Amadriades de los montes. En tan-

to que esto se hacia con admiracion del mozo, Arnaldo le contó todos sus amores y sus intentos, y aun le pidió consejo de lo que haria, y le preguntó si los medios que ponia para saber de Auristela iban bien encaminados. El mozo que del razonamiento que habia tenido con Taurisa, y de lo que Arnaldo le contaba, tenia el alma llena de mil imaginaciones y sospechas, discurriendo con velocísimo curso del entendimiento lo que podria suceder, si acaso Auristela entre aquellos bárbaros se hallase, le respondió: señor, yo no tengo edad para saberte aconsejar, pero tengo voluntad que me mueve á servirte, que la vida que me has dado con el recibimiento y mercedes que me has hecho, me obligan á emplearla en tu servicio: mi nombre es Periandro, de nobilísimos padres nacido, y al par de mi nobleza corre mi desventura y mis desgracias, las quales por ser tantas no conceden ahora lugar para contártelas. Esa

Auristela que buscas, es una hermana mia que tambien yo ando buscando, que por varios acontecimientos ha un año que nos perdimos: por el nombre y por la hermosura que me encareces, conozco sin duda que es mi perdida hermana, que daria por hallarla, no solo la vida que poseo, sino el contento que espero recibir de haberla hallado, que es lo mas que puedo encarecer; y así como tan interesado en este hallazgo, voy escogiendo otros muchos medios, que en la imaginacion fabrico: este, que aunque venga á ser con mas peligro de mi vida, será mas cierto y mas breve. Tú, señor Arnaldo, estás determinado de vender esta doncella á estos bárbaros, para que estando en su poder vea, si está en el suyo Auristela, de que te podrás informar, volviendo otra vez á vender otra doncella á los mismos bárbaros, y á Taurisa no le faltará modo, ó dará señales si está ó no Auristela con las demas,

que para el efecto que se sabe, los bárbaros guardan, y con tanta solicitud compran. Así es la verdad, dixo Arnaldo, y he cogido antes á Taurisa que á otra, de quatro que van en el navio para el mismo efecto, porque Taurisa la conoce, que ha sido su doncella. Todo eso está muy bien pensado, dixo Periandro; pero yo soy de parecer, que ninguna persona hará esa diligencia tan bien como yo; pues mi edad, mi rostro, el interés que se me sigue, juntamente con el conocimiento que tengo de Auristela, me está incitando á aconsejarme, que tome sobre mis hombros esta empresa: mira, señor, si vienes en este parecer, y no lo dilates, que en los casos arduos y dificultosos, en un mismo punto han de andar el consejo y la obra.

Quadráronla á Arnaldo las razones de Periandro, y sin reparar en algunos inconvenientes que se le ofrecian, las puso en obra, y de muchos y ricos vestidos de que ve-

nia proveido, por si hallaba á Auristela, vistió á Periandro, que quedó al parecer la mas gallarda y hermosa muger que hasta entónces los ojos humanos habian visto, pues sino era la hermosura de Auristela, ninguna otra podia igualársele. Los del navio quedaron admirados, Taurisa atónita, el Príncipe confuso, el qual á no pensar, que era hermano de Auristela, el considerar que era varon, le traspasára el alma con la dura lanza de los zelos, cuya punta se atreve á entrar por las del mas agudo diamante; quiero decir, que los zelos rompen toda seguridad y recato, aunque de él se armen los pechos enamorados. Finalmente, hecho al metamorfosis de Periandro, se hicieron un poco á la mar, para que de todo en todo de los bárbaros fuesen descubiertos. La priesa con que Arnaldo quiso saber de Auristela, no consintió, en que preguntase primero á Periandro, quien eran él y su hermana, y por qué

trances habian venido al miserable, en que le habia hallado, que todo esto segun buen discurso, habia de preceder á la confianza que de él hacia; pero como es propia condicion de los amantes, ocupar los pensamientos antes, en buscar los medios de alcanzar el fin de su deseo, que en otras curiosidades, no le dió lugar á que preguntase lo que fuera bien que supiera, y lo que supo despues, quando no le estuvo bien el saberlo. Alongados pues un tanto de la isla como se ha dicho, adornaron la nave con flamulas y gallardetes, que ellos azotando el ayre, y ellos besando las aguas, hermosisima vista hacian: el mar tranquilo, el cielo claro, el són de las chirimias y de otros instrumentos tan bélicos como alegres, suspendian los ánimos, y los barbaros que de no muy lejos lo miraban, quedaron mas suspensos, y en un momento coronaron la ribera armados de arcos y saetas, de la grandeza que otra vez se ha dicho. Po-

co menos de una milla llegaba la nave á la isla, quando disparando toda la artillería, que traia mucha y gruesa, arrojó el esquife al agua, y entrando en él Arnaldo, Taurisa y Periandro, y otros seis marineros, pusieron en una lanza un lienzo blanco, señal de que venian de paz (como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra), y lo que en ésta le sucedió, se cuenta en el capítulo que se sigue.

CAPÍTULO III.

Como se iba acercando el barco á la ribera, se iban apiñando los bárbaros, cada uno deseoso de saber primero, que fuese lo que en él venia, y en señal que lo recibirian de paz, y no de guerra, sacaron muchos lienzos, y los campearon por el ayre, tiraron infinitas flechas al viento, y con increible ligereza saltaban algunos de unas partes en otras. No pudo llegar el barco á abordar con la tierra, por ser la

mar baxa, que en aquellas partes crece y mengua como en las nuestras; pero los bárbaros hasta cantidad de veinte se entraron á pie por la mojada arena, y llegaron á él casi á tocarse con las manos. Traian sobre los hombros á una muger bárbara, pero de mucha hermosura, la qual antes que otro alguno hablase, dixo en lengua Polaca: A vosotros, quien quiera que seais, pide nuestro Príncipe, ó por mejor decir, nuestro Gobernador, que le digais, quien sois, á qué venis, y que es lo qué buscais: si por ventura traeis alguna doncella que vender, se os será muy bien pagada; pero si son otras mercancías las vuestras, no las hemos menester, porque en esta nuestra isla, merced al cielo, tenemos todo lo necesario para la vida humana, sin tener necesidad de salir á otra parte á buscarlo. Entendiola muy bien Arnaldo, y preguntóle ¿si era bárbara de nacion, ó si acaso era de las compradas en aquella isla? A lo

que le respondió: Respóndeme tú á lo que he preguntado, que estos mis amos no gustan, que en otras pláticas me dilate, sino en aquellas que hacen al caso para su negocio. Oyendo lo qual Arnaldo, respondió: Nosotros somos naturales del Reyno de Dinamarca, usamos el oficio de mercaderes y de corsarios, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran, y despachamos lo que hurtamos, y entre otras presas que á nuestras manos han venido, ha sido la de esta doncella (y señaló á Periandro), la qual, por ser una de las mas hermosas, ó por mejor decir, la mas hermosa del mundo, os la traemos á vender, que ya sabemos el efecto para que las compran en esta isla; y si es que ha de salir verdadero el vaticinio que vuestros Sabios han dicho, bien podeis esperar de esta sin igual belleza y disposicion gallarda, que os dará hijos hermosos y valientes.

Oyendo esto algunos de los bár-

baros, preguntaron á la bárbara, les dixese lo que decia: díxolo ella, y al momento se partieron quatro de ellos, y fueron (á lo que pareció) á dar aviso á su Gobernador: en este espacio que volvian, preguntó Arnaldo á la bárbara, si tenian algunas mugeres compradas en la isla, y si habia alguna entre ellas de belleza tanta, que pudiese igualar á la que ellos traian para vender: no, dixo la bárbara; porque aunque hay muchas, ninguna de ellas se me iguala, porque en efecto yo soy una de las desdichadas, para ser Reyna de estos bárbaros, que seria la mayor desventura que me pudiese venir. Volvieron los que habian ido á la tierra, y con ellos otros muchos y su Príncipe, que lo mostró ser en el rico adorno que traia. Habíase echado sobre el rostro un delgado y trasparente velo Periandro, por dar de improviso, como rayo, con la luz de sus ojos en los de aquellos bárbaros, que con grandísima atencion le es-

taban mirando. Habló el Gobernador con la bárbara, de que resultó, que ella dixo á Arnaldo, que su Príncipe decia, que mandase alzar el velo á su doncella: hízose así: levantóse en pie Periandro, descubrió el rostro, alzó los ojos al cielo, mostró dolerse de su ventura, estendió los rayos de sus dos soles á una y otra parte, que encontrándose con los del bárbaro Capitan, dieron con él en tierra: á lo menos así lo dió á entender el hincarse de rodillas, como se hincó, adorando á su modo en la hermosa imágen, que pensaba ser muger, y hablando con la bárbara, en pocas razones concertó la venta, y dió por ella todo lo que quiso pedir Arnaldo, sin replicar palabra alguna. Partieron todos los bárbaros á la isla, y en un instante volvieron con infinitos pedazos de oro, y con luengas sartas de finísimas perlas, que sin cuenta y á monton confuso se las entregaron á Arnaldo, el qual luego tomando de la

mano á Periandro, le entregó al bárbaro, y dixo á la intérprete, dixese á su dueño que dentro de pocos dias volveria á venderle otra doncella, sino tan hermosa, á lo menos tal que pudiese merecer ser comprada. Abrazó Periandro á todos los que en el barco venian, casi preñados los ojos de lágrimas que no le nacian de corazon afeminado, sino de la consideracion de los rigurosos trances que por él habian pasado; hizo señal Arnaldo á la nave, que disparase la artillería, y el bárbaro á los suyos, que tocasen sus instrumentos, y en un instante atronó el cielo la artillería, y la música de los bárbaros llenaron los ayres de confusos y diferentes sones: con este aplauso llevado en hombros de los bárbaros, puso los pies en tierra Periandro: llegó á su nave Arnaldo, y los que con él venian, quedando concertado entre Periandro y Arnaldo, que si el viento no le forzase, procuraria no desviarse de la isla, sino lo que bas-

tase, para no ser de ella descubierto, y volver á ella á vender (si fuese necesario) á Taurisa, que con la seña que Periandro le hiciese, se sabria el sí, ó el nó del hallazgo de Auristela, y en caso que no estuviese en la isla, no faltaria traza, para libertar á Periandro, aunque fuese moviendo guerra á los bárbaros con todo su poder y el de sus amigos.

CAPÍTULO IV.

Entre los que vinieron á concertar la compra de la doncella, vino con el Capitan un bárbaro, llamado Bradamiro, de los mas valientes y mas principales de toda la isla, menospreciador de toda la ley, arrogante sobre la misma arrogancia, y atrevido tanto como él mismo, porque no se halla con quien compararlo. Este pues desde el punto que vió á Periandro, creyendo ser muger, como todos lo creyeron, hizo designio en su pensamiento de esco-

gerla para sí, sin esperar á que las leyes del vaticinio se probasen, ó cumpliesen.

Así como puso los pies en la ínsula Periandro, muchos bárbaros á porfía le tomaron en hombros, y con muestras de infinita alegria le llevaron á una gran tienda, que entre otras muchas pequeñas en un apacible y deleytoso prado estaban puestas, todas cubiertas de pieles de animales, quales domésticos, quales selváticos. La bárbara que habia servido de intérprete de la compra y venta, no se le quitaba del lado, y con palabras y en lenguage que él no entendia le consolaba: ordenó luego el Gobernador, que pasasen á la ínsula de la prision, y traxesen de ella algun varon, si le hubiese, para hacer la prueba de su engañosa esperanza: fue obedecido al punto, y al mismo instante tendieron por el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias y lisas de animales, para que de manteles sirviesen, sobre

las quales arrojaron y tendieron sin concierto ni policía alguna diversos géneros de frutas secas, y sentándose él y algunos de los principales bárbaros que allí estaban, comenzó á comer, y á convidar por señas á Periandro, que lo mismo hiciese. Solo se quedó en pie Bradamiro, arrimado á su arco, clavados los ojos en la que pensaba ser muger: rogóle el Gobernador se sentase, pero no quiso obedecerle, antes dando un gran suspiro, volvió las espaldas, y se salió de la tienda. En esto llegó un bárbaro que dixo al Capitan, que al tiempo que habian llegado él y otros quatro, para pasar á la prision, llegó á la marina una balsa, la qual traia un varon y á la muger, guardiana de la mazmorra, cuyas nuevas pusieron fin á la comida, y levantándose el Capitan con todos los que allí estaban, acudió á ver la balsa: quiso acompañarle Periandro, de lo que él fué muy contento. Quando llegaron, ya estaban

en tierra el prisionero y la custodia: miró atentamente Periandro, por ver, si por ventura conocia al desdichado, á quien su corta suerte habia puesto en el mismo estremo en que él se habia visto; pero no pudo verle el rostro de lleno en lleno, á causa que tenia inclinada la cabeza, y como de industria parecia que no dexaba verse de nadie; pero no dexó de conocer á la muger, que decian ser guardiana de la prision, cuya vista y conocimiento le suspendió el alma, y le alborotó los sentidos: porque claramente, y sin poner duda en ello, conoció ser Cloelia, ama de su querida Auristela: quisiérala hablar, pero no se atrevió, por no entender si acertaria ó no en ello: y así reprimiendo su deseo como sus labios, estuvo esperando en lo que pararia semejante acontecimiento.

El Gobernador, con deseo de apresurar sus pruebas, y dar felice compañía á Periandro, mandó, que al momento se sacrificase aquel

mancebo, de cuyo corazon se hiciesen los polvos de la ridícula y engañosa prueba: asieron al momento del mancebo muchos bárbaros, sin mas ceremonias que atarle un lienzo por los ojos, le hicieron hincar de rodillas, atándole por atras las manos, el qual sin hablar palabra, como un manso cordero, esperaba el golpe que le habia de quitar la vida. Visto lo qual por la antigua Cloelia, alzó la voz, y con mas aliento que de sus muchos años se esperaba, comenzó á decir: Mira, ó gran Gobernador, lo que haces, porque ese varon que mandas sacrificar, no lo es, ni puede aprovechar, ni servir en cosa alguna á tu intencion, porque es la mas hermosa muger que puede imaginarse. Habla, hermosísima Auristela, y no permitas, llevada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida, poniendo tasa á la providencia de los cielos que te la pueden guardar y conservar, para que felizmente la goces. A estas razones los crue-

les bárbaros detuvieron el golpe, que ya la sombra del cuchillo se señalaba en la garganta del arrodillado. Mandó el Capitan desatarle, y dar libertad á las manos, y luz á los ojos, y mirándole con atencion, le pareció ver el mas hermoso rostro de muger, que hubiese visto, y juzgó aunque bárbaro, que si no era el de Periandro, ninguno otro en el mundo podria igualarsele. ¿Qué lengua podrá decir, ó qué pluma escribir lo que sintió Periandro, quando conoció ser Auristela la condenada y la libre? Quitósele la vista de los ojos, cubriósele el corazon, y con pasos torcidos y floxos fue á abrazarse con Auristela, á quien dixo, teniéndola estrechamente entre sus brazos: ¡O querida mitad de mi alma, ó firme columna de mis esperanzas, ó prenda, que no sé si diga por mi bien, ó por mi mal, hallada, aunque no será sino por bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno! Ves aquí á tu hermano Periandro:

y esta razon dixo con voz tan baxa, que de nadie pudo ser oida, y prosiguió diciendo: Vive, señora y hermana mia, que en esta isla no hay muerte para las mugeres, y no quieras tú para contigo ser mas cruel que sus moradores: confia en los cielos que pues te han librado hasta aqui de los infinitos peligros en que te debes de haber visto, te librarán de los que se pueden temer de aqui adelante. Ay, hermano, respondió Auristela, (que era la misma que por varon pensaba ser sacrificada) ay hermano, replicó otra vez, y como creo, que éste en que nos hallamos, ha de ser el último trance que de nuestras desventuras puede temerse: suerte dichosa ha sido el hallarte, pero desdichada ser en tal lugar, y en semejante trage.

Lloraban entrambos, cuyas lágrimas vió el bárbaro Bradamiro, y creyendo que Periandro las vertia del dolor de la muerte de aquel, que pensó ser su conocido, parien-

re, ó amigo, determinó de libertarle, aunque se pusiese á romper por todo inconveniente, y así llegándose á los dos, asió de la una mano á Auristela, y de la otra á Periandro, y con semblante amenazador y ademan soberbio en alta voz dixo: ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar á estos dos, aun en un solo cabello: esta doncella es mia, porque yo la quiero, y este hombre ha de ser libre, porque ella lo quiere. Apenas hubo dicho esto, quando el bárbaro Gobernador indignado, é impaciente sobre manera puso una grande y aguda flecha en el arco, y desviándole de sí quanto pudo estenderse el brazo izquierdo, puso la empulguera con el derecho junto al diestro oido, y disparó la flecha con tan buen tino y con tanta furia, que en un instante llegó á la boca de Bradamiro, y se la cerró quitándole el movimiento de la lengua, y sacándole el alma, con que dexó

admirados, atónitos y suspensos á quantos allí estaban; pero no hizo tan á su salvo el tiro tan atrevido, como certero, que no recibiese por el mismo estilo la paga de su atrevimiento: porque un hijo de Corsicurbo, el bárbaro, que se ahogó en el pasage de Periandro, pareciéndole ser mas ligeros sus pies que las flechas de su arco, en dos brincos se puso junto al Capitan, y alzando el brazo le envaynó en el pecho un puñal, que aunque de piedra, era mas fuerte y agudo que si de acero forjado fuera: cerró el Capitan en sempiterna noche los ojos, y dió con su muerte venganza á la de Bradamiro; alborotó los pechos y los corazones de los parientes de entrambos; puso las armas en las manos de todos, y en un instante, incitados de la venganza y cólera, comenzaron á enviar muertes en las flechas de unas partes á otras; acabadas las flechas, como no se acabaron las manos, ni los puñales,

arremetieron los unos á los otros, sin respetar el hijo al padre, ni el hermano al hermano, antes como si de muchos tiempos atras fueran enemigos mortales por muchas injurias recibidas, con las uñas se despedazaban, y con los puñales se herian, sin haber quien los pusiese en paz.

Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes, y entre estas muertes, estaban juntos la antigua Cloelia, la doncella interprete, Periandro, y Auristela, todos apiñados, y todos llenos de confusion y de miedo: en mitad de esta furia llevados en vuelo algunos bárbaros, de los que debian de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desviaron de la contienda, y fueron á poner fuego á una selva, que estaba allí cerca, como á hacienda del Gobernador: comenzaron á arder los árboles, y á favorecer la ira el viento, que aumentando las llamas, y el humo, todos temieron ser ciegos y

abrasados; llegabase la noche, que aunque fuera clara se escureciera, quanto mas siendo oscura, y tenebrosa; los gemidos de los que morian, las voces de los que amenazaban, los estallidos del fuego, no en los corazones de los bárbaros ponian miedo alguno, porque estaban ocupados con la ira y la venganza, ponianle sí en los de los miserables apiñados, que no sabian qué hacerse, adonde irse, ó como valerse: y en esta sazon tan confusa no se olvidó el cielo de socorrerles por tan estraña novedad, que la tuvieron por milagro.

Ya casi cerraba la noche, y como se ha dicho, oscura y tenebrosa, y solas las llamas de la abrasada selva daban luz bastante para divisar las cosas, quando un bárbaro mancebo se llegó á Periandro, y en lengua castellana, que de él fue bien entendida, le dixo: sigueme, hermosa doncella, y dí que hagan lo mismo las personas que contigo estan, que yo os pon-

dré en salvo, si los cielos me ayudan. No le respondió palabra Periandro, sino hizo que Auristela, Cloelia y la intérprete se animasen, y le siguiesen, y así pisando muertos, y hollando armas, siguieron al jóven bárbaro que les guiaba: llevaban las llamas de la ardiente selva á las espaldas, que les servian de viento, que el paso les aligerase: los muchos años de Cloelia, y los pocos de Auristela no permitian, que al paso de su guia tendiesen el suyo. Viendo lo qual el bárbaro robusto y de fuerzas, asió de Cloelia y se la echó al hombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela: la intérprete menos tierna, mas animosa, con varonil brio los seguia: de esta manera cayendo y levantando, como decir se suele, llegaron á la marina, y habiendo andado como una milla por ella, hácia la banda del Norte, se entró el bárbaro por una espaciosa cueva, en quien la saca del mar entraba, y salia: po-

cos pasos anduvieron por ella, torciéndose á una y otra parte, estrechándose en una, y alargándose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agobiados al suelo, y ya en pie y derechos, hasta que salieron, á su parecer, á un campo raso, pues les pareció, que podian libremente enderezarse, que así se lo dixo su guiador, no pudiendo verlo ellos por la oscuridad de la noche, y porque las luces de los encendidos montes, que entonces con mas rigor ardian, allí llegar no podian. Bendito sea Dios, dixo el bárbaro en la misma lengua castellana, que nos ha traido á este lugar, que aunque en él se puede temer algun peligro, no será de muerte: en esto vieron, que hácia ellos venia corriendo una gran luz, bien así como cometa, ó por mejor decir, exâlacion que por el ayre camina: esperáranla con temor, si el bárbaro no dixera: este es mi padre, que viene á recibirme. Periandro, que aunque

no muy despiertamente sabia hablar la lengua castellana, le dixo: el cielo te pague, ó angel humano, ó quien quiera que seas, el bien que nos has hecho, que aunque no sea otro que el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio. Llegó en esto la luz, que la traia uno al parecer bárbaro, cuyo aspecto la edad de poco mas de cincuenta años le señalaba: llegando, puso la luz en tierra, que era un grueso palo de tea, y á brazos abiertos se fue á su hijo, á quien preguntó en castellano: que qué le habia sucedido que con tal compañia volvia: padre, respondió el mozo, vamos á nuestro rancho que hay muchas cosas que decir, y muchas mas que pensar: la isla se abrasa, casi todos los moradores de ella quedan hechos ceniza, ó medio abrasados, estas pocas reliquias que aquí veis, por impulso del cielo las he hurtado á las llamas, y al filo de los bárbaros puñales: vamos, señor,

como tengo dicho, á nuestro rancho, para que la caridad de mi madre y de mi hermana se muestre y exercite en acariciar á estos mis cansados y temerosos huespedes. Guió el padre, siguieronle todos, animóse Cloelia, pues caminó á pie, no quiso dexar Periandro la hermosa carga que llevaba, por no ser posible que le diese pesadumbre, siendo Auristela único bien suyo en la tierra.

Poco anduvieron, quando llegaron á una altisima peña, al pie de la qual descubrieron un anchisimo espacio ó cueva, á quien servian de techo y de paredes las mismas peñas: salieron con teas encendidas en las manos dos mugeres vestidas al trage bárbaro, la una muchacha de hasta quince años, y la otra hasta treinta, ésta hermosa, pero la muchacha hermosisima; la una dixo: hay padre, y hermano mio: y la otra no dixo mas, sino: seais bien venido, regalado hijo de mi alma. La intér-

prete estaba admirada de oir hablar en aquella parte, y á mugeres que parecian bárbaras, otra lengua de aquella que en la isla se acostumbraba, y quando les iba á preguntar, qué misterio tenia saber ellas aquel lenguage, lo estorvó, mandar el padre á su esposa, y á su hija, que aderezasen con lanudas pieles el suelo de la inculta cueva: ellas le obedecieron arrimando á las paredes las teas: en un instante solícitas y diligentes sacaron de otra cueva, que mas adentro se hacía, pieles de cabras y ovejas, y de otros animales, con que quedó el suelo adornado, y se reparó el frio, que comenzaba á fatigarles.

CAPÍTULO V.

DE LA CUENTA QUE DIÓ DE SÍ EL BÁRBARO ESPAÑOL Á SUS NUEVOS HUESPEDES.

Presta y breve fue la cena, pero

por cenarla sin sobresalto la hizo sabrosa: renovaron las teas, y aunque quedó ahumado el aposento, quedó caliente: las baxillas que en la cena sirvieron, ni fueron de plata ni de pisa: las manos de la bárbara y bárbaro pequeños, fueron los platos, y unas cortezas de árboles un poco mas agradables que de corcho fueron los vasos. Quedóse Candia lejos, y sirvió en su lugar agua pura, limpia y frigidísima; quedóse dormida Cloelia, porque los luengos años mas amigos son del sueño, que de otra qualquiera conversacion, por gustosa que sea. Acomodóla la bárbara grande en el segundo apartamiento, haciéndole de pieles así colchones, como frazadas: volvió á sentarse con los demas, á quien el Español dixo en lengua castellana de esta manera: puesto que estaba en razon, que yo supiera primero, señores mios, algo de vuestra hacienda y sucesos, antes que os dixera los mios, quie-

ro por obligaros que los sepais, porque los vuestros no se me encubran, despues que los mios hubieredes oido.

Yo, segun la buena suerte quiso, nací en España, en una de las mejores provincias de ella: echaronme al mundo padres medianamente nobles, criaronme como ricos, llegué á las puertas de la gramática, que son aquellas por donde se entra á las demas ciencias; inclinóme mi estrella, si bien en parte á las letras, mucho mas á las armas; no tuve amistad en mis verdes años, ni con Ceres, ni con Baco, y así en mí siempre estuvo Venus fria. Llevado pues de mi inclinacion natural, dexé mi patria, y fuime á la guerra, que entonces la Magestad del Cesar Carlos V. hacía en Alemania contra algunos Potentados de ella; fueme Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el Emperador, tuve amigos, y sobre todo aprendí á ser liberal, y bien

criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte Christiano; volví á mi patria honrado y rico, con propósito de estarme en ella algunos dias gozando de mis padres, que aun vivian, y de los amigos que me esperaban; pero ésta que llaman fortuna, que yo no sé lo que se sea, envidiosa de mi sosiego, volviendo la rueda, que dicen que tiene, me derribó de su cumbre, adonde yo pensé que estaba puesto, al profundo de la miseria en que me veo, tomando por instrumento para hacerlo, á un caballero, hijo segundo de un Titulado, que junto á mi lugar el de su estado tenia.

Este pues vino á mi pueblo á ver unas fiestas: estando en la plaza en una rueda ó corro de hidalgos y caballeros, donde yo tambien hacia número, volviéndose á mí con ademan arrogante y risueño, me dixo: bravo estais, señor Antonio, mucho le ha aprovechado la plática de Flandes y de Italia,

porque en verdad que está bizarro, y sepa el buen Antonio que yo le quiero mucho. Yo le respondí: (porque yo soy aquel Antonio) beso á vuesa señoria las manos mil veces por la merced que me hace; en fin vuesa señoria hace como quien es, en honrar á sus compatriotas y servidores; pero con todo eso quiero, que vuesa señoria entienda, que las galas yo me las llevé de mi tierra á Flandes, y con la buena crianza nací del vientre de mi madre, ansi que por esto ni merezco ser alabado, ni vituperado, y con todo bueno ó malo que yo sea, soy muy servidor de vuesa señoria, á quien suplico me honre, como merecen mis buenos deseos. Un hidalgo que estaba á mi lado, grande amigo mio, me dixo, y no tan baxo que no lo pudo oir el Caballero: mirad, amigo Antonio, como hablais, que al señor don fulano no le llamamos acá señoria: á lo que respondió el Caballero antes que yo respondiese: el

buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde en lugar de merced dicen señoria. Bien sé, dixe yo, los usos, y las ceremonias de qualquiera buena crianza, y el llamar á vuesa señoria, Señoria, no es al modo de Italia, sino porque entiendo, que el que me ha de llamar vos ha de ser señoria, á modo de España: y yo, por ser hijo de mis obras, y de padres hidalgos, merezco el mereced de qualquier señoria, y quien otra cosa dixere (y esto echando mano á mi espada) está muy lejos de ser bien criado, y diciendo y habiendo, le dí dos cuchilladas en la cabeza muy bien dadas, con que le turbé de manera, que no supo lo que le habia acontecido, ni hizo cosa en su desagravio que fuese de provecho, y yo sustenté la ofensa, estándome quedo con mi espada desnuda en la mano. Pero pasándosele la turbacion, puso mano á su espada, y con gentil brio procuró vengar su injuria; mas yo no

le dexé poner en efecto su honrada determinacion, ni á él la sangre que le corria de la cabeza, de una de las dos heridas.

Alborotáronse los circunstantes: pusieron mano contra mí: retiréme á casa de mis padres, contéles el caso, y advertidos del peligro en que estaba, me proveyeron de dineros, y de un buen caballo, aconsejándome á que me pusiese en cobro, porque me habia grangeado muchos, fuertes y poderosos enemigos: hícelo ansi, y en dos dias pisé la raya de Aragon, donde respiré algun tanto de mi no vista priesa. En resolucion con poco menos diligencia me puse en Alemania, donde volví á servir al Emperador: allí me avisaron, que mi enemigo me buscaba con otros muchos, para matarme, del modo que pudiese; temí este peligro, como era razon, que lo temiese, volvíme á España, porque no hay mejor asilo que el que promete la casa del mismo enemigo: ví á mis padres de

noche, tornáronme á proveer de dineros y joyas, con que vine á Lisboa, y me embarqué en una nave que estaba con las velas en alto para partirse á Inglaterra, en la qual iban algunos caballeros Ingleses, que habian venido, llevados de su curiosidad, á ver á España, y habiéndola visto toda, ó por lo menos las mejores ciudades de ella, se volvian á su pátria.

Sucedió pues, que yo me revolví sobre una cosa de poca importancia con un marinero Inglés, á quien fue forzoso darle un bofeton: llamó este golpe la cólera de los demas marineros, y de toda la chusma de la nave, que comenzaron á tirarme todos los instrumentos arrojadizos, que les vinieron á las manos: retiréme al castillo de popa, y tomé por defensa á uno de los caballeros Ingleses, poniéndome á sus espaldas, cuya defensa me valio de modo, que no perdí luego la vida: los demas caballeros sosegaron la turba, pero fue con

condicion, que me arrojasen á la mar, ó que me diesen el esquife, ó barquilla de la nave, en que me volviese á España, ó adonde el cielo me llevase. Hízose así, diéronme la barca proveida con dos barriles de agua, uno de manteca, y alguna cantidad de vizcocho, agradecí á mis valedores la merced que me hacian, entré en la barca con solos dos remos, alargóse la nave, vino la noche oscura, hallé-me solo en la mitad de la inmensidad de aquellas aguas, sin tomar otro camino, que aquel que le concedia el no contrastar contra las olas, ni contra el viento: alcé los ojos al cielo, encomendéme á Dios con la mayor devocion que pude, miré al Norte, por donde distinguí el camino que hacia, pero no supe el parage en que estaba. Seis dias, y seis noches anduve de esta manera, confiando mas en la benignidad de los cielos, que en la fuerza de mis brazos, los quales ya cansados, y sin vigor alguno del

continuo trabajo, abandonaron los remos, que quité de los escalamos, y los puse dentro la barca, para servirme de ellos, quando el mar lo consintiese, ó las fuerzas me ayudasen. Tendíme de largo á largo de espaldas en la barca, cerré los ojos, y en lo secreto de mi corazon no quedó santo en el cielo á quien no llamase en mi ayuda, y en mitad de este aprieto, y en medio de esta necesidad (cosa dura de creer) me sobrevino un sueño tan pesado, que borrándome de los sentidos el sentimiento, me quedé dormido (tales son las fuerzas de lo que pide, y ha menester nuestra naturaleza); pero allá en el sueño me representaba la imaginacion mil géneros de muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algunas de ellas me parecia que me comian lobos, y despedazaban fieras, de modo que dormido, y despierto era una muerte dilatada mi vida.

De este no apacible sueño me

despertó con sobresalto una furiosa ola del mar, que pasando por cima de la barca, la llenó de agua: reconocí el peligro, volví, como mejor pude al mar, torné á valerme de los remos, que ninguna cosa me aprovecharon, ví que el mar se ensoberbecia, azotado y herido de un viento abrego, que en aquellas partes parece que mas que en otros mares muestra su poderio, vi que era simpleza oponer mi debil barca á su furia, y con mis flacas y desmayas fuerzas á su rigor: y asi torné á recoger los remos, y á dexar correr la barca por donde las olas, y el viento quisiesen llevarla. Reiteré plegarias, añadí promesas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos, no de temor de la muerte, que tan cercana se me mostraba, sino por el de la pena que mis malas obras merecian: finalmente no sé á cabo de quantos dias y noches, que andube vagabundo por el mar, siempre mas inquieto y alterado, me

vine á hallar junto á una isla despoblada de gente humana, aunque llena de lobos, que por ella á manadas discurrian: lleguéme al abrigo de una peña, que en la ribera estaba, sin osar saltar en tierra, por temor de los animales que habia visto: comí del vizcocho ya remojado, que la necesidad y la hambre no reparan en nada; llegó la noche menos oscura que habia sido la pasada, pareció que el mar se sosegaba, y prometia mas quietud el venidero dia, miré al cielo, ví las estrellas con aspecto de prometer bonanza en las aguas y sosiego en el ayre.

Estando en esto me pareció por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me servia de puerto, se coronaba de los mismos lobos, que en la marina habia visto, y que uno de ellos, (como es la verdad) me dixo en voz clara y distinta, y en mi propia lengua: Español hazte á lo largo, y busca en otra parte tu ventura, sino quieres en esta morir hecho pedazos

por nuestras uñas y dientes; y no preguntes quien es el que esto te dice, sino dá gracias al cielo de que has hallado piedad entre las mismas fieras. Si quedé espantado, ó nó, á vuestra consideracion lo dexo; pero no fue bastante la turbacion mia, para dexar de poner en obra el consejo que se me habia dado: apreté los escalamos, até los remos, esforcé los brazos, y salí al mar descubierto: mas como suele acontecer que las desdichas y aflicciones turban la memoria de quien las padece, no os podré decir, quantos fueron los dias que andube por aquellos mares, tragando, no una sino mil muertes á cada paso, hasta que arrebatada mi barca en los brazos de una terrible borrasca, me hallé en esta isla, donde dí al través con ella, en la misma parte y lugar á donde está la boca de la cueva, por donde aquí entrastes. Llegó la barca a dar casi en seco por la cueva adentro, pero volvíala á sacar la resaca: viendo yo lo

qual me arrojé de ella, y clavando las uñas en la arena, no dí lugar á que la resaca al mar me volviese; y aunque con la barca me llevaba el mar la vida, pues me quitaba la esperanza de cobrarla, holgué de mudar género de muerte, y quedarme en tierra, que como se dilate la vida, no se desmaya la esperanza.

A este punto llegaba el bárbaro Español, que este título le daba su trage, quando en la estancia mas adentro, donde habian dexado á Cloelia, se oyeron tiernos gemidos y sollozos, acudieron al instante con luces Auristela, Periandro y todos los demas, á ver qué seria, y hallaron que Cloelia, arrimadas las espaldas á la peña, sentada en las pieles tenia los ojos clavados en el cielo, y casi quebrados. Llegóse á ella Auristela, y á voces compasivas y dolorosas, le dixo: ¿qué es esto, ama mia? ¿cómo, y es posible que me quereis dexar en esta soledad, y á tiempo que

mas he menester valerme de vuestros consejos? Volvió en sí algun tanto Cloelia, y tomando la mano de Auristela, le dixo: ves haí, hija de mi alma, lo que tengo tuyo, yo quisiera que mi vida durára hasta que la tuya se viera en el sosiego que merece; pero sino lo permite el cielo, mi voluntad se ajusta con la suya, y de la mejor, que es en mi mano, le ofrezco mi vida: lo que te ruego es, señora mia, que quando la buena suerte quesiere, (que sí querrá) que te veas en tu estado, y mis padres aun fueren vivos, ó alguno de mis parientes, les digas, como yo muero Christiana en la Fe de Jesu-Christo, y en la que tiene, que es la misma, la santa Iglesia Católica Romana; y no te digo mas, porque no puedo. Esto dicho, y muchas veces pronunciando el nombre de Jesus, cerró los ojos en tenebrosa noche, á cuyo espectáculo tambien cerró los suyos Auristela con un profundo desmayo: hiciéronse fuentes los

de Periandro, y rios los de todos los circunstantes: acudió Periandro á socorrer á Auristela, la qual vuelta en sí acrecentó las lágrimas, y comenzó suspiros nuevos, y dixo razones que movieran á lástima á las piedras: ordenóse que otro dia la sepultasen, y quedando en guarda del cuerpo muerto la doncella bárbara y su hermano, los demas se fueron á reposar lo poco que de la noche les faltaba.

CAPÍTULO VI.

DONDE EL BÁRBARO ESPAÑOL PROSIGUE SU HISTORIA.

Tardó aquel dia en mostrarse al mundo, al parecer mas de lo acostumbrado, á causa que el humo y pabesas del incendio de la isla, que aun duraba, impedia que los rayos del sol por aquella parte no pasasen á la tierra; mandó el bárbaro Español á su hijo que saliese de aquel sitio, como otras veces so-

lia, y se informase de lo que en la isla pasaba. Con alborotado sueño pasaron los demas aquella noche, porque el dolor y sentimiento de la muerte de su ama Cloelia, no consintió que Auristela durmiese, y el no dormir de Auristela tuvo en continua vigilia á Periandro, el qual con Auristela salió al raso de aquel sitio, y vió que era hecho y fabricado de la naturaleza, como si la industria y el arte le hubieran compuesto: era redondo, cercado de altísimas y peladas peñas, y á su parecer tanteó que boxaba poco mas de una legua; todo lleno de árboles silvestres, que ofrecian frutos, si bien asperos comestibles á lo menos. Estaba crecida la yerba, porque las muchas aguas que de las peñas salian, las tenian en perpetua verdura, todo lo qual le admiraba y suspendia, y llegó en esto el bárbaro Español, y dixo: venid, señores, y daremos sepultura á la difunta, y fin á mi comenzada historia: hiciéronlo así,

y enterraron á Cloelia en lo hueco de una peña, cubriéndola con tierra y con otras peñas menores. Auristela le rogó que le pusiese una cruz encima, para señal de que aquel cuerpo habia sido christiano. El Español respondió, que él traeria una gran cruz que en su estancia tenia, y la pondria encima de aquella sepultura: diéronle todos el último vale, renovó el llanto Auristela, cuyas lágrimas sacaron al momento las de los ojos de Periandro. En tanto pues que el mozo bárbaro volvia, se volvieron todos á encerrar en el cóncavo de la peña donde habian dormido, por defenderse del frio, que con rigor amenazaba, y habiéndose sentado en las blandas pieles, pidió el bárbaro silencio, y prosiguió su cuento en esta forma.

Quando me dexó la barca en que venia en la arena, y la mar tornó á cobrarla, ya dixe, que con ella se me fue la esperanza de la libertad, pues aun ahora no la tengo de

cobrarla; entré aquí dentro, vi este sitio, y parecióme, que la naturaleza le habia hecho y formado para ser teatro, donde se representáse la tragedia de mis desgracias; admiróme el no ver gente alguna, sino algunas cabras montéses y animales pequeños de diversos géneros; rodee todo el sitio, hallé esta cueva cavada en estas peñas, y señaléla para mi morada: finalmente, habiéndolo rodeado todo, volví á la entrada, que aquí me habia conducido, por ver si oía voz humana, ó descubria quien me dixese en qué parte estaba: y la buena suerte, y los piadosos cielos, que aun del todo no me tenian olvidado, me depararon una muchacha bárbara de hasta edad de quince años, que por entre las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitoso marisco andaba buscando: pasmóse viéndome, pegarónsele los pies en la arena, solto las cogidas conchuelas, y derramósele el marisco, y

cogiéndola entre mis brazos, sin decirla palabra, ni ella á mí tampoco, me entré por la cueva adelante, y la traxe á este mismo lugar donde agora estamos: púsela en el suelo, beséle las manos, halaguéle el rostro con las mias, y hice todas las señales y demostraciones que pude para mostrarme blando y amoroso con ella. Ella, pasado aquel primer espanto, con atentísimos ojos me estuvo mirando, y con las manos me tocaba todo el cuerpo, y de quando en quando, ya perdido el miedo, se reía, y me abrazaba, y sacando del seno una manera de pan hecho á su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en su lengua me habló, y á lo que despues acá he sabido, en lo que decia, me rogaba que comiese: yo lo hice ansi, porque lo habia bien menester: ella me asió por la mano, y me llevó á aquel arroyo, que allí está, donde asimismo por señas me rogó que bebiese. Yo no me artaba de mirar-

la, pareciéndome antes Angel del cielo, que bárbara de la tierra: volví á la entrada de la cueva, y allí con señas y con palabras, que ella entendia, le supliqué, como si ella no las entendiera, que volviese á verme: con esto la abrace de nuevo, y ella simple y piadosa me besó en la frente y me hizo claras y ciertas señas de que volveria á verme: hecho esto, torné á pisar este sitio, y á requerir y probar la fruta de que algunos árboles estaban cargados, y hallé nueces y avellanas y algunas peras silvestres; dí gracias á Dios del hallazgo, y alenté las desmayadas esperanzas de mi remedio: pasé aquella noche en este mismo lugar, esperé el dia, y en él esperé tambien la vuelta de mi bárbara hermosa, de quien comencé á temer y á recelar, que me habia de descubrir y entregarme á los bárbaros, de quien imaginé estar llena esta isla; pero sacóme de este temor el verla volver algo entrado el dia, bella co-

mo el sol, mansa como una cordera, no acompañada de bárbaros que me prendiesen, sino cargada de bastimentos que me sustentasen.

Aquí llegaba de su historia el Español gallardo, quando llegó el que habia ido á saber lo que en la isla pasaba, el qual dixo, que casi toda estaba abrasada, y todos, ó los mas de los bárbaros muertos unos á hierro, y otros á fuego, y que si algunos habia vivos, eran los que en algunas balsas de maderos se habian entrado al mar por huir en el agua el fuego de la tierra, que bien podian salir de allí, y pasear la isla por la parte que el fuego les diese licencia, y que cada uno pensase, qué remedio se tomaria para escapar de aquella tierra maldita, que por allí cerca habia otras islas de gente menos bárbara habitadas, que quizá mudando de lugar, mudarian de ventura. Sosiégate, hijo, un poco, que estoy dando cuenta á estos señores de mis sucesos, y no me falta mu-

cho, aunque mis desgracias son infinitas. No te canses, señor mio, dixo la bárbara grande, en referirlos tan por estenso, que podrá ser que te canses, ó que canses: déxame á mí, que cuente lo que queda, á lo menos hasta este punto en que estamos. Soy contento, respondió el Español, porque me le dará muy grande el ver como las relatas.

Es, pues, el caso, replicó la bárbara, que mis muchas entradas y salidas en este lugar le dieron bastante, para que de mí, y de mi esposo naciesen esta muchacha y este niño: llamo esposo á este señor, porque antes que me conociese del todo, me dió palabra de serlo, al modo que él dice, que se usa entre verdaderos christianos: hame enseñado su lengua, y yo á él la mia, y en ella ansi mismo me enseñó la ley católica christiana: diome agua de bautismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho que en su tierra se acostumbran; declaró-

me su fé, como él la sabe, la qual yo asenté en mi alma, y en mi corazon, donde le he dado el crédito que he podido darle: creo en la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero, y que aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo, no son tres Dioses distintos y apartados, sino un solo Dios verdadero: finalmente creo todo lo que tiene y cree la santa Iglesia Católica Romana, regida por el Espíritu Santo, y gobernada por el Sumo Pontífice, Vicario y Visorey de Dios en la tierra, sucesor legítimo de S. Pedro, su primer pastor despues de Jesu-Christo, primero y universal pastor de su Esposa la Iglesia. Dixóme grandezas de la siempre Virgen María Reyna de los cielos, y Señora de los Angeles, y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo, y amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de

los pecadores. Con estas me ha enseñado otras cosas, que no las digo por parecerme que las dichas bastan, para que entendais que soy católica christiana. Yo simple y compasiva le entregué un alma rústica, y él (merced á los cielos) me la ha vuelto discreta y christiana: entreguéle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendia á nadie, y de este entrego resultó haberle dado dos hijos, como los que aquí veis, que acrecientan el número de los que alaban al Dios verdadero; en veces le traxe alguna cantidad de oro, de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el dia, que ha de ser tan dichoso, que nos saque de esta prision, y nos lleve á donde con libertad y certeza y sin escrupulo seamos unos de los del rebaño de Christo, en quien adoro, en aquella cruz que allí veis. Esto que he dicho, me pareció á mí era lo que le faltaba por decir á mi señor Antonio, que así se llamaba el Es-

pañol bárbaro, el qual dixo: dices verdad, Ricla mia, que este era el propio nombre de la bárbara, con cuya variable historia admiraron á los presentes, y despertaron mil alabanzas que les dieron y mil buenas esperanzas que les anunciaron, especialmente Auristela, que quedó aficionadísima á las dos bárbaras, madre é hija.

El mozo bárbaro, que tambien como su padre se llamaba Antonio, dixo á esta sazon, no ser bien estarse allí ociosos, sin dar traza y órden como salir de aquel encerramiento, porque si el fuego de la isla, que á mas andar ardia, sobrepujáse las altas sierras, ó traidas del viento cayesen en aquel sitio, todos se abrasarian. Dices verdad, hijo, respondió el padre. Soy de parecer, dixo Ricla, que aguardemos dos dias, porque de una isla que está tan cerca de ésta, que algunas veces, estando el sol claro y el mar tranquilo, alcanzó la vista á verla, de ella vienen á ésta sus

moradores á vender, y á trocar lo que tienen, con lo que tenemos, y á trueco por trueco. Yo saldré de aquí, y pues ya no hay nadie que me escuche, ó que me impida, pues ni oyen, ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca por el precio que quisieren, que la he menester para escaparme con mis hijos y mi marido, que encerrados en una cueva tengo de la riguridad del fuego; pero quiero que sepais que estas barcas son fabricadas de madera y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes á defender que no entre agua por los costados; pero á lo que he visto y notado, nunca ellos navegan sino con mar sosegado, y no traen aquellos lienzos que he visto que traen otras barcas que suelen llegar á nuestras riberas á vender doncellas ó varones para la vana supersticion, que habreis oido decir que en esta isla ha muchos tiempos que se acostumbra: por donde vengo á enten-

der, que estas tales barbas no son buenas para fiarlas del mar grande y de las borrascas y tormentas que dicen que suceden á cada paso. A lo que añadió Periandro: ¿no ha usado el señor Antonio de este remedio en tantos años como ha que está aquí encerrado? No, respondió Ricla, porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran, para poder concertarme con los dueños de las barcas, y por no poder hallar escusa que dar para la compra. Así es, dixo Antonio, y no por no fiarme de la debilidad de los baxeles; pero agora que me ha dado el cielo este consejo, pienso tomarle, y mi hermosa Ricla estará atenta á ver quando vengan los mercaderes de la otra isla, y sin reparar en precio compará una barca con todo el necesario matalotage, diciendo que la quiere para lo que tiene dicho.

En resolucion todos vinieron en este parecer, y saliendo de aquel lugar, quedaron admirados de ver

el estrago que el fuego habia hecho y las armas: vieron mil diferentes géneros de muertes, de quien la colera, sinrazon y enojo suelen ser inventores: vieron así mismo, que los bárbaros que habian quedado vivos, recogiéndose á sus balsas, desde lejos estaban mirando el riguroso incendio de su pátria, y algunos se habian pasado á la isla, que servia de prision á los cautivos. Quisiera Auristela, que pasáran á la isla, á ver si en la oscura mazmorra quedaban algunos; pero no fue menester, porque vieron venir una balsa, y en ella hasta veinte personas, cuyo trage dió á entender, ser los miserables que en la mazmorra estaban. Llegaron á la marina, besáron la tierra, y casi dieron muestras de adorar el fuego, por haberles dicho el bárbaro, que los sacó del calabozo oscuro, que la isla se abrasaba, y que ya no tenian que temer á los bárbaros. Fueron recibidos de los libres amigablemente, y consola-

dos en la mejor manera que les fue posible; algunos contaron sus miserias, y otros las dexaron en silencio, por no hallar palabras para decirlas. Ricla se admiró de que hubiese habido bárbaro tan piadoso, que los sacáse, y de que no hubiesen pasado á la isla de la prision parte de aquellos que á las balsas se habian recogido; uno de los prisioneros dixo, que el bárbaro, que los habia libertado (en lengua Italiana) les habia dicho todo el suceso miserable de la abrasada isla, aconsejándoles que pasasen á ella á satisfacerse de sus trabajos con el oro y perlas que en ella hallarian, y que él vendria en otra balsa, que hallá quedaba, á tenerles compañia, y á dar traza en su libertad.

Los sucesos que contaron fueron tan diferentes, tan estraños y tan desdichados, que unos les sacaban las lagrimas á los ojos, y otros la risa del pecho. En esto vieron venir hácia la isla hasta seis bar-

cas, de aquellas de quien Ricla habia dado noticia: hicieron escala, pero no sacáron mercadería alguna, por no parecer bárbaro que la comprase. Concertó Ricla todas las barcas con las mercancías, sin tener intencion de llevarlas: no quisieron venderle sino las quatro, porque les quedasen dos para volverse: hízose el precio con liberalidad notable, sin que en él hubiese tanto mas quanto. Fue Ricla á su cueva, y en pedazos de oro no acuñado, como se ha dicho, pagó todo lo que quisieron: dieron dos barcas á los que habian salido de la mazmorra, y en otras dos se embarcaron: en la una todos los bastimentos que pudieron recoger, con quatro personas de las recien libres, y en la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el padre, y Antonio el hijo con la hermosa Ricla, y la discreta Transila, y la gallarda Constanza hija de Ricla, y de Antonio: quiso Auristela ir á despedirse de los hue-

sos de su querida Cleolia, acompañáronla todos, lloró sobre la sepultura, y entre lagrimas de tristeza, y entre muestras de alegria volvieron á embarcarse, habiendo primero en la marina hincádose de rodillas, y suplicado al cielo con tierna y devota oracion, les diese feliz viage, y los enseñáse el camino que tomarian. Sirvió la barca de Periandro de Capitana, á quien siguieron los demas, y al tiempo que querian dar los remos al agua, porque velas no las tenian, llegó á la orilla del mar un bárbaro gallardo, que á grandes voces en lengua Toscana dixo: si por ventura sois Christianos, los que vais en esas barcas, recoged á éste que lo es, y por el verdadero Dios os lo suplíca. Uno de las otras barcas dixo: este bárbaro, señores, es el que nos sacó de la mazmorra, si quereis corresponder á la bondad que parece que teneis (y esto encaminando su plática á los de la barca primera) bien será que le

pagueis el bien que nos hizo, con el que le haceis recogiéndole en nuestra compañía. Oyendo lo qual Periandro, le mandó llegase su barca á tierra y le recogiese, en la que llevaba los bastimentos: hecho esto alzáron las voces con alegres acentos, y tomando los remos en las manos, dieron alegre principio á su viage.

CAPÍTULO VIII.

Quatro millas poco mas ó menos habrian navegado las quatro barcas, quando descubrieron una poderosa nave, que con todas las velas tendidas, y viento en popa, parecia que venia á embestirles. Periandro dixo, habiéndola visto: sin duda este navío debe ser el de Arnaldo, que vuelve á saber de mi suceso, y tuvieralo yo por muy bueno agora, no verle. Habia ya contado Periandro á Auristela, todo lo que con Arnaldo le habia pasado, y lo que entre los dos dexaron concer-

tado. Turbóse Ausristela, que no quisiera volver al poder de Arnaldo, de quien habia dicho, aunque breve y sucintamente, lo que en un año que estuvo en su poder le habia acontecido: no quisiera ver juntos á los dos amantes, que puesto que Arnaldo estaria seguro con el fingido hermanazgo suyo, y de Periandro, todavia el temor de que podia ser descubierto el parentesco, la fatigaba; ¡y mas que ¿quién le quitaria á Periandro no estar zeloso, viendo á los ojos tan poderoso contrario? que no hay discrecion que valga, ni amorosa fe que asegure al enamorado pecho, quando por su desventura entran en él zelosas sospechas; pero de todas estas le aseguró el viento, que volvió en un instante el soplo, que daba de lleno y en popa á las velas, en contrario, de modo que á vista suya y en un momento breve dexó la nave derribar las velas de alto abaxo, y en otro instante, casi invisible, las izaron

y levantaron hasta las gavias, y la nave comenzó á correr en popa por el contrario rumbo que venia, alongándole de las barcas con toda priesa.

Respiró Auristela, cobró nuevo aliento Periandro; pero los demas que en las barcas iban, quisieran mudarlas, entrándose en la nave, que por su grandeza mas seguridad de las vidas y mas felice viage pudiera prometerles. En menos de dos horas se les encubrió la nave, á quien quisieran seguir si pudieran; mas no les fue posible, ni pudieron hacer otra cosa, que encaminarse á una isla, cuyas altas montañas cubiertas de nieve hacian parecer que estaban cerca, distando de alli mas de seis leguas. Cerraba la noche algun tanto oscuro, picaba el viento largo y en popa, que fue mucho alivio á los brazos, que volviendo á tomar los remos, se dieron priesa á tomar la isla. La media noche seria, segun el tanteo que el bárbaro Antonio

hizo del Norte y de las guardas, quando llegaron á ella, y por herir blandamente las aguas en la orilla, y ser la resaca de poca consideracion, dieron con las barcas en tierra, y á fuerza de brazos las vararon.

Era la noche fria de tal modo, que les obligó á buscar reparos para el hielo, pero no hallaron ninguno: ordenó Periandro, que todas las mugeres se entrasen en la barca Capitana, y apiñandose en ella, con la compañia y estrecheza templasen el frio: hízose así, y los hombres hicieron cuerpo de guarda á la barca, paseándose como centinelas de una parte á otra, esperando el dia para descubrir, en qué parte estaban, porque no pudieron saber por entónces, si era, ó no despoblada la isla: y como es cosa natural, que los cuidados destierren el sueño, ninguno de aquella cuidadosa compañia pudo cerrar los ojos; lo qual visto por el bárbaro Antonio, dixo al bárba-

ro Italiano: que para entretener el tiempo, y no sentir tanto la pesadumbre de la mala noche, fuese servido de entretenerles, contándoles los sucesos de su vida, porque no podian dexar de ser peregrinos y raros, pues en tal trage, y en tal lugar le habian puesto. Haré yo eso de muy buena gana, respondió el bárbaro Italiano, aunque temo, que por ser mis desgracias tantas, tan nuevas y tan extraordinarias, no me habeis de dar crédito alguno. A lo que dixo Periandro: en las que á nosotros nos han sucedido, nos hemos ensayado y dispuesto, á creer quantas nos contaren, puesto que tenga mas de lo imposible que de lo verdadero. Lleguémonos aquí, respondió el bárbaro, al borde de esta barca, donde estan estas señoras, quiza alguna al son de la voz de mi cuento se quedará dormida, y quizá alguna, desterrando el sueño, se mostrará compasiva, que es alivio al que cuenta sus desventuras, ver

ó oir que hay quien se duela de ellas. A lo menos por mí, respondió Ricla, de dentro de la barca y á pesar del sueño tengo lagrimas que ofrecer á la compasion de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas: casi lo mismo dixo Auristela, y así todos rodearon la barca, y con atento oido estuvieron escuchando, lo que el que parecia bárbaro decia, el qual comenzó su historia de esta manera.

CAPÍTULO VIII.

DONDE RUTILIO DÁ CUENTA DE SU VIDA.

Mi nombre es Rutilio, mi patria Sena, una de las mas famosas ciudades de Italia, mi oficio maestro de danzar, único en él, y venturoso, si yo quisiera. Habia en Sena un Caballero rico, á quien el cielo dió una hija mas hermosa que discreta, á la qual trató de casar

su padre con un Caballero Florentin, y por entregarsela adornada de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltaban, quiso que yo la enseñase á danzar; que la gentileza, gallardía, y disposicion del cuerpo en los bayles honestos mas que en otros pasos se señalan, y á las damas principales les está muy bien saberlos, para las ocasiones forzosas que les pueden suceder. Entré á enseñarla los movimientos del cuerpo, pero movila los del alma, pues como no discreta, como he dicho, rindió la suya á la mia, y la suerte, que de corriente larga traía encaminadas mis desgracias, hizo que para que los dos nos gozasemos, yo la sacáse de en casa de su padre, y la lleváse á Roma; pero como el amor no dá baratos sus gustos, y los delitos llevan á las espaldas el castigo (pues siempre se teme), en el camino nos prendieron á los dos, por la diligencia que su padre puso en buscarnos. Su confesion y la mia,

que fue decir, que yo llevaba á mi esposa, y ella se iba con su marido, no fue bastante para no agravar mi culpa, tanto, que obligó al juez, movió y convenció á sentenciarme á muerte.

Apartáronme en la prision con los ya condenados á ella por otros delitos no tan honrados como el mio. Visitóme en el calabozo una muger, que decian estaba presa por *fatucherie*, que en castellano se llaman *hechiceras*, que la Alcaidesa de la cárcel habia hecho soltar de las prisiones, y llevadola á su aposento, á título de que con yerbas, y palabras habia de curar á una hija suya, de una enfermedad que los médicos no acertaban á curarla. Finalmente, por abreviar mi historia, pues no hay razonamiento, que aunque sea bueno, siendo largo lo parezca, viendome yo atado, y con el cordel á la garganta, sentenciado al suplicio, sin órden, ni esperanza de remedio, dí el sí, á lo que la he-

chicera me pidió, de ser su marido, si me sacaba de aquel trabajo. Díxome, que no tuviese pena, que aquella misma noche del dia que sucedió esta plática, ella romperia las cadenas y los cepos, y á pesar de otro qualquiera impedimento, me pondria en libertad y en parte donde no me pudiesen ofender mis enemigos, aunque fuesen muchos y poderosos. Túvela, no por hechicera, sino por ángel, que enviaba el cielo para mi remedio; esperé la noche, y en la mitad de su silencio llegó á mí, y me dixo, que asiese de la punta de una caña, que me puso en la mano, diciéndome la siguiese: turbéme algun tanto; pero como el interés era tan grande, moví los pies para seguirla, y hallélos sin grillos y sin cadenas, y las puertas de toda la prision de par en par abiertas, y los prisioneros y guardas en profundísimo sueño sepultados. En saliendo á la calle tendió en el suelo mi guiadora un

manto, y mandóme que pusiese los pies en él, me dixo que tuviese buen ánimo, que por entónces dexáse mis devociones: luego ví mala señal, luego conocí que queria llevarme por los ayres, y aunque como Christiano bien enseñado, tenia por burla todas estas hechicerias (como es razon que se tengan), todavia el peligro de la muerte, como ya he dicho, me dexó atropellar por todo, y en fin, puse los pies en la mitad del manto, y ella ni mas ni menos murmurando unas razones, que yo no pude entender, y el manto comenzó á levantarse en el ayre, y yo comenzé á temer poderosamente, y en mi corazon no tuvo santo la Letania, á quien no llamase en mi ayuda. Ella debió de conocer mi miedo, y presentir mis rogativas, y volvióme á mandar que las dexase. Desdichado de mí, dixe, ¿qué bien puedo esperar, si se me niega el pedirle á Dios, de quien todos los bienes vienen? En resolucion, cerré los ojos

y dexéme llevar de los diablos que no son otras las postas de las hechiceras, y al parecer quatro horas ó poco mas habia volado, quando me hallé al crepúsculo del dia en una tierra no conocida.

Tocó el manto el suelo, y mi guiadora me dixo: En parte estás, amigo Rutilio, que todo el género humano no podrá ofenderte, y diciendo esto, comenzó á abrazarme no muy honestamente: apartéla de mí con los brazos, y como mejor pude, divisé que la que me abrazaba era una figura de lobo, cuya vision me heló el alma, me turbó los sentidos, y dió con mi mucho animo al traves; pero como suele acontecer, que en los grandes peligros la poca esperanza de vencerlos, saca del ánimo desesperadas fuerzas, las pocas mias me pusieron en la mano un cuchilo, que acaso en el seno traia, y con furia y rabia se le hinqué por el pecho, á la que pensé ser loba, la qual cayendo en el suelo perdió aquella fea figura,

y hallé muerta, y corriendo sangre, á la desventurada encantadora.

Considerad, señores, qual quedaria yo en tierra no conocida, y sin persona que me guiase. Estuve esperándo el dia muchas horas, pero nunca acababa de llegar, ni por los Orizontes se descubria señal de que el sol viniese: apartéme de aquel cadáver, porque me causaba horror y espanto el tenerle cerca de mí; volvia muy á menudo los ojos al cielo, contemplaba el movimiento de las estrellas, y pareciame, segun el curso que habiau hecho, que ya habia de ser de dia. Estando en esta confusion, oí que venia hablando por junto de donde estaba alguna gente, y asi fue verdad, y saliéndoles al encuentro, les pregunté en mi lengua Toscana, que me dixesen, que tierra era aquella: y uno de ellos asimismo en Italiano me respondió: Esta tierra es Noruega: pero ¿quién eres tú que lo preguntas, y en lengua

que en estas partes hay muy pocos que la entiendan? Yo soy, respondí, un miserable que por huir de la muerte, he venido á caer en sus manos, y en breves razones le dí cuenta de mi viage, y aun de la muerte de la hechicera; mostró condolérse el que me hablaba, y díxome: Puedes, buen hombre, dar infinitas gracias al cielo, por haberte librado del poder de estas maléficas hechiceras, de las quales hay mucha abundancia en estas Septentrionales partes. Cuéntanse de ellas que se convierten en lobos, así machos como hembras, porque de entrambos géneros hay maléficos, y encantadores. Cómo esto pueda sér yo lo ignoro, y como Christiano que soy Católico no lo creo, pero la experiencia me muestra lo contrario; lo que puedo alcanzar es que todas estas transformaciones son ilusiones del demonio, y permision de Dios y castigo de los abominables pecados de este maldito género de gente. Preguntéle, que

hora podria ser, porque me parecia que la noche se alargaba, y el dia nunca venia. Respondióme que en aquellas partes remotas se repartia el año en quatro tiempos: tres meses habia de noche oscura, sin que el sol pareciese en la tierra en manera alguna, y tres meses habia de crepúsculo del dia, sin que bien fuese noche, ni bien fuese dia: otros tres meses habia de dia claro continuado, sin que el sol se escondiese, y otros tres de crepúsculo de la noche, y que la sazon en que estaban, era la del crepúsculo del dia: asi que esperar la claridad del sol por entonces era esperanza vana, y que tambien lo seria, esperar yo volver á mi tierra tan presto, si no fuese quando llegase la sazon del dia grande, en la qual parten navios de estas partes á Inglaterra, Francia y España con algunas mercancias. Preguntóme, si tenia algun oficio en qué ganar de comer, mientras llegaba tiempo de volverme á mi tierra.

Díxele que era baylarin, y grande hombre de hacer cabriolas, y que sabia jugar de manos sutilísimamente. Rióse de gana el hombre, y me dixo, que aquellos exercicios ú oficios (ó como llamarlos quisiese) no corrian en Noruega ni en todas aquellas partes. Preguntóme si sabria oficio de orifice. Díxele, que tenia habilidad para aprender lo que me enseñase: pues veníos, hermano conmigo, aunque primero será bien que demos sepultura á esta miserable. Hicímoslo así, y llevóme á una ciudad, donde toda la gente andaba por las calles con palos de tea encendidos en las manos, negociando lo que les importaba. Preguntéle en el camino, ¿que cómo ó quando habia venido á aquella tierra, y que si era verdaderamente Italiano? Respondió que uno de sus pasados abuelos se habia casado en ella viniendo de Italia á negocios que le importaban, y á los hijos que tuvo, les enseñó su lengua, y de uno en

otro se estendió por todo su linage, hasta llegar á el que era uno de sus quartos nietos, y asi como vecino y morador tan antiguo, llevado de la aficion de mis hijos y muger, me he quedado hecho carne y sangre entre esta gente, sin acordarme de Italia, ni de los parientes que allá dixeron mis padres que tenian. Contar yo ahora la casa donde entré, la muger é hijos que hallé y criados (que tenia muchos), el gran caudal, el recibimiento y agasajo que me hicieron, seria proceder en infinito: basta decir en suma que yo aprendí su oficio, y en pocos meses ganaba de comer por mi trabajo.

En este tiempo se llegó el de llegar el dia grande, y mi amo y maestro (que así le puedo llamar) ordeno de llevar gran cantidad de su mercancia á otras islas por allí cercanas, y á otras bien apartadas: fuime con él, así por curiosidad como por vender algo que ya tenia de caudal, en el qual via-

ge ví cosas dignas de admiracion y espanto, y otras de risa y contento: noté costumbres, advertí en ceremonias no vistas, y de ninguna otra gente usadas: en fin, acabo de dos meses corrimos una borrasca que nos duró cerca de quarenta dias, al cabo de los quales dimos en esta isla, de donde hoy salimos, entre unas peñas, donde nuestro baxel se hizo pedazos, y ninguno de los que en él venian, quedó vivo sino yo.

CAPÍTULO IX.

DONDE RUTILIO PROSIGUE LA HISTORIA DE SU VIDA.

Lo primero que se me ofreció á la vista, antes que viese otra cosa alguna, fue un bárbaro pendiente y ahorcado de un arbol, por donde conocí, que estaba en tierra de bárbaros salvages, y luego el miedo me puso delante mil géneros de muertes, y no sabiendo que hacer-

me, alguna ó todas juntas las temia, y las esperaba: en fin como la necesidad, segun se dice, es maestra de sutilizar el ingenio, dí en un pensamiento harto extraordinario, y fue, que descolgué al bárbaro del arbol, y habiéndome desnudado de todos mis vestidos que enterré en la arena, me vestí de los suyos que me vinieron bien, pues no tenian otra hechura, que ser de pieles de animales, no cosidos, ni cortados á medida, sino ceñidos por el cuerpo, como lo habeis visto; para disimular la lengua y que por ella no fuese conocido por estrangero, me fingí mudo y sordo, y con esta industria me entré por la isla adentro, saltando y haciendo cabriolas en el ayre.

A poco trecho descubrí una gran cantidad de bárbaros, los quales me rodearon, y en su lengua unos y otros con gran priesa me preguntaron (á lo que despues acá he entendido) ¿quién era, cómo me llamaba, adonde venia, y adonde iba?

Respondíles con callar, y hacer todas las señales de mudo mas aparentes que pude, y luego reiteraba los saltos, y menudeaba las cabriolas. Salíme de entre ellos, siguieronme los muchachos que no me dexaban adonde quiera que iba: con esta industria pasé por bárbaro y por mudo, y los muchachos por verme saltar, y hacer gestos me daban de comer de lo que tenian: de esta manera he pasado tres años entre ellos, y aun pasára todos los de mi vida, sin ser conocido. Con la atencion y curiosidad noté su lengua, y aprendí mucha parte de ella, supe la profecía que de la duracion de su Reyno tenia profetizada un antiguo y sabio bárbaro, á quien ellos daban gran crédito: he visto sacrificar algunos varones, para hacer la experiencia de su cumplimiento, y he visto comprar algunas doncellas para el mismo efecto, hasta que sucedió el incendio de la isla, que vosotros, señores, habeis visto; guardéme de las lla-

mas, fuí á dar aviso á los prisioneros de la mazmorra, donde vosotros sin duda habreis estado: ví estas barcas, acudí á la marina, hallaron en vuestros generosos pechos lugar mis ruegos, recogísteisme en ellas por lo que os doy infinitas gracias, y agora espero en la del cielo, que pues nos sacó de tanta miseria á todos, nos ha de dar en este que pretendemos, felicísimo viage.

Aquí dió fin Rutilio á su plática, con que dexó admirados y contentos á los oyentes; llegóse el dia áspero, turbio, y con señales de nieve muy ciertas. Dióle Auristela á Periandro, lo que Cloelia le habia dado la noche que murió, que fueron dos pelotas de cera, que la una, como se vió, cubria una cruz de diamantes tan rica, que no acertaron á estimarla, por no agraviar su valor: y la otra dos perlas redondas asimismo de inestimable precio. Por estas joyas vinieron en conocimiento de que Au-

ristela y Periandro eran gente principal, puesto que mejor declaraba esta verdad su gentil disposicion y agradable trato. El bárbaro Antonio viniendo el dia, se entró un poco por la isla, pero no descubrió otra cosa que montañas y sierras de nieve, y volviendo á las barcas, dixo, que la isla era despoblada, y que convenia partirse de allí luego á buscar otra parte donde recogerse del frio que amenazaba, y proveerse de los mantenimientos, que presto les harian falta. Echaron con presteza las barcas al agua, embarcáronse todos, y pusieron las proas en otra isla, que no lejos de allí se descubria: En esto yendo navegando, con el espacio que podian prometer dos remos, que no llevaba mas cada barca, oyeron que de la una de las otras dos salia una voz blanda, suave, de manera que les hizo estar atentos á escuchalla. Notaron, especialmente el bárbaro Antonio, el padre, que notó que lo que se

cantaba era en lengua Portuguesa, que él sabia muy bien. Calló la voz y de allí á poco volvió á cantar en Castellano y no á otro tono de instrumentos que al de remos, que sesgamente por el tranquilo mar las barcas impelian, y notó que lo que cantaron fue esto:

Mar sesgo, viento largo, estrella clara,
camino, aunque no usado, alegre y cierto,
al hermoso, al seguro, al capaz puerto
llevan la nave vuestra única y rara.

En Scilas, ni en Caribdis no repara,
ni en peligro que el mar tenga encubierto,
siguiendo su derrota al descubierto,
que limpia honestidad su curso pára.

Con todo, si os faltare la esperanza del llegar á este puerto, no por eso gireis las velas, que será simpleza.

Que es enemigo amor de la mudanza,
y nunca tuvo próspero suceso,
el que no se quilata en la firmeza.

La bárbara Ricla dixo, en callando la voz: despacio debe de estar y ocioso el cantor, que en semejante tiempo da su voz á los vientos; pero no lo juzgaron así Periandro y Auristela, porque le tuvieron por mas enamorado que ocioso al que cantado habia: que los enamorados facilmente reconcilian los ánimos, y traban amistad con los que conocen que padecen su misma enfermedad, y así con licencia de los demas que en su barca venian, aunque no fuera menester pedirla, hizo que el cantor se pasase á su barca, así por gozar de cerca de su voz, como saber de sus sucesos, porque persona que en tales tiempos cantaba, ó sentia mucho, ó no tenia sentimiento alguno. Juntaronse las barcas, pasó el músico á la de Pe-

riandro, y todos los de ella le hicieron agradable recogida: en entrando el músico, en medio Portugues y en medio Castellano dixo: al cielo y á vosotros, señores, y á mi voz agradezco esta mudanza y esta mejora de navio: aunque creo que con mucha brevedad le dexaré libre de la carga de mi cuerpo, porque las penas que siento en el alma, me van dando señales de que tengo la vida en sus últimos términos. Mejor lo hará el cielo, respondió Periandro, que pues yo soy vivo, no habrá trabajos que puedan matar á alguno. No seria esperanza aquella, dixo á esta sazon Auristela, á que pudiesen contrastar y derribar infortunios, pues así como la luz resplandece mas en las tinieblas, así la esperanza ha de estar mas firme en los trabajos; que el desesperarse en ellos, es accion de pechos cobardes, y no hay mayor pusilanimidad ni baxeza que entregarse el trabajado (por mas que lo sea)

á la desesperacion. El alma ha de estar, dixo Periandro, el un pie en los labios, y el otro en los dientes, si es que hablo con propiedad, y no ha de dexar de esperar su remedio, porque seria agraviar á Dios, que no puede ser agraviado, poniendo tasa y coto á sus infinitas misericordias. Todo es así, respondió el músico, y yo lo creo, á despecho y pesar de las experiencias, que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas.

No por estas pláticas dexaban de vogar, de modo que antes de anochecer con dos horas llegaron á una isla tambien despoblada, aunque no de árboles, porque tenia muchos y llenos de fruto, que aunque pasado de sazon y seco, se dexaba comer: saltaron todos en tierra, en la qual bararon las barcas, y con gran priesa se dieron á desgajar árboles, y hacer una gruesa barraca para defenderse aquella noche del frio: hicieron asimismo

fuego ludiendo dos secos palos el uno con el otro, artificio tan sabido como usado: y como todos trabajaban, en un punto se vió levantada la pobre máquina donde se recogieron todos, supliendo con mucho fuego la incomodidad del sitio, pareciéndoles aquella choza dilatado alcazar. Satisfacieron la hambre, y acomodáranse á dormir luego, si el deseo que Periandro tenia de saber el suceso del músico no lo estorbára, porque le rogó, si era posible, les hiciese sabidores de sus desgracias, pues no podian ser venturas las que en aquellas partes le habian traido. Era cortés el cantor, y así sin hacerse de rogar dixo.

CAPÍTULO X.

DE LO QUE CONTÓ EL ENAMORADO PORTUGUES.

Con mas breves razones de las que sean posibles, daré fin á mi

cuento, con darle al de mi vida, si es que tengo de dar crédito á cierto sueño, que la pasada noche me turbó el alma.

Yo, señores, soy Portugues de nacion, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna, y no pobre en los de naturaleza: mi nombre es Manuel de Sosa Coutiño, mi patria Lisboa, y mi exercicio el de soldado: junto á las casas de mis padres, casi pared en medio, estaba la de otro caballero del antiguo linage de los Pereiras, el qual tenia sola una hija, única heredera de sus bienes que eran muchos, báculo y esperanza de la prosperidad de sus padres, la qual por el linage, por la riqueza y por la hermosura era deseada de todos los mejores del reyno de Portugal, y yo que como mas vecino de su casa, tenia mas comodidad de verla, la miré, la conocí, y la adoré con una esperanza mas dudosa que cierta, de que podria ser viniese á ser mi esposa, y por aho-

rar de tiempo, y por entender que con ella habian de valer poco requiebros, promesas, ni dadivas, determiné de que un pariente mio se la pidiese á sus padres para esposa mia, pues ni en el linage, ni en la hacienda, ni aun en la edad diferenciabamos en nada. La respuesta que traxo, fue que su hija Leonora aun no estaba en edad de casarse, que dexase pasar dos años, que le daba la palabra de no disponer de su hija en todo aquel tiempo sin hacerme sabedor de ello. Llevé este primer golpe en los hombros de mi paciencia, y en el escudo de la esperanza; pero no dexé por esto de servirla públicamente á sombra de mi honesta pretension, que luego se supo por toda la ciudad; pero ella retirada en la fortaleza de su prudencia y en los retretes de su recato, con honestidad y licencia de sus padres admitia mis servicios, y daba á entender que si no los agradecia con otros, por lo menos no los desestimaba.

Sucedió que en este tiempo mi Rey me envió por Capitan General á una de las fuerzas que tiene en Berberia, oficio de calidad y de confianza: llegóse el dia de mi partida, y pues en él no llegó el de mi muerte, no hay ausencia que mate, ni dolor que consuma; hablé á su padre, hícele que me volviese á dar la palabra de la espera de los dos años, tuvome lástima porque era discreto, y consintió que me despidiese de su muger y de su hija Leonora, la qual en compañia de su madre salió á verme á una sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardia y el silencio. Pasmeme quando ví tan cerca de mi tanta hermosura, quise hablar, y añudoseme la voz á la garganta, y pegóseme al paladar la lengua, y ni supe, ni pude hacer otra cosa que callar y dar con mi silencio indicio de mi turbacion, la qual vista por el padre, que era tan cortés como discreto, se abrazó conmigo y dixo: nunca

señor Manuel de Sosa, los dias de partida dan licencia á la lengua que se desmande, y puede ser que este silencio hable en su favor de vuesa merced mas que alguna otra retórica: vuesa merced vaya á exercer su cargo, y vuelva en buen punto, que yo no faltaré ninguno en lo que tocare á servirle: Leonora mi hija es obediente, y mi muger desea darme gusto, y yo tengo el deseo que he dicho, que con estas tres cosas me parece que puede esperar vuesa merced buen suceso en lo que desea.

Estas palabras todas me quedaron en la memoria y en el alma impresas, de tal manera que no se me han olvidado, ni se me olvidarán en tanto que la vida me durare: ni la hermosa Leonora, ni su madre me dixeron palabra, ni yo pude, como he dicho, decir alguna: partime á Berberia, exercité mi cargo con satisfaccion de mi Rey dos años, volví á Lisboa, hallé que la fama y hermosura de

Leonora habia salido ya de los límites de la ciudad y del reyno, y estendidose por Castilla y otras partes, de las quales venian embaxadas de Príncipes y Señores que la pretendian por esposa; pero como ella tenia la voluntad tan sujeta á la de sus padres, no miraba si era ó no solicitada. En fin, viendo yo pasado el término de los dos años, volví á suplicar á su padre me la diese por esposa: hay de mí, que no es posible que me detenga en estas circunstancias! porque á las puertas de mi vida está llamando la muerte, y temo que no me ha de dar espacio para contar mis desventuras, que si así fuese no las tendria yo por tales: finalmente un dia me avisaron que para un domingo venidero me entregarian á mi deseada Leonora, cuya nueva faltó poco para no quitarme la vida de contento: convidé á mis parientes, llamé á mis amigos, hice galas, envié presentes con todos los requisitos que

pudiesen mostrar, ser yo el que me casaba, y Leonora la que habia de ser mi esposa.

Llegóse este dia, y yo fuí acompañado de todo lo mejor de la ciudad á un Monasterio de Monjas, que se llaman de la Madre de Dios, adonde me dixeron, que mi esposa desde el dia de antes me esperaba, que habia sido su gusto, que en aquel Monasterio se celebrase su desposorio con licencia del Arzobispo de la ciudad; detuvose algun tanto el lastimado caballero, como para tomar aliento de proseguir su plática, y luego dixo: llegué al Monasterio, que real y pomposamente estaba adornado: salieron á recibirme casi toda la gente principal del Reyno, que allí aguardándome estaba con infinitas señoras de la ciudad de las mas principales; hundiase el Templo de música, así de voces, como de instrumentos, y en esto salió por la puerta del claustro la sin par Leonora, acompañada de la Priora

y de otras muchas Monjas, vestida de raso blanco acuchillado con saya entera á lo Castellano, tomadas las cuchilladas con ricas y gruesas perlas, venia aforrada la saya en tela de oro verde, traia los cabellos sueltos por las espaldas tan rubios, que deslumbraban los del sol y tan luengos, que casi besaban la tierra: la cintura, collar y anillos que traia, opiniones hubo que valian un reyno; tornó á decir que salió tan bella, tan costosa, tan gallarda, y tan ricamente compuesta y adornada, que causó envidia en las mugeres, y admiracion en los hombres: de mí sé decir que quedé tal con su vista, que me hallé indigno de merecerla por parecerme que la agraviaba, aunque yo fuera el Emperador del mundo.

Estaba hecho un modo de teatro en mitad del cuerpo de la Iglesia, donde desenfadadamente, y sin que nadie lo empachase se habia de celebrar nuestro desposorio:

subió en él primero la hermosa doncella, donde al descubierto mostró su gallardia y gentileza. Pareció á todos los ojos que la miraban, lo que suele parecer la bella Aurora al despuntar del dia, ó lo que dicen las antiguas fábulas, que parecia la casta Diana en los bosques, y algunos creo que hubo tan discretos, que no la acertaron á comparar sino á sí misma: subí yo al teatro pensando que subia á mi cielo, y puesto de rodillas ante ella, casi di demostracion de adorarla. Alzóse una voz en el Templo procedida de otras muchas que decia: vivid felices y luengos años en el mundo, ó dichosos y bellísimos amantes, coronen presto hermosísimos hijos vuestra mesa, y á largo andar se dilate vuestro amor en vuestros nietos; no sepan los rabiosos zelos, ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos, rindase la envidia á vuestros pies, y la buena fortuna no acierte á salir de vuestra casa. Todas

estas razones y deprecaciones santas me colmaban el alma de contento, viendo con qué gusto general llevaba el pueblo mi ventura: en esto la hermosa Leonora me tomó por la mano, y así en pie como estabamos alzando un poco la voz me dixo: bien sabeis, señor Manuel de Sosa, como mi padre os dió palabra que no dispondria de mi persona en dos años, que se habian de contar desde el dia que me pedistes fuese yo vuestra esposa, y tambien si mal no me acuerdo, os dixe yo, viéndome acosada de vuestra solicitud, y obligada de los infinitos beneficios que me habeis hecho, mas por vuestra cortesia que por mis merecimientos, que yo no tomaria otro esposo en la tierra sino á vos; esta palabra mi padre os la ha cumplido, como habeis visto, y yo os quiero cumplir la mia como vereis, y así porque sé que los engaños, aunque sean honrosos y provechosos tienen un no sé qué de trai-

cion, quando se dilatan y entretienen, quiero del que os parecerá que os he hecho sacaros en este instante. Yo, señor mio, soy casada, y en ninguna manera siendo mi esposo vivo puedo casarme con otro; yo no os dexo por ningun hombre de la tierra, sino por uno del cielo, que es Jesu-Christo, Dios y hombre verdadero: él es mi esposo, á él le di la palabra primero que á vos, á él sin engaño y de toda mi voluntad, y á vos con disimulacion y sin firmeza alguna; yo confieso que para escoger esposo en la tierra, ninguno os pudiera igualar, pero habiéndole de escoger en el cielo, ¿quién como Dios? si esto os parece traicion ó descomedido trato, dadme la pena que quisieredes, y el nombre que se os antojare, que no habrá muerte, promesa ó amenaza que me aparte del Crucificado esposo mio. Calló, y al mismo punto la Priora y las otras monjas comenzaron á desnudarla y á cortar-

la la preciosa madexa de sus cabellos: yo enmudeci, y por no dar muestra de flaqueza, tuve cuenta con reprimir las lágrimas que me venian á los ojos, y hincándome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerza la besé la mano, y ella christianamente compasiva me echó los brazos al cuello: alcéme en pie, y alzando la voz de modo que todos me oyesen dixe: *Maria optimam partem elegit*, y diciendo esto me baxé del teatro, y acompañado de mis amigos me volví á mi casa, donde yendo y viniendo con la imaginacion en este estraño suceso, vine casi á perder el juicio, y ahora por la misma causa vengo á perder la vida; y dando un gran suspiro, se le salió el alma, y dió consigo en el suelo.

CAPÍTULO XI.

Acudió con presteza Periandro á verle, y halló que habia espirado de todo punto, dexando á todos

confusos y admirados del triste y no imaginado suceso. Con este sueño, dixo á esta sazon Auristela, se ha escusado este caballero de contárnos qué le sucedio en la pasada noche los trances por donde vino á tan desastrado término, y á la prision de los bárbaros que sin duda debian de ser casos tan desesperados como peregrinos. A lo que añadió el bárbaro Antonio: por maravilla hay desdichado solo que lo sea en sus desventuras: compañeros tienen las desgracias, y por aquí ó por allí siempre son grandes, y entonces lo dexan de ser, quando acaban con la vida del que las padece: dieron luego orden de enterralle, como mejor pudieron, sirvióle de mortaja su mismo vestido, de tierra la nieve y de cruz la que le hallaron en el pecho en un escapulario que era la de Christus por ser caballero de su hábito, y no fuera menester hallarle esta honrosa señal para enterarse de su nobleza, pues las habian dado bien

claras su grave presencia y razonar discreto. No faltaron lágrimas que le acompañasen, porque la compasion hizo su oficio, y las sacó de todos los ojos de los circunstantes: amaneció en esto, volvieron las barcas al agua, pareciéndoles que el mar les esperaba sosegado y blando, y entre tristes y alegres, entre temor y esperanza siguieron su camino sin llevar parte cierta adonde encaminalle.

Estan todos aquellos mares casi cubiertos de islas, todas ó las mas despobladas; y las que tienen gente, es rústica y medio bárbara, de poca urbanidad, y de corazones duros é insolentes, y con todo esto deseaban topar alguna que los acogiese, porque imaginaban que no podian ser tan crueles sus moradores, que no lo fuesen mas las montañas de nieve y los duros y ásperos riscos de las que atras dexaban. Diez dias mas navegaron sin tomar puerto, playa ó abrigo alguno, dexando á entrambas partes,

diestra y siniestra, islas pequeñas; que no prometian estar pobladas de gente. Puesta la mira en una gran montaña que á la vista se les ofrecia y pugnaban con todas sus fuerzas llegar á ella con la mayor brevedad que pudiesen, porque ya sus barcas hacian agua, y los bastimentos á mas andar iban faltando, en fin mas con la ayuda del cielo, como se debe creer, que con las de sus brazos, llegaron á la deseada isla, y vieron andar dos personas por la marina, á quien con grandes voces preguntó Transila, ¿qué tierra era aquella, quién la gobernaba, y si era de Christianos Católicos? Respondieronle en lengua que ella entendió que aquella isla se llamaba Golandia, y que era de Católicos, puesto que estaba despoblada por ser tan poca la gente que tenia, que no ocupaba mas de una casa, que servia de meson á la gente que llegaba á un puerto que estaba detras de un peñon que señaló con la mano; y si vosotros

quien quiera que seais quereis repararos de algunas faltas, seguidnos con la vista que nosotros os pondremos en el puerto.

Dieron gracias á Dios los de las barcas, y siguieron por la mar á los que los guiaban por la tierra, y al volver del peñon que les habian señalado vieron un abrigo que podia llamarse puerto, y en él hasta diez ó doce baxeles, de ellos chicos, de ellos medianos, y de ellos grandes, y fue grande la alegria que de verlos recibieron, pues les daba esperanza de mudar de navios y seguridad de caminar con certeza á otras partes. Llegaron á tierra, salieron así gente de los navios, como del meson á recibirles, saltó en tierra en hombros de Periandro y de los dos bárbaros padre é hijo la hermosa Auristela, vestida con el vestido y adorno con que fue Periandro vendido á los bárbaros por Arnaldo. Salió con ella la gallarda Transila, y la bella bárbara Constanza con Ricla su

madre y todos los demas de las barcas acompañaron este esquadron gallardo. De tal manera causó admiracion, espanto y asombro la bellísima esquadra en los de la mar y la tierra, que todos se postraron en el suelo, y dieron muestras de adorar á Auristela: mirabanla callando, y con tanto respeto, que no acertaban á mover las lenguas, por no ocuparse en otra cosa, que en mirar. La hermosa Transila como ya habia hecho experiencia de que entendian su lengua, fue la primera que rompió el silencio, diciéndoles: A vuestro hospedage nos ha traido la nuestra hasta hoy, contraria fortuna: en nuestro trage y en nuestra mansedumbre echareis de ver, que antes buscamos paz que guerra, porque no hacen batalla las mugeres ni los varones afligidos: acogednos, señores, en vuestro hospedage y en vuestros navios, que las barcas que aquí nos han conducido, aquí dexan el atrevimiento y la voluntad de tornar

otra vez á entregarse á la instabilidad del mar: si aquí se cambia por oro ó por plata lo necesario que se busca, con facilidad y abundancia sereis recompensados de lo que nos dieredes, que por subidos precios que lo vendais, lo recibiremos como si fuese dado.

Uno (milagro estraño) que parecia ser de la gente de los navios, en lengua Española respondió: de corto entendimiento fuera, hermosa señora, el que dudára la verdad que dices, que puesto que la mentira se disimula, y el daño se disfraza con la máscara de la verdad y del bien, no es posible que haya tenido lugar de acogerse á tan gran belleza como la vuestra. El patron de este hospedage es cortesísimo, y todos los de estas naves ni mas ni menos: mirad, si os da mal gusto, volveros á ellas, ó entrar en el hospedage, que en ellas y en él sereis recibidos y tratados como vuestra presencia merece. Entónces viendo el bárbaro

Antonio, ó oyendo, por mejor decir, hablar su lengua dixo: pues el cielo nos ha traido á parte que suene en mis oidos la dulce lengua de mi nacion, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias; vamos, señores, al hospedage, y en reposando algun tanto, daremos órden en volver á nuestro camino, con mas seguridad que la que hasta aquí hemos traído. En esto un grumete que estaba en lo alto de una gravia, dixo á voces en lengua Inglesa: un navio se descubre, que con tendidas velas, y mar y viento en popa viene la vuelta de este abrigo. Alborotáronse todos, y en el mismo lugar donde estaban, sin moverse un paso, se pusieron á esperar el baxel que tan cerca se descubria, y quando estuvo junto, vieron que las hinchadas velas las atravesaban mas cruces rojas, y conocieron que en una vandera que traia en el peñolo de la mayor gavia, venian pintadas las armas de Inglaterra; dis-

paró en llegando dos piezas de gruesa artillería, y luego hasta obra de veinte arcabuces: de la tierra les fue hecha señal de paz con alegres voces, porque no tenian artillería con que responderle.

CAPÍTULO XII.

DONDE SE CUENTA DE QUÉ PARTE, Y QUIEN ERAN LOS QUE VENIAN EN EL NAVIO.

Hecha como se ha dicho la salva de entrambas partes, así del navio como de la tierra, al momento echaron áncoras los de la nave, y arrojaron el esquife al agua, en el qual el primero que saltó, despues de quatro marineros que le adornaron con tapetes, y asieron de los remos, fue un anciano varon, al parecer de edad de sesenta años, vestido de una ropa de terciopelo negro, que le llegaba á los pies, forrada en felpa negra, y ceñida con una de las que llaman

colonias de seda, en la cabeza trahia un sombrero alto y puntiagudo así mismo al parecer de felpa. Tras él baxó al esquife un gallardo y brioso mancebo, de poco mas edad de veinte y quatro años, vestido á lo marinero de terciopelo negro, una espada dorada en las manos, y una daga en la cinta: luego como si los arrojáran echaron de la nave al esquife un hombre lleno de cadenas, y una muger con él enredada, y presa con las cadenas mismas, él de hasta quarenta años de edad, y ella de más de cincuenta, él brioso y despechado, y ella melancólica y triste: impelieron el esquife los marineros: en un instante llegaron á tierra, adonde en sus hombros, y en los de otros soldados arcabuceros, que en el barco venian, sacaron á tierra al viejo, y al mozo, y á los dos prisioneros. Transila, que como los demas, habia estado atentísima, mirando los que en el esquife venian, volviéndose á Auristela le

dixo: por tu vida, señora, que me cubras el rostro con ese velo que traes atado al brazo, porque ó yo tengo poco conocimiento, ó son algunos de los que vienen en este barco, personas que yo conozco, y me conocen: hízolo así Auristela, y en esto llegaron los de la barca á juntarse con ellos, y todos se hicieron bien criados recibimientos: fuese derecho el anciano de la felpa á Transila, diciendo: si mi ciencia no me engaña, y la fortuna no me desfavorece, próspera habrá sido la mia con este hallazgo; y diciendo y haciendo, alzó el velo del rostro de Transila, y se quedo desmayado en sus brazos, que ella se los ofreció, y se los puso, porque no diese en tierra.

Sin duda se puede creer, que este caso de tanta novedad, y tan no esperado, puso en admiracion á los circunstantes, y mas quando le oyeron decir á Transila: ¡O padre de mi alma! ¿qué venida es

esta? ¿quién trae á vuestras venerables canas, y á vuestros cansados años por tierras tan apartadas de la vuestra? ¿Quién le ha de traer, dixo á esta sazon el brioso mancebo, sino el buscar la ventura que sin vos le faltaba? él, y yo, dulcísima señora y esposa mia, venimos buscando el Norte que nos ha de guiar, adonde hallémos el puerto de nuestro descanso; pero pues yá, gracias sean dadas á los cielos, le habemos hallado, haz, señora, que vuelva en sí tu padre Mauricio, y consiente que de su alegria reciba yo parte, recibiéndole á él como padre, y á mí como á tu legítimo esposo. Volvió en sí Mauricio, y sucedióle en su desmayo Transila: acudió Auristela á su remedio, pero no osó llegar á ella Ladislao, que este era el nombre de su esposo, por guardar el honesto decoro, que á Transila se le debia; pero como los desmayos que suceden de alegres, y no pensados acontecimientos, ó

quitan la vida en un instante, ó no duran mucho, fue pequeño espacio el en que estuvo Transila desmayada. El dueño de aquel meson, ó hospedage, dixo: Venid, señores, todos, adonde con mas comodidad, y menos frio del que aquí hace, os deis cuenta de vuestros sucesos: tomaron su consejo, y fueronse al meson, y hallaron que era capaz de alojar una flota. Los dos encadenados se fueron por su pie, ayudándoles á llevar sus hierros los arcabuceros, que como en guarda con ellos venian: acudieron á sus naves algunos, y con tanta priesa como buena voluntad traxeron de ella los regalos que tenian; hízose lumbre, pusiéronse las mesas, y sin tratar entónces de otra cosa, satisfacieron todos la hambre, mas con muchos géneros de pescados que con carnes, porque no se sirvió otra que la de muchos páxaros, que se crian en aquellas partes, de tan estraña manera, que por ser rara y peregrina,

me obliga á que aquí la cuente.

Hincanse unos palos en la orilla de la mar, y entre los escollos, donde las aguas llegan, los quales palos de allí á poco tiempo todo aquello que cubre el agua se convierte en dura piedra, y lo que queda fuera del agua se pudre y se corrompe, de cuya corrupcion se engendra un pequeño pajarillo, que volando á la tierra se hace grande, y tan sabroso de comer, que es uno de los mejores manjares que se usan; y donde hay mas abundancia de ellos, es en las provincias de Iberia y de Irlanda, el qual páxaro se llama Barnaclas. El deseo que tenian todos de saber los sucesos de los recien llegados, les hacia parecer larga la comida, la qual acabada el anciano Mauricio dió una gran palmada en la mesa, como dando señal de pedir, que con atencion le escuchasen: enmudecieron todos, y el silencio les selló los labios, y la curiosidad les abrió los oidos, vien-

do lo qual Mauricio, soltó la voz en tales razones.

En una isla de siete que están circunvecinas á la de Ibernia, nací yo, y tuvo principio mi linage tan antiguo, bien como aquel que es de los Mauricios, que en decir este apellido, le encarezco todo lo que puedo; soy Christiano Católico, y no de aquellos que andan mendigando la fe verdadera entre opiniones: mis padres me criaron en los estudios así de las armas, como de las letras, (si se puede decir que las armas se estudian): he sido aficionado á la ciencia de la Astrología judiciaria, en la qual he alcanzado famoso nombre; caséme, en teniendo edad para tomar estado, con una hermosa y principal muger de mi ciudad, de la qual tuve esta hija que está aquí presente, seguí las costumbres de mi patria, á lo menos en quanto á las que parecian ser niveladas con la razon, y en las que no, con apariencias fingidas mostraba seguirlas,

que tal vez la disimulacion es provechosa; creció esta muchacha á mi sombra, porque le faltó la de su madre, á dos años despues de nacida, y á mí me faltó el arrimo de mi vejez, y me sobró el cuidado de criar la hija, y por salir de él, que es carga dificil de llevar de cansados y ancianos hombros, en llegando á casi edad de darle esposo, en que le diese arrimo y compañía, lo puse en efecto, y el que le escogí fue este gallardo mancebo, que tengo á mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi hija, por parecerme acertado, y aun conveniente, que los padres casen á sus hijas con su beneplacito y gusto, pues no les dan compañía por un dia, sino por todos aquellos que les durare la vida, y de no hacer esto ansí, se han seguido, siguen y seguirán millares de inconvenientes, que los mas suelen parar en desastrados sucesos.

esposo, [illegible]
trato, veis aquí, [illegible] veo [illegible]
con una lanza terciada en las manos á la gran sala, donde toda la gente estaba, á Transila hermosa como el sol, braba como una leona, y ayrada como una tigre.

Aquí llegaba de su historia el anciano Mauricio, escuchándole todos con la atencion posible, quando revistiéndosele á Transila el mismo espíritu que tuvo, al tiempo que se vió en el mismo acto y ocasion que su padre contaba, levantándose en pie, con lengua á quien suele turbar la cólera, con el rostro hecho brasa y los ojos fuego, en efecto, con ademan que la pudiera hacer menos hermosa, si es que los accidentes tienen fuerzas de menoscabar las grandes hermosuras, quitándole á su padre las palabras de la boca, dixo las del siguiente capítulo.

decoro: porque, ¿qué dote puede llevar mas rico una doncella, que serlo? ni ¿qué limpieza puede ni debe agradar mas al esposo, que la que la muger lleva á su podər en su entereza? la honestidad siempre anda acompañada con la vergüenza, y la vergüenza con la honestidad, y si la una, ó la otra comienzan á desmoronarse y á perderse, todo el edificio de la hermosura dará en tierra, y será tenido en precio baxo y asqueroso. Muchas veces habia yo intentado de persuadir á mi pueblo, dexase esta prodigiosa costumbre; pero apenas lo intentaba, quando se me daba en la boca con mil amenazas de muerte, donde vine á verificar aquel antiguo adagio, que vulgarmente se dice, que la costumbre es otra naturaleza, y el mudarla se siente como la muerte. Finalmente, mi hija se encerró en el retraimiento dicho, y estuvo esperando su perdicion, y quando queria ya entrar un hermano de su

Es pues de saber, que en mi patria hay una costumbre, entre muchas malas, la peor de todas, y es, que concertado el matrimonio y llegado el dia de la boda, en una casa principal, para esto diputada, se juntan los novios y sus hermanos, si los tienen, con todos los parientes mas cercanos de entrambas partes, y con ellos el Regimiento de la ciudad, los unos para testigos, y los otros para verdugos, que así los puedo y debo llamar: está la desposada en un rico apartamiento, esperando lo que no sé como pueda decirlo, sin que la vergüenza no me turbe la lengua. Está esperando digo, á que entren los hermanos de su esposo, si los tiene, y algunos de sus parientes mas cercanos, de uno en uno, á coger las flores de su jardin, y á manosear los ramilletes, que ella quisiera guardar intactos para su marido: costumbre bárbara y maldita, que va contra todas las leyes de la honestidad y del buen

CAPITULO XIII.

DONDE TRANSILA PROSIGUE LA HISTORIA Á QUIEN SU PADRE DIÓ PRINCIPIO.

Salí, dixo Transila, como mi padre ha dicho, á la gran sala, y mirando á todas partes, en alta y colerica voz dixe: haceos adelante vosotros, aquellos cuyas deshonestas y bárbaras costumbres van contra las que guarda qualquier bien ordenada república. Vosotros, digo, mas lascivos que religiosos, que con apariencia y sombra de ceremonias vanas quereis cultivar los agenos campos, sin licencia de sus legítimos dueños. Veisme aqui, gente mal perdída, y peor aconsejada, venid, venid, que la razon puesta en la punta de esta lanza defenderá mi partido, y quitará las fuerzas á vuestros malos pensamientos tan enemigos de la honestidad y de la limpieza. Y en di-

ciendo esto, salté en mitad de la turba, y rompiendo por ella, salí á la calle, acompañada de mi mismo enojo, y llegué á la marina, donde cifrando mil discursos que en aquel tiempo hice en uno, me arrojé en un pequeño barco, que sin duda me deparó el cielo, asiendo de dos pequeños remos, me alargué de la tierra todo lo que pude; pero viendo que se daban priesa á seguirme en otros muchos barcos, mas bien parados y de mayores fuerzas impelidos, y que no era posible escaparme, solté los remos, y volví á tomar mi lanza, con intencion de esperarles, y no dexar llevarme á su poder, sino perdiendo la vida, vengando primero, en quien pudiese, mi agravio. Vuelvo á decir otra vez, que el cielo conmovido de mi desgracia, avivó el viento, y llevó el barco, sin impelerle los remos, el mar adentro, hasta que llegó á una corriente ó raudal, que le arrebató como en peso, y le llevó mas adentro, qui-

tando la esperanza á los que tras mí venian de alcanzarme, que no se aventuraron á entrarse en la desenfrenada corriente, que por aquella parte el mar llevaba. Así es verdad, dixo á esta sazon su esposo Ladislao, porque como me llevabas el alma, no pude dexar de seguirte; sobrevino la noche, y perdimoste de vista, y aun perdimos la esperanza de hallarte viva, sino fuese en las lenguas de la fama, que desde aquel punto tomó á su cargo el celebrar tal hazaña por siglos eternos.

Es pues el caso, prosiguió Transila, que aquella noche un viento, que de la mar soplaba, me traxo á la tierra, y en la marina hallé unos pescadores, que benignamente me recogieron y alvergaron, y aun me ofrecieron marido, si no le tenia, y creo sin aquellas condiciones de quien yo iba huyendo: pero la codicia humana que reyna, y tiene su señorío aun entre las peñas y riscos del mar, y en los corazones

duros y campestres, se entró aquella noche en los pechos de aquellos rústicos pescadores, y acordaron entre sí, que pues de todos era la presa que en mi tenian, y que no podia ser dividida en partes para poder repartirme, que me vendiesen á unos corsarios, que aquella tarde habian descubierto no lejos de sus pesquerias: bien pudiera yo ofrecerles mayor precio del que ellos pudieran pedir á los corsarios, pero no quise tomar ocasion de recibir bien alguno de ninguno de mi bárbara pátria, y así al amanecer, habiendo llegado allí los piratas me vendieron, no sé por quánto, habiéndome primero despojado de las joyas que llevaba de desposada: lo que sé decir es, que me trataron los corsarios con mejor término que mis ciudadanos, y me dixeron que no fuese melancólica, porque me llevaban no para ser esclava, sino para esperar ser Reyna, y aun señora de todo el universo, si ya no

mentian ciertas profecías de los bárbaros de aquella isla, de quien tanto se hablaba por el mundo. De como llegué, del recibimiento que los bárbaros me hicieron, de como aprendí su lengua en este tiempo, que ha que falté de vuestra presencia, de sus ritos, ceremonias y costumbres, del vano asunto de sus profecías, y del hallazgo de estos señores con quien vengo, y del incendio de la isla, que ya queda abrasada y de nuestra libertad, diré otra vez, que por agora basta lo dicho, y quiero dar lugar á que mi padre me diga, ¿qué ventura le ha traido á darmela tan buena, quando menos la esperaba?

Aquí dió fin Transila á su plática, teniendo á todos colgados de la suavidad de su lengua, y admirados del estremo de su hermosura, que despues de la de Auristela ninguna se le igualaba. Mauricio, su padre, entónces dixo: Ya sabes, hermosa Transila, querida hija, como en sus estudios y exer-

cicios, entre otros muchos gustos y loables, me llevaron tras sí los de la Astrología judiciaria, como aquellos que quando aciertan, cumplen el natural deseo que todos los hombres tienen, no solo de saber lo pasado y presente, sino lo por venir. Viéndote pues perdída, noté el punto, observé los astros, miré el aspecto de los planetas, señalé los sitios y casas necesarias, para que respondiese mi trabajo á mi deseo: porque ninguna ciencia, en quanto á ciencia, engaña; el engaño está en quien no la sabe, principalmente la del Astrología, por la velocidad de los cielos que se lleva tras sí todas las estrellas, las quales no influyen en este lugar lo que en aquel, ni en aquel lo que en éste: y así el Astrólogo judiciario, si acierta alguna vez en sus juicios, es por arrimarse á lo mas probable, y á lo mas experimentado, y el mejor Astrólogo del mundo, puesto que muchas veces se engaña, es el demonio, porque

no solamente se juzga de lo por venir, por la ciencia que sabe, sino tambien por las premisas y conjeturas; y como ha tanto tiempo que tiene experiencia de los casos pasados y tanta noticia de los presentes, con facilidad se arroja á juzgar de los por venir, lo que no tenemos los aprendices de esta ciencia, pues hemos de juzgar siempre á tiento, y con poca seguridad; con todo eso alcancé, que tu perdicion habia de durar dos años, y que te habia de cobrar este dia y en esta parte, para remozar mis canas, y para dar gracias á los cielos del hallazgo de mi tesoro, alegrando mi espiritu con tu presencia, puesto que sé que ha de ser á costa de algunos sobresaltos que por la mayor parte las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de desdichas, las quales tieñen jurisdiccion y un modo de licencia, de entrarse por los buenos sucesos para darnos á entender, que ni el bien es eterno, ni el mal durable. Los cielos

seran servidos, dixo á esta sazon Auristela, que habia gran tiempo que callaba, de darnos próspero viage, pues nos le promete tan buen hallazgo. La muger prisionera que habia estado escuchando con grande atencion el razonamiento de Transila, se puso en pie á pesar de sus cadenas, y al de la fuerza que le hacia para que no se levantase el que con ella venia preso, y con voz levantada dixo.

CAPÍTULO XIV.

DONDE SE DECLARAN QUIEN ERAN LOS QUE TAN AHERROJADOS VENIAN.

Si es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos, concédaseme á mí por esta vez donde la brevedad de mis razones templará el fastidio que tuvieredes de escuchallas. Haste quejado dixo (volviéndose á Transila) señora doncella, de la bárbara cos-

tumbre de los de tu ciudad, como si lo fuera, aliviar el trabajo á los menesterosos, y quitar la carga á los flacos: sí, que no es error, por bueno que sea un caballo, pasearle la carrera primero que se ponga en él su dueño, ni va contra la honestidad el uso y costumbre, si en él no se pierde la honra, y se tiene por acertado lo que no lo parece: sí, que mejor gobernará el timon de una nave, el que hubiere sido marinero, que no el que sale de las escuelas de la tierra para ser piloto: la experiencia en todas las cosas es la mejor maestra de las artes, y así mejor te fuera entrar experimentada en la compañía de tu esposo, que rústica é inculta. Apenas oyó esta razon última el hombre que consigo venia atado, quando dixo, poniéndole el puño cerrado junto al rostro, amenazándola. ¡O Rosamunda, ó por mejor decir, rosa inmunda, porque munda ni lo fuistes, ni lo eres, ni lo serás en tu vida, si vivieses

más años que los mismos tiempos, y así no me maravillo de que te parezca mal la honestidad, ni el buen recato á que estan obligadas las honradas doncellas.

Sabed, Señores (mirando á todos los circunstantes prosiguió), que esta muger que aquí veis atada como loca y libre como atrevida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido concubina y amiga del Rey de Inglaterra, de cuyas impúdicas costumbres hay largas historias y longuisimas memorias entre todas las gentes del mundo: ésta mandó al Rey, y por añadidura á todo el reyno, puso leyes, quitó leyes, levantó caidos viciosos, y derribó levantados virtuosos; cumplió sus gustos tan torpe como públicamente en menoscabo de la autoridad del Rey, y en muestra de sus torpes apetitos, que fueron tantas las muestras y tan torpes y tantos sus atrevimientos, que rompiendo los lazos de diamante y las redes de bronce con

que tenia ligado el corazon del Rey, le movieron á apartarla de sí, y á menospreciarla en el mismo grado que la habia tenido en precio: quando ésta estaba en la cumbre de su rueda, y tenia asida por la guedexa á la fortuna, vivia yo despechado, y con deseo de mostrar al mundo, quan mal estaban empleados los de mi Rey y Señor natural: tengo un cierto espiritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre; deleytanme las maliciosas agudezas, y por decir una, perderé yo no solo un amigo, pero cien mil vidas. No me ataban la lengua prisiones, ni enmudecian destierros, ni atemorizaban amenazas, ni enmendaban castigos: finalmente á entrambos á dos llegó el dia de nuestra última paga, á ésta mandó el Rey que nadie en toda la ciudad ni en todos sus reynos y señorios le diese, ni dado ni por dineros otro algun sustento que pan y agua, y que á mí junto con ella

nos traxesen á una de las muchas islas que por aquí hay que fuese despoblada, y aquí nos dexasen, pena que para mí ha sido mas mala que quitarme la vida, porque la que con ella paso, es peor que la muerte.

Mira, Clodio, dixo á esta sazon Rosamunda, quan mal me hallo yo en tu compañia, que mil veces me ha venido al pensamiento de arrojarme en la profundidad del mar, y si lo he dexado de hacer es por no llevarte conmigo, que si en el infierno pudiera estar sin tí, se me aliviaran las penas. Yo confieso, que mis torpezas han sido muchas, pero han caido sobre sugeto flaco y poco discreto; mas las tuyas han cargado sobre varoniles hombros y sobre discrecion experimentada, sin sacar de ellas otra ganancia que una delectacion mas ligera que la menuda paja, que en volubles remolinos revuelve el viento: tú has lastimado mil agenas honras, has aniquilado ilustres

créditos, has descubierto secretos escondidos y contaminado linages claros; haste atrevido á tu Rey, á tus ciudadanos, á tus amigos y á tus mismos parientes, y en son de decir gracias, te has desgraciado con todo el mundo; bien quisiera yo que quisiera el Rey, que en pena de mis delitos acabára con otro género de muerte la vida en mi tierra, y no con el de las heridas que á cada paso me da tu lengua, de la qual tal vez no estan seguros los cielos, ni los santos. Con todo eso, dixo Clodio, jamas me ha acusado la conciencia de haber dicho alguna mentira. A tener tú conciencia, dixo Rosamunda, de las verdades que has dicho, tenias harto de que acusarte, que no todas las verdades han de salir en público, ni á los ojos de todos. Sí, dixo á esta sazon Mauricio, sí, que tiene razon Rosamunda, que las verdades de las culpas cometidas en secreto, nadie ha de ser osado de sacarlas en público especialmen-

te las de los Reyes y Príncipes que nos gobiernan; sí, que no toca á un hombre particular reprehender á su Rey y Señor, ni sembrar en los oidos de sus vasallos las faltas de su Príncipe, porque esto no será causa de enmendarle, sino de que los suyos no lo estimen; y si la correccion ha de ser fraterna entre todos, ¿por qué no ha de gozar de este privilegio el Príncipe? ¿por qué le han de decir públicamente y en el rostro sus defectos? que tal vez la reprehension pública y mal considerada, suele endurecer la condicion del que la recibe y volverle antes pertinaz que blando: y como es forzoso que la reprehension caiga sobre culpas verdaderas ó imaginadas, nadie quiere que le reprehendan en público; y así dignamente los satíricos, los maldicientes, los mal intencionados son desterrados, y echados de sus casas sin honra, y con vituperio, sin que les quede otra alabanza, que llamarse agudos sobre ve-

llacos, y vellacos sobre agudos, y es como lo que suele decirse: La traicion contenta, pero el traidor enfada: y hay mas, que las honras que se quitan por escrito, como vuelan y pasan de gente en gente, no se pueden reducir á restitucion, sin la qual no se perdonan los pecados. Todo lo sé, respondió Clodio, pero si quieren que no hable, ó escriba, córtenme la lengua y las manos, y aun entonces pondré la boca en las entrañas de la tierra, y daré voces como pudiere, y tendré esperanza que de allí salgan las cañas del Rey Midas.

Ahora bien, dixo á esta sazon Ladislao, háganse estas paces, casemos á Rosamunda con Clodio, quizá con la bendicion del Sacramento del matrimonio, y con la discrecion de entrambos, mudando de estado, mudarán de vida. Aun bien, dixo Rosamunda, que tengo aqui un cuchillo, con que podré hacer una ó dos puertas en mi pecho, por donde salga el alma, que

ya tengo casi puesta en los dientes, en solo haber oido este tan desastrado y desatinado casamiento. Yo no me mataré, dixo Clodio, porque aunque soy murmurador y maldiciente, el gusto que recibo de decir mal, quando digo bien, es tal, que quiero vivir, porque quiero decir mal; verdad es, que pienso guardar la cara á los Príncipes, porque ellos tienen largos brazos, y alcanzan adonde quieren y á quien quieren, y ya la experiencia me ha mostrado, que no es bien ofender á los poderosos, y la caridad christiana enseña, que por el Príncipe bueno se ha de rogar al cielo por su vida y por su salud, y por el malo que le mejore y enmiende. Quien todo eso sabe, dixo el bárbaro Antonio, cerca está de enmendarse: no hay pecado tan grande, ni vicio tan apoderado, que con el arrepentimiento no se borre ó quite del todo: la lengua maldiciente es como espada de dos filos que corta hasta los huesos, ó

como rayo del cielo, que sin romper la vaina, rompe y desmenuza el azero que cubre, y aunque las conversaciones y entretenimientos se hacen sabrosos con' la sal de la murmuracion, todavia suelen tener los dexos las mas veces amargos y desabridos: es tan ligera la lengua como el pensamiento, y si son malas las preñeces de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua; y son las palabras como las piedras que se sueltan de la mano, que no se pueden revocar, ni volver á la parte donde salieron, hasta que han hecho su efecto; pocas veces el arrepentirse de haberlas dicho, menoscaba la culpa del que las dixo, aunque ya tengo dicho, que un buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma.

CAPÍTULO XV.

En esto estaban, quando entró un marinero en el hospedage, diciendo á voces: Un baxel grande viene con las velas tendidas, encaminado á este puerto, y hasta agora no he descubierto señal que me dé á entender de qué parte sea. Apenas dixo esto, quando llegó á sus oidos el són horrible de muchas piezas de artillería, que el baxel disparó al entrar del puerto, todas limpias y sin bala alguna, señal de paz y no de guerra: de la misma manera le respondió el baxel de Mauricio y toda la arcabucería de los soldados que en él venian. Al momento todos los que estaban en el hospedage, salieron á la marina: en viendo Periandro el baxel recien llegado, conoció ser el de Arnaldo, Principe de Dinamarca, de que no recibió contento alguno, antes se le revolvieron las entrañas, y el corazon le

comenzó á dar saltos en el pecho. Los mismos accidentes y sobresaltos recibió en el suyo Auristela, como aquella que por larga experiencia sabia la voluntad que Arnaldo le tenia, y no podia acomodar su corazon á pensar, ¿cómo podria ser que las voluntades de Arnaldo y Periandro se aviniesen bien, sin que la rigurosa y desesperada flecha de los zelos no los atravesase las almas?

Ya estaba Arnaldo en el esquife de la nave, y ya llegaba á la orilla, quando se adelantó Periandro á recibille; pero Auristela no se movió del lugar donde primero puso el pie, y aun quisiera que allí se le hincáran en el suelo, y se volvieran en torcidas raices, como se volvieron los de la hija de Peneo, quando el ligero corredor Apolo la seguia. Arnaldo que vió á Periandro, le conoció, y sin esperar que los suyos le sacasen en hombros á la tierra, de un salto que dió desde la popa del esquife,

se puso en ella y en los brazos de Periandro que con ellos abiertos le recibió, y Arnaldo le dixo: Si yo fuese tan venturoso, amigo Periandro, que contigo hallase á tu hermana Auristela, ni tendria mal que temer, ni otro bien mayor que esperar. Conmigo está, valeroso señor, respondió Periandro, que los cielos atentos á favorecer tus virtuosos y honestos pensamientos, te la han guardado, con la entereza que tambien ella por sus buenos deseos merece. Ya en esto se habia comunicado por la nueva gente y por la que en la tierra estaba, quien era el Príncipe que en la nave venia: y todavia estaba Auristela como estaba, sin voz, inmovible, y junto á ella la hermosa Transila y las dos, al parecer bárbaras Ricla y Constanza: llegó Arnaldo, y puesto de hinojos ante Auristela, le dixo: Seais bien hallada, norte, por donde se guian mis honestos pensamientos, y estrella fixa que me lleva al puerto don-

de han de tener reposo mis buenos deseos. A todo esto no respondió palabra Auristela, antes le vinieron las lagrimas á los ojos, que comenzaron á bañar sus rosadas mexillas. Confuso Arnaldo de tal accidente, no supo determinarse, si de pesar ó de alegría podia proceder semejante acontecimiento: mas Periandro que todo lo notaba, y en qualquier movimiento de Auristela tenia puestos los ojos, sacó á Arnaldo de duda, diciéndole: Señor, el silencio y las lagrimas de mi hermana nacen de admiracion y de gusto; la admiracion del verte en parte tan no esperada, y las lagrimas del gusto de haberte visto: ella es agradecida, como lo deben ser las bien nacidas, y conoce las obligaciones en que la has puesto de servirte, con las mercedes y limpio tratamiento que siempre le has hecho. Fuéronse con esto al hospedage, volvieron á colmarse las mesas de manjares, llenáronse de regocijo los pechos, porque se lle-

naron las tazas de generosos vinos, que quando se trasiegan por la mar de un cabo á otro, se mejoran de manera que no hay nectar que se les iguale. Esta segunda comida se hizo por respeto del Príncipe Arnaldo: contó Periandro al Príncipe, lo que le sucedió en la isla bárbara, con la libertad de Auristela, con todos los sucesos y puntos que hasta aquí se han contado, con que se suspendió Arnaldo, y de nuevo se alegraron y admiraron todos los presentes.

CAPÍTULO XVI.

En esto el patron del hospedage dixo: No sé, si diga que me pesa de la bonanza que prometen en el mar las señales del cielo: el sol se pone claro y limpio, cerca ni lejos no se descubre celage alguno, las olas hieren la tierra blanda y suavemente, y las aves salen al mar á espaciarse, que todos estos son indicios de serenidad firme y du-

radera, cosa que ha de obligar, á que me dexen solo tan honrados huespedes, como la fortuna á mi hospedage ha traido. Así será, dixo Mauricio, que puesto que vuestra noble compañia se ha de tener por agradable y cara, el deseo de volver á nuestra patria no consiente, que mucho tiempo la gocemos: de mí se decir, que esta noche á la primera guarda me pienso hacer á la vela, si con mi parecer viene el de mi piloto y el de estos señores soldados que en el navío vienen. A lo que añadió Arnaldo: Siempre la pérdida del tiempo no se puede cobrar, y la del que se pierde en la navegacion es irremediable: en efecto, entre todos los que en el puerto estaban, quedó de acuerdo, que en aquella noche fuesen de partida la vuelta de Inglaterra, á quien todos iban encaminados. Levantóse Arnaldo de la mesa, y asiendo de la mano á Periandro, le sacó fuera del hospedage, donde á solas, y sin ser oido de nadie, le dixo: No

es posible, Periandro amigo, sino que tu hermana Auristela te habrá dicho la voluntad, que en dos años que estuvo en poder del Rey mi padre, le mostré tan ajustada con sus honestos deseos, que jamas me salieron palabras á la boca, que pudiesen turbar sus castos intentos, nunca quise saber mas de su hacienda, de aquello que ella quiso decirme, pintándola en mi imaginacion, no como persona ordinaria y de baxo estado, sino como á Reyna de todo el mundo, porque su honestidad, su gravedad, su discrecion tan en estremo estremada, no me daba lugar á que otra cosa pensase: mil veces me la ofrecí por su esposo, y esto con voluntad de mi padre, y aun me parecia que era corto mi ofrecimiento: respondióme siempre, que hasta verse en la Ciudad de Roma, adonde iba á cumplir un voto, no podia disponer de su persona: jamas me quiso decir su calidad, ni la de sus padres, ni yo, como ya he dicho,

le importuné me la dixese, pues ella sola por sí misma, sin que traiga dependencia de otra alguna nobleza, merece no solamente la Corona de Dinamarca, sino de toda la Monarquía de la tierra. Todo esto te he dicho, Periandro, para que como varon de discurso y entendimiento consideres que no es muy baxa la ventura que está llamando á las puertas de tu comodidad y la de tu hermana, á quien desde aquí me ofrezco por su esposo, y prometo de cumplir este ofrecimiento, quando ella quisiere, y adonde quisiere, aquí debaxo de estos pobres techos, ó en los dorados de la famosa Roma; y asimismo te ofrezco de contenerme en los límites de la honestidad y buen decoro, si bien viese consumirse en los ahincos y deseos que trae consigo la concupiscencia desenfrenada y la esperanza propinqua que suele fatigar mas que la apartada.

Aquí dió fin á su plática Arnaldo, y estuvo atentísimo á lo que

Periandro habia de responderle, que fue: Bien conozco, valeroso Príncipe Arnaldo, la obligacion en que yo y mi hermana te estamos por las mercedes que hasta aquí nos has hecho, y por la que agora de nuevo nos haces: á mí, por ofrecerte por mi hermano, y á ella por esposo: pero aunque parezca locura, que dos miserables peregrinos desterrados de su patria no admitan luego luego el bien que se les ofrece, te sé decir, no ser posible el recebirle, como es posible el agradecerle: mi hermana y yo vamos llevados del destino y de la eleccion á la santa ciudad de Roma, y hasta vernos en ella, parece que no tenemos ser alguno, ni libertad para usar de nuestro alvedrío; si el cielo nos llevare á pisar la santísima tierra, y adorar sus santas reliquias, quedarémos en disposicion de disponer de nuestras hasta agora impedidas voluntades, y entonces será la mia toda empleada en servirte: sé te decir tambien, que

si llegares al cumplimiento de tu buen deseo, llegarás á tener una esposa de ilustrísimo linage nacida, y un hermano que lo sea mejor que cuñado; y entre las muchas mercedes que entrambos á dos hemos recibido, te suplico me hagas á mí una, y es, que no me preguntes mas de nuestra hacienda y de nuestra vida, porque no me obligues á que sea mentiroso, inventando quimeras que decirte mentirosas y falsas, por no poder contarte las verdaderas de nuestra historia. Dispón de mí, respondió Arnaldo, hermano mio, á toda tu voluntad y gusto, haciendo cuenta que yo soy cera, y tú el sello que has de imprimir en mí lo que quisieres; y si te parece, sea nuestra partida esta noche á Inglaterra, que de allí facilmente pasarémos á Francia y á Roma, en cuyo viage y del modo que quisieredes, pienso acompañaros, si de ello gustaredes. Aunque le peso a Periandro de este último ofrecimiento, le admitio, es-

perando en el tiempo y en la dilacion, que tal vez mejora los sucesos; y abrazándose los dos cuñados en esperanza, se volvieron al hospedage á dar traza en su partida.

Habia visto Auristela, como Arnaldo y Periandro habian salido juntos, y estaba temerosa del fin que podia tener el de su platica: y puesto que conocia la modestia en el Príncipe Arnaldo y la mucha discrecion de Periandro, mil géneros de temores la sobresaltaban, pareciéndole que como el amor de Arnaldo igualaba á su poder, podia remitir á la fuerza sus ruegos, que tal vez en los pechos de los desdeñados amantes se convierte la paciencia en rabia, y la cortesia en descomedimiento; pero quando los vió venir tan sosegados y pacíficos, cobró casi los perdidos espíritus. Clodio, el maldiciente, que ya habia sabido quien era Arnaldo, se le echo á los pies, y le suplicó le mandase quitar la cadena y apartar de la compañía de Rosamunda.

Mauricio le contó luego la condicion, la culpa y la pena de Clodio y la de Rosamunda, movido á compasion de ellos, hizo por un Capitan que los traia á su cargo, que los desherrasen y se los entregasen, que él tomaba á su cargo alcanzarles perdon de su Rey, por ser su grande amigo. Viendo lo qual el maldiciente Clodio, dixo: Si todos los señores se ocupasen en hacer buenas obras, no habria quien se ocupase en decir mal de ellos, pero, ¿por qué ha de esperar el que obra mal, que digan bien de él?; y si las obras virtuosas y bien hechas son calumniadas de la malicia humana, ¿por qué no lo serán las malas? ¿por qué ha de esperar el que siembra, cizaña y maldad, dé buen fruto su cosecha? Llévame contigo, ó Príncipe, y verás como pongo sobre el cerco de la luna tus alabanzas. No, no, respondió Arnaldo, no quiero que me alabes por las obras que en mí son naturales: y mas que la alaban-

za tanto es buena, quanto es bueno el que la dice, y tanto es mala, quanto es vicioso y malo el que alaba; que si la alabanza es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabanza, y si vicioso, vituperio.

CAPÍTULO XVII.

DA CUENTA ARNALDO DEL SUCESO DE TAURISA.

Con gran deseo estaba Auristela de saber lo que Arnaldo y Periandro pasaron en la plática que tuvieron fuera del hospedage, y aguardaba comodidad para preguntarselo á Periandro, y para saber de Arnaldo, qué se habia hecho su doncella Taurisa, y como si Arnaldo le adivinára los pensamientos, le dixo: Las desgracias que has pasado, hermosa Auristela, te habrán llevado de la memoria las que tenias en obligacion de acordarte de ellas, entre las quales querria que hubie-

sen borrado de ella á mí mismo que con sola la imaginacion de pensar que algun tiempo he estado con ella, viviria contento, pues no puede haber olvido de aquello de quien no se ha tenido acuerdo: el olvido presente cae sobre la memoria del acuerdo pasado; pero como quiera que sea, acuérdesete de mí, ó no te acuerdes, de todo lo que hicieres estoy contento; que los cielos que me han destinado para ser tuyo, no me dexan hacer otra cosa; mi alvedrio lo es para obedecerte; tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas, que despues que te robaron de mi Reyno, te han sucedido: unas me han admirado, otras suspendido, y estas y aquellas espantado; veo asimismo que tienen fuerza las desgracias para borrar de la memoria algunas obligaciones que parecen forzosas: ni me has preguntado por mi padre, ni por Taurisa tu doncella: á él dexé yo bueno y con deseo de que te buscase y te hallase: á ella la

traxe conmigo con intencion de venderla á los bárbaros, para que sirviese de espia, y viese, si la fortuna te habia llevado á su poder: de como vino al mio tu hermano Periandro, ya él te lo habrá contado, y el concierto que entre los dos hicimos; y aunque muchas veces he probado volver á la isla Barbara, los vientos contrarios no me han dexado, y ahora volvia con la misma intencion y con el mismo deseo, el qual me ha cumplido el cielo con bienes de tantas ventajas, como son, de tenerte en mi presencia, alivio universal de mis cuidados. Taurisa tu doncella, habrá dos dias que la entregué á dos caballeros amigos mios, que encontré en medio de ese mar, que en un poderoso navío iban á Irlanda, á causa que Taurisa iba muy mala y con poca seguridad de la vida, y como este navío en que yo ando, mas se puede llamar de corsario que de hijo de Rey, viendo que en él no habia regalos ni medicinas que

piden los enfermos, se la entregué para que la llevasen á Irlanda, y la entregasen á su Príncipe, que la regalase, curase y guardase, hasta que yo mismo fuese por ella. Hoy he dexado apuntado con tu hermano Periandro, que nos partamos mañana, ó ya para Inglaterra, ó ya para España ó Francia, que á do quiera que arribemos, tendrémos segura comodidad, para poner en efecto los honestos pensamientos que tu hermano me ha dicho que tienes, y yo en este entretanto llevaré sobre los hombros de mi paciencia mis esperanzas, sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento; con todo esto te ruego, señora, y te suplico que mires si con nuestro parecer viene y ajusta el tuyo, que si algun tanto disuena, no le pondrémos en execucion. Yo no tengo otra voluntad, respondió Auristela, sino la de mi hermano Periandro, ni él, pues es discreto, querrá salir un punto de la tuya. Pues si así es, replicó

Arnaldo, no quiero mandar sino obedecer, porque no digan que por la calidad de mi persona me quiero alzar con el mando á mayores. Esto fue lo que pasó á Arnaldo con Auristela, la qual se lo contó todo á Periandro; y aquella noche Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao y los dos Capitanes, el del navío Ingles, con todos los que salieron de la isla Bárbara, entraron en consejo, y ordenaron su partida en la forma siguiente.

CAPÍTULO XVIII.

DONDE MAURICIO SABE POR LA ASTROLOGÍA UN MAL SUCESO QUE LES AVINO EN EL MAR.

En la nave donde vinieron Mauricio y Ladislao, los Capitanes y soldados que traxeron á Rosamunda y á Clodio, se embarcaron todos aquellos que salieron de la mazmorra y prision de la isla Bárbara, y en el navío de Arnaldo se aco-

modaron Periandro, Auristela, Ricla y Constanza, y los dos Antonios, padre é hijo, Ladislao, Mauricio y Transila, sin consentir Arnaldo que se quedasen en tierra Clodio y Rosamunda: Rutilio se acomodó con Arnaldo: hicieron agua aquella noche, recogiendo y comprando del huesped todos los bastimentos que pudieron; y habiendo mirado los puntos mas convenientes para su partida, dixo Mauricio, que si la buena suerte les escapaba de una mala, que les amenazaba muy propinqua, tendria buen suceso su viage, y que el tal peligro, puesto que era de agua, no habia de suceder si sucediese, por borrasca ni tormenta del mar ni de tierra; sino por una traicion mezclada y aun forjada del todo de deshonestos y lascivos deseos. Periandro, que siempre andaba sobresaltado con la compañía de Arnaldo, vino á temer si aquella traicion habia de ser fabricada por el Príncipe para alzarse con

la hermosa Auristela, pues la habia de llevar en su navío; pero opúsose á todo este mal pensamiento la generosidad de su ánimo, y no quiso creer lo que temia, por parecerle que en los pechos de los valerosos Príncipes no deben hallar acogida alguna las traiciones; pero no por esto dexó de pedir y rogar á Mauricio mirase muy bien de qué parte les podia venir el daño que les amenazaba: Mauricio respondió que no lo sabia, puesto que le tenia por cierto, y aunque templaba su rigor, con que ninguno de los que en él se hallasen, habia de perder la vida, sino el sosiego y la quietud, pues habian de ver rompidos la mitad de sus designios y su mas bien encaminadas esperanzas. A lo que Periandro le replicó, que detuviesen algunos dias la partida, quizá con la tardanza del tiempo se mudarian, ó se templarian los influxos rigurosos de las estrellas. No, replicó Mauricio: mejor es arrojar-

nos en las manos de este peligro, pues no llega á quitar la vida que no intentar otro camino, que nos lleve á perderla. Ea pues, dixo Periandro, echada está la suerte, partamos en buen hora, y haga el cielo lo que ordenado tiene, pues nuestra diligencia no lo puede escusar. Satisfizo Arnaldo al huesped magníficamente con muchos dones el buen hospedage, y unos en unos navíos y otros en otros, cada qual segun y como vió que mas le convenia, dexó el puerto desembarazado y se hizo á la vela. Salió el navío de Arnaldo adornado de ligeras flámulas y banderetas, y de pintados y vistosos gallardetes: al zarpar los hierros, y tirar las ancoras disparó así la gruesa como la menuda artillería, rompieron los ayres los sones de las chirimias y los de otros instrumentos músicos y alegres: oyéronse las voces de los que decian reiterándolo á menudo: buen viage, buen viage.

A todo esto no alzaba la cabeza

de sobre el pecho la hermosa Auristela, que casi como presága del mal que le habia de venir iba pensativa: mirábala Periandro, y remirábala Arnaldo, teniéndola cada uno hecha blanco de sus ojos, fin de sus pensamientos y principio de sus alegrias: acabóse el dia, entróse la noche clara, serena, despejando un ayre blando los celages, que parece que se iban á juntar si los dexaran. Puso los ojos en el cielo Mauricio, y de nuevo tornó á mirar en su imaginacion las señales de la figura que habia levantado, y de nuevo confirmó el peligro que les amenazaba; pero nunca supo atinar de qué parte les vendria. Con esta confusion y sobresalto quedó dormido encima de la cubierta de la nave, y de allí á poco despertó despavorido, diciendo á grandes voces: traicion, traicion, traicion, despierta Príncipe Arnaldo, que los tuyos nos matan. A cuyas voces se levantó Arnaldo que no dormia, puesto que estaba echado junto á

Periandro en la misma cubierta, y dixo: ¿qué has, amigo Mauricio, quién nos ofende ó quien nos mata? ¿todos los que en este navio vamos no somos amigos? ¿no son todos los mas vasallos y criados mios? ¿el cielo no está claro y sereno? ¿el mar tranquilo y blando, y el baxel sin tocar en escollo ni en baxio no navega? ¿hay alguna rémora que nos detenga? pues sino hay nada de esto de qué temes, que ansi con tus sobresaltos nos atemorizas? No sé, replicó Mauricio: haz, señor que baxen los buzanos á la sentina, que sino es sueño, á mí me parece que nos vamos anegando. No hubo bien acabado esta razon, quando quatro ó seis marineros se dexaron calar al fondo del navio, y le requirieron todo porque eran famosos buzanos, y no hallaron costura alguna por donde entrase agua al navio, y vueltos á la cubierta dixeron, que el navio iba sano y entero, y que el agua de la sentina estaba turbia

y hedionda, señal clara de que no entraba agua nueva en la nave. Así debe de ser, dixo Mauricio, sino que yo como viejo, en quien el temor tiene su asiento de ordinario, hasta los sueños me espantan, y plega á Dios que este mi sueño lo sea, que yo me holgaria de parecer viejo temeroso, antes que verdadero judiciario. Arnaldo le dixo: sosegaos, buen Mauricio, porque vuestros sueños le quitan á estas señoras. Yo lo haré así si puedo, respondió Mauricio, y tornándose á echar sobre la cubierta, quedó el navio lleno de muy sosegado silencio, en el qual Rutilio que iba sentado al pie del árbol mayor convidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo ó de la voz que la tenia estremada, al són del viento que dulcemente heria en las velas en su propia lengua Toscana comenzó á cantar esto, que vuelto en lengua Española, así decia:

Huye el rigor de la invencible mano
advertido, y enciérrase en el arca
de todo el mundo el general Monarca
con las reliquias del linage humano.

El dilatado asilo, el soberano
lugar rompe los fueros de la Parca,
que entónces fiera y licenciosa abarca,
quanto alienta y respira el ayre vano.

Vense en la excelsa máquina encerrarse
el leon y el cordero, y en segura
paz la paloma al fiero alcon unida.

Sin ser milagro, lo discorde amarse,
que en el comun peligro y desventura
la natural inclinacion se olvida.

El que mejor entendió lo que cantó Rutilio, fue el bárbaro Antonio, el qual le dixo asimismo: Bien canta Rutilio, y si por ven-

tura es suyo el soneto que ha cantado, no es mal Poëta, aunque ¿cómo lo puede ser bueno un oficial? pero no digo bien, que yo me acuerdo haber visto en mi pátria, España, Poëtas de todos los oficios: esto dixo en voz que la oyó Mauricio, el Príncipe y Periandro, que no dormian, y Mauricio dixo: posible cosa es que un oficial sea Poëta, porque la Poesía no está en las manos, sino en el entendimiento, y tan capáz es el alma del sastre para ser Poëta, como la de un maese de campo, porque las almas todas son iguales y de una misma masa en sus principios, criadas y formadas por su Hacedor; y segun la caxa y temperamento del cuerpo, donde las encierra, así parecen ellas mas ó menos discretas, y atienden y se aficionan á saber las ciencias, artes ó habilidades á que las estrellas mas las inclinan: pero mas principalmente y propia se dice, que el Poëta *nascitur*. Así que no hay que ad-

mirar, de que Rutilio sea Poëta, aunque haya sido maestro de danzar. Y tan grande, replicó Antonio, que ha hecho cabriolas en el ayre mas arriba de las nubes. Así es, respondió Rutilio, que todo esto estaba escuchando, que yo las hice casi junto al cielo, quando me traxo caballero en el manto aquella hechicera desde Toscana mi pátria hasta Noruega, donde la maté, que se habia convertido en figura de loba, como ya otras veces he contado. Eso de convertirse en lobas y lobos algunas gentes de estas Setentrionales, es un error grandísimo, dixo Mauricio, aunque admitido de muchos. ¿Pues cómo es esto, dixo Arnaldo, que comunmente se dice y se tiene por cierto, que en Inglaterra andan por los campos manadas de lobos, que de gentes humanas se han convertido en ellos? Eso, respondió Mauricio, no puede ser en Inglaterra, porque en aquella isla templada y fertilísima no solo no

se crian lobos, pero ningun otro animal nocivo, como si dixesemos serpientes, vívoras, sapos, arañas y escorpiones, antes es cosa llana y manifiesta, que si algun animal ponzoñoso traen de otras partes á Inglaterra, en llegando á ella muere; y si de la tierra de esta isla llevan á otra parte alguna tierra y cercan con ella á alguna vívora, no osa, ni puede salir del cerco que la aprisiona y rodea, hasta quedar muerta. Lo que se ha de entender de esto de convertirse en lobos, es, que hay una enfermedad, á quien llaman los médicos mania lupina, que es de calidad, que al que la padece, le parece que se ha convertido en lobo, y ahulla como lobo, y se junta con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos y por los montes ladrando, ya como perros, ó ya ahullando como lobos; despedazan los árboles, matan á quien encuentran, y comen la carne cruda de los muertos, y hoy dia

sé yo, que hay en la isla de Sicilia, que es la mayor del mar Mediterraneo, gentes de este género, á quien los Sicilianos llaman lobos menar, los quales antes que les dé tan pestífera enfermedad, lo sienten y dicen á los que están junto á ellos, que se aparten y huyan de ellos, ó que los aten ó encierren, porque sino se guardan, los hacen pedazos á bocados, y los desmenuzan, si pueden, con las uñas, dando terribles y espantosos ladridos, y es esto tanta verdad, que entre los que se han de casar, se hace informacion bastante, de que ninguno de ellos es tocado de esta enfermedad: y si despues andando el tiempo, la experiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio. Tambien es opinion de Plinio, segun lo escribe en el lib. 8. cap. 22. que entre los Arcades hay un género de gente, la qual pasando un lago, cuelga los vestidos que lleva de una encina, y se entra desnudo la tierra á dentro, y se

junta con la gente que allí halla de su linage en figura de lobos, y está con ellos nueve años, al cabo de los quales vuelve á pasar el lago, y cobra su perdida figura; pero todo esto se ha de tener por mentira, y si algo hay, pasa en la imaginacion, y no realmente. No sé, dixo Rutilio, lo que sé es, que maté la loba, y hallé muerta á mis pies la hechicera. Todo eso puede ser, replicó Mauricio, porque la fuerza de los hechizos de los maléficos y encantadores, que los hay, nos hace ver una cosa por otra, y quede desde aquí asentado, que no hay gente alguna que mude en otra su primer naturaleza. Gusto me ha dado grande, dixo Arnaldo, el saber esta verdad, porque tambien yo era uno de los crédulos de este error, y lo mismo debe de ser lo que las fábulas cuentan de la conversion en cuervo del Rey Artus de Inglaterra, tan creida de aquella discreta nacion, que se abstiene de matar cuervos en

toda la isla. No sé, respondió Mauricio, de donde tomó principio esa fábula tan creida como mal imaginada.

En esto fueron razonando casi toda la noche, y al despuntar del dia, dixo Clodio, que hasta allí habia estado oyendo y callando: yó soy un hombre, á quien no se le dá por averiguar estas cosas un dinero: ¿qué se me dá á mí que haya lobos hombres, ó no, ó que los Reyes anden en figuras de cuervos, ó de aguilas, aunque si se hubiesen de convertir en aves, antes querria que fuesen en palomas que en milanos? Paso, Clodio, no digas mal de los Reyes, que me parece que te quieres dar algun filo á la lengua para cortarles el crédito. No, respondió Clodio, que el castigo me ha puesto una mordaza en la boca, ó por mejor decir en la lengua, que no consiente que la mueva, y así antes pienso de aquí adelante rebentar callando, que alegrarme hablando: los dichos agu-

dos, las murmuraciones dilatadas, si á unos alegran á otros entristecen; contra el callar no hay castigo ni respuesta, vivir quiero en paz los dias que me quedan de la vida á la sombra de tan generoso amparo, puesto que por momentos me fatigan ciertos ímpetus maliciosos, que me hacen baylar la lengua en la boca, y malográrseme entre los dientes mas de quatro verdades que andan por salir á la plaza del mundo, sírvase Dios con todo. A lo que dixo Auristela: de estimar es, ó Clodio, el sacrificio que haces al cielo de tu silencio. Rosamunda, que era una de las llegadas á la conversacion, volviéndose á Auristela, dixo: el dia que Clodio fuere callado, seré yo buena, porque en mí la torpeza, y en él la murmuracion son naturales, puesto que mas esperanza puedo yo tener de enmendarme que no él, porque la hermosura se envejece con los años, y faltando la belleza, menguan los torpes deseos; pe-

ro sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdicion el tiempo, y así los ancianos murmuradores hablan mas quanto mas viejos, porque han visto mas, y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado y recogido á la lengua. Todo es malo, dixo Transila, cada qual por su camino va á parar á su perdicion. El que nosotros ahora hacemos, dixo Ladislao, próspero y felice ha de ser, segun el viento se muestra favorable y el mar tranquilo. Así se mostraba esta pasada noche, dixo la bárbara Constanza, pero el sueño del señor Mauricio nos puso en confusion y alboroto tanto, que ya yo pensé que nos habia sorbido el mar á todos. En verdad, señora, respondió Mauricio, que si yo no estuviera enseñado en la verdad católica, y me acordára de lo que dice Dios en el Levítico: no seais agoreros, ni deis credito á los sueños, porque no á todos es dado el entenderlos: que me atreviera á juzgar

del sueño que me puso en tan gran sobresalto, el qual segun á mi parecer, no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños: que quando no son revelaciones divinas ó ilusiones del demonio, proceden, ó de los muchos manjares que suben vapores al cerebro, con que turban el sentido comun, ó ya de aquello que el hombre trata mas de dia. Ni el sueño que á mí me turbó, cae debaxo de la observacion de la Astrología, porque sin guardar puntos, ni observar astros, señalar rumbos, ni mirar imágenes, me pareció ver visiblemente, que en un gran palacio de madera, donde estabamos todos los que aquí vamos, llovian rayos del cielo, que le abrian todo, y por las bocas que hacian descargaban las nubes, no solo un mar, sino mil mares de agua; de tal manera, que creyendo que me iba anegando, comencé á dar voces y á hacer los mismos ademanes que suele hacer el que

se anega, y aun no estoy tan libre de este temor, que no me queden algunas reliquias en el alma, y como sé que no hay mas cierta Astrología que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, ¿qué mucho que yendo navegando en un navio de madera, tema rayos del cielo, nubes del ayre y aguas de la mar? pero lo que mas me confunde y suspende, es, que si algun daño nos amenaza, no ha de ser de ningun elemento, que destinada y precisamente se disponga á ello, sino de una traicion forjada, como ya otra vez he dicho en algunos lascivos pechos. No me puedo persuadir, dixo á esta sazon Arnaldo, que entre los que van por el mar navegando, puedan entremeterse las blanduras de Venus, ni los apetitos de su torpe hijo: al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte, guardandose para mejor vida.

Esto dixo Arnaldo, por dar á entender á Auristela y á Periandro,

y á todos aquellos que sus deseos conocian, quan ajustados iban sus movimientos con los de la razon: y prosiguio diciendo: el Príncipe, justa razon es, que viva seguro entre sus vasallos, que el temor de las traiciones nace de la injusta vida del Principe. Así es, respondió Mauricio, y aun es bien que así sea: pero dexemos pasar este dia, que si él da lugar á que llegue la noche sin sobresaltarnos, yo pediré, y las daré albricias del buen suceso.

Iba el sol á esta sazon á ponerse en los brazos de Tetis, y el mar se estaba con el mismo sosiego que hasta allí habia tenido; soplaba favorable el viento; por parte ninguna se descubrian celajes, que turbasen los marineros: el cielo, la mar, el viento, todos juntos y cada uno de por sí, prometian felicísimo viage, quando el prudente Mauricio dixo en voz turbada y alta: sin duda nos anegamos, anegámonos sin duda.

CAPÍTULO XIX.

DONDE SE DÁ CUENTA DE LO QUE DOS SOLDADOS HICIERON, Y LA DIVISION DE PERIANDRO Y AURISTELA.

Á cuyas voces respondió Arnaldo: ¿Cómo es esto, ó gran Mauricio! qué aguas nos sorben, ó qué mares nos tragan, qué olas nos envisten? La respuesta que le dieron á Arnaldo, fue ver salir debaxo de la cubierta á un marinero despavorido, echando agua por la boca y por los ojos, diciendo con palabras turbadas y mal compuestas: todo este navio se ha abierto por muchas partes, el mar se ha entrado en él tan á rienda suelta, que presto le vereis sobre esta cubierta. Cada uno atienda á su salud, y á la conservacion de la vida. Acógete, ó Príncipe Arnaldo, al esquife ó á la barca, y lleva contigo las prendas que mas estimas, antes que tomen entera posesion de ellas estas

amargas aguas. Estancó en esto el navio sin poderse mover por el peso de las aguas de quien ya estaba lleno, amaynó el Piloto todas las velas de golpe, y todos sobresaltados y temerosos acudieron á buscar su remedio: el Príncipe y Periandro fueron al esquife, y arrojándole al mar pusieron en él á Auristela, Transila, Ricla y á la bárbara Constanza, entre las quales viendo que no se acordaban de ella, se arrojó Rosamunda, y tras ella mandó Arnaldo entrase Mauricio.

En este tiempo andaban dos soldados descolgando la barca, que al costado del navio venia asida, y el uno de ellos, viendo que el otro queria ser el primero que entrase dentro, sacando un puñal de la cinta, se le envaynó en el pecho, diciendo á voces: pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin provecho, esta pena te sirva á tí de castigo y á mí de escarmiento, á lo menos el poco tiempo que me queda de vida; y diciendo esto sin que-

rer aprovecharse del acogimiento que la barca le ofrecia, desesperadamente se arrojó al mar, diciendo á voces, y con mal articuladas palabras: oye, ó Arnaldo, la verdad que te dice este traidor, que en tal punto es bien que la diga: yo y aquel á quien me viste pasar el pecho por muchas partes abrimos, y taladramos este navio, con intencion de gozar de Auristela y de Transila, recogiéndolas en el esquife; pero habiendo visto yo haber salido mi desinio contrario de mi pensamiento, á mi compañero quité la vida, y á mi me doy la muerte, y con esta última palabra se dexó ir al fondo de las aguas, que le estorbaron la respiracion del ayre, y le sepultaron en perpetuo silencio; y aunque todos andaban confusos y ocupados, buscando como se ha dicho, en el comun peligro algun remedio, no dexó de oir las razones Arnaldo del desesperado, y él y Periandro acudieron á la barca, y habiendo antes que entrasen

en ella, ordenado que entrase en el esquife Antonio el mozo, sin acordarse de recoger algun bastimento. El, Ladislao, Antonio el padre, Periandro y Clodio, se entraron en la barca y fueron á abordar con el esquife, que algun tanto se habia apartado del navio, sobre el qual ya pasaban las aguas, y no se parecia de él sino el árbol mayor, como en señal que allí estaba sepultado. Llegóse en esto la noche, sin que la barca pudiese alcanzar al esquife, desde el qual daba voces Auristela, llamando á su hermano Periandro, que la respondia, reiterando muchas veces su, para él, dulcísimo nombre. Transila y Ladislao hacian lo mismo, y encontrábanse en los ayres las voces de dulcísimo esposo mio, y amada esposa mia, donde se rompian sus desinios, y se deshacian sus esperanzas, con la imposibilidad de no poder juntarse, á causa que la noche se cubria de oscuridad, y los vientos comenzaron á

soplar de partes diferentes: en resolucion la barca se apartó del esquife, y como mas ligera y menos cargada voló por donde el mar y el viento quisieron llevarla: el esquife mas con la pesadumbre que con la carga de los que en él iban, se quedó como si á posta quisieran que no navegara; pero quando la noche cerró con mas oscuridad que al principio, comenzaron á sentir de nuevo la desgracia sucedida, viéronse en mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del cielo, y faltos de la comodidad que les podia ofrecer la tierra, el esquife sin remos y sin bastimentos, y la hambre solo detenida de la pesadumbre que sintieron.

Mauricio que habia quedado por patron y por marinero del esquife, ni tenia con qué ni sabia como guialle, antes segun los llantos, gemidos y suspiros de los que en él iban, podia temer que ellos mismos le anegarian: miraba las estrellas y aunque no parecian de todo en to-

do algunas que por entre la oscuridad se mostraban, le daban indicio de venidera serenidad, pero no le mostranban en qué parte se hallaba, no consintió el sentimiento que el sueño aliviase su angustia, porque se les pasó la noche velando, y se vino el dia, no á mas andar como dicen, sino para mas pensar, porque con él descubrieron por todas partes el mar cerca y lejos, por ver si topaban los ojos con la barca que les llevaba las almas, ó algun otro baxel que les prometiese ayuda y socorro en su necesidad; pero no descubrieron otra cosa que una isla á su mano izquierda, que juntamente los alegró y los entristeció: nació la alegria de ver cerca la tierra, y la tristeza de la imposibilidad de poder llegar á ella, si ya el viento no les llevase. Mauricio era el que mas confiaba de la salud de todos, por haber hallado, como se ha dicho, en la figura que como judiciario habia levantado, que aquel suceso no ame-

nazaba muerte sino descomidades casi mortales. Finalmente, el favor de los cielos se mezcló con los vientos que poco á poco llevaron el esquife á la isla, y les dió lugar de tomarle en la tierra en una espaciosa playa, no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieve que toda la cubria: miserables son y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tierra se les ofrezcan; la nieve de la desierta playa les pareció blanda arena, y la soledad compañia. Unos en brazos de otros desembarcaron, el mozo Antonio fue el atlante de Auristela y de Transila, en cuyos hombros tambien desembarcaron Rosamunda y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de un peñon que no lejos de la playa se mostraba, habiendo antes como mejor pudieron varado el esquife en tierra, poniendo en él despues de en Dios su esperanza.

Antonio considerando que la hambre habia de hacer su oficio, y que ella habia de ser bastante á quitarles las vidas, aprestó su arco, que siempre de las espaldas le colgaba, y dixo que él queria ir á descubrir la tierra por ver si hallaba gente en ella, ó alguna caza que socorriese su necesidad. Vinieron todos con su parecer, y así se entró con ligero paso por la isla, pisando no tierra, sino nieve tan dura por estar helada, que le parecia pisar sobre pedernales. Siguiole sin que él lo echase de ver la torpe Rosamunda, sin ser impedida de los demas que creyeron que alguna natural necesidad la forzaba á dexallos. Volvió la cabeza Antonio á tiempo, y en lugar á donde nadie les podia ver, y viendo junto así á Rosamunda le dixo: la cosa de que menos necesidad tengo en esta que agora padecemos, es la de tu compañia, ¿qué quieres, Rosamunda? vuélvete, que ni tú tienes armas con que matar género

de caza alguna, ni yo podré acomodar el paso á esperarte que me sigas. ¡Oh inesperto mozo, respondió la muger torpe, y quan lejos estás de conocer la intencion con que te sigo, y la deuda que me debes! y en esto se llegó junto á él, y prosiguió diciendo: vés aquí ó nuevo cazador mas hermoso que Apolo, otra nueva Dafne que no te huye, sino que te sigue; no mires que ya á mi belleza le marchita el rigor de edad ligera siempre, sino considera en mí á la que fue Rosamunda, domadora de las cervices de los Reyes y de la libertad de los mas exêntos hombres: yo te adoro generoso jóven, y aquí entre estos hielos y nieves el amoroso fuego me está haciendo ceniza el corazon, gocémonos y ténme por tuya, que yo te llevaré á parte donde llenes las manos de tesoros, para tí sin duda alguna de mí recogidos y guardados si llegamos á Inglaterra, donde mil vandos de muerte tienen amenazada mi vida.

Escondido te llevaré adonde te entregues en mas oro que tuvo Midas, y en mas riquezas que acumuló Craso.

Aquí dió fin á su plática, pero no al movimiento de sus manos que arremetieron á detener las de Antonio que de sí las apartaba, y entre esta tan honesta como torpe contienda, decia Antonio: detente ó harpia, no turbes ni afees las limpias mesas de Fineo, no fuerces ó bárbara Egycia, ni incites la castidad y limpieza de este que no es tu esclavo; tarázate la lengua sierpe maldita, no pronuncies con deshonestas palabras lo que tienes escondido en tus deshonestos deseos. Mira el poco lugar que nos queda desde este punto al de la muerte que nos está amenazando con la hambre y con la incertidumbre de la salida de este lugar, que puesto que fuera cierta, con otra intencion la acompañára, que con la que me has descubierto; desviate de mí, y no me sigas, que

castigaré tu atrevimiento y publicaré tu locura; si te vuelves mudaré de propósito y pondré en silencio tu desvergüenza, si no me dexas te quitaré la vida: oyendo lo qual la lasciva Rosamunda, se le cubrió el corazon de manera, que no dió lugar á suspiros, á ruegos ni á lágrimas: dexóla Antonio sagaz y advertido. Volvióse Rosamunda, y él siguió su camino, pero no halló en él cosa que le asegurase, porque las nieves eran muchas, y los caminos asperos y la gente ninguna; y advirtiendo que si adelante pasaba podia perder el camino de vuelta, se volvió á juntar con la compañia: alzaron todos las manos al cielo, y pusieron los ojos en la tierra como admirados de su desventura: á Mauricio dixeron que volverian al mar el esquife, pues no era posible remediarse en la imposibilidad y soledad de la isla.

CAPÍTULO XX.

DE UN NOTABLE CASO QUE SUCEDIÓ EN LA ISLA NEVADA.

A poco tiempo que pasó del dia, desde lejos vieron venir una nave gruesa que les levantó las esperanzas de tener remedio: amaynó las velas, y pareció que se dexaba detener de las áncoras, y con diligencia presta arrojaron el esquife á la mar, y se vinieron á la playa, donde ya los tristes se arrojaban al esquife. Auristela dixo, que seria bien que aguardasen los que venian, por saber quien eran. Llegó el esquife de la nave y encalló en la fria nieve, y saltaron en ella dos al parecer gallardos y fuertes mancebos de estremada disposicion y brio, los quales sacaron encima de sus hombros á una hermosisima doncella tan sin fuerzas y tan desmayada, que parecia que no le daba lugar para llegar á to-

car la tierra: llamaron á voces los que estaban ya embarcados en el otro esquife, y les suplicaron que se desembarcasen á ser testigos de un suceso, que era menester que los hubiese. Respondió Mauricio, que no habia remos para encaminar el esquife, si no les prestaban los del suyo. Los marineros con los suyos guiaron los del otro esquife, y volvieron á pisar la nieve: luego los valientes jóvenes asieron de dos tablachinas con que cubrieron los pechos, y con dos cortadoras espadas en los brazos, saltaron de nuevo en tierra. Auristela llena de sobresalto y temor, casi con certidumbre de algun nuevo mal, acudió á ver la desmayada y hermosa doncella, y lo mismo hicieron todos los demas. Los caballeros dixeron: esperad señores, y estad atentos á lo que queremos deciros: este caballero y yo, dixo el uno, tenemos concertado de pelear por la posesion de esa enferma doncella que ahí veis: la muerte

ha de dar la sentencia en favor del otro, sin que haya otro medio alguno que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia, si ya no es que ella de su voluntad ha de escoger qual de nosotros dos ha de ser su esposo, con que hará envaynar nuestras espadas y sosegar nuestros espiritus; lo que pedimos es, no estorbeis en manera alguna nuestra porfia, la qual llevaremos hasta el cabo, sin tener temor que nadie nos la estorbará, si no os hubieramos menester, para que mirarades, si estas soledades pueden ofrecer algun remedio para dilatar siquiera la vida de esa doncella que es tan poderosa para acabar las nuestras: la priesa que nos obliga á dar conclusion á nuestro negocio, no nos da lugar para preguntaros por agora quien sois, ni como estais en este lugar tan solo y tan sin remos, que no los teneis, segun parece, para desviaros de esta isla tan sola, que aun de animales no es habitada. Mauricio

les respondió, que no saldrian un punto de lo que querian, y luego echaron los dos mano á las espadas, sin querer que la enferma doncella declarase primero su voluntad, remitiendo antes su pendencia á las armas, que á los deseos de la dama. Arremetieron el uno contra el otro, y sin mirar reglas, movimientos, entradas, salidas y compases á los primeros golpes el uno quedó pasado el corazon de parte á parte, y el otro abierta la cabeza por medio: este le concedió el cielo tanto espacio de vida, que le tuvo de llegar á la doncella, y juntar su rostro con el suyo, diciéndole: vencí, señora: mia eres, y aunque ha de durar poco el bien de poseerte, en pensar que un solo instante te podré tener por mia, me tengo por el mas venturoso hombre del mundo: recibe, señora, esta alma, que envuelta en estos últimos alientos te envio, dales lugar en tu pecho, sin que pidas licencia á tu honestidad, pues el

nombre de esposo á todo esto da licencia.

La sangre de la herida bañó el rostro de la dama, la qual estaba tan sin sentido, que no respondió palabra: los dos marineros que habian guiado el esquife de la nave, saltaron en tierra, y fueron con presteza á requerir, así al muerto de la estocada, como al herido en la cabeza, el qual puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, envió su alma á los ayres, y dexo caer el cuerpo sobre la tierra. Auristela que todas estas acciones habia estado mirando, antes de descubrir y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegó de proposito á mirarla, y limpiándole la sangre que habia llovido del muerto enamorado, conoció ser su doncella Taurisa, la que lo habia sido al tiempo que ella estuvo en poder del Príncipe Arnaldo, que le habia dicho la dexaba en poder de dos caballeros que la llevasen á Irlan-

da, como queda dicho. Auristela quedó suspensa, quedó atónita, quedó mas triste que la tristeza misma, y mucho mas quando vino á conocer que la hermosa Taurisa estaba sin vida: ¡ay, dixo á esta sazon, con que prodigiosas señales me va mostrando el cielo mi desventura, que si se rematára con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa; que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten y entretengan, hacen dichosa la vida! ¿Qué red barredera es esta con que cogen los cielos todos los caminos de mi descanso? ¿qué imposibles son estos que descubro á cada paso de mi remedio? mas pues aquí son escusados los llantos y son de ningun provecho los gemidos, demos el tiempo que he de gastar en ellos, por ahora á la piedad, y enterremos los muertos, y no congoje yo por mi parte los vivos; y luego pidió á Mauricio pidiese á los marineros del esquife volviesen al navio por ins-

trumentos para hacer las sepulturas. Hizolo así Mauricio, y fue á la nave con intencion de concertarse con el Piloto ó Capitan que hubiese para que los sacase de aquella isla, y los llevase adonde quiera que fuesen. En este entretanto tuvieron lugar Auristela y Transila de acomodar á Taurisa para enterralla, y la piedad y honestidad christiana no consintió que la desnudasen.

Volvió Mauricio con los instrumentos, habiendo negociado todo aquello que quiso: hizose la sepultura de Taurisa, pero los marineros no quisieron como católicos que se hiciese ninguna á los muertos en el desafio. Rosamunda, que despues que volvio de haber declarado su mal pensamiento al bárbaro Antonio, nunca habia alzado los ojos del suelo, que sus pecados se los tenian aterrados al tiempo que iban á sepultar á Taurisa, levantando el rostro dixo: si os preciais, señores de caritativos, y

si anda en vuestros pechos al par la justicia y la misericordia, usad de estas dos virtudes conmigo: yo desde el punto que tuve uso de razon, no la tuve, porque siempre fuí mala con los años verdes y con la hermosura mucha: con la libertad demasiada, y con la riqueza abundante se fueron apoderando de mí los vicios de tal manera, que han sido y son en mí como accidentes inseparables. Ya sabeis, como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pie sobre las cervices de los Reyes, y he traido á la mano que he querido las voluntades de los hombres; pero el tiempo salteador y robador de la humana belleza de las mugeres, se entró por la mia tan sin yo pensarlo, que primero me he visto fea que desengañada; mas como los vicios tienen asiento en el alma que no envejece, no quieren dexarme, y como yo no les hago resistencia, sino que me dexo ir con la corriente de mis gustos, he

me ido ahora con el que me da el ver siquiera á este bárbaro muchacho, el qual aunque le he descubierto mi voluntad, no corresponde á la mia que es de fuego, con la suya que es de la helada nieve; veome despreciada y aborrecida, en lugar de estimada y bien querida, golpes que no se pueden resistir con poca paciencia y con mucho deseo. Ya, ya la muerte me va pisando las faldas, y estiende la mano para alcanzarme de la vida: por lo que veis que debe la bondad del pecho que la tiene, al miserable que se le encomienda, os suplico que cubrais mi fuego con hielo, y me enterreis en esa sepultura, que puesto que mezcleis mis lascivos huesos con los de esa casta doncella, no los contaminarán, que las reliquias buenas siempre lo son donde quiera que esten; y volviéndose al mozo Antonio, prosiguio: y tú, arrogante mozo, que agora tocas, ó estás para tocar las margenes y rayas del deleyte,

pide al cielo que te encamine de modo, que ni te solicite edad larga, ni marchita belleza, y si yo he ofendido tus recientes oidos, que así los puedo llamar, con mis inadvertidas y no castas palabras, perdoname, que los que piden perdon en este trance, por cortesia siquiera, merecen ser, si no perdonados, á lo menos escuchados: esto diciendo, dió un suspiro envuelto en un mortal desmayo.

CAPÍTULO XXI.

Yo no sé, dixo Mauricio á esta sazon, qué quiere este que llaman amor, por estas montañas, por estas soledades y riscos, por entre estas nieves y hielos, dexándose alla los Pafos, Gnidos, las Cipres, los Eliseos campos, de quien huye la hambre, y no llega incomodidad alguna: en el corazon sosegado, en el ánimo quieto tiene el amor deleytable su morada, que no en las lágrimas ni en los sobresaltos. Au-

ristela, Transila, Constanza y Ricla quedaron atónitas del suceso, y con callar le admiraron, y finalmente con no pocas lágrimas enterraron á Taurisa, y despues de haber vuelto Rosamunda del pesado desmayo, se recogieron y embarcaron en el esquife de la nave, donde fueron bien recibidos y regalados de los que en ella estaban, satisfaciendo luego todos la hambre que les aquejaba, solo Rosamunda, que estaba tal que por momentos llamaba á las puertas de la muerte. Alzaron velas, lloraron algunos los Capitanes muertos, y instituyeron luego uno que lo fuese de todos y siguieron su viage, sin llevar parte conocida donde le encaminasen, porque era de corsarios y no Irlandeses, como á Arnaldo le había dicho, sino de una isla revelada contra Inglaterra. Mauricio mal contento de aquella compañia, siempre iba temiendo algun reves de su acelerada costumbre y mal modo de vivir, y como viejo

y experimentado en las cosas del mundo, no le cabia el corazon en el pecho, temiendo que la mucha hermosura de Auristela, la gallardia y buen parecer de su hija Transila, los pocos años y nuevo trage de Constanza, no despertasen en aquellos corsarios algun mal pensamiento. Serviales de argos el mozo Antonio, de lo que sirvio el pastor de Anfriso: eran los ojos de los dos centinelas no dormidas, pues por sus quartos la hacian á las mansas y hermosas ovejuelas, que debaxo de su solicitud y vigilancia se amparaban. Rosamunda con los continuos desdenes vino á enflaquecer, de manera que una noche la hallaron en una cámara del navio sepultada en perpetuo silencio: harto habian llorado, mas no dexaron de sentir su muerte compasiva y christianamente: sirviole el ancho mar de sepultura, donde no tuvo harta agua para apagar el fuego que causó en su pecho el gallardo Antonio, el qual y todos rogaron

muchas veces á los corsarios que los llevasen de una vez á Irlanda, ó á Ibernia, si ya no quisiesen á Inglaterra ó Escocia: pero ellos respondian, que hasta haber hecho una buena y rica presa, no habian de tocar en tierra alguna, si ya no fuese á hacer agua, ó á tomar bastimentos necesarios. La bárbara Ricla bien comprára á pedazos de oro que los llevára á Inglaterra, pero no osaba descubrirlos, porque no se los robasen, antes que se los pidiesen. Dióles el Capitan estancia á parte, y acomodóles de manera, que les aseguró de la insolencia que podian temer de los soldados.

De esta manera anduvieron casi tres meses por el mar de unas partes á otras, ya tocaban en una isla, ya en otra, y ya se salian al mar descubierto, propia costumbre de corsarios que buscan su ganancia; las veces que habia calma, y el mar sosegado no les dexaba navegar. El nuevo Capitan del navío se iba á entretener á la estan-

cia de sus pasageros, y con plática discretas y cuentos graciosos, pero siempre honestos, los entretenia y Mauricio hacia lo mismo. Auristela, Transila, Ricla y Constanza mas se ocupaban en pensar en la ausencia de las mitades de su alma, que en escuchar al Capitan, ni á Mauricio: con todo esto estuvieron un dia atentas á la historia que en este siguiente capítulo se cuenta que el Capitan les dixo.

CAPÍTULO XXII.

DONDE EL CAPITAN DA CUENTA DE LAS GRANDES FIESTAS QUE ACOSTUMBRABA HACER EN SU REYNO EL REY POLICARPO.

Una de las islas que están junto á la de Ibernia, me dió el cielo por patria, es tan grande que toma nombre de Reyno, el qual no se hereda, ni viene por sucesion de padre á hijo; sus moradores le eli-

gen á su beneplácito, procurando siempre que sea el mas virtuoso y mejor hombre que en él se hallare, sin intervenir de por medio ruegos ó negociaciones, y sin que los soliciten promesas ni dádivas, de comun consentimiento de todos sale el Rey, y toma el cetro absoluto del mando, el qual le dura mientras le dura la vida, ó mientras no se empeora en ella, y con esto los que no son Reyes, procuran ser virtuosos para serlo, y los que lo son, pugnan serlo mas, para no dexar de ser Reyes: con esto se cortan las alas á la ambicion, se atierra la codicia, y aunque la hipocresía suele andar lista, á largo andar se le cae la máscara, y queda sin el alcanzado premio: con esto los pueblos viven quietos, campea la justicia y resplandece la misericordia; despáchanse con brevedad los memoriales de los pobres, y los que dan los ricos, no por serlo, son mejor despachados; no agovian la vara de la justicia las

dádivas, ni la carne y sangre de los parentescos; todas las negociaciones guardan sus puntos, y andan en sus quicios: finalmente, reyno es donde se vive sin temor de los insolentes, y donde cada uno goza lo que es suyo. Esta costumbre, á mi parecer, justa y santa puso el cetro del Reyno en las manos de Policarpo, varon insigne y famoso, así en las armas como en las letras, el qual tenia, quando vino á ser Rey, dos hijas de estremada belleza, la mayor llamada Policarpa, y la menor Sinforosa: no tenian madre, que no les hizo falta quando murió, sino en la compañía, que sus virtudes y agradables costumbres eran ayas de sí mismas, dando maravilloso exemplo á todo el reyno: con estas buenas partes, así ellas como el padre, se hacian amables, se estimaban de todos. Los Reyes por parecerles que la melancolía en los vasallos suele despertar malos pensamientos, procuran tener alegre el pueblo, y en-

tretenido con fiestas públicas, y á veces con ordinarias comedias principalmente solemnizaban el dia que fueron asumptos al reyno, con hacer que se renovasen los juegos que los Gentiles llamaban Olímpicos, en el mejor modo que podian: señalaban premio á los corredores, honraban á los diestros, coronaban á los tiradores, y subian al cielo de la alabanza á los que derribaban á otros en la tierra.

Hacíase este espectáculo junto á la marina en una espaciosa playa, á quien quitaban el sol infinita cantidad de ramos entretexidos, que la dexaban á la sombra: ponian en la mitad un suntuoso teátro, en el qual sentado el Rey y la Real familia, miraban los apacibles juegos: llegóse un dia de estos, y Policarpo procuró aventajarse en magnificencia y grandeza, en solemnizarle sobre todos quantos hasta allí se habian hecho, y quando ya el teatro estaba ocupado con su persona y con los mejores del reyno,

y quando ya los instrumentos bélicos y los apacibles querian dar señal que las fiestas se comenzasen, y quando ya quatro corredores, mancebos ágiles y sueltos, tenian los pies izquierdos delante, y los derechos alzados, que nò les impedia otra cosa el soltarse á la carrera, sino soltar una cuerda que les servia de raya y de señal, que en soltándola habian de volar á un término señalado, donde habian de dar fin á su carrera: digo, que en este tiempo vieron venir por la mar un barco que le blanqueban los costados, el ser recien despalmado, y le facilitaban el romper del agua seis remos que de cada banda traia, impelidos de doce, al parecer, gallardos mancebos, de dilatadas espaldas y pechos, y de nerbudos brazos; venian vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timon, que venia de encarnado, como marinero. Llegò con furia el barco á la orilla, y el encallar en ella, y el saltar todos los

que en él venian en tierra, fué una misma cosa: mandó Policarpo que no saliesen á la carrera, hasta saber, qué gente era aquella, y á lo que venia, puesto que imaginó que debian de venir á hallarse en las fiestas, y á probar su gallardía en los juegos. El primero que se adelantó á hablar al Rey, fué el que servia de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mexillas desembarazadas y limpias mostraban ser de nieve y de grana, los cabellos anillos de oro, y cada una parte de las del rostro tan perfecta y todas juntas tan hermosas, que formaban un compuesto admirable: luego la hermosa presencia del mozo arrebató la vista y aun los corazones de quantos le miraron, y yo desde luego le quedé aficionadísimo. Luego dixo al Rey: Señor, estos mis compañeros y yo, habiendo tenido noticia de estos juegos, venimos á servirte, y hallarnos en ellos, y no de lejas tierras, sino desde una nave que dexamos en

la isla Scinta que no está lejos de aquí, y como el viento no hizo á nuestro propósito para encaminar aquí la nave, nos aprovechamos de esta barca y de los remos y de la fuerza de nuestros brazos; todos somos nobles y deseosos de ganar honra, y por la que debes hacer, como Rey que eres, á los extrangeros que á tu presencia llegan, te suplicamos, nos concedas licencia para mostrar, ó nuestras fuerzas, ó nuestros ingenios, en honra y provecho nuestro y gusto tuyo. Por cierto, respondió Policarpo, agradecido jóven, que vos pedis lo que quereis con tanta gracia y cortesía, que seria cosa injusta el negaroslo; honrad mis fiestas en lo que quisieredes, dexadme á mí el cargo de premiaroslo, que segun vuestra gallarda presencia muestra, poca esperanza dexais á ninguno de alcanzar los primeros premios. Dobló la rodilla el hermoso mancebo, y inclinó la cabeza en señal de crianza y agradecimiento, y en dos

brincos se puso ante la cuerda que detenia á los quatro ligeros corredores: sus doce compañeros se pusieron á un lado á ser espectadores de la carrera: sonó una trompeta, soltaron la cuerda, y arrojáronse al vuelo todos cinco, pero aun no habrian dado veinte pasos, quando con mas de seis se les aventajó el recien venido, y á los treinta ya los llevaba de ventaja mas de quince: finalmente se los dexó á poco mas de la mitad del camino, como si fueran estatuas inmovibles con admiracion de todos los circunstantes, especialmente de Sinforosa que le seguia con la vista, así corriendo, como estando quedo, porque la belleza y agilidad del mozo era bastante para llevar tras sí las voluntades, no solo los ojos de quantos le miraban. Noté yo esto, porque tenia los mios atentos á mirar á Policarpa, objeto dulce de mis deseos, y de camino miraba los movimientos de Sinforosa.

Comenzó luego la envidia á apo-

derarse de los pechos de los que se habian de probar en los juegos, viendo con quanta facilidad se habia llevado el extrangero el precio de la carrera. Fué el segundo certamen el de la esgrima: tomó el ganancioso la espada negra, con la qual á seis que le salieron, cada uno de por sí les cerró las bocas, mosqueó las narices, les selló los ojos, y les santiguó las cabezas, sin que á él le tocasen, como decirse suele, un pelo de la ropa. Alzó la voz el pueblo, y de comun consentimiento le dieron el premio primero: luego se acomodaron otros seis á la lucha, donde con mayor gallardía dió de sí muestra el mozo, descubrió sus dilatadas espaldas, sus anchos y fortísimos pechos y los nervios y músculos de sus fuertes brazos, con los quales y con destreza y maña increible hizo que las espaldas de los seis luchadores, á despecho y pesar suyo, quedasen impresas en la tierra: asió luego de una pesada barra, que estaba

hincada en el suelo, porque le dixeron, que era el tirarla el quarto certamen: sompesóla, y haciendo de señas á la gente que estaba delante, para que le diesen lugar donde el tiro cupiese. Tomando la bárra por la una punta, sin volver el brazo atras, la impelió con tanta fuerza, que pasando los límites de la marina, fué menester, que el mar se los diese, en el qual bien adentro quedó sepultada la barra.

Esta monstruosidad notada de sus contrarios, les desmayó los brios, y no osaron probarse en la contienda; pusiéronle luego la ballesta en las manos y algunas flechas, y mostráronle un arbol muy alto y muy liso, al cabo del qual estaba hincada una media lanza, y en ella de un hilo estaba asida una paloma, á la qual habian de tirar no mas de un tiro, los que en aquel certamen quisiesen probarse: uno que presumia de certero, se adelantó y tomó la mano, creo yo, pensando derribar la paloma antes

que otro, tiró y clavó su flecha casi en el fin de la lanza, del qual golpe azorada la paloma se levantó en el ayre, y luego otro no menos presumido que el primero, tiró con tan gentil certería, que rompió el hilo, donde estaba asida la paloma, que suelta y libre del lazo que la detenia, entregó su libertad al viento, y batió las alas con priesa: pero él ya acostumbrado á ganar los primeros premios, disparo su flecha, y como si mandára lo que habia de hacer, y ella tuviera entendimiento para obedecerle, así lo hizo, pues dividiendo el ayre con un rasgado y tendido silvo, llegó á la paloma, y le pasó el corazon de parte á parte quitándole á un mismo punto el vuelo y la vida. Renováronse con esto las voces de los presentes y las alabanzas del estrangero, el qual en la carrera, en la esgrima, en la lucha, en la barra, y en el tirar de la ballesta y en otras muchas pruebas que no cuento, con gran-

dísimas ventajas se llevó los primeros premios, quitando el trabajo á sus compañeros de probarse en ellas.

Quando se acabaron los juegos, seria el crepúsculo de la noche, y quando el Rey Policarpo quería levantarse de su asiento con los jueces que con él estaban para premiar al vencedor mancebo, vió que puesto de rodillas ante él, le dixo: nuestra nave quedó sola y desamparada, la noche cierra algo oscuro, los premios que puedo esperar, que por ser de tu mano se deben estimar en lo posible, quiero ó gran señor, que los dilates hasta otro tiempo, que con mas espacio y comodidad pienso volver á servirte. Abrazóle el Rey, preguntóle el nombre, dixo que se llamaba Periandro. Quitóse en esto la bella Sinforosa una guirnalda de flores, con que adornaba su hermosísima cabeza, y la puso sobre la del gallardo mancebo, y con honesta gracia le dixo al ponérsela: quando mi padre sea tan venturoso de que vol-

vais á verle, vereis como no vendreis á servirle sino á ser servido.

CAPÍTULO XXIII.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á LA ZELOSA AURISTELA QUANDO SUPO QUE SU HERMANO PERIANDRO ERA EL QUE HABIA GANADO LOS PREMIOS DEL CERTAMEN.

¡Oh poderosa fuerza de los zelos! oh enfermedad que te pegas al alma de tal manera, que solo te despegas con la vida! ¡oh hermosísima Auristela, detente, no te precipites á dar lugar en tu imaginacion á esta rabiosa dolencia! ¿pero quién podrá tener á raya los pensamientos; que suelen ser tan ligeros y sutiles, que como no tienen cuerpo pasan las murallas, traspasan los pechos, y ven lo mas escondido de las almas? Esto se ha dicho, porque en oyendo pronunciar Auristela el nombre de Periandro su hermano, y habiendo oido antes las

alabanzas de Sinforosa, y el favor que en ponerle la guirnalda le habia hecho, rindió el sufrimiento á las sospechas, y entregó la paciencia á los gemidos, y dando un gran suspiro y abrazándose con Transila, dixo: querida amiga mia, ruega al cielo que sin haberse perdido tu esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro, ¿no le vés en la boca de este valeroso Capitan, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento mas á los favores de una doncella, que á los cuidados que le debian dar los destierros y pasos de esta su hermana? ¿ándase buscando palmas y trofeos por las tierras agenas, y dexase entre los riscos y entre las peñas, y entre las montañas que suele levantar la mar alterada á esta su hermana, que por su consejo y por su gusto no hay peligro de muerte donde no se halle?

Estas razones escuchaba atentísimamente el Capitan del navio, y no sabia qué conclusion sacar de

ellas, solo paró en decir, pero no dixo nada, porque en un instante y en un momentáneo punto le arrebató la palabra de la boca un viento que se levantó tan súbito y tan recio, que le hizo poner en pie sin responder á Auristela, y dando voces á los marineros que amaynasen las velas y las templasen y asegurasen, acudió toda la gente á la faena: comenzó la nave á volar en popa, con mar tendido y largo por donde el viento quiso llevarla. Recogióse Mauricio con los de su compañía á su estancia, por dexar hacer libremente su oficio á los marineros. Allí preguntó Transila á Auristela, ¿qué sobresalto era aquel que tal le habia puesto, que á ella le habia parecido haberle causado el haber oido nombrar el nombre de Periandro, y no sabia por qué las alabanzas y buenos sucesos de un hermano pudiesen dar pesadumbre. ¡Ay amiga, respondió Auristela, de tal manera estoy obligada á te-

ner en perpetuo silencio una peregrinacion que hago, que hasta darle fin, aunque primero llegue el de la vida soy forzada á guardarle! en sabiendo quien soy, que sí sabrás si el cielo quiere, verás las disculpas de mis sobresaltos, sabiendo la causa de do nacen; verás castos pensamientos acometidos, pero no turbados; verás desdichas sin ser buscadas, y laberintos que por venturas no imaginadas han tenido salida de sus enredos: vés quan grande es el ñudo del parentesco de un hermano, pues sobre este tengo yo otro mayor con Periandro: ves ansimismo, quan propio es de los enamorados ser zelosos, pues con mas propiedad tengo yo zelos de mi hermano. ¿Este Capitan, amiga, no exâgeró la hermosura de Sinforosa, y ella al coronar las sienes de Periandro no le miró? sí sin duda. ¿Y mi hermano no es del valor y de la belleza que tú has visto? ¿pues qué mucho que haya despertado en

el pensamiento de Sinforosa alguno que le haga olvidar de su hermana? Advierte, señora, respondió Transila, que todo quanto el Capitan ha contado, sucedió antes de la prision de la insula Bárbara, y que despues acá os habeis visto y comunicado donde habrás hallado, que ni él tiene amor á nadie, ni cuida de otra cosa que de darte gusto; y no creo yo que las fuerzas de los zelos lleguen á tanto, que alcancen á tenerlos una hermana de un su hermano. Mira, hija Transila, dixo Mauricio, que las condiciones de amor son tan diferentes como injustas, y sus leyes tan muchas como variables: procura ser tan discreta que no apures los pensamientos agenos, ni quieras saber mas de nadie de aquello que quisiere decirte: la curiosidad en los negocios propios se puede sutilizar y atildar; pero en los agenos que no nos importan ni por pensamiento. Esto que oyó Auristela á Mauricio la hizo tener cuenta con su

discrecion y con su lengua, porque la de Transila poco necia, llevaba camino de hacerle sacar á plaza toda su historia.

Amansó en tanto el viento sin haber dado lugar á que los marineros temiesen, ni los pasageros se alborotasen. Volvió el Capitan á verlos, y á proseguir su historia por haber quedado cuidadoso del sobresalto que Auristela tomó, oyendo el nombre de Periandro. Deseaba Auristela volver á la plática pasada, y saber del Capitan si los favores que Sinforosa habia hecho á Periandro, se estendieron á mas que coronarle, y así se lo preguntó modestamente, y con recato de no dar á entender su pensamiento. Respondió el Capitan, que Sinforosa no tuvo lugar de hacer mas merced, que así se han de llamar los favores de las damas, á Periandro, aunque á pesar de la bondad de Sinforosa, á él le fatigaban ciertas imaginaciones que tenia de que no estaba muy libre de tener en la

suya á Periandro, porque siempre que despues de partido se hablaba de las gracias de Periandro, ella las subia y las levantaba sobre los cielos, y por haberle ella mandado que saliese en un navio á buscar á Periandro y le hiciese volver á ver á su padre, confirmaba mas su sospechas. ¿Cómo y es posible, dixo Auristela, que las grandes señoras, las hijas de los Reyes, las levantadas sobre el trono de la fortuna, se han de humillar á dar indicios de que tienen los pesamientos en humildes sugetos colocados? y siendo verdad, como lo es, que la grandeza y magestad no se aviene bien con el amor, antes son repugnantes entre sí el amor y la grandeza, hase de seguir que Sinforosa, Reyna, hermosa y libre no se habia de cautivar de la primera vista de un no conocido mozo, cuyo estado no prometia ser grande, el venir guiando un timon de una barca con doce compañeros desnudos, como lo son todos los que go-

biernan los remos. Calla, hija Auristela, dixo Mauricio, que en ninguna otras acciones de naturaleza se ven mayores milagros, ni mas continuos que en las del amor, que por ser tantos y tales los milagros se pasan en silencio, y no se echa de ver en ellos por extraordinarios que sean: el amor junta los cetros con los cayados, la grandeza con la baxeza, hace posible lo imposible, iguala diferentes estados, y viene á ser poderoso como la muerte. Ya sabes tú, señora, y sé yo muy bien la gentileza, la gallardia y el valor de tu hermano Periandro, cuyas partes forman un compuesto de singular hermosura, y es privilegio de la hermosura rendir las voluntades, y atraer los corazones de quantos la conocen; y quanto la hermosura es mayor, y mas conocida, es mas amada y estimada: así que no seria milagro que Sinforosa, por principal que sea, ame á tu hermano, porque no le amaria como á Periandro á

secas, sino como á hermoso, como á valiente, como á diestro, como á ligero, como á sugeto donde todas las virtudes están recogidas y cifradas. ¿Qué, Periandro es hermano de esta señora? dixo el Capitan. Sí, respondio Transila, por cuya ausencia ella vive perpetua tristeza, y todos nosotros que la queremos bien, y á él le conocimos en llanto y amargura: luego le contaron todo lo sucedido del naufragio de la nave de Arnaldo, la division del esquife y de la barca, con todo aquello que fue bastante para darle á entender lo sucedido hasta el punto en que estaban; en el qual punto dexa el Autor el primer libro de esta grande historia, y pasa al segundo donde se contarán cosas que aunque no pasan de la verdad, sobrepujan á la imaginacion, pues apenas pueden caber en la mas sutil y dilatada sus acontecimientos.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

DONDE SE CUENTA COMO EL NAVIO SE VOLCÓ CON TODOS LOS QUE DENTRO DE ÉL IBAN.

Parece que el autor de esta historia sabia mas de enamorado que de historiador, porque casi este primer capítulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una difinicion de zelos, ocasionados de los que mostro tener Auristela por lo que le contó el Capitan del navio; pero en esta traducion, que lo es, se quita por prolixa y por cosa en muchas partes referida y ventilada; y se viene á la verdad del caso, que fue, que cambiandose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos dando por

mensageros á los relámpagos, tras quien se siguen, comenzáron á turbar los marineros, y á deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así aun mismo tiempo les cogió la turbacion y la tormenta; pero no por esto dexó cada uno de acudir á su oficio, y á hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para escusar la muerte, para dilatar la vida: que los atrevidos que de unas tablas se fian, la sustentan quanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero, que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el qual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila, su hija, Antonio con Ricla y con Constanza su madre y hermana, solo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecia su congoja, que era el de la muerte, á quien ella de bue-

na gana se entregára, si lo permitiera la christiana y católica religion, que con muchas veras procuraba guardar, y así se recogió entre ellos, y hechos un ñudo, ó por mejor decir, un ovillo se dexaron calar así hasta la postrera parte del navio, por escusar el miedo espantoso de los truenos y la interpolada luz de los relampagos, y el confuso estruendo de los marineros, y en aquella semejanza del Limbo se escusaron de no verse, unas veces tocar el cielo con las manos, levantándose el navio sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gabia las arenas del mar profundo: esperaban la muerte cerrados los ojos, ó por mejor decir, la temian sin verla: que la figura de la muerte, en qualquier trage que venga es espantosa, y la que coge á un desapercibido en todas sus fuerzas y salud, es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del Capi-

tan, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oian voces que mandaban, hágase esto ó aquello, sino gritos de plegarias y votos que hacian, y á los cielos se enviaban; y llegó á tanto esta miseria y estrecheza, que Transila no se acordaba de Ladislao, Auristela de Periandro: que uno de los efectos poderosos de la muerte es, borrar de la memoria todas las cosas de la vida, y pues llega á hacer que no se sienta la pasion zelosa, téngase por dicho, que puede lo imposible. No habia allí relox de arena, que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atináse el lugar donde estaban; todo era confusion, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el Capitan, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los mas de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar in-

solente á pasearse por cima de la cubierta del navio, y aun á visitar las mas altas gabias, las quales tambien ellas, casi como en venganza de su agravio, besáron las arenas de su profundidad: finalmente al parecer del dia, si se puede llamar dia el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder á un baxel: finalmente combatida de un uracan furioso, como si la volvieran con algun artificio, puso la gabia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de quantos en ella estaban. A dios, castos pensamientos de Auristela, á dios, bien fundados disinios: sosegaos, pasos tan honrados como santos, no espereis otros mauseolos, ni otras pirámides, ni agujas, que las que os ofrecen esas mal breadas tablas. Y vos, ó Transila,

exemplo claro de honestidad, en los brazos de vuestro discreto y anciano padre podeis celebrar las bodas, si no con vuestro esposo Ladislao, á lo menos con la esperanza que ya os habrá conducido á mejor tálamo: y tú, ó Ricla, cuyos deseos te llevaban á tu descanso, recoge en tus brazos á Antonio y á Constanza, tus hijos, y ponlos en la presencia del que agora te ha quitado la vida, para mejorartela en el cielo. En resolucion el volcar de la nave, y la certeza de la muerte de los que en ella iban, puso las razones referidas en la pluma del autor de esta grande y lastimosa historia, y ansimismo puso las que se oirán en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO II.

DONDE SE CUENTA UN ESTRAÑO SUCESO.

Parece que el volcar de la nave volcó, ó por mejor decir, turbó el juicio del autor de esta historia, porque á este segundo capítulo le dió quatro ó cinco principios, casi como dudando, qué fin en él tomaria: en fin, se resolvió, diciendo, que las dichas y las desdichas suelen andar tan juntas, que tal vez no hay medio que las divida: andan el pesar y el placer tan apareados, que es simple el triste que se desespera, y el alegre que se confia, como lo da fácilmente á entender este estraño suceso: sepultóse la nave, como queda dicho, en las aguas, quedáron los muertos sepultados sin tierra, deshiciéronse sus esperanzas, quedando imposible á todos su remedio; pero los piadosos cielos que de muy atras

toman la corriente de remediar nuestras desventuras, ordenáron que la nave fuese llevada poco á poco de las olas ya mansas y recogidas á la orilla del mar en una playa, que por entónces su apacibilidad y mansedumbre podia servir de seguro puerto, y no lejos estaba un puerto capacísimo de muchos baxeles, en cuyas aguas, como en espejos claros se estaba mirando una ciudad populosa, que por una alta loma sus vistosos edificios levantaba.

Vieron los de la ciudad el bulto de la nave, y creyeron ser el de alguna vallena, ó de otro gran pescado, que con la borrasca pasada habia dado al traves: salió infinita gente á verlo, y certificándose ser navio, lo dixeron al Rey Policarpo, que era el señor de aquella ciudad, el qual acompañado de muchos, y de sus dos hermosas hijas, Policarpa y Sinforosa, salió tambien, y ordenó, que con cabestrantes, con tornos y con bar-

cas, con que hizo rodear toda la nave, la tirasen y encaminasen al puerto. Saltáron algunos encima del buco, y dixeron al Rey que dentro de él sonaban golpes, y aun casi se oían voces de vivos. Un anciano caballero que se halló junto al Rey, le dixo: yo me acuerdo, señor, haber visto en el mar Mediterraneo, en la ribera de Génova, una galera de España, que por hacer el cur con la vela, se volcó, como está ahora este baxel, quedando la gavia en la arena, y la quilla al cielo, y antes que la volviesen, ó enderezasen, habiendo primero oido rumor, como en este se oye, aserraron el baxel por la quilla, haciendo un buco capaz de ver lo que dentro estaba, y el entrar la luz dentro y el salir por él el Capitan de la misma galera, y otros quatro compañeros suyos, fue todo uno. Yo vi esto, y está escrito este caso en muchas historias Españolas, y aun podria ser viniesen agora las personas, que

segunda vez nacieron al mundo del vientre de esta galera, y si aqui sucediese lo mismo, no se ha de tener á milagro, sino á misterio, que los milagros suceden fuera del órden de la naturaleza, y los misterios son aquellos que parecen milagros y no lo son, sino casos que acontecen raras veces. ¿Pues á qué aguardamos? dixo el Rey: sierrese luego el buco, y veamos este misterio, que si este vientre vomita vivos, yo lo tendré por milagro: grande fue la priesa que se dieron á serrar el baxel, y grande el deseo que todos tenian de ver el parto: abrióse en fin una gran concavidad, que descubrió muertos, y vivos que lo parecian; metió uno el brazo, y asió de una doncella, que el palpitarle el corazon daba señales de tener vida, otros hicieron lo mismo, y cada uno sacó su presa, y algunos pensando sacar vivos, sacaban muertos, que no todas veces los pescadores son dichosos: finalmente, dán-

doles el ayre, y la luz á los medio vivos, respiraron y cobraron aliento, limpiáronse los rostros, fregáronse los ojos, estiraron los brazos, y como quien despierta de un pesado sueño, miraron á todas partes, y hallóse Auristela en los brazos de Arnaldo, Transila en los de Clodio, Ricla y Constanza en los de Rutilio, Antonio el padre, y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se salió por sí mismo, y lo mismo hizo Mauricio: Arnaldo quedó mas atónito y suspenso que los resucitados, y mas muerto que los muertos. Miróle Auristela, y no conociéndole, la primera palabra que le dixo, fue (que ella fue la primera que rompió el silencio de todos): por ventura, hermano mio, está entre esta gente la bellísima Sinforosa? Santos cielos ¿qué es esto, dixo entre sí Arnaldo? ¿qué memorias de Sinforosa son éstas, en tiempo que no es razon que se tenga acuerdo de otra cosa, que de dar gracias al cielo por las recibi-

das mercedes? pero con todo esto le respondió y dixo, que sí estaba; y le preguntó, ¿que cómo la conocia, porque Arnaldo ignoraba, lo que Auristela con el Capitan del navio que le contó los triunfos de Periandro, habia pasado, y no pudo alcanzar la causa, por la qual Auristela preguntaba por Sinforosa, que si la alcanzára, quizá dixera, que la fuerza de los zelos es tan poderosa y tan sutíl, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y va á buscar al alma enamorados en los últimos trances de la vida. Y despues que pasó algun tanto el pavor en los resucitados, que así pueden llamarse, y la admiracion en los vivos que los sacaron, y el discurso en todos dió lugar á la razon, confusamente unos á otros se preguntaban, como los de la tierra estaban allí, y los del navio venian allí. Policarpo en esto, viendo que el navio, al abrirle la boca, se le habia llenado de agua, en el lugar de ayre que te-

nia, mandó llevarle á jorro al puerto, y que con artificios le sacasen á tierra, lo qual se hizo con mucha presteza; salieron asimismo á tierra toda la gente que ocupaba la quilla del navio, que fueron recibidos del Rey Policarpo y de sus hijas y de todos los principales ciudadanos con tanto gusto como admiracion; pero lo que mas les puso en ella, principalmente á Sinforosa, fue ver la incomparable hermosura de Auristela: fue tambien á la parte de esta admiracion la belleza de Transila, y el gallardo y nuevo trage, pocos años y gallardía de la bárbara Constanza, de quien no desdecia el buen parecer y donaire de Ricla, su madre; y por estar la ciudad cerca, sin prevenirse de quien los llevase, fueron todos á pie á ella.

Ya en este tiempo habia llegado Periandro á hablar á su hermana Auristela, Ladislao á Transila, y el bárbaro padre á su muger y su hija, y los unos á los otros se

fueron dando cuenta de sus sucesos: solo Auristela ocupada toda en mirar á Sinforosa callaba, pero en fin habló á Periandro, y le dixo: ¿Por ventura, hermano, esta hermosisima doncella que aquí va es Sinforosa la hija del Rey Policarpo? Ella es, respondió Periandro, sujeto donde tienen su asiento la belleza y la cortesia. Muy cortes debe de ser, respondió Auristela, porque es muy hermosa. Aunque no lo fuera tanto, respondió Periandro, las obligaciones que yo la tengo, me obligaran, ó querida hermana mia, á que me lo pareciera. Si por obligaciones va, y vos por ella encareceis las hermosuras, la mia os ha de parecer la mayor de la tierra, segun os tengo obligado. Con las cosas divinas, replicó Periandro, no se han de comparar las humanas; las hipérboles y alabanzas por mas que lo sean, han de parar en puntos limitados: decir, que una muger es mas hermosa que un angel, es

encarecimiento de cortesia, pero no de obligacion: sola en tí, dulcísima hermana mia, se quiebran reglas, y cobran fuerzas de verdad los encarecimientos que se dan á tu hermosura. Si mis trabajos y mis desasosiegos, ó hermano mio, no turbáran la mia, quizá creyera ser verdaderas las alabanzas que de ella dices: pero yo espero en los piadosos cielos, que algun dia ha de reducir á sosiego mi desasosiego y á bonanza mi tormenta; y en este entretanto con el encarecimiento que puedo, te suplico que no te quiten ni borren de la memoria lo que me debes otras agenas hermosuras, ni otras obligaciones que en la mia, y en las mias podras satisfacer el deseo y llenar el vacio de tu voluntad: si miras, que juntando la belleza de mi cuerpo, tal qual ella es, á la de mi alma, hallarás un compuesto de hermosura que te satisfaga.

Confuso iba Periandro, oyendo las razones de Auristela, juzgaba-

la zelosa, cosa nueva para él, por tener por larga experiencia conocido que la discrecion de Auristela jamas se atrevió á salir de los límites de la honestidad, jamas su lengua se movió á declarar sino honestos y castos pensamientos, jamas le dixo palabra que no fuese digna de decirse á un hermano en público y en secreto. Iba Arnaldo envidioso de Periandro, Ladislao alegre con su esposa Transila, Mauricio con su hija y yerno, Antonio el grande con su muger y hijos, Rutilio con el hallazgo de todos, y el maldiciente Clodio con la ocasion que se le ofrecia de contar, donde quiera que se hallase la grandeza de tan extraño suceso. Llegaron á la ciudad, y el liberal Policarpo honró á sus huespedes real y magnificamente, y á todos los mandó alojar en su palacio, aventajándose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabia, que era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela le habian sa-

cado de su reyno, y así como vió la belleza de Auristela, halló su peregrinacion en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo quarto Policarpa y Sinforosa alojaron á Auristela, de la qual no quitaba la vista Sinforosa, dando gracias al cielo de haberla hecho, no amante, sino hermana de Periandro; y ansi por su estremada belleza, como por el parentesco tan estrecho que con Periandro tenia, la adoraba, y no sabia un punto desviarse de ella; desmenuzabale sus facciones, notabale las palabras, ponderaba su donayre, hasta el sonido y órgano de la voz le daba gusto. Auristela casi por el mismo modo, y con los mismos afectos miraba á Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las intenciones: Auristela miraba con zelos, y Sinforosa con sencilla benevolencia. Algunos dias estuvieron en la ciudad descansando de los trabajos pasados, y dando traza de volver Arnaldo á Dinamarca, ó adonde

Auristela y Periando quisieran, mostrando como siempre lo mostraba, no tener otra voluntad que la de los dos hermanos. Clodio que con ociosidad y vista curiosa habia mirado los movimientos de Arnaldo, y quan oprimido le tenia el cuello el amoroso yugo, un dia en que se halló solo con él, le dixo: yo que siempre los vicios de los Príncipes he reprehendido en público, sin guardar el debido decoro que á su grandeza se debe, sin temer el daño que nace del decir mal, quiero agora sin tu licencia decirte en secreto, lo que te suplico, con paciencia me escuches, que lo que se dice aconsejando en la intencion halla disculpa lo que no agrada.

Confuso estaba Arnaldo, no sabiendo en que iban á parar las prevenciones del razonamiento de Clodio, y por saberlo determinó de escuchalle, y así le dixo, que dixese lo que quisiese, y Clodio con este salvo conduto prosiguió, di-

ciendo: tú, señor, amas á Auristela: mal dixe amas, adoras dixera mejor, y segun he sabido, no sabes mas de su hacienda, ni de quien es, que aquello que ella ha querido decirte, que no te ha dicho nada; hasla tenido en tu poder mas de dos años, en los quales has hecho, segun se ha de creer, las diligencias posibles por enternecer su dureza, amansar su rigor y rendir su voluntad á la tuya por los medios honestisimos y eficaces del matrimonio; y en la misma entereza se está hoy, que el primero dia que la solicitaste, de donde arguyo, que quanto á tí te sobra de paciencia, le falta á ella de conocimiento; y has de considerar, que algun gran misterio encierra, desechar una muger un reyno y un Príncipe, que merece ser amado: misterio tambien encierra, ver una doncella vagabunda, llena de recato de encubrir su linage, acompañada de un mozo que como dice que lo es, po-

dria no ser su hermano, de tierra en tierra, de isla en isla, sujeta á las inclemencias del cielo, y á las borrascas de la tierra, que suelen ser peores que las del mar alborotado: de los bienes que reparten los cielos entre los mortales, los que mas se han de estimar son los de la honra, á quien se posponen los de la vida: los gustos de los discretos hanse de medir con la razon, y no con los mismos gustos. Aquí llegaba Clodio, mostrando querer proseguir con un filosófico y grave razonamiento, quando entró Periandro, y le hizo callar con su llegada á pesar de su deseo y aun de el de Arnaldo, que quisiera escucharle: entraron asimismo Mauricio, Ladislao y Transila, y con ellos Auristela arrimada al hombro de Sinforosa, mal dispuesta, de modo que fue menester llevarla al lecho, causando con su enfermedad tales sobresaltos y temores en los pechos de Periandro y Arnaldo, que á no encubrillos

con discrecion, tambien tuvieran necesidad de los médicos como Auristela.

CAPÍTULO III.

Apenas supo Policarpo la indisposicion de Auristela, quando mandó llamar sus médicos que la visitasen, y como los pulsos son lenguas que declaran la enfermedad que se padece, hallaron en los de Auristela, que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma; pero antes que ellos conoció su enfermedad Periandro y Arnaldo la entendió en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenaron los médicos, que en ninguna manera la dexasen sola, y que procurasen entretenerla y divertirla con música, si ella quisiese, ó con otros algunos alegres entretenimientos. Tomó Sinforosa á su cargo su salud, y ofrecióle su compañia á todas horas, ofrecimiento no de mucho gusto para Auristela, porque quisiera

no tener tan á la vista la causa que pensaba ser de su enfermedad, de la qual no pensaba sanar, porque estaba determinada de no decilla, que su honestidad le ataba la lengua, su valor se oponia á su deseo; finalmente despejaron todos la estancia donde estaba, y quedaronse solas con ella Sinforosa y Policarpa, á quien con ocasion bastante despidió Sinforosa, y á penas se vió sola con Auristela, quando poniendo su boca con la suya, y apretándole reciamente las manos con ardientes suspiros, pareció que queria trarladar su alma en el cuerpo de Auristela, afectos que de nuevo la turvaron, y así le dixo: ¿qué es esto, señora mia, que estas muestras me dan á entender que estais mas enferma que yo, y mas lastimada el alma que la mia? mirad, si os puedo servir en algo, que para hacerlo, aunque está la carne enferma, tengo sana la voluntad. Dulce amiga mia, respondió Sinforosa, quanto puedo

agradezco tu ofrecimiento, y con la misma voluntad con que te obligas, te respondo, sin que en esta parte tengan alguna comedimientos fingidos, ni tibias obligaciones. Yo, hermana mia, que con este nombre has de ser llamada, en tanto que la vida me durare, amo, quiero bien, adoro, dixelo: no, que la vergüenza, y el ser quien soy, son mordazas de mi lengua; ¿pero tengo de morir callando? ¿ha de sanar mi enfermedad por milagro? ¿es por ventura capaz de palabras el silencio? ¿han de tener dos recatados y vengonzosos ojos, virtudes y fuerza para declarar los pensamientos infinitos de un alma enamorada? Esto iba diciendo Sinforosa con tantas lágrimas y con tantos suspiros, que movieron á Auristela á enjugalle los ojos, y á abrazarla y á decirla: no se te mueran, ó apasionada señora, las palabras en la boca, despide de tí por algun pequeño espacio la confusion y el empacho, y hazme tu secre-

taria, que los males comunicados si no alcanzan sanidad, alcanzan alivio: si tu pasion es amorosa, como lo imagino, sin duda bien sé, que eres de carne aunque pareces de alabastro, y bien sé que nuestras almas estan siempre en continuo movimiento, sin que puedan dexar de estar atentas á querer bien á algun sujeto á quien las estrellas las inclinan, que no se ha de decir que las fuerzan: dime, señora, ¿á quién quieres, á quién amas, y á quién adoras? que como no des en el disparate de amar á un toro, ni en el que dio el que adoró el plátano, como sea hombre, el que segun tú dices adoras, no me causará espanto, ni maravilla: muger soy como tú, mis deseos tengo, y hasta ahora por honra del alma no me han salido á la boca, que bien pudiera, como señales de la calentura, pero al fin habran de romper por inconvenientes y por imposibles, y siquiera en mi testamento, procurare que se sepa la

causa de mi muerte. Estabala mirando Sinforosa, cada palabra que decia, la estimaba como si fuera sentencia salida de la boca de un oráculo. Ay, señora, dixo, y como creo que los cielos te han traido por tan extraño rodeo, que parece milagro á esta tierra, condolidos de mi dolor, y lastimados de mi lastima, del vientre oscuro de la nave te volvieron á la luz del mundo para que mi oscuridad tuviese luz, y mis deseos salida de la confusion en que están, y así por no tenerme ni tenerte mas suspensa, sabrás que á esta isla llegó tu hermano Periandro; y sucesivamente le contó del modo que habia llegado, los triunfos que alcanzó, los contrarios que venció, y los premios que ganó, del modo que ya queda contado: dixole tambien, como las gracias de su hermano Periandro habian despertado en ella un modo de deseo, que no llegaba á ser amor, sino benevolencia; pero que despues con la

soledad y ociosidad, yendo y viniendo el pensamiento á contemplar sus gracias, el amor se le fue pintando, no como hombre particular, sino como á un Príncipe, que si no lo era, merecia serlo: esta pintura me la gravó en el alma, y yo inadvertida dexé que me la grabase, sin hacerle resistencia alguna, y así poco á poco vine á quererle, á amarle, y aun á adorarle, como he dicho.

Mas dixera Sinforosa, si no volviera Policarpa deseosa de entretener á Auristela, cantando al son de una harpa, que en las manos traia: enmudeció Sinforosa, quedó perdida Auristela, pero el silencio de la una y el perdimiento de la otra no fueron parte para que dexasen de prestar atentos oidos á la sin par en música, Policarpa, que de esta manera comenzó á cantar en su lengua, lo que despues dixo el bárbaro Antonio, que en la castellana decia:

Cintia, si desengaños no son parte,
para cobrar la libertad perdida,
da riendas al dolor, suelta la vida,
que no es valor, ni es honra el
no quejarte.

Y el generoso ardor que parte á
parte
tiene tu libre voluntad rendida,
será de tu silencio el homicida,
quando pienses por él eternizarte.

Salga con la doliente anima fuera
la enferma voz, que es fuerza y
es cordura.
decir la lengua, lo que al alma toca.

Quejándote, sabrá el mundo si-
quiera,
quan grande fue de amor tu ca-
lentura,
pues salieron señales á la boca.

Ninguno como Sinforosa, entendió los versos de Policarpa, la qual era sabidora de todos sus deseos, y puesto que tenia determi-

nado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprovecharse del consejo de su hermana, diciendo á Auristela sus pensamientos, como ya se los habia comenzado á decir. Muchas veces se quedaba Sinforosa con Auristela, dando á entender, que mas por cortes, que por su gusto propio la acompañaba: en fin una vez tornando á anudar la platica pasada, le dixo: oyeme otra vez, señora mia, y no te cansen mis razones, que las que me bullen en el alma, no dexan sosegar la lengua: rebentaré si no las digo, y este temor, á pesar de mi crédito, haré que sepas, que muero por tu hermano, cuyas virtudes de mí conocidas, llevaron tras sí mis enamorados deseos, y sin entremeterme en saber quien son sus padres, la patria, ó riquezas, ni el punto en que le ha levantado la fortuna, solamente atiendo á la mano liberal con que la naturaleza le ha enriquecido: por sí solo le quiero, por sí solo le amo, y

por sí solo le adoro; y por tí sola, y por quien eres, te suplico, que sin decir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien que pudieres: innumerables riquezas me dexó mi madre en su muerte, sin sabiduría de mi padre; hija soy de un Rey, que puesto que sea por eleccion, en fin, es Rey; la edad ya la ves, la hermosura no se te encubre, que tal qual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida: dame, señora, á tu hermano por esposo, darete yo á mi misma por hermana, repartiré contigo mis riquezas, procuraré darte esposo, que despues, y aun antes de los dias de mi padre, le elijan por Rey los de este reyno; y quando esto no pueda ser, mis tesoros podrán comprar otros reynos. Teniale á Auristela de las manos Sinforosa, bañándoselas en lagrimas, en tanto que estas tiernas razones la decia: acompañabale en ellas Auristela, juzgando en sí misma, quales y

quantos suelen ser los aprietos de un corazon enamorado, y aunque se le representaba en Sinforosa una enemiga, la tenia lástima, que un generoso pecho no quiere vengarse quando puede, quanto mas que Sinforosa no la habia ofendido en cosa alguna, que la obligáse á venganza: su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenia, su intencion la que á ella traia desatinada: finalmente, no podia culparla, sin que ella primero no quedáse convencida del mismo delito: lo que procuró apurar, fue, si la habia favorecido alguna vez, aunque fuese en cosas leves, ó si con la lengua, ó con los ojos habia descubierto su amorosa voluntad á su hermano. Sinforosa la respondió, que jamas habia tenido atrevimiento de alzar los ojos á mirar á Periandro, sino con el recato, que á ser quien era, debia, y que al paso de sus ojos habia andado el recato de su lengua. Bien creo eso, respondió Auriste-

la, ¿pero es posible, que él no ha dado muestras de quererte? si habrá, porque no le tengo por tan de piedra, que no le enternezca, y ablande una belleza tal como la tuya, y así soy de parecer, que antes qne yo rompa esta dificultad, procures tú hablarle, dandole ocasion para ello con algun honesto favor, que tal vez los impensados favores despiertan y encienden los mas tibios, y descuidados pechos, que si una vez él responde á tu deseo, seráme facil á mi hacerle, que de todo en todo, le satisfaga: todos los principios, amiga, son dificultosos, y en los de amor dificultosísimos: no te aconsejo yo que te deshonestes, ni te precipites, que los favores que hacen las doncellas á los que aman, por castos que sean no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto; pero con todo esto puede mucho la discrecion y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos, á los mas turba-

dos ofrece lugar y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su crédito.

CAPÍTULO IV.

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA Y AMORES DE SINFOROSA.

Atenta estaba la enamorada Sinforosa á las discretas razones de Auristela, y no respondiendo á ellas, sino volviendo á anudar las del pasado razonamiento, le dixo: mira, amiga y señora, hasta donde llegó el amor, que engendró en mi pecho el valor que conocí en tu hermano, que hice que un capitan de la guarda de mi padre le fuese á buscar y le traxese por fuerza, ó de grado á mi presencia; y el navío en que se embarcó, es el mismo en que tú llegaste, porque en él entre los muertos le han hallado sin vida. Así debe de ser, respondió Auristela, que él me contó gran parte de lo que tú me has

dicho, de modo que ya yo tenia noticia, aunque algo confusa, de tus pensamientos, los quales, si es posible, quiero que sosiegues, hasta que se los descubras á mi hermano, ó hasta que yo tome á cargo tu remedio, que será luego que me descubras lo que con él te hubiere sucedido, que ni á tí te faltará lugar para hablarle, ni á mí tampoco. De nuevo volvió Sinforosa á agradecer á Auristela su ofrecimiento, y de nuevo volvió Auristela á tenerla lástima. En tanto que entre las dos esto pasaba, se las habia Arnaldo con Clodio, que moria por turbar, ó por deshacer los amorosos pensamientos de Arnaldo, y hallándole solo, si solo se puede hallar quien tiene ocupada el alma de amorosos deseos, le dixo: El otro dia, te dixe, señor, la poca seguridad que se puede tener de la voluble condicion de las mugeres, y que Auristela en efecto es muger, aunque parece un ángel, y que Periandro es hom-

bre, aunque sea su bermano; y no por esto quiero decir, que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que cries algun discreto recato, y si por ventura te dieren lugar, de que discurras por el camino de la razon, quiero que tal vez consideres, quien eres, la soledad de tu padre, la falta que hace á tus vasallos, la contigencia en que te pones de perder tu reyno, que es la misma en que está la nave donde falta el piloto, que la gobierne: mira que los Reyes están obligados á casarse, no con la hermosura, sino con el linage, no con la riqueza, sino con la virtud, por la obligacion que tienen de dar buenos sucesores á sus reynos: desmengua y apoca el respeto que se debe al Príncipe, el verle coxear en la sangre, y no basta decir que la grandeza del Rey es en sí tan poderosa, que iguala consigo misma la baxeza de la muger que escogiere: el caballo y la yegua de casta generosa y conocida prome-

ten crias de valor admirable, mas que las no conocidas y de baxa estirpe: entre la gente comun tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto, pero no le ha de tener entre la noble: así que, ó señor mio, ó te vuelve á tu reyno, ó procura con el recato, no dexar engañarte; y perdona este atrevimiento, que ya que tengo fama de maldiciente y murmurador, no la quiero tener de mal intencionado: debaxo de tu amparo me traes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra no temo las inclemencias del cielo, que ya con mejores estrellas parece que va mejorando mi condicion, hasta aquí depravada. Yo te agradezco, ó Clodio, dixo Arnaldo, el buen consejo que me has dado, pero no consiente ni permite el cielo que le reciba: Auristela es buena, Periandro es su hermano, y yo no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es, que para mí qualquiera cosa que dixere, ha de ser

verdad : yo la adoro sin disputa, que el abismo casi infinito de su hermosura lleva tras sí el de mis deseos, que no pueden parar sino en ella, y por ella he tenido, tengo y he de tener vida, ansi que Clodio no me aconsejes mas, porque tus palabras se llevarán los vientos, y mis obras te mostrarán quan vanos serán para conmigo tus consejos. Encogió los hombros Clodio, baxó la cabeza, y apartóse de su presencia, con propósito de no servir mas de consejero, porque el que lo ha de ser, requiere tener tres calidades: la primera autoridad, la segunda prudencia, y la tercera ser llamado: estas revoluciones, trazas y máquinas amorosas andaban en el palacio de Policarpo, y en los pechos de los confusos amantes: Auristela zelosa, Sinforosa enamorada, Periandro turbado, Arnaldo pertinaz, y Mauricio haciendo designios de volver á su patria contra la voluntad de Transila, que no queria volver á la presencia de

gente tan enemiga del buen decoro, como la de su tierra. Ladislao, su esposo, no osaba ni queria contradecirla; Antonio el padre moria por verse con sus hijos y muger en España, y Rutilio en Italia, su patria: todos deseaban, pero á ninguno se le cumplian sus deseos, condicion de la naturaleza humana, que puesto que Dios la crió perfecta, nosotros por nuestra culpa la hallamos siempre falta, la qual falta siempre la ha de haber, mientras no dexáremos de desear.

Sucedió, pues, que casi de industria dió lugar Sinforosa á que Periandro se viese solo con Auristela, deseosa que se diese principio á tratar de su causa, y á la vista de su pleyto, en cuya sentencia consistia la de su vida, ó muerte: las primeras palabras que Auristela dixo á Periandro, fueron: esta nuestra peregrinacion, hermano y señor mio, tan llena de trabajos y sobresaltos, tan amena-

zadora de peligros, cada dia y cada momento me hace temer los de la muerte, y querria que diesemos traza de asegurar la vida, sosegándola en una parte, y ninguna hallo tan buena cómo ésta donde estamos, que aquí se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promesas, sino en verdad, y muger noble y hermosisima en todo estremo, digna no de que te ruegue, como te ruega, sino de que tú la ruegues, la pidas y la procures. En tanto que Auristela esto decia, la miraba Periandro con tanta atencion, que no movia las pestañas de los ojos, corria muy apriesa con el discurso de su entendimiento, para hallar donde podrian ir encaminadas aquellas razones; pero pasando adelante con ellas Auristela, le sacó de su confusion, diciendo: digo, hermano, que con este nombre te he de llamar en qualquier estado que tomes, digo, que Sinforosa te adora, y te quiere por esposo: dice que tiene riquezas in-

creibles, y yo digo, que tiene creible hermosura, digo creible, porque es tal, que no ha menester que exâgeraciones la levanten, ni hipérboles la engrandezcan; y en lo que he echado de ver, es de condicion blanda, de ingenio agudo, y de proceder tan discreto como honesto: con todo esto que te he dicho, no dexo de conocer lo mucho que mereces por ser quien eres; pero segun los casos presentes, no te estará mal esta compañia: fuera estamos de nuestra patria, tú perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte; nuestro camino á Roma, quanto mas le procuramos, mas se dificulta y alarga; mi intencion no se muda, pero tiembla, y no querria que entre temores y peligros me asaltase la muerte, y así pienso acabar la vida en religion, y querria que tú la acabases en buen estado. Aquí dió fin Auristela á su razonamiento y principio á unas lágrimas que desdecian y borraban

todo quanto habia dicho: sacó los brazos honestamente fuera de la colcha, tendiólos por el lecho, y volvió la cabeza á la parte contraria de donde estaba Periandro, el qual viendo estos estremos, y habiendo oido sus palabras, sin ser poderoso á otra cosa, se le quitó la vista de los ojos, se le anudo la garganta, y se le trabó la lengua, y dió consigo en el suelo de rodillas, y arrimó la cabeza al lecho: volvió Auristela la suya, y viéndole desmayado, le puso la mano en el rostro, y le enjugó las lágrimas, que sin que él lo sintiese, hilo á hilo le bañaban las mexillas.

CAPÍTULO V.

DE LO QUE PASÓ ENTRE EL REY POLICARPO Y SU HIJA SINFOROSA.

Efectos vemos en la naturaleza, de quien ignoramos las causas: adormécense ó entorpécense á unos los dientes de ver cortar con un cu-

chillo un paño; tiembla tal vez un hombre de un raton, y yo le he visto temblar de ver cortar un rábano, y á otro le he visto levantarse de una mesa de respeto, por ver poner unas aceytunas: si se pregunta la causa, no hay saber decirla, y los que mas piensan que aciertan á decirla, es decir, que las estrellas tienen cierta entipatia con la complexîon de aquel hombre, que le inclina ó mueve á hacer aquellas acciones, temores y espantos, viendo las cosas sobredichas y otras semejantes, que á cada paso vemos. Una de las difiniciones del hombre, es decir, que es animal risible, porque solo el hombre se rie, y no otro ningun animal, y yo digo que tambien se puede decir, que es animal llorable, animal que llora, y ansi como por la mucha risa descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar el poco discurso. Por tres cosas es lícito, que llore el varon prudente: la una, por haber pecado: la segun-

da, por alcanzar perdon de él: la tercera, por estar zeloso: las demas lágrimas no dicen bien en un rostro grave. Veamos pues, desmayado á Periandro, y ya que no llore de pecador, ni arrepentido llore de zeloso, que no faltará quien disculpe sus lágrimas, y aun las enjugue, como hizo Auristela, la qual con mas artificio que verdad le puso en aquel estado: volvió en fin en sí, y sintiendo pasos en la estancia, volvió la cabeza, y vió á sus espaldas á Ricla y á Constanza, que entraban á ver á Auristela, que lo tuvo á buena suerte, que á dexarle solo, no hallára palabras con que responder á su señora, y así se fue á pensarlas, y á considerar en los consejos que le habia dado.

Estaba tambien Sinforosa con deseo de saber, qué auto se habia proveído en la audiencia de amor, en la primera vista de su pleyto, y sin duda que fuera la primera que entrára á ver Auristela, y no

Ricla y Constanza: pero estorvóselo llegar un recado de su padre el Rey, que la mandaba ir á su presencia luego, y sin escusa alguna: obedecióle, fue á verle, y hallóle retirado y solo: hízola Policarpo sentar junto así, y al cabo de algun espacio que estuvo callando, con voz baxa, como que se recataba de que no le oyesen, la dixo: hija, puesto que tus pocos años no están obligados á sentir, qué cosa sea esto que llaman amor, ni los muchos mios estén ya sujetos á su jurisdiccion, todavia tal vez sale de su curso la naturaleza, y se abrasan las niñas verdes, y se secan y consumen los viejos ancianos. Quando esto oyó Sinforosa, imaginó sin duda, que su padre sabia sus deseos: pero con todo eso calló, y no quiso interrumpirle hasta que mas se declaráse, y en tanto que él se declaraba, á ella le estaba palpitando el corazon en el pecho. Siguió pues, su padre, diciendo: despues, ó hija mia, que

me faltó tu madre, me acogí á la sombra de tus regalos, cubrime con tu amparo, gobernéme por tus consejos, y he guardado como has visto las leyes de la viudez con toda puntualidad y recato, tanto por el crédito de mi persona, como por guardar la fe Católica que profeso: pero despues que han venido estos nuevos huespedes á nuestra ciudad, se ha desconcertado el relox de mi entendimiento, se ha turbado el curso de mi buena vida, y finalmente he caido desde la cumbre de mi presuncion discreta hasta el abismo, baxo de no sé qué deseos, que si los callo, me matan, y si los digo me deshonran: no mas suspension, hija, no mas silencio, amiga, no mas, y si quieres que mas haya, sea el decirte, que muero por Auristela: el calor de su hermosura tierna ha encendido los huesos de mi edad madura, en las estrellas de sus ojos han tomado lumbre los mios ya oscuros, la gallardía de su per-

sona ha alentado la floxedad de la mia. Querria, si fue posible, á tí y á tu hermana daros una madrasta, que su valor disculpe el dárosla: si tú vienes con mi parecer, no se me dará nada del qué diran; y quando por esta, si pareciere locura, me quitaren el reyno, reyne yo en los brazos de Auristela, que no habrá Monarca en el mundo que se me iguale. Es mi intencion, hija, que tú se lo digas, y alcances de ella el sí, que tanto me importa, que á lo que creo, no se le hará muy dificultoso el darle, si con su discrecion recompensa y contrapone mi autoridad á mis años, y mi riqueza á los suyos: bueno es ser Reyna, bueno es mandar, gusto dan las honras, y no todos los pasatiempos se cifran en los casamientos iguales. En albricias del sí, que me has de traer de esta embaxada que llevas, te mando una mejora en tu suerte, que si eres discreta, como lo eres, no has de acertar á desearla mejor.

Mira, quatro cosas ha de procurar tener y sustentar el hombre principal, y son: buena muger, buena casa, buen caballo, y buenas armas: las dos primeras, tan obligada está la muger á procurallas como el varon, y aun mas, porque no ha de levantar la muger al marido, sino el marido á la muger. Las Magestades, las grandezas altas no las aniquilan los casamientos humildes, porque en casándose igualan consigo á sus mugeres: así que sease Auristela quien fuere, que siendo mi esposa, será Reyna, y su hermano Periandro, mi cuñado, el qual dandotelo yo por esposo, y honrándole con título de mi cuñado, vendras tú tambien á ser estimada, tanto por ser su esposa, como por ser mi hija. ¿Pues como sabes tú, señor, dixo Sinforosa, qué no es Periandro casado; y ya que no lo sea, quiera serlo conmigo? de que no lo sea, respondio el Rey, me lo da á entender el verle andar peregrinan-

do por estrañas tierras, cosa que lo estorban los casamientos grandes: de que lo quiera ser tuyo, me lo certifica y asegura su discrecion, que es mucha, y caerá en la cuenta de lo que contigo gana, y pues la hermosura de su hermana la hace ser Reyna, no será mucho, que la tuya le haga tu esposo.

Con estas últimas palabras, y con esta grande promesa, paladeó el Rey la esperanza de Sinforosa, y saboreóle el gusto de sus deseos, y así sin ir contra los de su padre, prometió ser casamentera, y admitió las albricias de lo que no tenia negociado: solo le dixo, que mirase lo que hacia en darle por esposo á Periandro, que puesto que sus habilidades acreditaban su valor, todavia seria bueno no arrojarse sin que primero la esperiencia y el trato de algunos dias le asegurase; y diera ella, porque en aquel punto se le dieran por esposo, todo el bien que acertara á

desearse en este mundo, los siglos que tuviera de vida: que las doncellas virtuosas y principales, uno dice la lengua, y otro piensa el corazon. Esto pasaron Policarpo y su hija, y en otra estancia se movió otra conversacion y plática entre Rutilio y Clodio Era Clodio, como se ha visto en lo que de su vida y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto, de donde le nacia ser gentil maldiciente, que el tonto y simple, ni sabe murmurar, ni maldecir, y aunque no es bien decir bien mal, como ya otra vez se ha dicho, con todo esto alaban al maldiciente discreto, que la agudeza maliciosa no hay conversacion que no la ponga en punto, y dé sabor como la sal á los manjares, y por lo menos al maldiciente agudo, si le vituperan y condenan por perjudicial, no dexan de absolverle y alabarle por discreto. Este pues nuestro murmurador, á quien su lengua desterró de su patria en com-

pañia de la torpe y viciosa Rosamunda habiendo dado igual pena el Rey de Inglaterra á su maliciosa lengua, como á la torpeza de Rosamunda, hallándose solo con Rutilio, le dixo: mira, Rutilio, necio es y muy necio el que descubriendo un secreto á otro, le pide encarecidamente que le calle, porque le importa la vida, en que lo que le dice no se sepa: digo yo ahora: ven acá, descubridor de tus pensamientos y derramador de tus secretos, si á tí con importarte la vida, como dices, los descubres al otro, á quien se lo dices, que no le importa nada el descubrillos, ¿cómo quieres que los cierre y recoja debaxo de la llave del silencio? ¿qué mayor seguridad puedes tomar, de que no se sepa lo que sabes, sino no decillo? Todo esto sé, Rutilio, y con todo esto me salen á la lengua y á la boca ciertos pensamientos que rabian, porque los ponga en voz y los arroje en las plazas, antes que se me pudran en el

pecho, ó rebiente con ellos. Ven acá, Rutilio, ¿qué hace aquí este Arnaldo siguiendo el cuerpo de Auristela, como si fuese su misma sombra, dexando su Reyno á la discrecion de su padre viejo y quizá caduco; perdiendose aquí, anegandose allí, llorando acá, suspirando aculla, lamentándose amargamente de la fortuna que él mismo se fabrica? ¿qué diremos de esta Auristela y de este su hermano, mozos vagabundos, encubridores de su linage, quizá por poner en duda, si son o no principales, que el que está ausente de su patria, donde nadie le conoce, bien puede darse los padres que quisiere: y con la discrecion y artificio parecer en sus costumbres que son hijos del sol y de la luna? no niego yo, que no sea virtud digna de alabanza, mejorarse cada uno, pero ha de ser sin perjuicio de tercero: el honor y la alabanza son premios de la virtud, que siendo firme y solida, se le deben, mas no se le debe á la ficticia y

hipócrita: ¿quién puede ser este luchador, este esgrimador, este corredor y saltador? ¿este Ganimedes, este lindo, este aquí vendido, aculla comprado; este Argos de esta ternera de Auristela, que apenas nos la dexa mirar por brujula, que ni sabemos, ni hemos podido saber de este par, tan sin par en hermosura, de donde vienen, ni á dó van? pero lo que mas me fatiga de ellos, es que por los once cielos que dicen que hay, te juro, Rutilio, que no me puedo persuadir que sean hermanos, y que puesto que lo sean, no puedo juzgar bien, de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras, por desiertos, por campañas, por hospedages y mesones: lo que gastan, sale de las alforjas, saquillos y repuestos llenos de pedazos de oro de las barbaras Ricla y Constanza: bien veo que aquella cruz de diamantes y aquellas dos perlas que trae Auristela, valen un gran tesoro; pero no son

prendas que se cambian y truecan por menudo; pues pensar que siempre han de hallar Reyes que los hospeden, y Príncipes que los favorezcan, es hablar en lo escusado. ¿Pues qué diremos, Rutilio, ahora de la fantasía de Transila y de la astrología de su padre, ella que rebienta de valiente, y él que se precia de ser el mayor judiciario del mundo? yo apostaré, que Ladislao su esposo de Transila tomara ahora estar en su patria, en su casa, y en su reposo, aunque pasára por el estatuto y condicion de los de su tierra, y no verse en la agena á la discrecion del que quisiere darles lo que han menester; y este nuestro bárbaro Español, en cuya arrogancia debe estar cifrada la valentía del orbe, yo pondré que si el cielo le lleva á su patria, que ha de hacer corrillos de gente, mostrando á su muger y á sus hijos, envueltos en sus pellejos, pintando la isla bárbara en un lienzo, y señalando con una vara el lugar do

estuvo encerrado quince años, la mazmorra de los prisioneros y la esperanza inútil y ridícula de los bárbaros, y el incendio no pensado de la isla: bien así como hacen los que libres de la esclavitud turquesca, con las cadenas al hombro, habiéndolas quitado de los pies, cuentan sus desventuras con lastimeras voces y humildes plegarias en tierra de christianos: pero esto pase, que aunque parezca que cuentan imposibles, á mayores peligros está sujeta la condicion humana, y los de un desterrado, por grandes que sean, pueden ser creedores. ¿Adonde vas á parar, ó Clodio? dixo Rutilio. Voy á parar, respondió Clodio, en decir de tí, que mal podrás usar tu oficio en estas regiones, donde sus moradores no danzan, ni tienen otros pasatiempos, sino lo que les ofrece Baco en sus tazas risueño, y en sus bebidas lascivo: pararé tambien en mí, que habiendo escapado de la muerte por la benignidad del cielo y por

la cortesía de Arnaldo : ni al cielo doy gracias , ni á Arnaldo tampoco , antes querria procurar , que aunque fuese á costa de su desdicha , nosotros enmendasemos nuestra ventura : entre los pobres pueden durar las amistades , porque la igualdad de la fortuna sirve de eslabonar los corazones : pero entre los ricos y los pobres no puede haber amistad duradera , por la desigualdad que hay entre la riqueza y la pobreza. Filósofo estás , Clodio , replicó Rutilio , pero yo no puedo imaginar , qué medio podrémos tomar para mejorar , como dices , nuestra suerte , si ella comenzó á no ser buena desde nuestro nacimiento : yo no soy tan letrado como tú , pero bien alcanzo, que los que nacen de padres humildes , si no los ayuda demasiadamente el cielo, ellos por sí solos pocas veces se levantan á donde sean señalados con el dedo, si la virtud no les dá la mano; pero á tí, ¿quién te la ha de dar , si la mayor que

tienes, es decir mal de la misma virtud? y á mí quien me ha de levantar, pues quando mas lo procure, no podré subir mas de lo que se alza una cabriola? yo danzador, tú murmurador: yo condenado á la horca en mi patria, tú desterrado de la tuya por maldiciente: mira que bien podremos esperar, que nos mejore. Suspendióse Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspension dió fin á este capítulo el autor de esta grande historia.

CAPÍTULO VI.

Todos tenian con quien comunicar sus pensamientos, Policarpo con su hija, y Clodio con Rutilio, solo el suspenso Periandro los comunicaba consigo mismo, que le engendraron tanto las razones de Auristela, que no sabia á qual acudir, que le aliviase su pesadumbre. Válame Dios! ¿qué es esto, decia entre sí mismo, ha perdido el juicio Auristela, ella mi casamen-

tera? ¿cómo es posible que haya dado al olvido nuestros conciertos? ¿qué tengo yo que ver con Sinforosa? ¿qué reynos ni que riquezas me pueden á mí obligar, á que dexe á mi hermana Sigismunda, sino es dexando de ser yo Persiles? En pronunciando esta palabra, se mordió la lengua, y miró á todas partes á ver si alguno le escuchaba, y asegurándose que no, prosiguió diciendo: Sin duda Auristela está zelosa, que los zelos se engendran entre los que bien se quieren, del ayre que pasa, del sol que toca, y aun de la tierra que se pisa. O señora mia! mira lo que haces, no hagas agravio á tu valor, ni á tu belleza, ni me quites á mí la gloria de mis firmes pensamientos, cuya honestidad y firmeza me va labrando una inestimable corona de verdadero amante: hermosa, rica y bien nacida es Sinforosa; pero en tu comparacion es fea, es pobre y de linage humilde: considera, señora, que el amor nace y se

engendra en nuestros pechos, ó por eleccion ó por destino: el que por destino, siempre está en su punto; el que por eleccion, puede crecer, ó menguar, segun pueden menguar ó crecer las causas que nos obligan y mueven á querernos, y siendo esta verdad tan verdad, como lo es, hallo que mi amor no tiene términos que le encierren, ni palabras que le declaren: casi puedo decir, que desde las mantillas y faxas de mi niñez te quise bien, y aquí pongo yo la razon del destino: con la edad y con el uso de la razon fue creciendo en mí el conocimiento, y fueron creciendo en tí las partes que te hicieron amable: vílas, contemplélas, conocílas, gravélas en mi alma, y de la tuya y la mia hice un compuesto tan uno y tan solo, que estoy por decir, que tendrá mucho que hacer la muerte en dividirle: dexa, pues, bien mio, Sinforosas, no me ofrezcas agenas hermosuras, ni me convides con Imperios, ni Monarquias,

ni dexes que suene en mis oidos el dulce nombre de hermano, con que me llamas: todo esto que estoy diciendo entre mí, quisiera decirtelo á tí por los mismos términos con que lo voy fraguando en mi imaginacion; pero no será posible, porque la luz de tus ojos, y mas si me miran ayrados, ha de turbar mi vista y enmudecer mi lengua; mejor será escribírtelo en un papel, porque las razones serán siempre unas, y las podrás ver muchas veces, viendo siempre en ellas una verdad misma, una fe confirmada y un deseo loable y digno de ser creido, y así determino de escribirte. Quietóse con esto algun tanto, pareciéndole que con mas advertido discurso pondria su alma en la pluma que en la lengua.

Dexemos escribiendo á Periandro, y vamos á oir lo que dice Sinforosa á Auristela, la qual Sinforosa con deseo de saber lo que Periandro habia respondido á Auristela, procuró verse con ella á solas, y

darle de camino noticia de la intencion de su padre, creyendo, que apenas se la habria declarado, quando alcanzase el sí de su cumplimiento, puesta en pensar que pocas veces se desprecian las riquezas, ni los señoríos, especialmente de las mugeres, que por naturaleza las mas son codiciosas, como las mas son altivas y soberbias. Quando Auristela vió á Sinforosa, no le plugo mucho su llegada, porque no tenia que responderle, por no haber visto á Periandro; pero Sinforosa antes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su padre, imaginándose que con aquellas nuevas que á Auristela la llevaba tan dignas de dar gusto, la tendria de su parte, en quien pensaba estar el todo de su buen suceso, y así le dixo: Sin duda alguna, bellísima Auristela, que los cielos te quieren bien, porque me parece, que quieren llover sobre tí venturas y mas venturas: mi padre el Rey te adora, y conmigo te envia á decir, que quiere ser tu

esposo, y en albricias del sí que le has de dar, y yo se le he de llevar, me ha prometido á Periandro por esposo: ya, señora, eres Reyna, ya Periandro es mio, ya las riquezas te sobran, y si tus gustos en las canas de mi padre no te sobraren, sobrarte han en los del mando y en los de los vasallos, que estarán continuo atentos á tu servicio. Mucho te he dicho, amiga y señora mia, y mucho has de hacer por mí, que de un gran valor no se puede esperar menos que un grande agradecimiento: comience en nosotras á verse en el mundo dos cuñadas que se quieren bien, y dos amigas que sin doblez se amen, que sí verán, si tu discrecion no se olvida de sí misma: y díme ahora, qué es lo que respondió tu hermano, á lo que de mí le dixiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bien simple seria el que no recibiese tus consejos como de un oráculo. A lo que respondió Auristela: mi hermano Perian-

dro es agradecido como principal caballero, y es discreto como andante peregrino, que el ver mucho y el leer mucho, aviva los ingenios de los hombres; mis trabajos y los de mi hermano nos van leyendo, en quanto debemos estimar el sosiego, y pues que el que nos ofrece es tal, sin duda imagino, que le habremos de admitir; pero hasta ahora no me ha respondido nada Periandro, ni sé de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperanza, ni desmayarla. Da, ó bella Sinforosa, algun tiempo al tiempo, y dexanos considerar el bien de tus promesas, porque puestas en obra sepamos estimarlas: las obras que no se han de hacer mas de una vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen, y el casamiento es una de estas acciones: y así es menester que se considere bien antes que se haga, puesto que los términos de esta consideracion los doy por pasados, y hallo que tú

alcanzarás tus deseos, y yo admitiré tus promesas y consejos, y vete hermana, y haz llamar de mi parte á Periandro, que quiero saber de él alegres nuevas que decirte, y aconsejarme con él de lo que me conviene como con hermano mayor, á quien debo tener respeto y obediencia. Abrazóla Sinforosa, y dexóla por hacer venir á Periandro á que la viese, el qual en este tiempo encerrado y solo habia tomado la pluma, y de muchos principios que en un papel borró y tornó á escribir, quitó y añadió, en fin salió con uno que se dice decia de esta manera:

No he osado fiar de mi lengua lo que de mi pluma, ni aun de ella fio algo, pues no puede escribir cosa que sea de momento, el que por instantes está esperando la muerte: ahora vengo á conocer, que no todos los discretos saben aconsejar en todos los casos, aquellos sí, que tienen esperiencia en aquellos sobre quien se les pide el consejo.

Perdoname, que no admito el tuyo, por parecerme, ó que no me conoces, ó que te has olvidado de tí misma: vuelve, señora, en tí, y no te haga una vana presuncion zelosa, salir de los límites de la gravedad y peso de tu raro entendimiento. Considera quien eres, y no te se olvide de quien yo soy, y verás en tí el término del valor que puede desearse, y en mí, el amor y la firmeza que puede imaginarse, y fiandote en esta consideracion discreta, no temas que agenas hermosuras me enciendan, ni imagines, que á tu incomparable virtud y belleza, otra alguna se anteponga: sigamos nuestro viage, cumplamos nuestro voto, y quedense á parte zelos infructuosos y mal nacidas sospechas; la partida de esta tierra solicitaré con toda diligencia y brevedad, porque me parece que en salir de ella, saldré del infierno de mi tormento á la gloria de verte sin zelos.

Esto fue lo que escribió Pe-

riandro, y lo que dexó en limpio, al cabo de haber hecho seis borradores; y doblando el papel se fue á ver á Auristela, de cuya parte ya le habian llamado.

CAPÍTULO VII.

DIVIDIDO EN DOS PARTES.

Rutilio y Clodio, aquellos dos que querian enmendar su humilde fortuna, confiados el uno de su ingenio, y el otro de su poca vergüenza, se imaginaron merecedores, el uno de Policarpa, y el otro de Auristela; á Rutilio le contentó mucho la voz y el donayre de Policarpa, y á Clodio la sin igual belleza de Auristela, y andaban buscando ocasion, como descubrir sus pensamientos, sin que les viniese mal por declararlos; que es bien que tema un hombre baxo y humilde, que se atreve á decir á una muger principal lo que no habia de atreverse á pensarlo

siquiera; pero tal vez acontece, que la desenvoltura de un poco honesta, aunque principal señora, da motivo á que un hombre humilde y baxo ponga en ella los ojos y le declare sus pensamientos: ha de ser anexo á la muger principal, el ser grave, el ser compuesta y recatada, sin que por esto sea soberbia, desabrida y descuidada; tanto ha de parecer mas humilde y mas grave una muger, quanto es mas señora; pero en estos dos caballeros y nuevos amantes no nacieron sus deseos de las desenvolturas y poca gravedad de sus señoras; pero nazcan de do nacieren, Rutilio en fin escribió un papel á Policarpa, y Clodio á Auristela del tenor que se sigue:

RUTILIO Á POLICARPA.

Señora, yo soy estrangero, y aunque te diga grandezas de mi linage, como no tengo testigos que las confirmen, quizá no hallarán

crédito en tu pecho, aunque para confirmacion de que soy ilustre en linage, basta que he tenido atrevimiento de decirte, que te adoro: mira que pruebas quieres que haga para confirmarte en esta verdad, que á tí estará el pedirlas, y á mí el hacerlas, y pues te quiero para esposa, imagina que deseo como quien soy, y que merezco como deseo, que de altos espíritus es aspirar á las cosas altas; dame siquiera con los ojos respuesta de este papel, que en la blandura ó rigor de tu vista veré la sentencia de mi muerte, ó de mi vida.

Cerró el papel Rutilio con intencion de darsele á Policarpa, arrimándose al parecer de los que dicen: diselo tú una vez, que no faltará quien se lo acuerde ciento: mostróselo primero á Clodio, y Clodio le mostró á él, otro que para Auristela tenia escrito, que es este que se sigue:

CLODIO Á AURISTELA.

Unos entran en la red amorosa con el cebo de la hermosura, otros con los del donayre y gentileza, otros con los del valor que consideran en la persona á quien determinan rendir su voluntad; pero yo por diferente manera he puesto mi garganta á su yugo, mi cerviz á su coyunda, mi voluntad á sus fueros, y mis pies á sus grillos, que ha sido por la de la lástima: que ¿quál es el corazon de piedra que no la tendrá, hermosa señora, de verte vendida y comprada, y en tan estrechos pasos puesta, que has llegado al último de la vida por momentos? el hierro y despiadado acero ha amenazado tu garganta, el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, la nieve tal vez te ha tenido yerta, y la hambre enflaquecida y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus mexillas, y finalmente el agua te ha sorbi-

do y vomitado, y estos trabajos no sé con que fuerzas los llevas, pues no te las pueden dar las pocas de un Rey vagabundo, y que te sigue por solo el interes de gozarte: ni las de tu hermano, si lo es, son tantas, que te puedan alentar en tus miserias: no fies, señora, de promesas remotas, y arrimate á las esperanzas propinquas, y escoge un modo de vida que te asegure la que el cielo quisiere darte: mozo soy, habilidad tengo para saber vivir en los últimos rincones de la tierra, yo daré traza como sacarte de esta, y librarte de las importunaciones de Arnaldo, y sacándote de este Egipto, te llevaré á la tierra de promision, que es España, ó Francia, ó Italia, ya que no pudo vivir en Inglaterra, dulce y amada patria mia; y sobre todo me ofrezco á ser tu esposo, y desde luego te acepto por mi esposa.

Habiendo oido Rutilio el papel de Clodio, dixo: verdaderamente

nosotros estamos faltos de juicio, pues nos queremos persuadir, que podemos subir al cielo sin alas, pues las que nos da nuestra pretension, son las de la hormiga. Mira, Clodio: yo soy de parecer que rasguemos estos papeles, pues no nos ha forzado á escribirlos ninguna fuerza amorosa, sino una ociosa y valdía voluntad, porque el amor ni nace, ni puede crecer, sino es el arrimo de la esperanza, y faltando ella, falta él de todo punto, ¿pues por qué queremos aventurarnos á perder, y no á ganar en esta empresa? que el declararla y el ver á nuestras gargantas arrimado el cordel ó el ruchillo ha de ser todo uno: demas que por mostrarnos enamorados, habremos de parecer sobre desagradecidos, traidores: ¿tú, no ves la distancia que hay de un maestro de danzar, que enmendó su oficio con aprender el de platero, á una hija de un Rey? ¿y la que hay de un desterrado murmurador á la que desecha y

menosprecia reynos? mordamonos la lengua, y llegue nuestro arrepentimiento á do ha llegado nuestra necedad: á lo menos este mi papel se dará primero al fuego ó al viento que á Policarpa. Haz tú lo que quisieres del tuyo, respondió Clodio, que el mio, aunque no le dé á Auristela, le pienso guardar por honra de mi ingenio, aunque temo que si no se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia, de haber tenido este arrepentimiento, porque el tentar no todas las veces daña.

Estas razones pasaron entre los dos fingidos amantes, y atrevidos y necios de veras: llegóse en fin el punto de hablar á solas Periandro con Auristela, y entró á verla con intencion de darle el papel que habia escrito; pero así como la vió, olvidándose de todos los discursos y disculpas que llevaba prevenidas, le dixo: Señora, mirame bien, que yo soy Periandro, que fuí el que fue Persiles, y soy

el que tu quieres que sea Periandro: el ñudo con que estan atadas nuestras voluntades, nadie le puede desatar sino la muerte; y siendo esto así, ¿de qué te sirve darme consejos tan contrarios á esta verdad? Por todos los cielos y por tí misma, mas hermosa que ellos, te ruego que no nombres mas á Sinforosa, ni imagines que su belleza, ni sus tesoros han de ser parte á que yo olvide las minas de tus virtudes, y la hermosura incomparable tuya, así del cuerpo, como del alma: esta mia, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofrecí la vez primera que mis ojos te vieron, porque no hay cláusula que añadir á la obligacion en que quedé de servirte, al punto que en mis potencias se imprimió el conocimiento de tus virtudes. Procura, señora, tener salud, que yo procuraré la salida de esta tierra, y dispondré lo mejor que pudiere nuestro

viage, que aunque Roma es el cielo de la tierra, no está puesta en el cielo, y no habrá trabajos ni peligros que nos nieguen del todo el llegar á ella, puesto que los haya para dilatar el camino: tente al tronco y á las ramas de tu mucho valor, y no imagines que ha de haber en el mundo quien se le oponga. En tanto que Periandro esto decia, le estaba mirando Auristela con ojos tiernos y con lágrimas de zelos y compasion nacidas; pero en fin, haciendo efecto en su alma las amorosas razones de Periandro, dió lugar á la verdad que en ellas venia encerrada, y respondióle seis ú ocho palabras, que fueron: sin hacerme fuerza, dulce amado, te creo, y confiada te pido que con brevedad salgamos de esta tierra, que en otra quizá convaleceré de la enfermedad zelosa que en este lecho me tiene. Si yo hubiera dado, señora, respondió Periandro, alguna ocasion á tu enfermedad, llevára con paciencia tus quejas, y

en mis disculpas halláras tú el remedio de tus lástimas; pero como no te he ofendido, no tengo de que disculparme: por quien eres te suplico, que alegres los corazones de los que te conocen, y sea brevemente, pues faltando la ocasion de tu enfermedad, no hay para que nos mates con ella: pondré en efecto lo que me mandas, saldrémos de esta tierra con la brevedad posible. ¿Sabes quanto te importa, Periandro? respondió Auristela: pues has de saber que me van lisongeando promesas, y apretando dádivas, y no como quiera, que por lo menos me ofrecen este Reyno; Policarpo el Rey quiere ser mi esposo, ha me lo enviado á decir con Sinforosa su hija, y ella con el favor que piensa tener en mí, siendo su madrastra, quiere que seas su esposo: si esto puede ser, tú lo sabes, y si estamos en peligro, considéralo, y conforme á esto aconsejate con tu discrecion y busca el remedio que nuestra necesidad pi-

de; y perdóname que la fuerza de las sospechas han sido las que me han forzado á ofenderte, pero estos yerros facilmente los perdona el amor. De él se dice, replicó Periandro, que no puede estar sin zelos, los quales quando de débiles y flacas ocasiones nacen, le hacen crecer sirviendo de espuelas á la voluntad, que de puro confiada se entibia, ó á lo menos parece que se desmaya; y por lo que debes á tu buen entendimiento, te ruego que de aquí adelante me mires, no con mejores ojos, pues no los puede haber en el mundo tales como los tuyos, sino con voluntad mas llana y menos puntosa, no levantando algun descuido mio, mas pequeño que un grano de mostaza, á ser monte que llegue á los cielos, llegando á los zelos, y en lo demas con tu buen juicio entreten al Rey y á Sinforosa, que no la ofenderás en fingir palabras que se encaminan á conseguir buenos deseos; y queda en paz, no engendre en

algun mal pecho alguna mala sospecha nuestra larga plática. Con esto la dexó Periandro, y al salir de la estancia encontró con Clodio y Rutilio, Rutilio acabando de romper el papel que habia escrito á Policarpa, y Clodio doblando el suyo, para ponerselo en el seno; Rutilio, arrepentido de su loco pensamiento, y Clodio satisfecho de su habilidad, y ufano de su atrevimiento: pero andará el tiempo y llegará el punto donde diera él por no haberle escrito la mitad de la vida, si es que las vidas pueden partirse.

CAPÍTULO VIII.

Andaba el Rey Policarpo alborozado con sus amorosos pensamientos, y deseoso ademas de saber la resolucion de Auristela, tan confiado y tan seguro, que habia de corresponder á lo que deseaba, que ya consigo mismo trazaba las bodas, concertaba las fiestas, inven-

taba las galas y aun hacia mercedes en esperanza del venidero matrimonio; pero entre todos estos desinios no tomaba el pulso á su edad, ni igualaba con discrecion la disparidad que hay de diez y siete años á setenta, y quando fueran sesenta, es tambien grande la distancia: ansi halagan y lisongean los lascivos deseos las voluntades, así engañan los gustos imaginados á los grandes entendimientos, así tiran y llevan tras si las blandas imaginaciones á los que no resisten en los encuentros amorosos. Con diferentes pensamientos estaba Sinforosa que no se aseguraba de su suerte, por ser cosa natural, que quien mucho desea mucho teme, y las cosas que podian poner alas á su esperanza, como eran su valor, su linage y hermosura, esas mismas se las cortaban, por ser propio de los amantes rendidos, pensar siempre, que no tienen partes que merezcan ser amadas de los que bien quieren: andan el amor y el temor

tan apareados, que á do quiera que volvais la cara los vereis juntos, y no es soberbio el amor, como algunos dicen, sino humilde, agradable y manso, y tanto que suele perder de su derecho, por no dar á quien bien quiere pesadumbre; y mas que como todo amante tiene en sumo precio y estima la cosa que ama, huye de que de su parte nazca alguna ocasion de perderla.

Todo esto con mejores discursos que su padre consideraba la bella Sinforosa, y entre temor y esperanza puesta, fue á ver á Auristela, y á saber de ella lo que esperaba y temia; en fin, se vió Sinforosa con Auristela y sola, que era lo que ella mas deseaba, y era tanto el deseo que tenia de saber las nuevas de su buena ó mala andanza, que así como entró á verla, sin que la hablase palabra, se la puso á mirar ahincadamente, por ver si en los movimientos de su rostro le daba señales de su vida ó muerte. Entendióla Auristela, y á

media risa, quiero decir con mues-
tras alegres, le dixo: llegaos, seño-
ra, que á la raiz del árbol de vuestra
esperanza no ha puesto el temor
segur para cortar: bien es verdad,
que vuestro bien y el mio se han
de dilatar algun tanto, pero en fin
llegarán, porque aunque hay in-
convenientes, que suelen impedir
el cumplimiento de los justos de-
seos, no por eso ha de tener la
desesperacion fuerzas para no es-
peralle: mi hermano dice, que el
conocimiento que tiene de tu va-
lor y hermosura, no solamente le
obliga, pero que le fuerza á que-
rerte, y tiene á bien y á merced
particular la que le haces, en que-
rer ser suya; pero antes que ven-
ga á tan dichosa posesion, ha me-
nester defraudar las esperanzas que
el Principe Arnaldo tiene, de que
yo he de ser su esposa, y sin duda
lo fuera yo, si el serlo tú de mi
hermano, no lo estorbara: que has
de saber, hermana mia, que así
puedo yo vivir sin Periandro, co-

mo puede vivir un cuerpo sin alma; allí tengo de vivir, donde él viviere; él es el espíritu que me mueve, y el alma que me anima; y siendo esto así, si él se casa en esta tierra contigo, ¿cómo podré yo vivir en la de Arnaldo, en ausencia de mi hermano? Para escusar este desman que me amenaza, ordena que nos vamos con él á su Reyno, desde el qual le pediremos licencia para ir á Roma á cumplir un voto, cuyo cumplimiento nos sacó de nuestra tierra, y está claro, como la experiencia me lo ha mostrado, que no ha de salir un punto de mi voluntad. Puestos pues en nuestra libertad, facil cosa será dar la vuelta á esta isla, donde burlando sus esperanzas, veamos el fin de las nuestras, yo casándome con tu padre, y mi hermano contigo. Á lo que respondió Sinforosa: no sé, hermana, con qué palabras podré encarecer la merced que me has hecho, con las que me has dicho, y así la dexaré en su punto,

porque no sé como esplicarlo; pero esto que ahora decirte quiero, recibelo antes por advertimiento que por consejo: ahora estás en esta tierra y en poder de mi padre, que te podrá y querrá defender de todo el mundo, y no será bien que ponga en contingencia la seguridad de tu posesion: no le ha de ser posible á Arnaldo llevaros por fuerza á tí y á tu hermano, y hale de ser forzoso, sino querer á lo menos consentir, lo que mi padre quisiere, que le tiene en su reyno y en su casa: asegurame tú, ó hermana, que tienes voluntad de ser mi señora, siendo esposa de mi padre, y que tu hermano no se ha de desdeñar de ser mi señor y esposo, que yo te daré llanas todas las dificultades é inconvenientes que para llegar á este efecto pueda poner Arnaldo. A lo que respondió Auristela: los varones prudentes por los casos pasados y por los presentes juzgan los que estan por venir; á hacernos fuer-

za pública ó secreta tu padre en nuestra detencion, ha de irritar despertar la cólera de Arnaldo, que en fin es Rey poderoso, á lo menos lo es mas que tu padre, y los Reyes burlados y engañados facilmente se acomodan á vengarse, y así en lugar de haber recibido con nuestro parentesco gusto, recibiriades daño, trayendoos la guerra á vuestras mismas casas: y si dixeres que este temor se ha de tener siempre, ora nos quedemos aquí, ora volvamos despues, considerando que nunca los cielos aprietan tanto los males, que no dexen alguna luz con que se descubra la de su remedio, soy de parecer que nos vamos con Arnaldo, y que tú misma con su discrecion y aviso, solicites nuestra partida, que en esto solicitarás y abreviarás nuestra vuelta, y aquí si no en reynos tan grandes como los de Arnaldo, á lo menos en paz mas segura gozaré yo de la prudencia de tu padre, y tú de la gentileza y bondad

de mi hermano, sin que se dividan y aparten nuestras almas. Oyendo las quales razones Sinforosa, loca de contenta se abalanzó á Auristela, y le echó los brazos al cuello, midiéndole la boca y los ojos con sus hermosos labios: en esto vieron entrar por la sala á los dos, al parecer bárbaros, padre y hijo, y á Ricla y Constanza: y luego tras ellos entraron Mauricio, Ladislao y Transila, deseosos de ver y hablar á Auristela, y saber en qué punto estaba su enfermedad, que los tenia á ellos sin salud: despidióse Sinforosa mas alegre y mas engañada que quando habia entrado, que los corazones enamorados creen con mucha facilidad aun las sombras de las promesas de su gusto.

El anciano Mauricio, despues de haber pasado con Auristela las ordinarias preguntas y respuestas, que suelen pasar entre los enfermos y los que los visitan, dixo: si los pobres, aunque mendigos, suelen llevar con pesadumbre el verse

desterrados ó ausentes de su patria, donde no dexaron sino los terrones que los sustentaban, ¿qué sentirán los ausentes que dexaron en su tierra los bienes que de la fortuna pudieran prometerse? digo esto, señora, porque mi edad, que con presurosos pasos me va acercando al último fin, me hace desear verme en mi patria, adonde mis amigos, mis parientes y mis hijos me cierren los ojos, y me den el último vale: este bien y merced conseguirémos todos quantos aquí estamos, pues todos somos estrangeros y ausentes, y todos, á lo que creo, tenemos en nuestras patrias lo que no hallarémos en las agenas. Si tú, señora, quisieres solicitar nuestra partida, ó á lo menos teniendo por bien, que nosotros la procurémos, puesto que no será posible el dexarte; porque tu generosa condicion y rara hermosura, acompañada de la discrecion que admira, es la piedra iman de nuestras voluntades. Á lo

menos, dixo á esta sazon Antonio el padre, de la mia y de las de mi muger y hijos, lo es de suerte, que primero dexaré la vida, que dexar la compañía de la señora Auristela, si es que ella no se desdeña de la nuestra. Yo os agradezco, señores, respondió Auristela, el deseo que me habeis mostrado, y aunque no está en mi mano corresponder á él como debia, todavia haré que le pongan en efecto el Príncipe Arnaldo y mi hermano Periando, sin que sea parte mi enfermedad, que ya es salud, á impedirle. En tanto pues que llega el felice dia y punto de nuestra partida, ensanchad los corozones, y no deis lugar que reyne en ellos la melancolía, ni penseis en peligros venideros, que pues el cielo de tantos nos ha sacado, sin que otros nos sobrevengan, nos llevará á nuestras dulces patrias, que los males que no tienen fuerzas para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia.

Admirados quedaron todos de la respuesta de Auristela, porque en ella se descubrió su corazon piadoso y su discrecion admirable. Entró en este instante el Rey Policarpo, alegre sobre manera, porque ya habia sabido de Sinforosa, su hija, las prometidas esperanzas del cumplimiento de sus entre castos y lascivos deseos: que los impetus amorosos, que suelen parecer en los ancianos, se cubren y disfrazan con la capa de la hipocresia, que no hay hipócrita, sino es conocido por tal, que dañe á nadie sino á sí mismo; y los viejos con la sombra del matrimonio disimulan sus depravados apetitos. Entraron con el Rey Arnaldo y Periandro, y dándole el parabien á Auristela de la mejoria, mandó el Rey, que aquella noche, en señal de la merced que del cielo todos en la mejoria de Auristela habian recibido, se hiciesen luminarias en la ciudad y fiestas y regocijos ocho dias continuos: Periandro lo agradeció como

hermano de Auristela, y Arnaldo como amante que pretendia ser su esposo. Regocijabase Policarpo allá entre sí mismo, en considerar, quan suavemente se iba engañando Arnaldo, el qual admirado con la mejoría de Auristela, sin que supiese los designios de Policarpo, buscaba modo de salir de su ciudad, pues tanto quanto mas se dilataba su partida, tanto mas, á su parecer, se alongaba el cumplimiento de su deseo. Mauricio tambien deseoso de volver á su patria, acudió á su ciencia, y halló en ella, que grandes dificultades habian de impedir su partida: comunicolas con Arnaldo y Periandro que ya habian sabido los intentos de Sinforosa y Policarpo, que les puso en mucho cuidado, por saber cierto, que quando el amoroso deseo se apodera de los pechos poderosos, suele romper por qualquiera dificultad, y hasta llegar al fin de ellos no se miran respetos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones: y

así no habia para que fiarse en las pocas ó ninguna en que Policarpo les estaba. En resolucion quedaron los tres de acuerdo, que Mauricio buscase un baxel de muchos que en el puerto estaban, que los llevase á Inglaterra secretamente, que para embarcarse, no faltaria modo convenible, y que en este entretanto no mostrase ninguno señales de que tenian noticia de los designios de Policarpo. Todo esto se comunicó con Auristela, la qual aprobó su parecer, y entró en nuevos cuidados de mirar por su salud y por la de todos.

CAPÍTULO IX.

DA CLODIO EL PAPEL Á AURISTELA, ANTONIO EL BÁRBARO LE MATA POR YERRO.

Dice la historia que llegó á tanto la insolencia, ó por mejor decir, la desvergüenza de Clodio, que tuvo atrevimiento de poner en las

manos de Auristela el desvergonzado papel que la habia escrito, engañada con que le dixo, que eran unos versos devotos, dignos de ser leidos y estimados: abrió Auristela el papel, y pudo con ella tanto la curiosidad, que no dió lugar al enojo, para dexalle de leer hasta el cabo: leyóle en fin, y volviéndole á cerrar, puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa luz, como las mas veces solia, sino centellas de rabioso fuego, le dixo: Quítateme de delante, hombre maldito y desvergonzado, que si la culpa de este tu atrevido disparate entendiera, que habia nacido de algun descuido mio que menoscabára mi crédito y mi honra, en mí misma castigára tu atrevimiento, el qual no ha de quedar sin castigo, si ya entre tu locura y mi paciencia no se pone el tenerte lástima. Quedó atónito Clodio, y diera él por no haberse atrevido la mitad de la vida, como ya se ha dicho;

rodeáronle luego el alma mil temores, y no se daba mas término de vida, que lo que tardasen en saber su bellaquería Arnaldo ó Periandro; y sin replicar palabra, baxó los ojos, volvió las espaldas, y dexó sola á Auristela, cuya imaginacion ocupó un temor no vano, sino muy puesto en razon de que Clodio desesperado habia de dar en traidor, aprovechándose de los intentos de Policarpo, si acaso á su noticia viniese, y determinó darla de aquel caso á Periandro y Arnaldo: sucedió en este tiempo, que estando Antonio el mozo solo en su aposento, entró á deshora una muger en él, de hasta quarenta años de edad, que con el brio y donayre debia de encubrir otros diez, vestida, no al uso de aquella tierra, sino al de España, y aunque Antonio no conocia de usos, sino de los que habia visto en los de la Bárbara isla, donde se habia criado y nacido, bien conoció ser estrangera de aquella tierra.

Levantóse Antonio á recibirla cortesmente, porque no era tan bárbaro que no fuese bien criado; sentáronse, y la dama (si en tantos años de edad es justo se le dé este nombre) despues de haber estado atenta, mirando el rostro de Antonio, dixo: parecerte ha novedad, ó mancebo, esta mi venida á verte, porque no debes de estar en uso de ser visitado de mugeres, habiéndote criado, segun he sabido en la isla Bárbara, y no entre bárbaros, sino entre riscos y peñas, de las quales, si como sacaste la belleza y brio que tienes, has sacado tambien la dureza en las entrañas, la blandura de las mias, temo, que no me ha de ser de provecho; no te desvies, sosiégate y no te alborotes, que no está hablando contigo algun monstruo ni persona que quiera decirte, ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana: mira, que te hablo Español, que es la lengua que tú sabes, cuya conformidad suele engendrar

amistad entre los que no se conocen; mi nombre es Zenotia, soy natural de España, nacida y criada en Alhama, ciudad del Reyno de Granada, conocida por mi nombre en todos los de España y aun entre otros muchos, porque mi habilidad no consiente que mi nombre se encubra, haciéndome conocida mis obras; salí de mi patria, habrá quatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores, que en aquel reyno tienen del católico rebaño: mi estirpe es agarena, mis exercicios los de Zoroastres, y en ellos soy única: ¿vees este sol que nos alumbra? pues si para señal de lo que puedo, quieres que le quite los rayos, y le asombre con nubes, pidemelo, que haré que á esta claridad suceda en un punto escura noche, ó ya si quisieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras ó otras espantosas señales que nos representen la confusion del

caos primero, pidelo, que tú quedarás satisfecho, y yo acreditada. Has de saber ansimismo, que en aquella ciudad de Alhama siempre ha habido alguna muger de mi nombre, la qual con el apellido de Zenotia hereda esta ciencia, que no nos enseña á ser hechiceras, como algunos nos llaman, sino á ser encantadoras y magas, nombres que nos vienen mas al propio: las que son hechiceras, nunca hacen cosa que para alguna cosa sea de provecho; exercitan sus burlerias con cosas al parecer de burlas, como son habas mordidas, agujas sin puntas, alfileres sin cabeza y cabellos cortados en crecientes ó menguantes de luna; usan de caractéres que no entienden, y si algo alcanzan tal vez de lo que pretenden, es, no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite para mayor condenacion suya, que el demonio las engañe; pero nosotras, las que tenemos nombre de magas y de encantadoras, somos

gente de mayor quantía, tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los cielos, sabemos la virtud de las yerbas, de las plantas, de las piedras, de las palabras, y juntando lo activo á lo pasivo, parece que hacemos milagros, y nos atrevemos á hacer cosas tan estupendas, que causan admiracion á las gentes, de donde nace nuestra buena ó mala fama; buena, si hacemos bien con nuestra habilidad; mala, si hacemos mal con ella: pero como la naturaleza parece que nos inclina antes al mal que al bien, no podemos tener tan á raya los deseos que no se deslicen á procurar el mal ageno; que ¿quién quitará al ayrado y ofendido que no se vengue? ¿quién al amante desdeñado, que no quiera, si puede, reducir á ser querido del que le aborrece? puesto que en mudar las voluntades, sacarlas de su quicio, como esto es ir contra el libre alvedrio, no hay ciencia que lo pueda, ni virtud de yerbas que lo alcance.

Á todo esto que la Española Zenotia decia, la estaba mirando Antonio, con deseo grande de saber, qué suma tendria tan larga cuenta, pero la Zenotia prosiguió diciendo: dígote en fin, bárbaro discreto, que la persecucion de los que llaman Inquisidores en España me arrancó de mi patria, que quando se sale por fuerza de ella, antes se puede llamar arrancada, que salida: vine á esta isla por estraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuvieran cerca, volviendo la cabeza atras, pensando que me mordian las faldas los perros que aun hasta aquí temo: díme presto á conocer al Rey antecesor de Policarpo, hice algunas maravillas, con que dexé maravillado al pueblo, procuré hacer vendible mi ciencia, tan en mi provecho, que tengo juntos mas de treinta mil escudos en oro, y estando atenta á esta ganancia he vivido castamente, sin procurar otro algun deleyte, ni le procurá-

ra si mi buena ó mi mala fortuna no te hubieran traido á esta tierra, que en tu mano está darme la suerte que quisieres: si te parezco fea, yo haré de modo que me juzgues por hermosa; si son pocos treinta mil escudos que te ofrezco, alarga tu deseo, y ensancha los sacos de la codicia y los senos, y comienza desde luego á contar quantos dineros acertares á desear: para tu servicio sacaré las perlas que encubren las conchas del mar, rendiré y traeré á tus manos las aves que rompen el ayre, haré que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra, haré que brote del abismo lo mas precioso que en él se encierra, haréte invencible en todo, blando en la paz, temido en la guerra; en fin enmendaré tu suerte de manera, que seas siempre envidiado, y no envidioso; y en cambio de estos bienes que te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclava, que para ser tu esclava no

es menester que me tengas voluntad, como para ser esposa; y como yo sea tuya, en qualquier modo que lo sea, viviré contenta: comienza, pues, ó generoso mancebo, á mostrarte prudente mostrándote agradecido: mostrartehas prudente, si antes que me agradezcas estos deseos, quisieres hacer experiencia de mis obras, y en señal de que así lo harás, alégrame el alma ahora, con darme alguna señal de paz, dándome á tocar tu valerosa mano; y diciendo esto se levantó para ir á abrazarle. Antonio viendo lo qual, lleno de confusion, como si fuera la mas retirada doncella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso á defenderle, y levantándose, fue á tomar su arco que siempre ó le traia consigo, ó le tenia junto á sí, y poniendo en él una flecha, hasta veinte pasos desviado de la Zenotia, le encaró la flecha. No le contentó mucho á la enamorada dama la postura ame-

nazadora de muerte de Antonio, y por huir el golpe, desvió el cuerpo, y pasó la flecha volando por junto á la garganta (en esto mas bárbaro Antonio de lo que parecia su trage): pero no fue el golpe de la flecha en vano, porque á este instante entraba por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio que le sirvió de blanco, y le pasó la boca y la lengua, y le dexó la vida en perpetuo silencio, castigo merecido á sus muchas culpas. Volvió la Zenotia la cabeza, vió el mortal golpe que habia hecho la flecha, temió la segunda, y sin aprovecharse de lo mucho que con su ciencia se prometia, llena de confusion y de miedo, tropezando aquí y cayendo allí, salió del aposento con intencion de vengarse del cruel y desamorado mozo.

CAPÍTULO X.

No le quedó sabrosa la mano á Antonio del golpe que habia he-

cho, que aunque acertó errando; como no sabia las culpas de Clodio, y habia visto las de la Zenotia, quisiera haber sido mejor certero: llegóse á Clodio, por ver si le quedaban algunas reliquias de vida, y vió que todas se las habia llevado la muerte; cayó en la cuenta de su yerro, y tuvose verdaderamente por barbaro: entró en esto su padre, y viendo la sangre y el cuerpo muerto de Clodio, conoció por la flecha, que aquel golpe habia sido hecho por la mano de su hijo. Preguntóselo, y respondióle, que sí: quiso saber la causa, y tambien se la dixo: admiróse el padre, y lleno de indignacion le dixo: Ven acá, barbaro, si á los que te aman y te quieren procuras quitar la vida, ¿qué harás á los que te aborrecen? si tanto presumes de casto y honesto, defiende tu castidad y honestidad con el sufrimiento, que los peligros semejantes no se remedian con las armas, ni con esperar los encuentros, sino con huir

de ellos. Bien parece que no sabes lo que le sucedió á aquel mancebo Hebreo, que dexó la capa en manos de la lasciva señora que le solicitaba: dexaras tú, ignorante, esa tosca piel que traes vestida, y ese arco con que presumes vencer á la misma valentia, no le armaras contra la blandura de una muger rendida, que quando lo está, rompe por qualquier inconveniente que á su deseo se oponga: si con esta condicion pasas adelante en el discurso de tu vida, por bárbaro serás tenido, hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo que ofendas á Dios en ningun modo, sino que reprendas y no castigues á las que quisieren turbar tus honestos pensamientos, y aparéjate para mas de una batalla, que la verdura de tus años, y el gallardo brio de tu persona con muchas batallas te amenazan, y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitarás y sin alcanzar tus deseos, te al-

canzará la muerte en ellos. Escuchaba Antonio á su padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonzoso como arrepentido. Y lo que le respondió, fue: no, miré señor, lo que hice, y pesame de haberlo hecho: procuraré enmendarme de aquí adelante, de modo que no parezca barbaro por riguroso, ni lascivo por manso: dése orden de enterrar á Clodio, y de hacer la satisfaccion mas conveniente que ser pudiere. Ya en esto habia volado por el palacio la muerte de Clodio, pero no la causa de ella, porque la encubrió la enamorada Zenotia, diciendo solo, que sin saber por qué, el barbaro mozo le habia muerto.

Llegó esta nueva á los oidos de Auristela, que aun se tenia el papel de Clodio en las manos, con intencion de mostrarsele á Periandro, ó á Arnaldo para que castigasen su atrevimiento; pero viendo que el cielo habia tomado á su cargo el castigo, rompió el papel, y

no quiso que saliesen á luz las culpas de los muertos, consideracion tan prudente como christiana, y bien que Policarpo se alborotó con el suceso, teniéndose por ofendido de que nadie en su casa vengase sus injurias, no quiso averiguar el caso, sino remitióselo al Príncipe Arnaldo, el qual á ruego de Auristela, y al de Transila, perdonó á Antonio, y mandó enterrar á Clodio, sin averiguar la culpa de su muerte, creyendo ser verdad lo que Antonio decia, que por yerro le habia muerto, sin descubrir los pensamientos de Zenotia, porque á él no le tuviesen de todo en todo por bárbaro. Pasó el rumor del caso, enterraron á Clodio, quedó Auristela vengada, como si en su generoso pecho albergara genero de venganza alguna, así como albergaba en el de la Zenotia, que bebia, como dicen, los vientos, imaginando cómo vengarse del cruel flechero, el qual de allí á dos dias se sintió mal dispuesto, y cayó en la cama con tanto des-

caecimiento, que los médicos dixeron que se le acababa la vida, sin conocer de qué enfermedad: lloraba Ricla su madre, y su padre Antonio tenia de dolor el corazon consumido: no se podia alegrar Auristela, ni Mauricio: Ladislao y Transila sentian la misma pesadumbre, viendo lo qual Policarpo, acudio á su consejera Zenotia, y le rogó procurase algun remedio á la enfermedad de Antonio, la qual por no conocerla los médicos, ellos no sabian hallarle: ella le dió buenas esperanzas, asegurándole que de aquella enfermedad no moriria; pero que convenia dilatar algun tanto la cura: creyóla Policarpo como si se lo dixera un oráculo. De todos estos sucesos no le pesaba mucho á Sinforosa, viendo que por ellos se detendria la partida de Periandro, en cuya vista tenia librado el alivio de su corazon, que puesto que deseaba que se partiese, pues no podia volver si no se partia, tanto gusto le daba el verle, que no qui-

siera que se partiera. Llegó una sazon y coyuntura donde Policarpo y sus dos hijas, Arnaldo, Periandro y Auristela, Mauricio, Ladislao y Transila y Rutilio, que despues que escribió el villete á Policarpo, aunque le habia roto, de arrepentido andaba triste y pensativo, bien así como el culpado que piensa que quantos le miran son sabedores de su culpa. Digo que la compañia de los ya nombrados se halló en la estancia del enfermo Antonio, á quien todos fueron á visitar á pedimento de Auristela, que ansi á él, como á sus padres, los estimaba y queria mucho, obligada del beneficio que el mozo bárbaro le habia hecho quando los sacó del fuego de la isla, y la llevó al serrallo de su padre: y mas que como en las comunes desventuras se reconcilian los animos, y se traban las amistades, por haber sido tantas las que en compañia de Ricla y de Constanza y de los dos Antonios habia pasado, ya no solamen-

te por obligacion, mas por eleccion y destino los amaba.

Estando pues juntos, como se ha dicho, un dia Sinforosa rogó encarecidamente á Periandro les contase algunos sucesos de su vida, especialmente se holgaria de saber de dónde venia la primera vez que llegó á aquella isla, quando ganó los premios de todos los juegos y fiestas que aquel dia se hicieron, en memoria de haber sido el de la eleccion de su padre. A lo que Periandro respondió, que sí haria, si se le permitiese comenzar el cuento de su historia, no del mismo principio, porque este no le podia decir ni descubrir á nadie, hasta verse en Roma con Auristela su hermana: todos le dixeron que hiciese su gusto, que de qualquier cosa que él dixese, le recibirian; y el que mas contento sintió fue Arnaldo, creyendo descubrir, por lo que Periandro dixese, algo que descubriese quién era: con este salvo conducto Periandro dixo de esta manera.

CAPÍTULO XI.

CUENTA PERIANDRO EL SUCESO DE SU VIAGE.

El principio y preámbulo de mi historia, ya que quereis, señores, que os la cuente, quiero que sea éste: que nos contempleis á mi hermana y á mí con una anciana ama suya embarcados en una nave, cuyo dueño en lugar de parecer mercader, era un gran corsario, las riberas de una isla barriamos, quiero decir, que ibamos tan cerca de ella, que distintamente conociamos, no solamente los arboles, pero sus diferencias; mi hermana cansada de haber andado algunos dias por el mar, deseó salir á recrearse á la tierra, pidióselo al Capitan, y como sus ruegos tienen siempre fuerza de mandamiento, consintió el Capitan en el de su ruego, y en la pequeña barca de la nave con solo un marinero nos echó en tierra á

mí, y á mi hermana, y á Cloelia, que este era el nombre de su ama: al tomar tierra, vió el marinero que un pequeño rio por una pequeña boca entraba á dar al mar su tributo, haciale sombra por una y otra ribera. gran cantidad de verdes y hojosos arboles, á quien servian de cristalinos espejos sus transparentes aguas: rogamosle se entrase por el rio, pues la amenidad del sitio nos convidaba, hizolo así, y comenzó á subir por el rio arriba, y habiendo perdido de vista la nave, soltando los remos, se detuvo, y dixo: mirad, señores, del modo que habeis de hacer este viage, y haced cuenta que esta pequeña barca, que ahora os lleva, es vuestro navio, porque no habeis de volver mas al que en la mar os queda aguardando, si ya esta señora no quiere perder la honra, y vos, que decis que sois su hermano, la vida: dixóme en fin, que el Capitan del navio queria deshonrar á mi hermana, y darme á mí la muerte, y

deidad es esta que viene á visitarnos, y á dar el parabien al pescador Carino, y á la sinpar Selviana, de sus felicisimas bodas? luego dieron cabo á nuestra barca y nos llevaron á desembarcar no lejos del lugar donde nos habian encontrado. Apenas pusimos los pies en la ribera, quando un esquadron de pescadores, que así lo mostraban ser en su trage, nos rodearon, y uno por uno, llenos de admiracion y reverencia, llegaron á besar las orillas del vestido de Auristela, la qual, á pesar del temor que la congojaba de las nuevas que la habian dado, se mostró á aquel punto tan hermosa, que yo disculpo el error de aquellos que la tuvieron por divina. Poco desviados de la ribera vimos un tálamo en gruesos troncos de sabina sustentado cubierto de verde juncia, y oloroso con diversas flores, que servian de alcatifas al suelo: vimos ansimismo levantarse de unos asientos dos mugeres y dos hombres: ellas mozas,

mo, y ayudéle á llevar el trabajo; subimos por el rio arriba, y habiendo andado como dos millas, llegó á nuestros oidos el son de muchos y varios instrumentos formado, y luego se nos ofreció á la vista una selva de arboles movibles, que de la una ribera á la otra, ligeramente cruzaban, llegamos mas cerca, y conocimos ser barcas enramadas, lo que parecian arboles, y que el son le formaban los instrumentos que tañian los que en ellas iban.

Apenas nos hubieron descubierto quando se vinieron á nosotros, y rodearon nuestro barco por todas partes, levantóse en pie mi hermana, y echándose sus hermosos cabellos á las espaldas, tomados por la frente con una cinta leonada, ó liston que le dió su ama, hizo de sí casi divina é improvisa muestra, que como despues supe, por tal la tuvieron todos los que en las barcas venian, los quales á voces, como dixo el marinero que las entendia, decian: ¿qué es esto? ¿qué

que atendiesemos á nuestro remedio, que él nos seguiria y acompañaria en todo lugar y en todo acontecimiento: si nos turbamos con esta nueva, juzguelo el que estuviere acostumbrado á recibirlas malas de los bienes que espera. Agradecile el aviso, y ofrecile la recompensa quando nos viesemos en mas felice estado: aun bien, dixo Cloelia, que traigo conmigo las joyas de mi señora, aconsejándonos los quatro de lo que hacer debiamos, fue parecer del marinero, que nos entrasemos el rio adentro, quizá descubririamos algun lugar que nos defendiese, si acaso los de la nave viniesen á buscarnos: mas no vendrán, dixo, porque no hay gente en todas estas islas que no piensen ser corsarios todos quantos surcan estas riberas, y en viendo la nave, ó naves, luego toman las armas para defenderse, y si no es con asaltos nocturnos y secretos, nunca salen medrados los corsarios. Pareciome bien su consejo, tomé yo el un re-

y ellos gallardos mancebos: la una hermosa sobremanera, y la otra fea sobremanera: el uno gallardo y gentil hombre, y el otro no tanto, y todos quatro se pusieron de rodillas ante Auristela, y el mas gentil hombre, dixo: ó tú quien quiera que seais, que no puedes ser sino cosa del cielo, mi hermano y yo con el estremo á nuestras fuerzas posible, te agradecemos esta merced que nos haces, honrando nuestras pobres, y ya de hoy mas ricas bodas: ven, señora, y si en lugar de los palacios de cristal, que en el profundo mar dexas, como una de sus habitadoras, hallares en nuestros ranchos las paredes de conchas, y los tejados de mimbres, ó por mejor decir las paredes de mimbres, y los tejados de conchas; hallarás por lo menos los deseos de oro, y las voluntades de perlas para servirte, y hago esta comparacion, que parece impropia, porque no hallo cosa mejor que el oro, ni mas hermosa que las perlas. In-

clinóse á abrazarle Auristela, confirmando con su gravedad, cortesia y hermosura, la opinion que de ella teniap. El pescador menos gallardo se apartó á dar órden á la demas turba á que levantasen las voces en alabanzas de la recien venida estrangera, y que tocasen todos los instrumentos en señal de regocijo. Las dos pescadoras, fea y hermosa, con sumision humilde besaron las manos á Auristela, y ella las abrazó cortés y amigablemente: el marinero (contentísimo del suceso) dió cuenta á los pescadores del navio, que en el mar quedaba, diciéndoles que era de corsarios, de quien se temia que habian de venir por aquella doncella, que era una principal señora, hija de Reyes, que para mover los corazones á su defensa, le pareció ser necesario levantar este testimonio á mi hermana. Apenas entendieron esto, quando dexando los instrumentos regocijados, y acudieron á los bélicos que tocaron, ar-

ma, arma, por entrambas riberas: llegó en esto la noche, recogímonos al mismo rancho de los desposados, pusiéronse centinelas hasta la misma boca del rio, ceváronse las nasas, tendiéronse las redes, y acomodáronse los anzuelos, todo con intencion de regalar y servir á sus nuevos huespedes; y por mas honrarlos, los dos recien desposados no quisieron aquella noche pasarla con sus esposas, sino dexar los ranchos solos á ellas, y Auristela y á Cloelia, y que ellos con sus amigos, conmigo y con el marinero se las hiciese guarda y centinela, y aunque sobraba la claridad del cielo, por la que ofrecia la de la creciente luna, y en la tierra ardian las hogueras que el nuevo regocijo habia encendido; quisieron los desposados que cenasemos en el campo los varones, y dentro del rancho las mugeres: hízose así, y fue la cena tan abundante, que pareció que la tierra se quiso aventajar al mar, y el

mar á la tierra, en ofrecer la una sus carnes, y la otra sus pescados.

Acabada la cena, Carino me tomó por la mano, y paseándose conmigo por la ribera, despues de haber dado muestras de tener apasionada el alma, con sollozos y con suspiros, me dixo: por tener milagrosa esta tu llegada á tal sazon y tal coyuntura, que con ella has dilatado mis bodas, tengo por cierto que mi mal ha de tener remedio, mediante tu consejo; y ansi aunque me tengas por loco, y por hombre de mal conocimiento y de peor gusto, quiero que sepas que de aquellas dos pescadoras que has visto, la una fea y la otra hermosa, á mí me ha cabido en suerte de que sea mi esposa la mas bella, que tiene por nombre Selviana; pero no sé que te diga, ni sé que disculpa dar de la culpa que tengo, ni del yerro que hago: yo adoro á Leoncia, que es la fea, sin poder ser parte á hacer otra cosa: con todo esto te quiero decir una ver-

dad, sin que me engañe en creerla, que á los ojos de mi alma, por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la mas hermosa muger del mundo, y hay mas en esto que de Solercio, que es el nombre del otro desposado, tengo mas de un barrunto que muere por Selviana, de modo que nuestras quatro voluntades estan trocadas, y esto ha sido por querer todos quatro obedecer á nuestros padres y á nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios, y no puedo yo pensar en qué razon se consiente, que la carga que ha de durar toda la vida se la eche el hombre sobre sus hombros, no por el suyo sino por el gusto ageno; y aunque esta tarde habiamos de dar el consentimiento y el sí del cautiverio de nuestras voluntades, no por industria sino por ordenacion del cielo, que así lo quiero creer, se estorbó con vuestra venida, de modo que aun nos queda tiempo para enmendar nuestra ven-

tura, y para esto te pido consejo, pues como estrangero y no parcial de ninguno, sabrás aconsejarme, porque tengo determinado, que si no se descubre alguna senda, que me lleve á mi remedio, de ausentarme de estas riberas, y no parecer en ellas, en tanto que la vida durare, ora mis padres se enojen, ó mis parientes me riñan, ó mis amigos se enfaden.

Atentamente le estuve escuchando, y de improviso me vino á la memoria su remedio, y á la lengua estas mismas palabras: no hay para que te ausentes, amigo, á lo menos no ha de ser antes que yo hable con mi hermana Auristela, que es aquella hermosísima doncella que has visto: ella es tan discreta, que parece que tiene entendimiento divino, como tiene hermosura divina: con esto nos volvimos á los ranchos, y yo conté á mi hermana todo lo que con el pescador habia pasado, ella halló en su discrecion el modo como sacar

verdaderas mis palabras, y el contento de todos, y fue que apartándose con Leoncia y Selviana á una parte, les dixo: sabed amigas, que de hoy mas lo habeis de ser verdaderas mias, que juntamente con este buen parecer que el cielo me ha dado, me dotó de un entendimiento perspicaz y agudo, de tal modo, que viendo el rostro de una persona le leo el alma, y le adivino los pensamientos: para prueba de esta verdad, os presentaré á vosotras por testigos: tú, Leoncia, mueres por Carino, y tú, Selviana, por Solercio; la virginal vergüenza os tiene mudas, pero por mi lengua se romperá vuestro silencio; y por mi consejo, que sin duda alguna será admitido, se igualarán vuestros deseos; callad, y dexadme hacer, que ó yo no tendré discrecion, ó vosotras tendreis felice fin en vuestros deseos. Ellas sin responder palabra, sino con besarla infinitas veces las manos, y abrazándola estrechamente, confirma-

ron ser verdad quanto habia dicho, especialmente en lo de sus trocadas aficiones. Pasóse la noche, vino el dia, cuya alborada fue regocijadísima porque con nuevos y verdes ramos parecieron adornadas las barcas de los pescadores, sonaron los instrumentos con nuevos y alegres sones, alzaron las voces todos, con que se aumentó la alegría, salieron los desposados para irse á poner en el tálamo, donde habian estado el dia de antes; vistiéronse Selviana y Leoncia de nuevas ropas de boda, mi hermana de industria se aderezó y compuso con los mismos vestidos que tenia, y con ponerse una cruz de diamantes sobre su hermosa frente, y unas perlas en sus orejas, joyas de tanto valor que hasta ahora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo vereis quando os las enseñe: mostró ser imagen sobre el mortal curso levantada, llevaba asidas de las manos Selviana y á Leoncia, y puesta encima del teatro donde el

tálamo estaba, llamó, y hizo llegar junto así á Carino y á Solercio: Carino llegó temblando y confuso, de no saber lo que yo habia negociado, y estando ya el Sacerdote á punto para darles las manos, y hacer las católicas ceremonias que se usan, mi hermana hizo señales que la escuchasen, luego se estendió un mudo silencio por toda la gente, tan callado que apenas los ayres se movian. Viéndose pues, prestar grato oido de todos, dixo en alta y sonora voz: esto quiere el cielo, y tomando por la mano á Selviana, se la entregó á Solercio, y asiendo de la de Leoncia, se la dió á Carino. Esto, señores, prosiguió mi hermana, es como ya he dicho, ordenacion del cielo, y gusto no accidental, sino propio de estos venturosos desposados, como lo muestra la alegria de sus rostros, y el sí que pronuncian sus lenguas. Abrazáronse los quatro, con cuya señal todos los circunstantes aprobaron su trueco, y confirmaron,

como ya he dicho, ser sobrenatural el entendimiento y belleza de mi hermana, pues así habia trocado aquellos casi hechos casamientos con solo mandarlo. Celebróse la fiesta, y luego salieron de entre las barcas del rio quatro despalmadas, vistosas por las diversas colores con que venian pintadas; y los remos que eran seis de cada vanda, ni mas ni menos las vanderetas, que venian muchas por los filaretes, asimismo eran de varias colores; los doce remeros de cada una, venian vestidos de blanquísimo y delgado lienzo, de aquel mismo modo que yo vine quando entré la vez primera en esta isla: luego conocí que querian las barcas correr el palio, que se mostraba puesto en el árbol de otra barca desviada de las quatro, como tres carreras de caballo: era el palio de tafetan verde listado de oro, vistoso y grande, pues alcanzaba á besar y aun á pasearse por las aguas.

El rumor de la gente, y el són

de los instrumentos era tan grande, que no se dexaba entender lo que mandaba el Capitan del mar, que en otra pintada barca venia: apartáronse las enramadas barcas á una y otra parte del rio, dexando un espacio llano en medio por donde las quatro competidoras barcas volasen sin estorbar la vista á la infinita gente que desde el tálamo y desde ambas riberas estaba atenta á mirarlas, y estando ya los bogadores asidos de las manillas de los remos, descubiertos los brazos, donde se parecian los gruesos nervios, las anchas venas y los torcidos músculos, atendian la señal de la partida, impacientes por la tardanza y fogosos, bien ansi como lo suele estar el generoso can de Irlanda, quando su dueño no le quiere soltar de la traylla, á hacer la presa que á la vista se le muestra. Llegó en fin la señal esperada, y á un mismo tiempo arrancaron todas quatro barcas, que no por el agua, sino por el viento parecia

que volaban: una de ellas que llevaba por insignia un vendado Cupido, se adelantó de las demas casi tres cuerpos de la misma barca, cuya ventaja dió esperanza á todos quantos la miraban de que ella seria la primera que llegase á ganar el deseado premio: otra que venia tras ella iba alentandó sus esperanzas, confiada en el teson durísimo de sus remeros; pero viendo que la primera en ningun modo desmayaba, estuvieron por soltar los remos sus bogadores, pero son diferentes los fines y acontecimientos de las cosas, de aquello que se imagina, porque aunque es ley de los combates y contiendas, que ninguno de los que miran, favorezca á ninguna de las partes con señales, con voces ó con otro algun género que parezca que pueda servir de aviso al combatiente: viendo la gente de la ribera que la barca de la insignia de Cupido se aventajaba tanto á las demas, sin mirar á leyes, creyendo que la victoria

era suya, dixeron á voces muchos: Cupido vence, el Amor es invencible. A cuyas voces, por escucharlas, parece que afloxaron un tanto los remeros del Amor. Aprovechóse de esta ocasion la segunda barca que detras de la del Amor venia, la qual traia por insignia al Interes, en figura de un gigante pequeño, pero muy ricamente aderezado, y impelió los remos con tanta fuerza, que llegó á igualarse el Interes con el Amor, y arrimándosele á un costado, le hizo pedazos todos los remos de la diestra vanda, habiendo primero la del Interes recogido los suyos: y pasado adelante, dexando burladas las esperanzas de los que primero habian cantado la victoria por el Amor, y volvieron á decir: el Interes vence, el Interes vence. La barca tercera traia por insignia á la Diligencia en figura de una muger desñuda, llena de alas por todo el cuerpo, que á traer trompeta en las manos, antes pareciera Fama que Diligen-

cia: viendo el buen suceso del Interes, alentó su confianza, y sus remeros se esforzaron de modo, que llegaron á igualar con el Interes; pero por el mal gobierno del timonero se embarazó con las dos barcas primeras, de modo que los unos ni los otros remos fueron de provecho. Viendo lo qual la postrera, que traia por insignia á la Buena fortuna, quando estaba desmayada y casi para dexar la empresa, viendo el intrincado enredo de las demas barcas, desviándose algun tanto de ellas por no caer en el mismo embarazo, apretó, como decir se suele, los puños; y deslizándose por un lado, paso delante de todas. Cambiáronse los gritos de los que miraban: cuyas voces sirvieron de aliento á sus bogadores, que embebidos en el gusto de verse mejorados, les parecia, que si los que quedaban atras entonces, les llevára la misma ventaja, no dudáran de alcanzarlos, ni de ganar el premio, como lo ganaron, mas por

ventura, que por ligereza.

En fin, la Buena fortuna fue la que la tuvo entonces, y la mia de ahora no lo seria, si yo adelante pasase con el cuento de mis muchos y extraños sucesos. Y así, os ruego, señores, dexemos esto en este punto, que esta noche le daré fin, si es posible que le puedan tener mis desventuras. Esto dixo Periandro, á tiempo que al enfermo Antonio le tomo un terrible desmayo, viendo lo qual su padre, casi como adivino de donde procedia, los dexó á todos, y se fue como despues parecerá, á buscar á la Zenotia, con la qual le sucedió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XII.

Pareceme que si no se arrimára la paciencia al gusto que tenian Arnaldo y Policarpo de mirar á Auristela, y Sinforosa de ver á Periandro, ya le hubieran perdido es-

cuchando su larga plática, de quien juzgaron Mauricio y Ladislao que habia sido algo larga, y traida no muy apropósito, pues para contar sus desgracias propias, no habia para que contar los placeres agenos; con todo eso les dió gusto y quedaron con él, esperando oir el fin de su historia por el donayre siquiera y buen estilo con que Periandro la contaba. Halló Antonio el padre á la Zenotia, que buscaba en la cámara del Rey por lo menos, y en viéndola, puesta una desembaynada daga en las manos, con cólera española y discurso ciego arremetió á ella, y asiéndola del brazo izquierdo, y levantado la daga en alto, la dixo: dame, ó hechicera, á mi hijo vivo y sano y luego, sino haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado; mira si tienes su vida envuelta en algun envoltorio de agujas sin ojos ó de alfileres sin cabezas: mira, ó pérfida, si la tienes escondida en algun quicio de puerta, ó en alguna

otra parte, que solo tú lo sabes. Pasmóse Zenotia, viendo que la amenazaba una daga desnuda en las manos de un español colérico, y temblando le prometió de darle la vida y salud de su hijo, y aun le prometiera de darle la salud de todo el mundo, si se la pidiera; de tal manera se la habia entrado el temor en el alma, y así le dixo: suéltame, Español, y embayna tu acero, que los que tiene tu hijo le han conducido al término en que está, y pues sabes que las mugeres somos naturalmente vengativas, y mas quando nos llama á la venganza el desden y el menosprecio, no te maravilles si la dureza de tu hijo me ha endurecido el pecho; aconséjale que se humane de aquí adelante con los rendidos, y no menosprecie á los que piedad le pidieren, y vete en paz, que mañana estará tu hijo en disposicion de levantarse bueno y sano. Quando así no sea, respondió Antonio, ni á mí me faltará industria, para ha-

llarte, ni cólera para quitarte la vida, y con esto la dexó, y ella quedó tan entregada al miedo, que olvidándose de todo agravio, sacó del quicio de una puerta los hechizos que habia preparado, para consumir la vida poco á poco del riguroso mozo, que con los de su donayre y gentileza la tenia rendida. Apenas hubo sacado la Zenotia sus endemoniados preparamentos de la puerta, quando salió la salud perdida de Antonio á plaza, cobrando en su rostro las primeras colores, los ojos vista alegre y las desmayadas fuerzas esforzado brio, de lo que recibieron general contento quantos le conocian; y estando con él á solas su padre, le dixo: En todo quanto quiero ahora decirte, ó hijo, quiero advertirte, que adviertas que se encaminan mis razones á aconsejarte que no ofendas á Dios en ninguna manera, y bien habras echado de ver esto en quince ó diez y seis años, que ha que te enseño la ley que mis padres me

enseñaron, que es la católica, la verdadera, y en la que se han de salvar, y se han salvado todos los que han entrado hasta aquí, y han de entrar de aquí adelante en el reyno de los cielos: esta santa ley nos enseña que no estamos obligados á castigar á los que nos ofenden, sino á aconsejarlos la enmienda de sus delitos, que el castigo toca al juez, y la reprehension á todos, como sea con las condiciones que despues te diré: quando te convidaren á hacer ofensas, que redunden en deservicio de Dios, no tienes para que armar el arco, ni disparar flechas, ni decir injuriosas palabras, que con no recebir el consejo, y apartarte de la ocasion, quedarás vencedor de la pelea, y libre y seguro de verte otra vez en el trance que ahora te has visto: la Zenotia te tenia hechizado, y con hechizos de tiempo señalado, poco á poco en menos de diez dias perdieras la vida, si Dios y mi buena diligencia no lo

hubiera estorbado, y vente conmigo, porque alegres á todos tus amigos con tu vista, y escuchemos los sucesos de Periandro que los ha de acabar de contar esta noche. Prometióle Antonio á su padre, de poner en obra todos sus consejos con el ayuda de Dios, á pesar de todas las persuasiones y lazos que contra su honestidad se armasen.

La Zenotia en esto corrida, afrentada y lastimada de la soberbia desamorada del hijo, y de la temeridad y cólera del padre, quiso por mano agena vengar su agravio, sin privarse de la presencia de su desamorado bárbaro, y con este pensamiento y resuelta determinacion se fue al Rey Policarpo, y le dixo: ya sabes, señor, como despues que vine á tu casa y á tu servicio, siempre he procurado no apartarme en él con la solicitud posible: sabes tambien, fiado en la verdad que de mí tienes conocida, que me tienes hecha archivo de tus secretos; y sabes como prudente,

que en los casos propios, y mas si se ponen de por medio deseos amorosos, suelen errarse los discursos que al parecer van mas acertados, y por esto querria, que en el que ahora tienes hecho de dexar ir libremente á Arnaldo y á toda su compañia, vas fuera de toda razon y de todo término. Dime, si no puedes presente rendir á Auriste, la, ¿cómo la rendirás ausente? ¿y cómo querrá ella cumplir su palabra, volviendo á tomar por esposo á un varon anciano, que en efecto lo eres, que las verdades que uno conoce de sí mismo, no nos pueden engañar, teniéndose ella de su mano á Periandro, que podria ser que no fuese su hermano, y Arnaldo Principe mozo, y que no la quiere para menos que para ser su esposa. No dexes, señor, que la ocasion que agora se te ofrece, te vuelva la calva en lugar de la guedeja, y puedes tomar ocasion de detenerlos, de querer castigar la insolencia y atrevimiento que tuvo

este monstruo bárbaro que viene en su compañía, de matar en tu misma casa á aquel, que dicen que se llamaba Clodio, que si ansi lo haces, alcanzarás fama que alverga en tu pecho, no el favor, sino la justicia. Estaba escuchando Policarpo atentísimamente á la maliciosa Zenotia, que con cada palabra que le decia, le atravesaba, como si fuera con agudos clavos, el corazon, y luego luego quisiera correr á poner en efecto sus consejos; ya le parecia ver á Auristela en brazos de Periandro, no como en los de su hermano, sino como en los de su amante; ya se la contemplaba con la corona en la cabeza del Reyno de Dinamarca, y que Arnaldo hacia burla de sus amorosos designios: en fin la rabia de la endemoniada enfermedad de los zelos se le apoderó del alma en tal manera, que estuvo por dar voces y pedir venganza de quien en ninguna cosa le habia ofendido: pero viendo la Zenotia quan sazonado le

tenia, y quan pronto para executar todo aquello que mas le quisiese aconsejar, le dixo, que se sosegase por entonces, y que esperasen á que aquella noche acabase de contar Periandro su historia, porque el tiempo se le diese de pensar lo que mas convenia.

Agradecióselo Policarpo, y ella cruel y enamorada daba trazas en su pensamiento, como cumpliese el deseo del Rey y el suyo: llegóse en esto la noche, juntáronse á conversacion como la vez pasada, volvió Periandro á repetir algunas palabras antes dichas, para que viniese con concierto á anudar el hilo de su historia, que la habia dexado en el certamen de las barcas.

CAPÍTULO XIII.

PROSIGUE PERIANDRO SU AGRADABLE HISTORIA Y EL ROBO DE AURISTELA.

La que con mas gusto escuchaba á Periandro era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras, como con las cadenas que salian de la boca de Hercules, tal era la gracia y donayre con que Periandro contaba sus sucesos: finalmente los volvió á anudar, como se ha dicho, prosiguiendo de esta manera: al Amor, al Interes y á la Diligencia dexó atras la Buena fortuna, que sin ella vale poco la diligencia, no es de provecho el interes, ni el amor puede usar de sus fuerzas: la fiesta de mis pescadores, tan regocijada como pobre, excedió á las de los triunfos romanos, que tal vez en la llaneza y en la humildad suelen esconderse los regocijos mas aventajados; pero co-

mo las venturas humanas esten por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudanza facilmente se quiebran y desbaratan, como se quebraron las de mis pescadores, y se retorcieron y fortificaron mis desgracias, aquella noche la pasamos todos en una isla pequeña, que en la mitad del rio se hacia, convidados del verde sitio y apacible lugar: holgabanse los desposados que sin muestras de parecer que lo eran, con honestidad y diligencia de dar gusto á quien se le habia dado tan grande, poniéndolos en aquel deseado y venturoso estado, y así ordenaron que en aquella isla del rio se renovasen las fiestas, y se continuasen por tres dias: la sazon del tiempo, que era la del verano, la comodidad del sitio, el resplandor de la luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los árboles, el olor de las flores, cada cosa de estas de por sí y todas juntas convidaban á tener por acertado el pa-

recer de que allí estuviesemos el tiempo que las fiestas durasen. Pero apenas nos habiamos reducido á la isla, quando de entre un pedazo de bosque que en ella estaba, salieron hasta cincuenta salteadores armados á la ligera, bien como aquellos que quieren robar y huir todo á un mismo punto, y como los descuidados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuido, casi sin ponernos en defensa, turbados con el sobresalto, antes nos pusimos á mirar, que á acometer á los ladrones, los quales como hambrientos lobos, arremetieron al rebaño de las simples ovejas, y se llevaron si no en la boca, en los brazos á mi hermana Auristela, á Cloelia su ama, y á Selviana y á Leoncia, como si solamente vinieran á ofendellas, porque se dexaron otras muchas mugeres á quien la naturaleza habia dotado de singular hermosura. Yo, á quien el estraño caso mas colérico que suspenso me puso, me ar-

rojé tras los salteadores, los seguí con los ojos y con las voces afrentándolos como si ellos fueran capaces de sentir afrentas, solamente para irritarlos á que mis injurias les moviesen á volver á tomar venganza de ellas; pero ellos atentos á salir con su intento, ó no oyeron ó no quisieron vengarse, y así se desaparecieron, y luego los desposados y yo, con algunos de los principales pescadores, nos juntamos, como suele decirse á consejo, sobre qué hariamos para enmendar nuestro yerro, y cobrar nuestras prendas: uno dixo, no es posible, sino que alguna nave de salteadores está en la mar, y en parte donde con facilidad ha echado esta gente en tierra, quizá sabidores de nuestra junta y de nuestras fiestas: si esto es ansi, como sin duda lo imagino, el mejor remedio es, que salgan algunos barcos de los nuestros, y les ofrezcan todo el rescate que por la presa quisieren, sin detenerse en el

tanto mas quanto, que las prendas de esposas hasta las mismas vidas de sus mismos esposos merecen en rescate. Yo seré, dixe entonces, el que haré esa diligencia, que para conmigo tanto valé la prenda de mi hermana, como si fuera la vida de todos los del mundo: lo mismo dixeron Carino y Solercio, ellos llorando en público, y yo muriendo en secreto.

Quando tomamos esta resolucion, comenzaba á anochecer, pero con todo eso nos entramos en un barco los desposados y yo con seis remeros: pero quando salimos al mar descubierto, habia acabado de cerrar la noche, por cuya oscuridad no vimos baxel alguno, determinamos de esperar el venidero dia, por ver si con la claridad descubriamos algun navio, y quiso la suerte que descubriesemos dos, el uno que salia del abrigo de la tierra, y el otro que venia á tomarla: conocí que el que dexaba la tierra era el mismo de quien ha-

biamos salido á la isla, así en las banderas como en las velas, que venian cruzadas con una cruz roxa, los que venian de fuera las traian verdes, y los unos y los otros eran corsarios. Pues como yo imaginé, que el navio que salia de la isla era el de los salteadores de la presa, hice poner en una lanza una bandera blanca de seguro, vine arrimado al costado del navio para tratar del rescate, llevando cuidado de que no me prendiesen. Asomóse el Capitan al borde, y quando quise alzar la voz para hablarle, puedo decir que me la turbó y suspendió, y cortó en la mitad del camino un espantoso trueno que formó el disparar de un tiro de artilleria de la nave de fuera, en señal que desafiaba á la batalla al navio de tierra, al mismo punto le fue respondido con otro no menos poderoso, y en un instante se comenzaron á cañonear las dos naves como si fueran de dos conocidos é irritados enemigos.

Desvióse nuestro barco de en mitad de la furia, y desde lejos estuvimos mirando la batalla, y habiendo jugado la artilleria casi una hora se aferraron los dos navios con una no vista furia: los del navio de fuera, ó mas venturosos, ó por mejor decir mas valientes, saltaron en el navio de tierra, y en un instante desembarazaron toda la cubierta, quitando la vida á sus enemigos, sin dexar á ninguno con ella: viéndose pues libres de sus ofensores, se dieron á saquear el navio de las cosas mas preciosas que tenia, que por ser de corsarios, no era mucho, aunque en mi estimacion eran las mejores del mundo, porque se llevaron de las primeras á mi hermana, á Selviana, á Leoncia, y á Cloelia, con que enriquecieron su nave, pareciéndoles que en la hermosura de Auristela llevaban un precioso y nunca visto rescate. Quise llegar con mi barca á hablar con el Capitan de los vencedores; pero como

mi ventura andaba siempre en los ayres, uno de tierra sopló y hizo apartar el navio, no pude llegar á él, ni ofrecer imposibles por el rescate de la presa, y así fue forzoso el volvernos sin ninguna esperanza de cobrar nuestra pérdida, y por no ser otra la derrota que el navio llevaba, que aquella que el viento le permitia no pudimos por entonces juzgar el camino que haria, ni señal que nos diese á entender quienes fuesen los vencedores, para juzgar siquiera, sabiendo su patria las esperanzas de nuestro remedio; él voló en fin por el mar adelante, y nosotros desmayados y tristes nos entramos en el rio, donde todos los barcos de los pescadores nos estaban esperando. No sé si os diga, señores, lo que es forzoso deciros, un cierto espiritu se entró entonces en mi pecho, que sin mudarme el sér, me pareció que le tenia mas que de hombre, y así levantandome en pie sobre la barca hice que la rodeasen todas

las demas, y estuviesen atentos á estas ó otras semejantes razones que les dixe: la baxa fortuna jamas se enmendó con la ociosidad ni con la pereza, en los ánimos encogidos nunca tuvo lugar la buena dicha, nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura, y no hay alma que no sea capaz de levantarse á su asiento: los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres, como los avaros, mendigos. Esto os digo, ó amigos mios, para moveros y incitaros á que mejoreis vuestra suerte, y á que dexeis el pobre ajuar de unas redes, y de unos estrechos barcos, y busqueis los tesoros que tiene en sí encerrados el generoso trabajo, llamo generoso al trabajo del que se ocupa en cosas grandes. Si suda el cabador rompiendo la tierra, y apenas saca premio que le sustente mas que un dia sin ganar fama alguna, ¿por qué no tomará en lugar de la azada una lanza, y sin temor del sol ni de todas las inclemencias

del cielo procurará ganar con el sustento fama que le engrandezca sobre los demas hombres? La guerra, así como es madrasta de los cobardes, es madre de los valientes, y los premios que por ella se alcanzan, se pueden llamar ultramundanos. Ea pues, amigos, juventud valerosa, poned los ojos en aquel navio que se lleva las caras prendas de vuestros parientes, encerrándonos en estotro, que en la ribera nos dexaron, casi á lo que creo, por ordenacion del cielo: vamos tras él, y hagamonos piratas, no codiciosos como son los demas, sino justicieros como lo seremos nosotros; á todos se nos entiende el arte de la marineria, bastimentos hallarémos en el navio con todo lo necesario á la navegacion, porque sus contrarios no le despojaron mas que de las mugeres, y si es grande el agravio que hemos recibido, grandisima es la ocasion que para vengarle se nos ofrece: sigame pues el que quisiere, que yo

os suplico y Carino y Solercio os lo ruegan, que bien sé que no me han de dexar en esta valerosa empresa. Apenas hube acabado de decir estas razones, quando se oyó un murmureo por todas las barcas, procedido de que unos con otros se aconsejaban de lo que harian, y entre todos salió una voz que dixo: embarcate, generoso huesped, y sé nuestro Capitan y nuestra guia, que todos te seguiremos.

Esta tan improvisa resolucion de todos me sirvió de felice auspicio, y por temer que la dilacion de poner en obra mi buen pensamiento, no les diese ocasion de madurar su discurso, me adelanté con mi barco, al qual siguieron otros casi quarenta: llegué á reconocer el navio, entré dentro, escudriñéle todo, miré lo que tenia y lo que le faltaba, y hallé todo lo que me pudo pedir el deseo que fuese necesario para el viage; aconsejeles que ninguno volviese á tierra, por quitar la ocasion de que el llanto

de las mugeres, y el de los queridos hijos no fuese parte para dexar de poner en efecto resolucion tan gallarda. Todos lo hicieron así, y desde allí se despidieron con la imaginacion de sus padres, hijos y mugeres: caso estraño, y que ha menester que la cortesia ayude á darle credito: ninguno volvió á tierra, ni se acomodo de mas vestidos de aquellos con que habia entrado en el navio, en el qual sin repartir los oficios, todos servian de marineros y de pilotos, excepto yo, que fuí nombrado por Capitan por gusto de todos: y encomendándome á Dios, comencé luego á exercer mi oficio, y lo primero que mandé, fue desembarazar el navio de los muertos que habian sido en la pasada refriega, y limpiarle de la sangre de que estaba lleno: ordené que se buscasen todas las armas ansi ofensivas, como defensivas que en él habia, y repartiéndolas entre todos, dí á cada uno la que á mi parecer mejor le esta-

ba: requerí los bastimentos, y conforme á la gente, tantee para quantos dias serian bastantes poco mas ó menos.

Hecho esto, y hecha oracion al Cielo, suplicándole encaminase nuestro viage, y favoreciese nuestros tan honrados pensamientos, mandé hizar las velas, que aun se estaban atadas á las entenas, y que las dieramos al viento, que como se ha dicho, soplaba de la tierra, y tan alegres como atrevidos, y tan atrevidos como confiados, comenzamos á navegar por la misma derrota que nos pareció que llevaba el navio de la presa. Veisme aquí, señores, que me estais escuchando, hecho pescador y casamentero, rico con mi querida hermana, y pobre sin ella, robado de salteadores, y subido al grado de Capitan contra ellos, que las vueltas de mi fortuna no tienen un punto donde paren, ni términos que las encierren. No mas, dixo á esta sazon Arnaldo, no mas, Periandro

amigo, que puesto que tú no te canses de contar tus desgracias, á nosotros nos fatiga el oirlas, por ser tantas. A lo que respondió Periandro: yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto que se llama lugar, que es donde todas las cosas caben, y no hay ninguna fuera del lugar, y en mí le tienen todas las que son desgraciadas, aunque por haber hallado á mi hermana Auristela, las juzgó por dichosas, que el mal que se acaba sin acabar la vida, no lo es. A esto dixo Transila: yo por mí digo, Periandro, que no entiendo esa razon, solo entiendo que lo será muy grande, si no cumplis el deseo que todos tenemos de saber los sucesos de vuestra historia, que me van pareciendo ser tales, que han de dar ocasion á muchas lenguas que las cuenten, y muchas injuriosas plumas que las escriban. Suspensa me tiene el veros Capitan de salteadores, juzgué merecer este nombre vuestros pescadores valientes, y estaré esperando tambien

suspensa, quál fue la primera hazaña que hicisteis, y la aventura primera con que encontrasteis. Esta noche, señora, respondió Periandro, daré fin, si fuere posible, al cuento, que aun hasta agora se está en sus principios, quedando todos de acuerdo que aquella noche volviesen á la misma plática, por entonces dió fin Periandro á la suya.

CAPÍTULO XIV.

DA CUENTA PERIANDRO DE UN NOTABLE CASO QUE LE SUCEDIÓ EN EL MAR.

La salud del hechizado Antonio volvió su gallardia á su primera entereza, y con ella se volvieron á renovar en Zenotia sus mal nacidos deseos, los quales tambien renovaron en su corazon los temores de verse de él ausente, que los deshauciados de tener en sus males remedio, nunca acaban de desengañarse que lo estan, en tanto

que ven presente la causa de donde nacen, y así procuraba con todas las trazas que podia imaginar su agudo entendimiento, de que no saliesen de la ciudad ninguno de aquellos huespedes, y así volvió á aconsejar á Policarpo, que en ninguna manera dexase sin castigo el atrevimiento del bárbaro homicida, y que por lo menos, ya que no le diese la pena conforme al delito, le debia prender y castigarle siquiera con amenazas, dando lugar que el favor se opusiese por entonces á la justicia, como tal vez se suele hacer en mas importantes ocasiones. No lo quiso tomar Policarpo en la que este consejo le ofrecia, diciendo á la Zenotia, que era agraviar la autoridad del Príncipe Arnaldo, que debaxo de su amparo le traia, y enfadar á su querida Auristela, que como á su hermano le trataba, y mas que aquel delito fue accidental y forzoso, y nacido mas de desgracia que de malicia, y mas que no tenia parte que le pidiese, y

que todos quantos le conocian afirmaban que aquella pena era condigna de su culpa, por ser el mayor maldiciente que se conocia. ¿Cómo es esto, señor, replicó la Zenotia, que habiendo quedado el otro dia entre nosotros de acuerdo de prenderle, con cuya ocasion la tomases de detener á Auristela, agora estás tan lejos de tomarle? ellos se te irán, ella no volverá, tú llorarás entonces tu perplexîdad y tu mal discurso á tiempo, quando ni te aprovechen las lágrimas, ni enmendar en la imaginacion lo que ahora con nombre de piadoso quieres hacer. Las culpas que comete el enamorado, en razon de cumplir su deseo, no lo son, en razon de que no es suyo, ni es él el que las comete, sino el amor que manda su voluntad: Rey eres, y de los Reyes las injusticias y rigores son bautizadas con nombre de severidad. Si prendes á este mozo, darás lugar á la justicia, y soltándole á la misericordia; y en lo uno

y en lo otro confirmarás el nombre que tienes de bueno. De esta manera aconsejaba la Zenotia á Policarpo, el qual á solas y en todo lugar iba y venia con el pensamiento en el caso, sin saber resolverse de qué modo podia detener á Auristela, sin ofender á Arnaldo, de cuyo valor y poder era razon temiese; pero en medio de estas consideraciones, y en el de las que tenia Sinforosa, que por no estar tan recatada, ni tan cruel como la Zenotia, deseaba la partida de Periandro, por entrar en la esperanza de la vuelta: se llegó el término de que Periandro volviese á proseguir su historia, que la siguió en esta manera.

Ligera volaba mi nave por donde el viento queria llevarla, sin que se le opusiese á su camino la voluntad de ninguno de los que íbamos en ella, dexando todos en el alvedrio de la fortuna nuestro viage, quando desde lo alto de la gavia vimos caer á un marinero, que

antes que llegase á la cubierta del navio, quedó suspenso de un cordel que traia anudado á la garganta: llegué con priesa y cortésele, con que estorvé no se le acortase la vida. Quedó como muerto, y estuvo fuera de sí casi dos horas, al cabo de las quales volvió en sí, y preguntándole la causa de su desesperacion, dixo: dos hijos tengo, el uno de tres, y el otro de quatro años, cuya madre no pasa de los veinte y dos, y cuya pobreza pasa de lo posible, pues solo se sustentaba del trabajo de estas manos, y estando yo agora encima de aquella gavia, volví los ojos al lugar donde los dexaba, y casi como si alcanzara á verlos los ví hincados de rodillas, las manos levantadas al cielo, rogando á Dios por la vida de su padre, y llamándome con palabras tiernas; vi ansí mismo llorar á su madre, dándome nombre de cruel sobre todos los hombres. Esto imaginé con tan gran vehemencia, que me fuerza á de-

cir que lo ví, para no poner duda en ello, y el ver que esta nave vuela, y me aparta de ellos, y que no sé dónde vamos, y la poca ó ninguna obligacion que me obligó á entrar en ella, me trastornó el sentido, y la desesperacion me puso este cordel en las manos, y yo le dí á mi garganta, por acabar en un punto los siglos de pena que me amenazaba. Este suceso movió á lástima á quantos le escuchabamos, y habiéndole consolado y casi asegurado que presto dariamos la vuelta contentos y ricos; le pusimos dos hombres de guarda, que le estorvasen volver á poner en execucion su mal intento, y ansi le dexamos: y yo, porque este suceso no despertase en la imaginacion de alguno de los demas el querer imitarle, les dixe, que la mayor cobardia del mundo era el matarse, porque el homicida de sí mismo es señal que le falta el animo para sufrir los males que teme, y ¿qué mayor mal puede venir á un hombre

que la muerte ? y siendo esto así no es locura el dilatarla: con la vida se enmiendan y mejoran las malas suertes, y con la muerte desesperada, no solo no se acaban y se mejoran, pero se empeoran, y comienzan de nuevo. Digo esto, compañeros mios, porque no os asombre el suceso que habeis visto deste nuestro desesperado, que aun hoy comenzamos á navegar, y el animo me está diciendo que nos aguardan, y esperan mil felices sucesos.

Todos dieron la voz á uno, para responder por todos, el qual de esta manera dixo: valeroso Capitan, en las cosas que mucho se consideran, siempre se hallan muchas dificultades, y en los hechos valerosos que se acometen, alguna parte se ha de dar á la razon, y muchas á la ventura, y en la buena que hemos tenido en haberte elegido por nuestro Capitan, vamos seguros y confiados de alcanzar los buenos sucesos que di-

ces; quédense nuestras mugeres, quédense nuestros hijos, lloren nuestros ancianos padres, visite la pobreza á todos, que los cielos que sustentan los gusarapos del agua, tendrán cuidado de sustentar los hombres de la tierra. Manda, señor, hizar las velas, pon centinelas en las gavias, por ver si descubren en qué podamos mostrar, que no temerarios, sino atrevidos son los que aquí vamos á servirte. Agradecíles la respuesta, hice hizar todas las velas, y habiendo navegado aquel dia, al amanecer del dia siguiente, la centinela de la gavia mayor dixo á grandes voces: navio, navio. Preguntáronle qué derrota llevaba, y que de qué tamaño parecia. Respondió que era tan grande como el nuestro, y que le teníamos por la proa. Alto pues, dixe, amigos tomad las armas en las manos, y mostrad con estos, si son corsarios, el valor que os ha hecho dexar vuestras redes: hice luego cargar las velas, y en poco mas de

dos horas descubrimos y alcamos el navio, al qual envestimos de golpe, y sin hallar defensa alguna saltaron en él mas de quarenta de mis soldados, que no tuvieron en quien ensangrentar las espadas, porque solamente traia algunos marineros y gente de servicio, y mirándolo bien todo, hallaron en un apartamiento puestos en un cepo de hierro por la garganta, desviados uno de otro casi dos varas, á un hombre de muy buen parecer, y á una muger mas que medianamente hermosa, y en otro aposento hallaron tendido en un rico lecho á un venerable anciano de tanta autoridad, que obligó su presencia á que todos le tuviesemos respeto; no se movió del lecho, porque no podia, pero levantándose un poco alzó la cabeza, y dixo: envaynad, señores, vuestras espadas, que en este navio no hallareis ofensores en quien exercitarlas, y si la necesidad os hace y fuerza á usar este oficio de buscar vuestra ventura á costa de

las agenas, á parte habeis llegado que os hará dichosos, no porque en este navio haya riquezas ni alajas que os enriquezcan, sino porque yo voy en él, que soy Leopoldio, el Rey de los Daneos. Este nombre de Rey me avivó el deseo de saber qué sucesos habian traido á un Rey á estar tan solo y tan sin defensa alguna: lleguéme á él, y preguntéle si era verdad lo que decia, porque aunque su grave presencia prometia serlo, el poco aparato con que navegaba, hacia poner en duda el creerle. Manda, señor, respondió el aciano, que esta gente se sosiegue, y escúchame un poco, que en breves razones te contaré cosas grandes. Sosegáronse mis compañeros, y ellos y yo estuvimos atentos á lo que decir queria, que fue esto: el cielo me hizo Rey del Reyno de Danea, que heredé de mis padres, que tambien fueron Reyes, y lo heredaron de sus antepasados, sin haberles introducido á serlo la tirania, ni otra negociacion alguna,

caséme en mi mocedad con una muger mi igual, murióse sin dexarme sucesion alguna, corrió el tiempo, y muchos años me contuve en los límites de una honesta viudez; pero al fin por culpa mia, que de los pecados que se cometen nadie ha de echar la culpa á otro sino á sí mismo, digo que por culpa mia tropecé y caí en la de enamorarme de una dama de mi muger, que á ser ella la que debia, hoy fuera el dia que fuera Reyna, y no se viera atada y puesta en un cepo, como ya debeis de haber visto. Esta pues, pareciéndole ser injusto anteponer los rizos de un criado mio á mis canas se envolvió con él, y no solamente tuvo gusto de quitarme la honra, sino que procuró junto con ella, quitarme la vida, maquinando contra mi persona con tan estrañas trazas, con tales embustes y rodeos, que á no ser avisado con tiempo, mi cabeza estuviera fuera de mis hombros en una escarpia al viento, y las suyas coronadas del

Reyno de Danea; finalmente, yo descubrí sus intentos á tiempo, quando ellos tambien tuvieron noticia de que yo lo sabia: una noche en un pequeño navío que estaba con las velas en alto para partirse, por huir del castigo de su culpa y de la indignacion de mi furia, se embarcaron, súpelo, volé á la marina en las alas de mi cólera, y hallé que habria veinte horas que habian dado las suyas al viento; y yo ciego del enojo, y turbado con el deseo de la venganza, sin hacer algun prudente discurso, me embarqué en este navío, y los seguí, no con autoridad y aparato de Rey, sino como particular enemigo; hallélos á cabo de diez dias en una isla que llaman del Fuego, y cogílos descuidados, y puestos en ese cepo que habreis visto, los llevaba á Danea, para darles por justicia y procesos fulminados la debida pena á su delito. Esta es la pura verdad, los delinqüentes ahí están, que aunque no quieran la acreditan: yo soy

el Rey de Danea, que os prometo cien mil monedas de oro, no porque las traiga aquí, sino porque os doy mi palabra de poneroslas y enviaroslas donde quisieredes, para cuya seguridad si no basta mi palabra, llevadme con vosotros en vuestro navío, y dexad que en este mio, ya vuestro, vaya alguno de los mios á Danea, y traiga este dinero donde le ordenaredes, y no tengo mas que deciros.

Mirábanse mis compañeros unos á otros, y diéronme la vez de responder por todos, aunque no era menester, pues yo como Capitan lo podia y debia hacer, con todo eso quise tomar parecer con Carino, con Solercio y con algunos de los demas, porque no entendiesen que me queria alzar de hecho con el mando que de su voluntad ellos me tenian dado, y así la respuesta que dí al Rey, fue decirle: Señor, á los que aquí venimos, no nos puso la necesidad las armas en las manos, ni ninguno otro deseo que de

ambiciosos tenga semejanza, buscando vamos ladrones, á castigar vamos salteadores, y á destruir piratas, y pues tú estás tan lejos de ser persona de este género, segura está tu vida de nuestras armas, antes si has menester que con ellas te sirvamos, ninguna cosa habrá que nos lo impida, y aunque agradecemos la rica promesa de tu rescate, soltamos la promesa, que pues no estás cautivo, no estás obligado al cumplimiento de ella; sigue en paz tu camino, y en recompensa que vas de nuestro encuentro mejor de lo que pensaste, te suplicamos perdones á tus ofensores, que la grandeza del Rey algun tanto resplandece mas en ser misericordioso, que justiciero. Quisiérase humillar Leopoldio á mis pies, pero no lo consintió, ni mi cortesia, ni su enfermedad: pedíle me diese alguna pólvora si llevaba, y partiese con nosotros de sus bastimentos, lo qual se hizo al punto: aconsejéle asímis-

mo, que si no perdonaba á sus dos enemigos, los dexase en mi navío, que yo los pondria en parte donde no la tuviesen mas de ofenderle. Dixo que sí haria, porque la presencia del ofensor suele renovar la injuria en el ofendido: ordené que luego nos volviesemos á nuestro navío con la pólvora y bastimentos que el Rey partió con nosotros, y queriendo pasar á los dos prisioneros ya sueltos y libres del pesado cepo, no dió lugar un recio viento que de improviso se levantó, de modo que apartó los dos navios, sin dexar que otra vez se juntasen; desde el borde de mi nave me despedí del Rey á voces, y él en los brazos de los suyos salió de su lecho, y se despidió de nosotros, y yo me despido ahora, porque la segunda hazaña me fuerza á descansar para entrar en ella.

CAPÍTULO XV.

A todos dió general gusto de oir el modo con que Periandro contaba su estraña peregrinacion, sino fue á Mauricio, que llegándose al oido de Transila su hija, le dixo: pareceme, Transila, que con menos palabras y mas sucintos discursos pudiera Periandro contar los de su vida, porque no habia para que detenerse en decirnos tan por extenso las fiestas de las barcas, ni aun los casamientos de los pescadores, porque los episodios que para ornato de las historias se ponen, no han de ser tan grandes como la misma historia; pero yo sin duda creo que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio y la elegancia de sus palabras. Así debe de ser, respondió Transila; pero lo que yo sé decir, es, que ora se dilate, ó se sucinte en lo que dice, todo es bueno, y todo da gusto, pero ninguno le re-

cibia mayor, como ya creo que otra vez se ha dicho, como Sinforosa, que cada palabra que Periandro decia, así le regalaba el alma, que la sacaba de sí misma. Los revueltos pensamientos de Policarpo no le dexaban estar muy atento á los razonamientos de Periandro, y quisiera que no le quedára mas que decir, porque le dexára á él mas que hacer, que las esperanzas propinquas de alcanzar el bien que se desea, fatigan mucho mas que las remotas y apartadas; y era tanto el deseo que Sinforosa tenia de oir el fin de la historia de Periandro, que solicitó el volverse á juntar otro dia, en el qual Periandro prosiguió su cuento en esta forma: Contemplad, señores, á mis marineros, compañeros y soldados, mas ricos de fama que de oro, y á mí con algunas sospechas de que no les hubiese parecido bien mi liberalidad, y puesto que nació tan de su voluntad como de la mia en la libertad de Leopoldio, como no

son todas unas las condiciones de los hombres, bien podia yo temer no estuviesen todos contentos, y que les pareciese que seria dificil recompensar la pérdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometió Leopoldio por su rescate, y esta consideracion me movió á decirles: amigos mios, nadie esté triste por la perdida ocasion de alcanzar el gran tesoro que nos ofreció el Rey, porque os hago saber que una onza de buena fama vale mas que una libra de perlas, y esto no lo puede saber sino el que comienza á gustar de la gloria que da el tener buen nombre. El pobre á quien la virtud enriquece, suele llegar á ser famoso; como el rico, si es vicioso, puede venir y viene á ser infame: la liberalidad es una de las mas agradables virdes de quien se engendra la buena fama, y es tan verdad esto, que no hay liberal mal puesto, como no hay avaro que no lo sea; mas iba á decir, pareciéndome que me

daban todos tan gratos oidos, como mostraban sus alegres semblantes, quando me quitó las palabras de la boca el descubrir un navío, que no lejos del nuestro á orza por delante de nosotros pasaba: hice tocar al arma, y díle caza con todas las velas tendidas, y en breve rato me le puse á tiro de cañon, y disparando uno sin bala, en señal de que amaynase, lo hizo así, soltando las velas de alto á baxo. Llegando mas cerca, ví en él uno de los mas extraños espectáculos del mundo, ví que pendientes de las entenas y de las xarcias venian mas de quarenta hombres ahorcados: admiróme el caso, y abordando con el navio, saltaron mis soldados en él, sin que nadie se lo defendiese, hallaron la cubierta llena de sangre, y de cuerpos de hombres semivivos, unos con las cabezas partidas, y otros con las manos cortadas; tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma; éste gimiendo dolorosamente, y aquel gritando sin

paciencia alguna: esta mortandad y fracaso daba señales de haber sucedido sobremesa, porque los manjares nadaban entre la sangre, y los vasos mezclados con ella guardaban el olor del vino; en fin pisando muertos, y hollando heridos, pasaron los mios adelante, y en el castillo de popa hallaron puestas en esquadron hasta doce hermosísimas mugeres, y delante de ellas una que mostraba ser su Capitana, armada de un coselete blanco, y tan terso y limpio, que pudiera servir de espejo á quererse mirar en él; traia puesta la gola, pero no las escarcelas ni los brazaletes, el morrion sí, que era de hechura de una enroscada sierpe, á quien adornaban infinitas y diversas piedras de varios colores; tenia un venablo en las manos, tachonado de arriba abaxo con clavos de oro, con una gran cuchilla de agudo y luciente azero forjada, con que se mostraba tan briosa y tan gallarda, que bastó á detener su vista la furia de mis soldados,

dos, que con admirada atencion se pusieron á mirarla.

Yo que de mi nave la estaba mirando, por verla mejor, pasé á su navío, á tiempo quando ella estaba diciendo: bien creo, ó soldados, que os pone mas admiracion que miedo este pequeño esquadron de mugeres, que á la vista se os ofrece, el qual despues de la venganza que hemos tomado de nuestros agravios, no hay cosa que pueda engendrar en nosotros temor alguno: envestid, si venis sedientos de sangre, y derramad la nuestra, quitándonos las vidas, que como no nos quiteis las honras, las darémos por bien empleadas: Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo Rey de Lituania, casóme mi tio con el gran Lampidio, tan famoso por linage, como rico de los bienes de naturaleza y de los de la fortuna. Ibamos los dos á ver al Rey mi tio, con la seguridad que nos podia ofrecer ir entre nuestros vasallos y criados, todos obligados por las bue-

nas obras que siempre les hicimos; pero la hermosura y el vino que suelen trastornar los mas vivos entendimientos, les borró las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lascivia; á noche bebieron de modo, que les sepultó en profundo sueño, y algunos medio dormidos acudieron á poner las manos en mi esposo, y quitándole la vida, dieron principio á su abominable intento: pero como es cosa natural defender cada uno su vida; nosotras por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprovechándonos del poco tiempo y borrachez con que nos acometian, y con algunas armas que les quitamos y con quatro criados, que libres del humo de Baco, nos acudieron, hicimos en ellos, lo que muestran esos muertos que están sobre esa cubierta, y pasando adelante con nuestra venganza, habemos hecho que esos arboles y esas entenas produzcan el fruto que de ellas veis pendiente,

quarenta son los ahorcados, y si fueran quarenta mil, tambien murieran, porque su poca ó ninguna defensa, y nuestra cólera á toda esta crueldad, si por ventura lo es, se estendia: riquezas traigo que poder repartir, aunque mejor diria que vosotros podiais tomar, solo puedo añadir, que os las entregaré de buena gana: tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues con ellas antes quedareis infames que ricos.

Pareciéronme tan bien las razones de Sulpicia, que puesto que yo fuera verdadero corsario, me ablandára. Uno de mis pescadores, dixo á este punto: que me maten si no se nos ofrece aquí hoy otro Rey Leopoldio, con quien nuestro valeroso Capitan muestre su general condicion: ea, señor Periandro, vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos mas de la gloria de haber vencido nuestros naturales apetitos. Así será, respondí yo, pues vosotros, amigos, lo

quereis; y entended, que obras tales, nunca las dexa el cielo sin buena paga, como á las que son malas sin castigo: despojad esos árboles de tan mal fruto, y limpiad esa cubierta, y entregad á esas señoras, junto con la libertad, la voluntad de servirlas. Púsose en efecto mi mandamiento, y llena de admiracion y de espanto se me humilló Sulpicia, la qual, como persona que no acertaba á saber lo que le habia sucedido, tampoco acertaba á responderme, y lo que hizo, fue mandar á una de sus damas, le hiciese traer los cofres de sus joyas y de sus dineros: hízolo así la dama, y en un instante, como aparecidos, ó llovidos del cielo, me pusieron delante quatro cofres llenos de joyas y dineros: abriólos Sulpicia, y hizo muestras de aquel tesoro á los ojos de mis pescadores, cuyo resplandor quizá, y aun sin quizá cegó en algunos la intencion que de ser liberales tenian, porque hay mucha diferencia de

dar lo que se posee y se tiene en las manos, á dar lo que está en esperanzas de poseerse. Sacó Sulpicia un rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en él venian engastadas, y diciendo: toma, Capitan valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa que por serlo la voluntad con que se te ofrece, dádiva es de una pobre viuda, que ayer se vió en la cumbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo, y hoy se vé sujeta á la discrecion de estos soldados que te rodean, entre los quales puedes repartir estos tesoros, que segun se dice, tienen fuerzas para quebrantar las peñas. A lo que yo respondí: dádivas de tan gran señora, se han de estimar como si fuesen mercedes, y tomando el collar me volví á mis soldados, y les dixe: esta joya es ya mia, soldados y amigos mios, y asi puedo disponer de ella como cosa propia, cuyo precio, por ser á mi parecer inestimable, no

conviene que se dé á uno solo, tómele y guardele el que quisiere, que en hallando quien le compre, se dividirá el precio entre todos y quédese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frisando con el cielo. A lo que uno respondió: quisieramos, ó buen Capitan, que no nos hubieras prevenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondiamos á la tuya: vuelve el collar á Sulpicia, la fama que nos prometes no hay collar que la ciña, ni límite que la contenga.

Quedé contentísimo de la respuesta de mis soldados, y Sulpicia admirada de su poca codicia: finalmente, ella me pidió que le diese doce soldados de los mios, que le sirviesen de guarda, y de marineros, para llevar su nave á Lituania: hízose así, contentísimos los doce que escogí, solo por saber que iban á hacer bien. Proveyónos Sul-

picia de generosos vinos, y de muchas conservas de que careciamos: soplaba el viento próspero para el viage de Sulpicia y para el nuestro, que no llevaba determinado paradero: despedímonos de ella, supo mi nombre, y el de Carino y Solercio, y dándonos á los tres sus brazos, con los ojos abrazó á todos los demas; ella llorando lagrimas del placer y tristeza nacidas, de tristeza por la muerte de su esposo, de alegria por verse libre de las manos que pensó ser de salteadores, nos dividimos y apartamos. Olvidaba de deciros, como volví el collar á Sulpicia, y ella le recibió á fuerza de mis importunaciones, y casi tuvo á afrenta que le estimáse yo en tan poco que se le volviese. Entré en consulta con los mios, sobre qué derrota tomariamos, y concluyóse, que la que el viento llevase, pues por ella habian de caminar los demás navios que por el mar navegasen, ó por lo menos si el vien-

to no hiciese á su proposito, harian bordos, hasta que les viniese á cuento. Llegó en esto la noche clara y serena, y yo llamando á un pescador marinero, que nos servia de maestro y piloto, me senté en el castillo de popa, y con ojos atentos me puse á mirar el cielo. Apostaré, dixo á esta sazon Mauricio á Transila su hija, que se pone ahora Periandro á describirnos toda la celeste esfera, como si importase mucho á lo que vá contando el declararnos los movimientos del cielo: yo por mí, deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir de esta tierra, no dá lugar á que me entretenga ni ocupe en saber quales son fijas, ó quales erráticas estrellas, quanto mas que yo sé de sus movimientos mas de lo que él me puede decir. En tanto que Mauricio y Transila esto con sumisa voz hablaban, cobró aliento Periandro, para proseguir su historia en esta forma.

CAPÍTULO XVI.

Comenzaba á tomar posesion el sueño, y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaba á preguntar al que estaba conmigo, muchas cosas necesarias para saber usar el arte de la marineria, quando de improviso comenzaron á llover no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecia sino que el mar todo se habia subido á la region del viento, y desde allí se dexaba descolgar sobre el navio. Alborotamonos todos, y puestos en pie, mirando á todas partes, por unas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso miedo y en admiracion: en esto, el que estaba conmigo, dixo: sin duda alguna esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas que tienen mas abaxo de los ojos aquellos monstruosos pescados, que se llaman Náufragos;

y si esto es así en gran peligro estamos de perdernos, menester es disparar toda la artilleria, con cuyo ruido se espantan: en esto vi alzar y poner en el navio un cuello como de serpiente terrible, que arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso, sin tener necesidad de mascarle. Náufragos son, dixo el piloto, disparémos con balas ó sin ellas, que el ruido y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos. Traia el miedo confusos y agazapados los marineros, que no osaban levantarse en pie por no ser arrebatados de aquellos vestigios, con todo eso se dieron priesa á disparar la artilleria y á dar voces unos, y acudir otros á la bomba para volver el agua al agua; tendimos todas las velas, y como si huyeramos de alguna gruesa armada de enemigos, huimos del sobre estante peligro, que fue el mayor en que hasta entonces nos habiamos visto. Otro dia al crepúsculo de la noche nos hallamos en la

ribera de una isla no conocida por ninguno de nosotros, y con disinio de hacer agua en ella quisimos esperar el dia sin apartarnos de su ribera, amaynamos las velas, arrojamos las áncoras, y entregamos al reposo y al sueño los trabajados cuerpos de quien el sueño tomó posesion blanda y suavemente: en fin, nos desembarcamos todos, y pisamos la amenisima ribera, cuya arena (vaya fuera todo encarecimiento) la formaban granos de oro y de menudas perlas. Entrando mas adentro, se nos ofrecieron á la vista prados, cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas, sino por ser esmeraldas, en el qual verdor las tenian, no cristalinas aguas, como suele decirse, sino corrientes de líquidos diamantes formada, que cruzando por todo el prado, sierpes de cristal parecian.

Descubrimos luego una selva de arboles de diferentes géneros, tan hermosos que nos suspendieron las almas y alegraron los sentidos; de

algunos pendian ramos de rubies, que parecian guindas, ó guindas que parecian granos de rubies: de otros pendian camuesas, cuyas mexillas, la una era de rosa, la otra de finísimo topacio; en aquel se mostraban las peras, cuyo olor era de ambar, y cuyo color de los que se forman en el cielo, quando el sol se traspone: en resolucion, todas las frutas de quien tenemos noticia, estaban allí en su sazon, sin que las diferencias del año las estorbasen, todo allí era primavera, todo verano, todo estío sin pesadumbre, y todo otoño agradable: con estremo increible. Satisfacia á todos nuestros cinco sentidos lo que mirabamos á los ojos con la belleza y la hermosura: á los oidos con el ruido manso de las fuentes y arroyos, y con el són de los infinitos paxarillos, que con no aprendidas voces formado, los quales saltando de árbol en árbol, y de rama en rama, parecia que en aquel distrito tenian cautiva su li-

bertad, y que no querian ni acertaban á cobrarla: al olfato, con el olor que de sí despedian las yerbas, las flores, y los frutos: al gusto con la prueba que hicimos de la suavidad de ellos: al tacto, con tenerlos en las manos, con que nos parecia tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias, y el oro del Tibar. Pesame, dixo á esta sazon Ladislao á su suegro Mauricio, que se haya muerto Clodio, que á fé que le habia dado bien que decir Periandro en lo que va diciendo. Callad, señor, dixo Transila su esposa, que por mas que digais no podreis decir que no prosigue bien su cuento Periandro: el qual, como se ha dicho, quando algunas razones se entremetian de los circunstantes, él tomaba aliento para proseguir en las suyas, que quando son largas aunque sean buenas, antes enfadan que alegran. No es nada lo que hasta aquí he dicho, prosiguió Periandro, porque á lo que resta por decir, falta entendi-

miento que lo perciba, y aun cortesias que lo crean: volved, señores los ojos, y haced cuenta que veis salir del corazon de una peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos pudiese engañar: digo que vimos salir de la abertura de la peña, primero un suavisimo son que hirió nuestros oidos, y nos hizo estar atentos de diversos instrumentos de música formado, luego salió un carro que no sabré decir de qué materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota que escapaba de alguna gran borrasca; tirabanla doce poderosisimos ximios animales lascivos; sobre el carro venia una hermosisima dama vestida de una rozagante ropa de varias y diversas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas; venia arrimada á un baston negro, y en él fixa una tablachina ó escudo, donde venian estas letras, SENSUALIDAD: tras ella salieron otras muchas hermosas mugeres con diferentes instrumentos

en las manos, formando una música ya alegre y ya triste, pero todas singularmente regocijadas.

Todos mis compañeros y yo estabamos atónitos, como si fueramos estatuas sin voz de dura piedra formados. Llegóse á mí la Sensualidad, y con voz entre ayrada y suave me dixo: Costarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida á lo menos el gusto; y diciendo esto pasó adelante, y las doncellas de la música arrebataron, que así se puede decir, siete ú ocho de mis marineros, y se los llevaron consigo, y volvieron á entrarse, siguiendo á su señora, por la abertura de la peña. Volvíme yo entonces á los mios para preguntarles, qué les parecia de lo que habian visto; pero estorvólo otra voz, ú voces que llegaron á nuestros oidos bien diferentes que las pasadas, porque eran mas suaves y regaladas; y formabanlas un esquadron de hermosisimas, al parecer doncellas, y segun la guia

que traian, eranlo sin duda, porque venia delante mi hermana Auristela, que á no tocarme tanto, gastára algunas palabras en alabanza de su mas que humana hermosura: ¿qué me pidieran á mí entonces que no diera en albricias de tan rico hallazgo? que ha pedirme la vida, no la negára, si no fuera por no perder el bien, tan sin pensarlo hallado. Traia mi hermana á sus dos lados dos doncellas, de las quales la una me dixo: la Continencia y la Pudicicia amigas y compañeras acompañamos perpetuamente á la Castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela hoy ha querido disfrazarse: ni la dexarémos hasta que con dichoso fin le dé á sus trabajos y peregrinaciones en la alma ciudad de Roma. Entonces yo á tan felices nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tan nuevo y estraño acontecimiento por su grandeza y por su novedad mal seguro, alcé la voz para mostrar con la lengua la gloria

que en el alma tenia, y queriendo decir: ó únicas consoladoras de mi alma, ó ricas prendas por mi bien halladas, dulces y alegres en este y en otro qualquier tiempo: fue tanto el ahinco que puse en decir esto, que rompí el sueño, y la vision hermosa desapareció, y yo me hallé en mi navio con todos los mios, sin que faltase alguno de ellos. A lo que dixo Constanza: ¿Luego, señor Periandro, dormiades? Sí, respondió, porque todos mis bienes son soñados. En verdad, replicó Constanza, que ya queria preguntar á mi señora Auristela, adónde habia estado el tiempo que no habia parecido. De tal manera, respondió Auristela, ha contado su sueño mi hermano, que me iba haciendo dudar, si era verdad ó no lo que decia. A lo que añadió Mauricio: esas son fuerzas de la imaginacion, en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprehenden de la memoria, de manera que quedan en

ella siendo mentiras como si fueran verdades. A todo esto callaba Arnaldo, y consideraba los afectos y demostraciones con que Periandro contaba su historia, y de ninguno de ellos podia sacar en limpio las sospechas que en su alma habia infundido el ya muerto maldiciente Clodio, de no ser Auristela y Periandro verdaderos hermanos. Con todo eso, dixo, prosigue Periandro tu cuento, sin repetir sueños, porque los ánimos trabajados siempre los engendran muchos y confusos, y porque la sin par Sinforosa está esperando que llegues á decir, de dónde venias la primera vez que á esta isla llegaste, de dónde saliste coronado de vencedor de las fiestas, que por la eleccion de su padre cada año en ella se hacen. El gusto de lo que soñé, respondió Periandro, me hizo no advertir, de quan poco fruto son las digresiones en qualquiera narracion, quando ha de ser sucinta y no dilatada. Callaba Poli-

carpo, ocupando la vista en mirar á Auristela, y el pensamiento en pensar en ella: y así para él importaba muy poco ó nada que callase ó que hablase Periandro, el qual advertido ya de que algunos se cansaban de su larga plática, determinó de proseguirla, abreviándola y siguiéndola en las menos palabras que pudiese, y así dixo.

CAPÍTULO XVII.

PROSIGUE PERIANDRO SU HISTORIA.

Desperté del sueño, como he dicho, tomé consejo con mis compañeros, qué derrota tomariamos, y salió decretado que por donde el viento nos llevase; que pues íbamos en busca de corsarios, los quales nunca navegan contra viento, era cierto el hallarlos, y habia llegado á tanto mi simpleza, que pregunté á Carino y á Solercio si habian visto á sus esposas en compañía de mi hermana Auristela, quan-

do yo la ví soñando. Riéronse de mi pregunta, y obligáronme y aun forzáronme á que les contase mi sueño. Dos meses anduvimos por el mar, sin que nos sucediese cosa de consideracion alguna, puesto que le escombramos demas de sesenta navios de corsarios, que por serlo verdaderos, adjudicamos sus robos á nuestro navio, y le llenamos de innumerables despojos, con que mis compañeros iban alegres, y no les pesaba de haber trocado el oficio de pescadores en el de piratas, porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robaron sino lo robado.

Sucedió pues, que un porfiado viento nos salteo una noche, que sin dar lugar á que amaynásemos algun tanto, ó templasemos las velas en aquel término que las halló, las tendió y acosó de modo, que como he dicho, mas de un mes navegamos por una misma derrota, tanto, que tomando mi piloto el altura del polo, donde nos tomó

el viento, y tanteando las aguas que haciamos por hora y los dias que habiamos navegado, hallamos ser quatrocientas leguas poco mas ó menos: volvió el piloto á tomar la altura, y vió que estaba debaxo del Norte en el parage de Noruega, y con voz grande y mayor tristeza, dixo: desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede dar la vuelta para seguir otro camino, en éste se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar glacial, digo en el mar helado, y si aquí nos saltea el hielo, quedaremos empedrados en estas aguas. Apenas hubo dicho esto, quando sentimos que el navio tocaba por los lados y por la quilla, como en movibles peñas, por donde se conoció que ya el mar se comenzaba á helar, cuyos montes de hielo, que por de dentro se formaban impedian el movimiento del navio: amaynamos de golpe, porque topando en ellos no se abriese, y en todo aquel dia y aquella noche se congelaron las

aguas tan duramente y se apretaron de modo, que cogiéndonos enmedio, dexaron al navio engastado en ellas como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el hielo á entumecer los cuerpos, y á entristecer nuestras almas, y haciendo el miedo su oficio, considerando el manifiesto peligro, no nos dimos mas dias de vida que los que pudiese sustentar el bastimento que en el navio hubiese, en el qual bastimento desde aquel punto se puso tasa, y se repartió por órden tan miserable y estrechamente, que desde luego comenzó á matarnos la hambre; tendimos la vista por todas partes, y no topamos con ella en cosa que pudiese alentar nuestra esperanza, sino fue con un bulto negro, que á nuestro parecer estaria de nosotros seis ó ocho millas; pero luego imaginamos que debia de ser algun navio, á quien la comun desgracia del hielo tenia aprisionado: este peligro sobrepuja

y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto, porque un miedo dilatado y un temor no vencido, fatiga mas el alma que una repentina muerte; que en el acabar súbito, se ahorran los miedos y los temores que la muerte trae consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Esta pues, que nos amenazaba tan hambrienta como larga, nos hizo tomar una resolucion si no desesperada, temeraria por lo menos; y fue que consideramos que si los bastimentos se nos acababan el morir de hambre era la mas rabiosa muerte que puede caber en la imaginacion humana, y así determinamos de salirnos del navio, y caminar por encima del hielo, y ir á ver si en el que se parecia habria alguna cosa de que aprovecharnos, ó ya de grado, ó ya por fuerza: púsose en obra nuestro pensamiento, y en un instante vieron las aguas sobre sí formado con pies enxutos un esquadron pequeño, pero de valentí-

simos soldados, y siendo yo la guia, resbalando, cayendo y levantando, llegamos al otro navio que lo era casi tan grande como el nuestro: habia gente en él, que puesta sobre el borde adevinando la intencion de nuestra venida, á voces comenzó uno á decirnos: ¿A qué venis gente desesperada? ¿qué buscais? ¿venis por ventura á apresurar nuestra muerte, y á morir con nosotros? volveos á vuestro navio, y si os faltan bastimentos roed las xarcias, y encerrad en vuestros estómagos los embreados leños si es posible, porque pensar que os hemos de dar acogida será pensamiento vano, y contra los preceptos de la caridad que ha de comenzar de sí mismo: dos meses dicen que suele durar este hielo que nos detiene, para quince dias tenemos sustento; si es bien que le repartamos con vosotros á vuestra consideracion lo dexo. A lo que yo le respondí: en los apretados peligros toda razon se atropella: no hay

respeto que valga, ni buen término que se guarde; acogednos en vuestro navio de grado, y juntaremos en él el bastimento que en el nuestro queda, y comámoslo amigablemente, antes que la precisa necesidad nos haga mover las armas y usar de la fuerza.

Esto le respondí yo, creyendo, no decian verdad en la cantidad del bastimento que señalaban; pero ellos viendose superiores y aventajados en el puesto, no temieron nuestras amenazas, ni admitieron nuestros ruegos, antes arremetieron á las armas, y se pusieron en orden de defenderse: los nuestros á quien la desesperacion de valientes hizo valentísimos, añadiendo á la temeridad nuevos brios, arremetieron al navio, y casi sin recibir herida, le entraron y le ganaron, y alzóse una voz entre nosotros, que á todos les quitasemos la vida, por ahorrar de bocas y de estómagos, por donde se fuese el bastimento que en el navio ha-

llasemos. Yo fuí de parecer contrario, y quizá por tenerle bueno en esto nos socorrió el Cielo, como despues diré, aunque primero quiero deciros, que este navio era el de los corsarios que habian robado á mi hermana, y á las dos recien esposadas pescadoras. Apenas le hube reconocido, quando dixe á voces: ¿A dónde teneis, ladrones nuestras almas? ¿á dónde están las vidas que nos robasteis? ¿qué habeis hecho de mi hermana Auristela, y de las dos Selviana y Leoncia, partes mitades de los cozones de mis buenos amigos Carino y Solercio? A lo que uno me respondió: esas mugeres pescadoras que decís, las vendió nuestro Capitan, que ya es muerto, á Arnaldo Príncipe de Dinamarca. Así es la verdad, dixo á esta sazon Arnaldo, que yo compré á Auristela y á Cloelia su ama y á otras dos hermosísimas doncellas de unos piratas que me las vendieron, y no por el precio que ellas merecian.

¡Válame Dios, dixo Rutilio en esto, y por qué rodeos, y con qué eslabones se viene á engarzar la peregrina historia tuya, ó Periandro! Por lo qué debes al deseo que todos tenemos de servirte, añadió Sinforosa, que abrevies tu cuento, ó historiador, tan verdadero como gustoso. Sí haré, respondió Periandro, si es posible que grandes cosas en breves términos puedan encerrarse.

CAPÍTULO XVIII.

Toda esta tardanza del cuento de Periandro se declaraba tan en contrario del gusto de Policarpo, que ni podia estár atento para escucharle, ni le daba lugar á pensar maduramente lo que debia hacer, para quedarse con Auristela sin perjuicio de la opinion que tenia de generoso y de verdadero: ponderaba la calidad de sus huespedes, entre los quales se le ponia delan-

te Arnaldo Príncipe de Dinamarca, no por eleccion, sino por herencia; descubria en el modo de proceder de Periandro, en su gentileza y brio algun gran personage, y en la hermosura de Auristela el de alguna gran señora: quisiera buenamente lograr sus deseos á pie llano sin rodeos ni invenciones, cubriendo toda dificultad y todo parecer contrario con el velo del matrimonio, que puesto que su mucha edad no lo permitia, todavía podia disimularlo, porque en qualquier tiempo es mejor casarse, que abrasarse: acuciaba y solicitaba sus pensamientos con los que solicitaban y aquejaban á la embaydora Zenotia, con la qual se concertó que antes de dar otra audiencia á Periandro, se pusiese en efecto su designio, que fue, que de allí á dos noches tocasen una arma fingida en la ciudad, y se pegáse fuego al palacio por tres ó quatro partes, de modo que obligase á los que en él asistian á ponerse

en cobro, donde era forzoso que interviniese la confusion y el alboroto, en medio del qual previno gente que robasen el bárbaro mozo Antonio y á la hermosa Auristela; y asímismo ordenó á Policarpa su hija, que conmovido de lástima christiana avisáse á Arnaldo y á Periandro el peligro que los amenazaba, sin descubrilles el robo, pero mostrándoles el modo de salvarse, que era, que acudiesen á la marina, donde en el puerto hallarian una saetia que los acogiese.

Llegóse la noche, y á las tres horas de ella comenzó el arma, que puso en confusion y alborotó á toda la gente de la ciudad: comenzó á resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaba el que Policarpo en su pecho tenia; acudió su hija, no alborotada, sino con reposo, á dar noticia á Arnaldo y á Periandro de los designios de su traydor y enamorado padre, que se estendian á quedarse con Auristela y con el bárbaro mozo, sin

quedar con indicios que le infamasen. Oyendo lo qual Arnaldo y Periandro, llamaron á Auristela, á Mauricio, Transila, Ladislao, á los bárbaros padre y hijo, á Ricla, á Constanza y á Rutilio, y agradeciendo á Policarpa su aviso, se hicieron todos un monton, y puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron paso desembarazado hasta el puerto y segura embarcacion en la saetia, cuyo piloto y marineros estaban avisados y cohechados de Policarpo, que en el mismo punto que aquella gente, que al parecer huida, se embarcáse, se hiciesen al mar, y no parasen con ella hasta Inglaterra, ó hasta otra parte mas lejos de aquella isla. Entre la confusa griteria y continuo vocear al arma, al arma, entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenia licencia del dueño de aquellos palacios para que los abrasáse, hacia el mayor estrago, andaba encubierto Policar-

po, mirando si salia cierto el robo de Auristela, y asímismo solicitaba el de Antonio la hechicera Zenotia: pero viendo que se habian embarcado todos sin quedar ninguno, como la verdad se lo decia, y el alma se lo pronosticaba, acudió á mandar, que todos los baluartes y todos los navios que estaban en el puerto, disparasen la artillería contra el navio de los que en él huian, con lo qual de nuevo se aumentó el estruendo, y el miedo discurrió por los animos de todos los moradores de la ciudad, que no sabian qué enemigos los asaltaban, ó que intempestivos acontecimientos les acometian. En esto la enamorada Sinforosa, ignorante del caso, puso el remedio en sus pies y su esperanza en su inocencia, y con pasos desconcertados y temerosos se subió á una alta torre de palacio, á su parecer, parte segura del fuego, que lo demas del palacio iba consumiendo: acertó á encerrarse con ella su hermana Po-

licarpa, que le contó, como si lo hubiera visto, la huida de sus huespedes, cuyas nuevas quitaron el sentido á Sinforosa, y en Policarpa pusieron el arrepentimiento de haberlas dado. Amanecia en esto el alba risueña, para todos los que con ella esperaban descubrir la causa, ó causas de la presente calamidad: y en el pecho de Policarpo anochecia la noche de la mayor tristeza que pudiera imaginarse: mordiase las manos Zenotia, y maldecia su engañadora ciencia y las promesas de sus malditos maestros; sola Sinforosa se estaba aun en su desmayo, y sola su hermana lloraba su desgracia, sin descuidarse de hacerle los remedios que ella podia, para hacerla volver en su acuerdo; volvió en fin, tendió la vista por el mar, vió volar la saetia donde iba la mitad de su alma, ó la mejor parte de ella, y como si fuera otra engañada y nueva Dido, que de otro fugitivo Eneas se quejaba, enviando suspí-

ros al cielo, lagrimas á la tierra, y voces al ayre, dixo estas, ó otras semejantes razones: ó hermoso huesped, venido por mi mal á estas riberas, no engañador por cierto, que aun no he sido yo tan dichosa, que me dixeses palabras amorosas para engañarme, amayna esas velas, ó templalas algun tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean ese navio, cuya vista, solo porque vas en él, me consuela: mira, señor, que huyes de quien te sigue, que te alejas de quien te busca, y das muestras de que aborreces á quien te adora: hija soy de un Rey, y me contento con ser esclava tuya, y si no tengo hermosura que pueda satisfacer á tus ojos, tengo deseos que puedan llenar los vacios de los mejores que el amor tiene: no repares en que se abrase toda esta ciudad, que si vuelves, habrá servido este incendio de luminarias por la alegria de tu vuelta: riquezas tengo, acelerado fugitivo mio,

y puestas en parte donde no las hallará el fuego, aunque mas las busque, porque las guarda el cielo para tí solo. A esta sazon volvió á hablar con su hermana, y le dixo: ¿No te parece, hermana mia, que ha amaynado algun tanto las velas? ¿no te parece, que no camina tanto? Ay Dios, si se habrá arrepentido: ay Dios, si la rémora de mi voluntad le detiene el navio. Ay, hermana, respondió Policarpa, no te engañes, que los deseos y los engaños suelen andar juntos; el navio vuela, sin que le detenga la rémora de tu voluntad, como tú dices, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros.

Salteólas en esto el Rey su padre, que quiso ver de la alta torre, tambien como su hija, no la mitad, sino toda su alma, que se le ausentaba, aunque ya no se descubria: los hombres que tomaron á su cargo encender el fuego de palacio, le tuvieron tambien de

apagarle. Supieron los ciudadanos la causa del alboroto, y el mal nacido deseo de su Rey Policarpo, y los embustes y consejos de la hechicera Zenotia; y aquel mismo dia le depusieron del Reyno, y colgaron á Zenotia de una entena. Sinforosa y Policarpa fueron respetadas como quien eran, y la ventura que tuvieron, fue tal, que correspondió á sus merecimientos; pero no en modo que Sinforosa alcanzáse el fin felice de sus deseos, porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenia guardadas: los del navio, viendose todos juntos y todos libres, no se hartaban de dar gracias al cielo de su buen suceso: de ellos supieron otra vez los traidores designios de Policarpo; pero no les parecieron tan traidores, que no halláse en ellos disculpa, el haber sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros, que quando ocupa á un alma la pasion amorosa, no hay discurso con que acierte, ni ra-

zon que no atropelle.

Hacíales el tiempo claro, y aunque el viento era largo, estaba el mar tranquilo: llevaban la mira de su viage puesta en Inglaterra, adonde pensaban tomar el designio que mas les conviniese, y con tanto sosiego navegaban, que no les sobresaltaba ningun recelo, ni miedo de ningun suceso adverso: tres dias duró la apacibilidad del mar, y tres dias sopló próspero el viento, hasta que al quarto, al poner del sol, se comenzó á turbar el viento, y á desasosegarse el mar, y el recelo de alguna gran borrasca comenzó á turbar á los marineros: que la inconstancia de nuestras vidas y la del mar simbolizan, en no prometer seguridad ni firmeza alguna largo tiempo; pero quiso la buena suerte, que quando les apretaba este temor descubriesen cerca de sí una isla, que luego de los marineros fue conocida, y dixeron que se llamaba la de las Ermitas, de que no poco se ale-

graron, porque en ella sabian que estaban dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos mas de veinte navios: tales en fin, que pudieran servir de abrigados puertos: dixeron tambien, que en una de las ermitas servia de ermitaño un Caballero principal Frances llamado Renato; y en la otra ermita servia de ermitaña una señora Francesa llamaba Eusebia, cuya historia de los dos, era la mas peregrina que se hubiese visto. El deseo de saberla y el de repararse de la tormenta, si viniese, hizo á todos que encaminasen allá la proa: hízose así con tanto acertamiento, que dieron luego con una de las calas, donde dieron fondo sin que nadie se lo impidiese: y estando informado Arnaldo de que en la isla no habia otra persona alguna que la del ermitaño y ermitaña referidos, por dar contento á Auristela y á Transila, que fatigadas del mar venian, con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio y Pe-

riandro, mandó echar el esquife al agua, y que saliesen todos á tierra á pasar la noche en sosiego, libres de los baybenes del mar, y aunque se hizo así, fue parecer del bárbaro Antonio, que él y su hijo y Ladislao y Rutilio se quedasen en el navio guardándole, pues la fe de sus marineros poco esperimentada no les debia asegurar de modo que se fiasen de ellos: y en efecto los que se quedaron en el navio fueron los dos Antonios, padre y hijo con todos los marineros, que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus naves, mejor huele la pez, la brea y la resina de sus navios, que á la demas gente las rosas, las flores y los amarantos de los jardines. A la sombra de una peña los de la tierra se repararon del viento, y á la claridad de mucha lumbre que de ramas cortadas en un instante hicieron, se defendieron del frio; y ya como acostumbrados á pasar muchas veces calamidades semejantes, pasaron

la de esta noche sin pesadumbre alguna, y mas con el alivio que Periandro les causó, con volver por ruego de Transila á proseguir su historia, que puesto que él lo reusaba, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao y Mauricio, ayudándoles Auristela, la ocasion y el tiempo la hubo de proseguir en esta forma.

CAPÍTULO XIX.

Si es verdad, como lo es, ser dulcísima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la pasada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser á mí agora contar mis trabajos en este sosiego; que puesto que no puedo decir que estoy libre de ellos todavia, segun han sido grandes y muchos, puedo afirmar que estoy en descanso, por ser condicion de la humana suerte, que quando los bienes comienzan á crecer, parece que unos se van llamando á otros,

y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente: los trabajos que yo hasta aquí he padecido, imagino que han llegado al último paradero de la miserable fortuna, y que es forzoso que declinen: que quando en el estremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el último de todos, ha de seguirse la mudanza, no de mal á mal, sino de mal á bien, y de bien á mas bien, y este en que estoy teniendo á mi hermana conmigo, verdadera y precisa causa de todos mis males y mis bienes, me asegura y promete que tengo de llegar á la cumbre de los mas felices que acierte á desearme; y así con este dichoso pensamiento digo, que quedé en la nave de mis contrarios ya rendidos, donde supe, como ya he dicho, la venta que habian hecho de mi hermana, y de las dos recien desposadas pescadoras, y de Cloelia al Príncipe Arnaldo que aquí está presente.

En tanto que los mios andaban escudriñando y tanteando los bas-

timentos que habia en el empedrado navio, á deshora y de improviso de la parte de tierra descubrimos que sobre los hielos caminaba un esquadron de armada gente de mas de quatro mil personas formado: dexónos mas helados que el mismo mar vista semejante, aprestando las armas mas por muestra de ser hombres, que con pensamientos de defenderse: caminaban sobre solo un pie, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo con que se impelian y resvalaban sobre el mar grandisimo trecho, y luego volviendo á reiterar el golpe, tornaban á resvalar otra gran pieza de camino, y de esta suerte en un instante fueron con nosotros y nos rodearon por todas partes, y uno de ellos, que como despues supe, era el Capitan de todos, llegándose cercà de nuestro navio á trecho que pudo ser oido, asegurando la paz con un paño blanco que volteaba sobre el brazo, en lengua Polaca, con voz clara dixo: Cratilo, Rey de Lituania, y señor

de estos mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada, y sacar de ellos los navios que del hielo estan detenidos, á lo menos la gente y la mercancia que tuvieren, por cuyo beneficio se paga con tomarla por suya: si vosotros gustaredes de aceptar este partido sin defenderos, gozareis de las vidas y de la libertad, que no se os ha de cautivar en ningun modo: miradlo, y si no aparejaos á defenderos de nuestras armas de continuo vencedoras. Contentóme la brevedad y la resolucion del que nos hablaba. Respondíle, que me dexase tomar parecer con nosotros mismos, y fue el que mis pescadores me dieron, decir que el fin de todos los males, y el mayor de ellos era el acabar la vida, la qual se habia de sustentar por todos los medios posibles, como no fuesen por los de la infamia; y que pues en los partidos que nos ofrecian, no intervenia ninguna, y del perder la vida estabamos tan ciertos, como dudosos de la defensa, seria

bien rendirnos y dar lugar á la mala fortuna que entonces nos perseguia, pues podria ser que nos guardase para mejor ocasion. Casi esta misma respuesta di al Capitan del esquadron, y al punto, mas con apariencia de guerra, que con muestras de paz, arremetieron al navio, y en un instante le desvalijaron todo, y trasladaron quanto en él habia, hasta la misma artilleria y xarcias á unos cueros de bueyes que sobre el hielo tendieron, y liándolos por encima aseguraron poderlos llevar, tirándolos con cuerdas, sin que se perdiese cosa alguna: robaron ansimismo lo que hallaron en el otro nuestro navio, y poniéndonos á nosotros sobre otras pieles, alzando una alegre voceria, nos tiraron y nos llevaron á tierra que debia de estar desde el lugar del navio como veinte millas: parecemé á mí que debia de ser cosa de ver caminar tanta gente por cima de las aguas á pie enjuto, sin usar allí el cielo algunos de sus milagros; en fin aquella noche llegamos á la

ribera, de la qual no salimos hasta otro dia por la mañana que la vimos coronada de infinito numero de gente, que á ver la presa de los helados y yertos habian venido.

Venia entre ellos sobre un hermoso caballo el Rey Cratilo, que por las insignias reales con que se adornaba, conocimos ser quien era: venia á su lado ansimismo á caballo una hermosisima muger armada de unas armas blancas, á quien no podian acabar de encubrir un velo negro con que venian cubiertas; llevóme tras sí la vista, tanto su buen parecer, como la gallardia del Rey Cratilo, y mirándola con atencion conocí ser la hermosa Sulpicia á quien la cortesia de mis compañeros pocos dias ha habian dado la libertad que entonces gozaba. Acudió el Rey á ver los rendidos, y llevándome el Capitan asido de la mano, le dixo: en este solo mancebo, ó valeroso Rey Cratilo, me parece que te presento la mas rica presa que en razon de persona humana hasta agora humanos

ojos han visto. Santos cielos, dixo á esta sazon la hermosa Sulpicia, arrojándose del caballo al suelo, ó yo no tengo vista en los ojos, ó es este mi libertador Periandro; y el decir esto y añudarme el cuello con sus brazos fue todo uno, cuyas estrañas y amorosas muestras obligaron tambien á Cratilo á que del caballo se arrojase, y con las mismas señales de alegria me recibiese: entonces la desmayada esperanza de algun buen suceso estaba lejos de los pechos de mis pescadores; pero cobrando aliento en las muestras alegres con que vieron recibirme, les hizo brotar por los ojos el contento, y por las bocas las gracias que dieron á Dios del no esperado beneficio que ya le contaban, no por beneficio sino por singular y conocida merced. Sulpicia dixo á Cratilo: este mancebo es un sugeto, donde tiene su asiento la suma cortesia, y su albergue la misma liberalidad, y aunque yo tengo hecha esta esperiencia, quiero que tu discrecion la acredite, sacando

por su gallarda presencia (y en esto bien se ve que hablaba como agradecida y aun como engañada) en limpio esta verdad que te digo. Este fue el que me dió libertad despues de la muerte de mi marido; éste el que no despreció mis tesoros, sino el que no los quiso; éste fue el que despues de recibidas mis dádivas me las volvió mejoradas con el deseo de darmelas mayores si pudiera: éste fue en fin el que acomodándose, ó por mejor decir, haciendo acomodar á su gusto el de sus soldados, dandome doce que me acompañasen, me tiene ahora en tu presencia: yo entonces á lo que creo rojo el rostro con las alabanzas, ó ya aduladoras ó demasiadas que de mí oía, no supe mas que hincarme de rodillas ante Cratilo, pidiéndole las manos que no me las dió para besarselas sino para levantarme del suelo. En este entretanto los doce pescadores que habian venido en guarda de Sulpicia, andaban entre la demas gente buscando á sus com-

pañeros, abrazándose unos á otros, y llenos de contento y regocijo se contaban sus buenas y malas suertes; los del mar exâgeraban su hielo, y los de la tierra sus riquezas: á mí, decia el uno, me ha dado Sulpicia esta cadena de oro: á mí, decia otro, esta joya que vale por dos de esas cadenas: á mí, replicaba éste, me dió tanto dinero: y aquel repetia, mas me ha dado á mí en este solo anillo de diamantes, que á todos vosotros juntos.

A todas estas pláticas puso silencio un gran rumor que se levantó entre la gente, causado del que hacia un poderosisimo caballo bárbaro, á quien dos valientes lacayos traian del freno, sin poderse averiguar con él; era de color morcillo, pintado todo de moscas blancas, que sobre manera le hacian hermoso: venia en pelo, porque no consentia ensillarse sino del mismo Rey; pero no le guardaba este respeto despues de puesto encima, no siendo bastantes á detenerle mil montes de embarazos que ante él

se pusieran, de lo que el Rey estaba tan pesaroso, que diera una ciudad á quien sus malos siniestros le quitára. Todo esto me contó el Rey breve y sucintamente, y yo me resolví con mayor brevedad á hacer lo que agora os diré. Aquí llegaba Periandro con su plática, quando á un lado de la peña donde estaban recogidos los del navio, oyó Arnaldo un ruido como de pasos de personas, que hácia ellos se encaminaban: levantóse en pie, puso mano á su espada, y con esforzado denuedo estuvo esperando el suceso. Calló asimismo Periandro, y las mugeres con miedo, y los varones con ánimo, especialmente Periandro, atendian lo que sería. Y á la escasa luz de la luna, que cubierta de nubes no dexaba verse, vieron que hacia ellos venian dos bultos que no pudieran diferenciar lo que eran, si uno de ellos con voz clara no dixera: no os alborote, señores, quien quiera que seais, nuestra improvisa llegada, pues solo venimos á serviros: esta estancia que

teneis desierta y sola la podeis mejorar si quisieredes en la nuestra que en la cima de esta montaña está puesta; luz y lumbre hallareis en ella y manjares, que si no delicados y costosos, son por lo menos necesarios y de gusto. Yo le respondí: ¿sois por ventura Renato y Eusebia, los limpios y verdaderos amantes, en quien la fama ocupa sus lenguas, diciendo el bien que en ellos se encierra? Si dixerades los desdichados: respondió el bulto, acertaredes en ello; pero en fin, nosotros somos los que decis y los que os ofrecemos con voluntad sincéra el acogimiento que puede daros nuestra estrecheza. Arnaldo fue de parecer que se tomase el consejo que se les ofrecia, pues el rigor del tiempo que amenazaba les obligaba á ello.

Levantaronse todos, y siguiendo á Renato y á Eusebia, que les sirvieron de guias, llegaron á la cumbre de una montañuela, donde vieron dos ermitas mas cómodas para pasar la vida en su pobreza, que

para alegrar la vista con su rico adorno. Entraron dentro, y en la que parecia algo mayor, hallaron luces que de dos lámparas procedian, con que podian distinguir los ojos, lo que dentro estaba, que era un altar con tres devotas Imágenes: la una, del Autor de la vida ya muerto y crucificado: la otra, de la Reyna de los Cielos y de la Señora de la alegria, triste y puesta al pie del que tiene los pies sobre todo el mundo: y la otra del amado discipulo que vió mas estando durmiendo, que vieron quantos ojos tiene el cielo en sus estrellas. Hincaronse de rodillas, y hecha la debida oracion con devoto respeto, les llevó Renato á una estancia que estaba junto á la ermita, á quien se entraba por una puerta que junto al altar se hacia: finalmente, pues las menudencias no piden ni sufren relaciones largas, se dexarán de contar las que allí pasaron, ansi de la pobre cena, como del estrecho regalo que solo se alargaba en la bondad de los ermitaños, de

quien se notaron los pobres vestidos, la edad que tocaba en los márgenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, donde todavia resplandecian las muestras de haber sido rara en todo estremo. Auristela, Transila y Constanza se quedaron en aquella estancia, á quien sirvieron de camas secas espadañas, con otras yerbas, mas para dar gusto al olfato, que á otro sentido alguno. Los hombres se acomodaron en la ermita, en diferentes puestos tan frios como duros, y tan duros como frios: corrió el tiempo como suele, voló la noche, y amaneció el dia claro y sereno; descubrióse la mar tan cortés y bien criada, que parecia que estaba convidando á que la gozasen, volviéndose á embarcar, y sin duda alguna se hiciera así, si el piloto de la nave no subiera á decir que no se fiasen de las muestras del tiempo, que puesto que prometian serenidad tranquila, los efectos habian de ser mas contrarios. Salió con su parecer, pues todos se atuvieron á él,

que en el arte de la marineria mas sabe el mas simple marinero, que el mayor letrad del mundo: dexaron sus herbosos lechos las damas, y los varones sus duras piedras, y salieron á ver desde aquella cumbre la amenidad de la pequeña isla, que solo podia boxar hasta doce millas, pero tan llena de árboles frutiferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las yerbas verdes, y tan olorosa por las flores, que en un igual grado y á un mismo tiempo podia satisfacer á todos cinco sentidos.

Pocas horas se habia entrado por el dia, quando los dos venerables ermitaños llamaron á sus huespedes, y tendiendo dentro de la ermita verdes y secas espadañas, formaron sobre el suelo una agradable alfombra, quizá mas vistosa que las que suelen adornar los palacios de los Reyes. Luego tendieron sobre ella diversidad de frutas, así verdes como secas, y pan no tan reciente, que no semejase vizcocho; coronando la mesa asimismo de va-

sos de corcho, con maestria labrados, de frios y líquidos cristales llenos: el adorno, las frutas, las puras y limpias aguas, que á pesar de la parda color de los corchos, mostraban su claridad, y la necesidad juntamente obligó á todos y aun les forzó por mejor decir, á que al rededor de la mesa se sentasen: hicieronlo así, y despues de la tan breve como sabrosa comida, Arnaldo suplicó á Renato, que les contase su historia, y la causa que á la estrecheza de tan pobre vida le habia conducido, el qual como era caballero, á quien es anexa siempre la cortesia, sin que segunda vez se lo pidiesen, de esta manera comenzó el cuento de su verdadera historia.

CAPÍTULO XX.

CUENTA RENATO LA OCASION QUE TUVO PARA IRSE Á LA ISLA DE LAS ERMITAS.

Quando los trabajos pasados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos, que fue el pesar que se recibió en sufrirlos; esto no podré decir de los mios, pues no los cuento fuera de la borrasca, sino en mitad de la tormenta. Nací en Francia, engendraronme padres nobles, ricos y bien intencionados; criéme en los exercicios de caballero, medí mis pensamientos con mi estado; pero con todo eso me atreví á ponerlos en la señora Eusebia, dama de la Reyna de Francia, á quien solo con los ojos la dí á entender que la adoraba, y ella, ó ya descuidada ó no advertida, ni con sus ojos, ni con su lengua me dió á entender que me entendia; y aunque el disfavor y los desdenes

suelen matar al amor en sus principios, faltándole el arrimo de la esperanza, con quien suele crecer, en mí fue al contrario, porque del silencio de Eusebia tomaba alas mi esperanza con que subir hasta el cielo de merecerla; pero la envidia ó la demasiada curiosidad de Libsomiro, Caballero ansimismo frances, no menos rico que noble, alcanzó á saber mis pensamientos, y sin ponerlos en el punto que debia, me tuvo mas envidia que lástima, habiendo de ser al contrario, porque hay dos males en el amor que llegan á todo estremo: el uno es querer y no ser querido: el otro querer y ser aborrecido, y á este mal no se iguala el de la ausencia, ni el de los zelos. En resolucion, sin haber yo ofendido á Libsomiro, un dia se fue al Rey y le dixo, como yo tenia trato ilicito con Eusebia, en ofensa de la Magestad Real, y contra la ley que debia guardar como caballero, cuya verdad la acreditaria con sus armas, porque no queria que la

mostrase la pluma, ni otros testigos por no turbar la decencia de Eusebia, á quien una y mil veces acusaba de impúdica y mal intencionada. Con esta informacion alborotado el Rey, me mandó llamar, y me contó lo que Libsomiro de mí le habia contado: disculpé mi inocencia, volví por la honra de Eusebia, y por el mas comedido medio que pude desmentí á mi enemigo, remitióse la prueba á las armas, no quiso el Rey darnos campo en ninguna tierra de su Reyno, por no oir contra la ley Católica que lo prohibe; diónosle una de las ciudades libres de Alemania; llegóse el dia de la batalla, pareció en el puesto con las armas que se habian señalado, que eran espada y rodela sin otro artificio alguno: hicieron los padrinos y los jueces las ceremonias que en tales casos se acostumbran, partiéronnos el sol, y dexáronnos.

Entré yo confiado y animoso, por saber indubitablemente que llevaba la razon conmigo y la verdad

de mi parte : de mi contrario bien sé yo que entró animoso y mas soberbio y arrogante, que seguro de su conciencia : ¡ó soberanos cielos! ¡ó juicios de Dios inescrutables! yo hice lo que pude, yo puse mis esperanzas en Dios y en la limpieza de mis no executados deseos; sobre mí no tuvo poder el miedo, ni la debilidad de los brazos, ni la puntualidad de los movimientos, y con todo eso, y no saber decir, el cómo me hallé tendido en el suelo, y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amenazándome de presta y inevitable muerte : aprieta, dixe yo entonces, ó mas venturoso que valiente vencedor mio, esa punta de esa espada, y sácame el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo; no esperes á que me rinda, que no ha de confesar mi lengua la culpa que no tengo : pecados sí tengo yo que merecen mayores castigos, pero no quiero añadirles este de levantarme testimonio á mi mismo : y así, mas quiero morir con honra, que vivir

deshonrado. Si no te rindes, Renato, respondió mi contrario, esta punta llegará hasta el celebro, y hará que con tu sangre firmes y confirmes mi verdad y tu pecado: llegaron en esto los jueces, y tomáronme por muerto, y dieron á mi enemigo lauro de la victoria: sacáronle del campo en hombros de sus amigos, y á mí me dexaron solo en poder del quebranto y la confusion, con mas tristeza que heridas, y no con tanto dolor como yo pensaba, pues no fue bastante á quitarme la vida, ya que no me la quitó la espada de mi enemigo: recogiéronme mis criados, volvíme á la patria; ni en el camino, ni en ella tenia atrevimiento para alzar los ojos al cielo, que me parecia que sobre sus párpados cargaba el peso de la deshonra y la pesadumbre de la infamia: de los amigos que me hablaban, pensaba que me ofendian: el claro cielo para mí estaba cubierto de obscuras tinieblas: ni un corrillo acaso se hacia en las calles de los vecinos del pueblo, de

quien no pensase que sus pláticas no naciesen de mi deshonra: finalmente yo me hallé tan apretado de mis melancolias, pensamientos y confusas imaginaciones, que por salir de ellas, ó á lo menos aliviarlas, ó acabar con la vida, determiné salir de mi patria, y renunciando mi hacienda en otro hermano menor que tengo, en un navío con algunos de mis criados quise desterrarme, y venir á estas Septentrionales partes á buscar lugar donde no me alcanzase la infamia de mi infame vencimiento, y donde el silencio sepultase mi nombre; hallé esta isla acaso, contentóme el sitio, y con el ayuda de mis criados levanté esta ermita, y encerreme en ella, despedílos, díles órden que cada un año viniesen á verme, para que enterrasen mis huesos: el amor que me tenian, las promesas que les hice, y los dones que les dí, les obligaron á cumplir mis ruegos, que no los quiero llamar mandamientos: fuéronse y dexáronme entregado á mi soledad,

donde hallé tan buena compañía en estos árboles, en estas yerbas y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos y frescos arroyuelos, que de nuevo me tuve lástima á mí mismo, de no haber sido vencido en muchos tiempos antes, pues con aquel trabajo hubiera venido antes al descanso de gozallos. ¡O soledad alegre, compañía de los tristes! ¡O silencio, voz agradable á los oidos donde llegas, sin que la adulacion, ni la lisonja te acompañen! O que de cosas dixera, señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio; pero estórbamelo el deciros primero como dentro de un año volvieron mis criados, y traxeron consigo á mi adorada Eusebia, que es esta señora ermitaña que veis presente, á quien mis criados dixeron en el término que yo quedaba, y ella agradecida á mis deseos, y condolida de mi infamia, quiso, ya que no en la culpa, serme compañera en la pena, y embarcándose con ellos, dexó su patria y padres, sus re-

galos y sus riquezas, y lo mas que dexó, fue la honra, pues la dexó al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado, pues con su huida confirmaba su yerro y el mio; recibíla como ella esperaba que yo la recibiese, y la soledad y la hermosura que habian de encender nuestros comenzados deseos, hicieron el efecto contrario, merced al cielo y á la honestidad suya, dímonos las manos de legítimos esposos, enterramos el fuego en la nieve, y en paz y en amor, como dos estatuas movibles, ha que vivimos en este lugar casi diez años, en los quales no se ha pasado ninguno en que mis criados no vuelvan á verme, proveyéndome de algunas cosas que en esta soledad es forzoso que me falten, traen alguna vez consigo algun religioso que nos confiese: tenemos en la ermita suficientes ornamentos para celebrar los divinos Oficios; dormimos aparte, comemos juntos, hablamos del cielo, menospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de

Dios, esperamos la vida eterna.

Con esto dió fin á su plática Renato, y con esto dió ocasion á que todos los circunstantes se admirasen de su suceso, no porque les pareciese nuevo dar castigos al cielo contra la esperanza de los pensamientos humanos, pues se sabe que por una de dos causas vienen los que parecen males á las gentes; á los malos por castigo, y á los buenos por mejora, y en el número de los buenos pusieron á Renato, con el qual gastaron algunas palabras de consuelo, y ni mas ni menos con Eusebia que se mostró prudente en los agradecimientos, y consolada en su estado. ¡O vida solitaria! dixo á esta sazon Rutilio, que sepultado en silencio habia estado escuchando la historia de Renato. ¡O vida solitaria, dixo, santa, libre y segura que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones, quién te amára, quién te abrazára, quién te escogiera, y quién finalmente te gozára. ¡Ah! dices bien, dixo Mauricio, amigo Ruti-

lio, pero esas consideraciones han de caer sobre grandes sugetos: porque no nos ha de causar maravilla, que un rústico pastor se retire á la soledad del campo, ni nos ha de admirar que un pobre que en la ciudad muere de hambre, se recoja á la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos hay de vivir que los sustenta la ociosidad y la pereza, y no es pequeña pereza dexar yo el remedio de mis trabajos en las agenas aunque misericordiosas manos. Si yo viera á un Anibal Cartaginés encerrado en una ermita, como ví á un Carlos V. encerrado en un Monasterio, suspendiérame, y admirarme; pero que se retire un plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira ni me suspende: fuera va de este cuento Renato, que le traxeron á estas soledades, no la pobreza, sino la fuerza que nació de su buen discurso: aquí tiene en la carestía abundancia, y en la soledad compañía, y el no tener mas que perder le hace vivir mas seguro, á lo

que añadió Periandro: si como tengo pocos, tuviera muchos años, en trances y ocasiones me ha puesto mi fortuna, que tuviera por suma felicidad que la soledad me acompañára, y en la sepultura del silencio se sepultára mi nombre; pero no me dexan resolver mis deseos, ni mudar de vida la priesa que me da el caballo de Cratilo en quien quedé de mi historia: todos se alegraron oyendo esto, por ver que queria Periandro volver á sus tantas veces comenzado y no acabado cuento, que fue así.

CAPÍTULO XXI.

CUENTA LO QUE LE SUCEDIÓ CON EL CABALLO TAN ESTIMADO DE CRATILO COMO FAMOSO.

La grandeza, la ferocidad y la hermosura del caballo que os he descrito, tenian tan enamorado á Cratilo, y tan deseoso de verle manso, como á mí de mostrar que deseaba servirle; pareciéndome que

el cielo me presentaba ocasion para hacerme agradable á los ojos de quien por señor tenia, y á poder acreditar con algo las alabanzas que la hermosa Sulpicia de mí al Rey habia dicho; y así no tan maduro como presuroso fuí donde estaba el caballo y subí en él sin poner el pie en el estrivo, pues no le tenia, y arremetí con el, sin que el freno fuese parte para detenerle, y llegué á la punta de una peña, que sobre la mar pendia, y apretándole de nuevo las piernas, con tal mal grado suyo, como gusto mio, le hice volar por el ayre, y dar con entrambos en la profundidad del mar, y en la mitad del vuelo me acordé que pues el mar estaba elado, me habia de hacer pedazos con el golpe, y tuve mi muerte y la suya por cierta; pero no fue así, porque el cielo, que para otras cosas que él sabe, me debe de tener guardado, hizo que las piernas y brazos del poderoso caballo resistiesen el golpe, sin recibir yo otro daño, que haberme sacudido de sí

el caballo, y echado á rodar, resbalando por gran espacio. Ninguno hubo en la ribera que no pensase y creyese que yo quedaba muerto; pero quando me vieron levantar en pie, aunque tuvieron el suceso á milagro, juzgaron á locura mi atrevimiento. Duro se le hizo á Mauricio el terrible salto del caballo tan sin lesion, que quisiera él, por lo menos que se hubiera quebrado tres ó quatro piernas, porque no dexara Periandro tan á la cortesía de los que le escuchaban la creencia de tan desaforado salto; pero el crédito que todos tenian de Periandro, les hizo no pasar adelante con la duda del no creerle, que así como es pena del mentiroso, que quando diga verdad no se le crea, así es gloria del bien acreditado el ser creido quando diga mentira; y como no pudieron estorvar los pensamientos de Mauricio la plática de Periandro, prosiguió la suya diciendo: Volví á la ribera con el caballo, volví asimismo á subir en él, y por los mis-

mos pasos que primero, le incité á saltar segunda vez, pero no fue posible, porque puesto en la punta de la levantada peña, hizo tanta fuerza por no arrojarse, que puso las ancas en el suelo, y rompió las riendas, quedándose clavado en la tierra: cubrióse luego de un sudor de pies á cabeza tan lleno de miedo, que le volvió de leon en cordero, y de animal indomable en generoso caballo; de manera, que los muchachos se atrevieron á manosearle, y los caballerizos del Rey enjaezándole subieron en él, y le corrieron á mas seguridad, y él mostró su ligereza y su bondad hasta entonces jamas vista, de lo que el Rey quedó contentísimo, y Sulpicia alegre, por ver que mis obras habian respondido á sus palabras.

Tres meses estuvo en su rigor el hielo, y estos se tardaron en acabar un navío, que el Rey tenia comenzado para correr en convenible tiempo aquellos mares, limpiándolos de corsarios, enriqueciéndose con sus robos. En este entretan-

to le hice algunos servicios en la caza, donde me mostré sagaz y experimentado, y gran sufridor de trabajos: porque ningun exercicio corresponde, así al de la guerra, como el de la caza, á quien es anexo el cansancio, la sed y la hambre y aun á veces la muerte: la liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostró conmigo y con los mios estremada; y la cortesía de Cratilo le corrió parejas: los doce pescadores que traxo consigo Sulpicia estaban ya ricos, y los que conmigo se perdieron estaban ganados: acabóse el navío, mandó el Rey aderezarle y pertrecharle de todas las cosas necesarias largamente, y luego me hizo Capitan de él á toda mi voluntad, sin obligarme á que hiciese cosa mas de aquella que fuese de mi gusto; y despues de haberle besado las manos por tan gran beneficio, le dixe que me diese licencia de ir á buscar á mi hermana Auristela, de quien tenia noticia que estaba en poder del Rey de Dinamarca: Cratilo me la dió

para todo aquello que quisiese hacer, diciéndome, que á mas le tenia obligado mi buen término, hablando como Rey, á quien es anexo, tanto el hacer mercedes, como la afabilidad; y si se puede decir la buena crianza, ésta tuvo Sulpicia en todo estremo acompañándola con la liberalidad, con la qual ricos y contentos, yo y los mios nos embarcamos, sin que quedase ninguno. La primer derrota que tomamos fue á Dinamarca, donde creí hallar á mi hermana, y lo que hallé, fueron nuevas de que de la ribera del mar á ella y otras doncellas las habian robado corsarios: renováronse mis trabajos, y comenzaron de nuevo mis lástimas, á quien acompañaron las de Carino y Solercio, los quales creyeron que en la desgracia de mi hermana y en su prision, se debia de comprehender la de sus esposas. Sospecharon bien, dixo á esta sazon Arnaldo, y prosiguiendo Periandro dixo: barrimos todos los mares, rodeamos todas ó las mas islas de

estos contornos, preguntando siempre por nuevas de mi hermana, pareciéndome á mí, con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo, que la luz de su rostro no podia estar encubierta, por ser escuro el lugar donde estuviese, y que la suma discrecion suya habia de ser el hilo que la sacase de qualquier laberinto: prendimos corsarios, soltamos prisioneros, restituimos haciendas á sus dueños, alzámonos con las mal ganadas de otros, y con esto colmando nuestro navío de mil diferentes bienes de fortuna, quisieron los mios volver á sus redes, y á sus casas y á los brazos de sus hijos, imaginando Carino y Solercio ser posible hallar á sus esposas en su tierra, ya que en las agenas no las hallaban. Antes de esto llegamos á aquella isla, que á lo que creo, se llama Scinta, donde supimos las fiestas de Policarpo, y á todos nos vino voluntad de hallarnos en ellas: no pudo llegar nuestra nave, por ser el viento contrario: y así en trage de mari-

neros bogadores nos entramos en aquel barco luengo, como ya queda dicho, allí gané los premios, allí fuí coronado por vencedor de todas las contiendas, y de allí tomó ocasion Sinforosa de desear saber quien yo era, como se vió por las diligencias que para ello hizo.

Vuelto al navío, y resueltos los mios de dexarme, los rogué que me dexasen el barco, como en premio de los trabajos que con ellos habia pasado; dexáronmele, y aun me dexáran el navio, si yo le quisiera, diciéndome, que si me dexaban solo, no era otra la ocasion, sino porque les parecia ser solo mi deseo, y tan imposible de alcanzarle, como le habia mostrado la experiencia en las diligencias que habiamos hecho para conseguirle; en resolucion, con seis pescadores que quisieron seguirme, llevados del premio que les dí y del que los ofrecí, abrazando á mis amigos, me embarqué, y puse la proa en la isla Bárbara, de cuyos moradores sabia ya la costumbre y la falsa profecía que los

tenia engañados, la qual no os refiero, porque sé que la sabeis; dí al traves en aquella isla, fuí preso y llevado donde estaban los vivos enterrados, sacáronme otro dia para ser sacrificado, sucedió la tormenta del mar, desbarataronse los leños que servian de barcas, salí al mar ancho en un pedazo de ellas con cadenas que me rodeaban el cuello y esposas que me ataban las manos; caí en las misericordiosas del Príncipe Arnaldo que está presente, por cuya órden entré en la isla, para ser espia que investigase si estaba en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuese hermano de Auristela, la qual otro dia vino en trage de varon á ser sacrificada, conocíla, dolióme su dolor, previne su muerte con decir que era hembra, como ya lo habia dicho Cloelia su ama, que la acompañaba; y el modo como allí las dos vinieron, ella lo dirá quando quisiere: lo que en la isla nos sucedió, ya lo sabeis, y con esto y con lo que á mi hermana

le queda por decir, quedareis satisfechos de casi todo aquello que acertáre á pediros el deseo en la certeza de nuestros sucesos.

CAPÍTULO XXII.

No sé si tenga por cierto, de manera que ose afirmar que Mauricio y algunos de los mas oyentes se holgaron de que Periandro pusiese fin en su plática, porque las mas veces las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle con comenzar por entonces la historia de sus acontecimientos, que puesto que habian sido pocos desde que fue robada del poder de Arnaldo, hasta que Periandro la halló en la isla Bárbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura, ni aunque quisiera tuviera lugar para hacerlo, porque se lo estorbára una nave que vieron venir por alta mar encaminada á la isla, con todas las velas

tendidas, de modo, que en breve rato llegó á una de las calas de la isla, y luego fue de Renato conocida, el qual dixo: esta es, señores, la nave donde mis criados y mis amigos suelen visitarme algunas veces; ya en esto hecha la zalema, y arrojado el esquife al agua, se llenó de gente, que salió á la ribera, donde ya estaban para recibirle Renato y todos los que con él estaban: hasta veinte serian los desembarcados, entre los quales salió uno de gentil presencia, que mostró ser señor de todos los demas, el qual, apenas vió á Renato, quando con los brazos abiertos se vino á él, diciéndole: abrazame, hermano, en albricias de que te traygo las mejores nuevas que pudieras desear; abrazóle Renato, porque conoció ser su hermano Sinibaldo, á quien dixo: ningunas nuevas me pueden ser mas agradables, ó hermano mio, que ver tu presencia, que puesto que en el siniestro estado en que me veo, ninguna alegria seria bien que

me alegráse, el verte pasa adelante, y tiene excepcion en la comun regla de mis desgracias. Sinibaldo se volvió luego á abrazar á Eusebia, y la dixo: dadme tambien vos los brazos, señora, que tambien me debeis las albricias de las nuevas que traigo, las quales no será bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra pena: sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de una enfermedad, que habiendo estado seis dias, antes que muriese, sin habla, se la dió el cielo seis horas antes que despidiese el alma, en el qual espacio con muestras de un grande arrepentimiento confesó la culpa en que habia caido, de haberos acusado falsamente; confesó su envidia, declaró su malicia, y finalmente hizo todas las demonstraciones bastantes á manifestar su pecado; puso en los secretos juicios de Dios el haber salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra, y no solo se contentó con decirlo, sino que quiso quedáse por instrumen-

to público esta verdad; la qual sabida por el Rey, tambien por público instrumento os volvió vuestra honra y os declaró, á tí, ó hermano, por vencedor, y á Eusebia por honesta y limpia, y ordenó que fuesedes buscados, y que hallados, os llevasen á su presencia, para recompensaros con su magnanimidad y grandeza las estrechezas en que os debeis de haber visto. Si estas son nuevas dignas de que os den gusto, á vuestra buena consideracion lo dexo. Son tales, dixo entonces Arnaldo, que no hay acrecentamiento de vida que las aventaje, ni posesion de no esperadas riquezas que las lleguen, porque la honra perdida y vuelta á cobrar con estremo, no tiene bien alguno la tierra que se le iguale: goceisle luengos años, señor Renato, y gócele en vuestra compañía la sin par Eusebia, yedra de vuestro muro, olmo de vuestra yedra, espejo de vuestro gusto, y exemplo de bondad y agradecimiento.

Este mismo parabien, aunque

con palabras diferentes, les dieron todos; y luego pasaron á preguntarle por nuevas de lo que en Europa pasaba, y en otras partes de la tierra, de quien ellos, por andar en el mar, tenian poca noticia. Sinibaldo respondió, que de lo que mas se trataba, era de la calamidad en que estaba puesto, por el Rey de los Danaos, Leopoldo, el Rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados, que á Leopoldo favorecian: contó asímismo, como se murmuraba, que por la ausencia de Arnaldo, Príncipe heredero de Dinamarca, estaba su padre tan á pique de perderse, del qual Príncipe decian, que qual mariposa se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera, tan no conocida por linage, que no se sabia quien fuesen sus padres: contó con esto guerras del de Transilvania, movimientos del Turco, enemigo comun del género humano, dió nuevas de la gloriosa muerte de Cárlos V. Rey de España y Emperador Romano, terror de los

enemigos de la Iglesia y asombro de los sequaces de Mahoma : dixo asimismo otras cosas mas menudas, que unas alegraron y otras suspendieron, y las unas y las otras dieron gusto á todos, sino fue al pensativo Arnaldo, que desde el punto que oyó la opresion de su padre, puso los ojos en el suelo y la mano en la mexilla, y al cabo de un buen espacio que así estuvo, quitó los ojos de la tierra, y poniéndolos en el cielo, exclamando en voz alta, dixo: ¡Oh amor, oh honra, oh compasion paterna, y como me apretais el alma! perdoname, amor, que no porque me aparto, te dexo; esperame, oh honra, que no porque tenga amor, dexaré de seguirte; consuelate, oh padre, que ya vuelvo; esperadme, vasallos, que el amor nunca hizo ningun cobarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor y el mas bien enamorado del mundo; para la sin par Auristela quiero ir á ganar lo que es mio, y para poder merecer, por ser Rey, lo

que no merezco por ser amante, que el amante pobre, si la ventura á manos llenas no le favorece, casi no es posible que llegue á felice fin su deseo; Rey la quiero pretender, Rey la he de servir, amante la he de adorar; y si con todo esto no la pudiere merecer, culparé mas á mi suerte, que á su conocimiento.

Todos los circunstantes quedaron suspensos oyendo las razones de Arnaldo; pero el que mas lo quedó de todos fue Sinibaldo, á quien Mauricio habia dicho, como aquel era el Príncipe de Dinamarca, y aquella, mostrándole á Auristela, la prisionera que decian que le traia rendido; puso algo mas de propósito los ojos en Auristela Sinibaldo, y luego juzgó á discrecion la que en Arnaldo parecia locura, porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal que cautivaba los corazones de quantos la miraban, y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicie-

ran. Es pues el caso, que aquel mismo dia se concertó, que Renato y Eusebia se volviesen á Francia, llevando en su navio á Arnaldo para dexalle en su Reyno; el qual quiso llevar consigo á Mauricio y á Transila su hija, y á Ladislao su yerno; y que en el navio de la huida, prosiguiendo su viage, fuesen á España Periandro, los dos Antonios, Auristela, Ricla y la hermosa Constanza; Rutilio viendo este repartimiento, estuvo esperando á qué parte le echarian, pero antes que la declarasen, puestó de rodillas ante Renato, le suplicó le hiciese heredero de sus alajas, y le dexase en aquella isla, siquiera para que no faltase en ella quien encendiese el farol que guiase á los perdidos navegantes, porque él queria acabar bien la vida, hasta entonces mala: reforzaron todos su christiana peticion, y el buen Renato, que era tan christiano como liberal le concedió todo quanto pedia, diciéndole, que quisiera que fueran de importancia

las cosas que le dexaba, puesto que eran todas las necesarias para cultivar la tierra y pasar la vida humana: á lo que añadió Arnaldo, que él le prometia, si se viese pacífico en su Reyno, de enviarle cada un año un baxel que le socorriese: á todos hizo señales de besar los pies Rutilio, y todos le abrazaron, y los mas de ellos lloraron de ver la santa resolucion del nuevo ermitaño, que aunque la nuestra no se enmiende, siempre da gusto ver enmendar la agena vida, sino es que llega á tanto la protervidad nuestra, que querriamos ser el abismo que á otros abismos llamase. Dos dias tardaron en disponerse y acomodarse para seguir cada uno su viage, y al punto de la partida hubo corteses comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro y Auristela, y aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro; lloró Transila, no tuvo enjutos los

ojos Mauricio, ni lo estuvieron los de Ladislao; gimió Ricla, enterneciose Constanza, y su padre y su hermano tambien se mostraron tiernos; andaba Rutilio de unos en otros, ya vestido con los hábitos de ermitaño de Renato, despidiendose de estos y de aquellos; mezclando sollozos y lagrimas todo á un tiempo; finalmente, convidándoles el sosegado tiempo y un viento que podia servir á diferentes viages, se embarcaron, y le dieron las velas, y Rutilio mil bendiciones, puesto en lo alto de las ermitas. Y aquí dió fin á este segundo libro el autor de esta peregrina historia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS.

LIBRO PRIMERO.

Cap. I. *Sacan á Periandro de prision: echanle al mar en una balsa: corre tormenta, y es socorrido de un navio.* Pag. 1

Cap. II. *Dase noticia de quien es el Capitan del navio, &c.* 10

Cap. III. *Vende Arnaldo á Periandro en trage de muger.* 24

Cap. IV. *Traen á Auristela de la prision á sacrificarla, &c.* 30

Cap. V. *De la cuenta que dió de sí el Bárbaro Español á sus nuevos huespedes.* 45

Cap. VI. *Donde el Bárbaro Español prosigue su historia.* 60

Cap. VII.. *Navegan desde la isla bárbara á otra isla.* 77

Cap. VIII. *Donde Rutilio dá cuenta de su vida.* 82

Cap. IX. *Donde Rutilio prosigue la historia de su vida.* 93

Cap. X. *De lo que contó el enamorado Portugués.* 102

Cap. XI. *Llegan á otra isla y hallan buen acogimiento.* 113
Cap. XII. *Donde se cuenta de qué parte, y quien eran los que venian en el navio.* 121
Cap. XIII. *Donde Transila prosigue la historia á la que su padre dió principio.* 132
Cap. XIV. *Donde se declara quien eran los que tan aberrojados venian.* 139
Cap. XV. 149
Cap. XVI. *Determinan todos salir de la Isla.* 153
Cap. XVII. *Dá cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa.* 161
Cap. XVIII. *Donde Mauricio sabe por la Astrología un mal suceso que les avino en el mar.* 165
Cap. XIX. *De lo que dos soldados hicieron: y la division de Periandro y Auristela.* 184
Cap. XX. *De un notable caso que sucedió en la isla Nevada.* 195
Cap. XXI. 204
Cap. XXII. *Donde el Capitan dá cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba á hacer*

en su reyno el Rey Policarpo. 208
Cap. XXIII. *De lo que sucedió á la zelosa Auristela quando supo que su hermano Periandro era el que habia ganado los premios del certamen.* 220

LIBRO SEGUNDO.

Cap. I. *Donde se cuenta como el navío se volcó con todos los que dentro de él iban.* 229
Cap. II. *Donde se cuenta un estraño suceso.* 235
Cap. III. *Sinforosa cuenta sus amores á Auristela.* 249
Cap. IV. *Prosigue la historia y amores de Sinforosa.* 260
Cap. V. *De lo que pasó entre el Rey y su hija Sinforosa.* 268
Cap. VI. *Declara Sinforosa á Auristela los amores de su padre.* 283
Cap. VII. 292
Cap. VIII. 303
Cap. IX. *Dá Clodio el papel á Auristela: Antonio el Barbaro le mata por yerro.* 315

Cap. X. *De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo.* 325
Cap. XI. *Cuenta Periando el suceso de su viage.* 333
Cap. XII. 352
Cap. XIII. *Prosigue Periandro su agradable historia, y el robo de Auristela.* 361
Cap. XIV. *Dá cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar.* 375
Cap. XV. *Refiere lo que le pasó con Sulpicia.* 390
Cap. XVI. *Prosigue Periandro sus acaecimientos.* 403
Cap. XVII. *Prosigue Periandro su historia.* 413
Cap. XVIII. 421
Cap. XIX. 433
Cap. XX. *Cuenta Renato la ocasion que tuvo para irse á la isla de las Ermitas.* 448
Cap. XXI. *Cuenta lo que le sucedió con el caballo tan estimado de Cratilo, como famoso.* 459
Cap. XXII. 468

FIN.



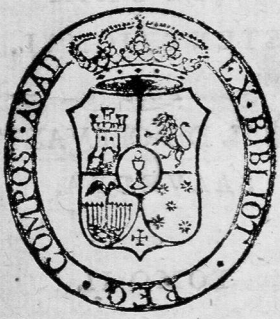
TRABAJOS
DE
PERSILES
Y
SIGISMUNDA.
HISTORIA
SETENTRIONAL.

POR

MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA.

TOMO II.

MADRID.
POR D. FERMIN VILLALPANDO.
AÑO 1799.


EX·BIBLIOT·
·REG·COMPOS·ACAD·

TRABAJOS
DE
PERSILES
Y
SIGISMUNDA.

LIBRO TERCERO
DE LA HISTORIA.

CAPÍTULO I.

Como estan nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar ni sosegar sino en su centro, que es Dios, para quien fueron criadas, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden, que éste se tome, aquel se dexe,

uno se prosiga, y otro se olvide; y el que mas cerca anduviere de su sosiego, ese será el mejor, quando no se mezcle con errror de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la ligereza que mostró Arnaldo en dexar en un punto el deseo que tanto tiempo habia mostrado de servir á Auristela; pero no se puede decir que le dexó, sino que le entretuvo, en tanto que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderó de su alma, el qual deseo se le declaró Arnaldo á Periandro una noche antes de la partida, hablándole aparte en la isla de las ermitas: allí le suplicó (que quien pide lo que ha menester no ruega, sino suplica) que mirase por su hermana Auristela, y que la guardase para Reyna de Dinamarca, y que aunque la ventura no se le mostrase á él buena en cobrar su reyno, y en tan justa demanda perdiese la vida, se estimase Auristela por viuda de un Príncipe, y como tal

supiese escoger esposo, puesto que ya él sabia, y muchas veces lo habia dicho, que por sí sola sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecia ser señora del mayor reyno del mundo, que no del de Dinamarca: Periandro le respondió, que le agradecia su buen deseo, y que él tendria cuidado de mirar por ella como por cosa que tanto le tocaba, y que tan bien le venia.

Ninguna de estas razones dixo Periandro á Auristela, porque las alabanzas que se dan á la persona amada, ha las de decir el amante como propias, y no como que se dicen de persona agena. No ha de enamorar el amante con las gracias de otro, suyas han de ser las que mostrare á su dama: si no canta bien, no le traiga quien la cante: si no es demasiado gentil-hombre, no se acompañe con Ganimedes; y finalmente soy de parecer, que las faltas que tuviere no las enmiende con agenas obras. Estos

consejos no se dan á Periandro que de los bienes de la naturaleza se llevaba la gala, y en los de la fortuna era inferior á pocos. En esto iban las naves con un mismo viento por diferentes caminos, que este es uno de los que parecen misterios en el arte de la navegacion: iban rompiendo como digo, no claros cristales, sino azules; mostrabase el mar colchado, porque el viento tratándole con respeto, no se atrevia á tocarle á mas de la superficie, y la nave suavemente le besaba los labios, y se dexaba resbalar por él con tanta ligereza, que apenas parecia que le tocaba: de esta suerte y con la misma tranquilidad y sosiego navegaron diez y siete dias sin ser necesario subir ni baxar, ni llegar á templar las velas, cuya felicidad en los que navegan, si no tuviese por descuentos el temor de borrascas venideras, no habia gusto con que igualalle.

Al cabo de estos, ó pocos mas

dias al amanecer de uno dixo un grumete, que desde la gavia mayor iba descubriendo la tierra: albricias, señores, albricias pido, y albricias merezco, tierra, tierra, aunque mejor diria, cielo, cielo, porque sin duda estamos en el parage de la famosa Lisboa, cuyas nuevas sacaron de los ojos de todos tiernas y alegres lágrimas, especialmente de Ricla, de los dos Antonios, y de su hija Constanza: porque les pareció que ya habian llegado á la tierra de Promision, que tanto deseaban: echóle los brazos Antonio al cuello, diciéndole: agora sabras, Bárbara mia, del modo que has de servir á Dios con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente de la que yo te he hecho: agora veras los ricos templos en que es adorado: veras juntamente las católicas ceremonias con que se sirve, y notarás como la caridad christiana está en su punto: aqui en esta ciudad verás como son verdugos de la enfermedad muchos

hospitales que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo: aquí el amor y la honestidad se dan las manos y se pasean juntos; la cortesia no dexa que se le llegue la arrogancia; y la braveza no consiente que se le acerque la cobardia: todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales, y son enamorados, porque son discretos; la ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos: en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el universo: su puerto es capaz no solo de naves que se puedan reducir á número, sino de selvas movibles de árboles que los de las naves forman; la hermosura de las mugeres admira y enamora; la bizarria de los hombres pasma, como ellos dicen: finalmente esta es la tierra que da al cielo, santo y copiosisimo tributo. No digas mas, dixo á esta sazon Periandro: dexa, Antonio,

algo para nuestros ojos, que las alabanzas no lo han de decir todo, algo ha de quedar para la vista para que con ella nos admiremos de nuevo: y así creciendo el gusto por puntos, vendrá á ser mayor en sus estremos.

Contentisima estaba Auristela de ver que se le acercaba la hora de poner pie en tierra firme, sin andar de puerto en puerto, y de isla en isla sujeta á la inconstancia del mar y á la movible voluntad de los vientos, y mas quando supo que desde allí á Roma podia ir á pie enjuto sin embarcarse otra vez, si no quisiese. Medio dia seria quando llegaron á Sangian, donde se registró el navio, y donde el castellano del castillo y los que con él entraron en la nave, se admiraron de la hermosura de Auristela, la gallardia de Periandro, del trage barbaro de los dos Antonios, del buen aspecto de Ricla y de la agradable belleza de Constanza: supieron ser estrangeros, y que iban

peregrinando á Roma: satisfizo Periandro á los marineros que los habian traido magnificamente, con el oro que sacó Ricla de la isla bárbara, ya vuelto en moneda corriente en la isla de Policarpo; los marineros quisieron llegar á Lisboa á grangearlo con alguna mercancia; el Castellano de Sangian envió al Gobernador de Lisboa, que entonces era el Arzobispo de Braga, por ausencia del Rey, que no estaba en la ciudad, la nueva de la venida de los estrangeros, y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constanza, que con el trage de bárbara no solamente no la encubria, pero la realzaba; exâgeróle asimismo la gallarda disposicion de Periandro, y juntamente la discrecion de todos, que no bárbaros, sino cortesanos parecian: llegó el navio á la ribera de la ciudad, y en la de Belen desembarcaron, porque quiso Auristela enamorada y devota de la fama de aquel santo Monasterio, visitarle

primero, y adorar en él al verdadero Dios, libre y desembarazadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Habia salido á la marina infinita gente á ver los estrangeros desembarcados en Belen, corrieron allá todos por ver la novedad que siempre se lleva tras sí los deseos y los ojos.

Ya salia de Belen el nuevo esquadron de la nueva hermosura; Ricla medianamente hermosa, pero estremadamente á lo bárbaro vestida; Constanza hermosisima y rodeada de pieles: Antonio el padre, brazos y piernas desnudas, pero con pieles de lobos cubierto lo demas del cuerpo; Antonio el hijo iba del mismo modo, pero con el arco en la mano, y la aljaba de las saetas á las espaldas; Periandro con casaca de terciopelo verde, y calzones de lo mismo á lo marinero, un bonete estrecho y puntiagudo en la cabeza, que no le podia cubrir las sortijas de oro que sus cabellos formaban; Auristela traia toda la

gala del Septentrion en el vestido, la mas bizarra gallardia en el cuerpo, y la mayor hermosura del mundo en el rostro; en efecto todos juntos y cada uno de por sí, causaban espanto y maravilla á quien los miraba; pero sobre todos campeaba la sin par Auristela y el gallardo Periandro; llegaron por tierra á Lisboa, rodeados de plebeya y cortesana gente: llevaronlos al Gobernador, que despues de admirado de verlos no se cansaba de preguntarles, ¿quienes eran, de dónde venian, y á dónde iban? A lo que respondió Periandro, que ya traia estudiada la respuesta que habia de dar á semejantes preguntas, viendo que se le habian de hacer muchas veces; y así quando queria ó le parecia que le convenia, relataba su historia á lo largo, encubriendo siempre sus padres, de modo que satisfaciendo á los que le preguntaban, en breves razones cifraba, si no toda, á lo menos gran parte de su historia. Mandólos el

Visorrey alojar en uno de los mejores alojamientos de la ciudad, que acertó á ser la casa de un magnífico Caballero Portugues, donde era tanta la gente que concurria para ver á Auristela, de quien solo habia salido la fama de lo que habia que ver en todos, que fue parecer de Periandro, mudasen los trages de bárbaros en los de peregrinos, porque la novedad de los que traian, era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecian perseguidos del vulgo, ademas que para el viage que ellos llevaban de Roma, ninguno les venia mas á cuento: hizose así, y de allí á dos dias se vieron peregrinamente peregrinos. Acaeció pues, que al salir un dia de casa, un hombre Portugues se arrojo á los pies de Periandro, llamándole por su nombre, y abrazándole por las piernas le dixo: ¿Qué ventura es esta, señor Periandro, que la des á esta tierra con tu presencia? no te admires en ver que te nombro por tu

nombre, que uno soy de aquellos veinte que cobraron libertad en la abrasada isla bárbara, donde tú la tenías perdida; halléme á la muerte de Manuel de Sousa Coutiño, el Caballero Portugues; apartéme de tí y de los tuyos en el hospedage donde llegó Mauricio y Ladislao en busca de Transila, esposa del uno y hija del otro; tráxome la buena suerte á mi patria, conté aquí á sus parientes la enamorada muerte, creyéronla, y aunque yo no se la afirmára de vista, la creyeran, por tener casi en costumbre el morir de amores los Portugueses; un hermano suyo que heredó su hacienda, ha hecho sus exêquias, y en una capilla de su linage le puso en una piedra de mármol blanco, como si debaxo de ella estuviera enterrado, un epitafio que quiero que vengais á ver todos así como estais, porque creo que os ha de agradar por discreto y por gracioso. Por las palabras bien conoció Periandro, que aquel hombre de-

cia verdad, pero por el rostro no se acordaba haberle visto en su vida; con todo eso se fueron al templo que decia, y vieron la Capilla y la losa, sobre la qual estaba escrito en lengua portuguesa este epitafio, que leyó casi en castellano Antonio el padre, que decia así:

AQUÍ YACE VIVA LA MEMORIA
DEL YA MUERTO
MANUEL DE SOSA COUTIÑO,
CABALLERO PORTUGUES,
QUE Á NO SER PORTUGUES
AUN FUERA VIVO;
NO MURIÓ Á LAS MANOS
DE NINGUN CASTELLANO,
SINO Á LAS DE AMOR,
QUE TODO LO PUEDE;
PROCURA SABER SU VIDA
Y ENVIDIARÁS SU MUERTE,
PASAGERO.

Vió Periandro que habia tenido razon el Portugues de alabarle el epitafio, en el escribir de los quales tiene gran primor la nacion Por-

tuguesa. Preguntó Auristela al Portugues, ¿qué sentimiento habia hecho la monja, dama del muerto, de la muerte de su amante? el qual la respondió: que dentro de pocos dias que la supo, pasó de ésta á mejor vida, ó ya por la estrecheza de la que hacia siempre, ó ya por el sentimiento del no pensado suceso: desde allí se fueron en casa de un famoso pintor, donde ordenó Periandro que en un lienzo grande le pintase todos los mas principales casos de su historia; á un lado pintó la isla Bárbara ardiendo en llamas, y allí junto á la isla de la prision, y un poco mas desviado la balsa, ó enmaderamiento donde le halló Arnaldo quando le llevó á su navío; en otra parte estaba la isla nevada, donde el enamorado Portugues perdió la vida: luego la nave que los soldados de Arnaldo taladraron; allí junto pintó la division del esquife y de la barca; allí se mostraba el desafio de los amantes de Taurisa y su muerte; acá estaban serrando

por la quilla la nave que habia servido de sepultura á Auristela, y á los que con ella venian; acullá estaba la agradable isla donde vió en sueños Periandro los dos esquadrones de virtudes y vicios; y allí junto la nave donde los peces náufragos pescaron á los dos marineros, y les dieron en su vientre sepultura: no se olvidó de que pintase, verse empedrados en el mar helado, el asalto y combate del navío, ni el entregarse á Cratilo: pintó asimismo la temeraria carrera del poderoso caballo, cuyo espanto de leon le hizo cordero, que los tales con un asombro se amansan: pintó como en rasguño y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo, coronándose á sí mismo por vencedor en ellas: resolutamente no quedó paso principal en que no hiciese labor en su historia, que allí no pintase, hasta poner la ciudad de Lisboa y su desembarcacion en el mismo trage en que habian venido: tambien se vió en el mismo lienzo ar-

der la isla de Policarpo, á Clodio traspasado con la saeta de Antonio, y á Zenotia colgada de una entena: pintóse tambien la isla de las ermitas y á Rutilio con apariencias de santo: este lienzo se hacia de una recopilacion que les escusaba de contar su historia por menudo: porque Antonio el mozo declaraba las pinturas y los sucesos, quando le apretaban á que los dixese: pero en lo que mas se aventajó el pintor famoso, fue en el retrato de Auristela, en quien decian se habia mostrado á saber pintar una hermosa figura, puesto que la dexaba agraviada, pues á la belleza de Auristela, si no era llevado de pensamiento divino, no habia pincel humano que alcanzase. Diez dias estuvieron en Lisboa, todos los quales gastaron en visitar los templos y en encaminar sus almas por la derecha senda de su salvacion; al cabo de los quales, con licencia del Visorey y con patentes verdaderas y firmes de quienes eran, y adonde

iban, se despidieron del Caballero Portugues su huesped y del hermano del enamorado Alberto, de quien recibieron grandes caricias y beneficios y se pusieron en camino de Castilla, y esta partida fue menester hacerla de noche, temerosos, que si de dia la hicieran la gente que les seguiria, la estorvára, puesto que la mudanza del trage habia hecho ya que amaynase la admiracion.

CAPÍTULO II.

EMPIEZAN LOS PEREGRINOS SU VIAGE POR ESPAÑA: SUCÉDENLES NUEVOS Y EXTRAÑOS CASOS.

Pedian los tiernos años de Auristela y los mas tiernos de Constanza con los entreverados de Ricla, coches, estruendo y aparato para el largo viage en que se ponian: pero la devocion de Auristela, que habia prometido de ir á pie hasta Roma, desde la parte do llegase

en tierra firme, llevó tras sí las demas devociones, y todos de un parecer así varones como hembras votaron el viage á pie, añadiendo, si fuese necesario, mendigar de puerta en puerta; con esto cerró la del dar Ricla, y Periandro se escusó de no disponer de la Cruz de diamantes que Auristela traia, guardándola con las inestimables perlas para mejor ocasion: solamente compraron un bagaje que sobrellevase las cargas que no pudieran sufrir las espaldas; acomodáronse de bordones, que servian de arrimo y defensa y de baynas de unos agudos estoques; con este christiano y humilde aparato salieron de Lisboa, dexándola sola sin su belleza, y pobre sin la riqueza de su discrecion, como lo mostraron los infinitos corrillos de gente que en ella se hicieron, donde la fama no trataba de otra cosa, sino del extremo de discrecion y belleza de los peregrinos estrangeros.

De esta manera, acomodándose

á sufrir el trabajo de hasta dos ó tres leguas de camino cada dia, llegaron á Badajoz, donde ya tenia el Corregidor castellano nuevas de Lisboa, como por allí habian de pasar los nuevos peregrinos, los quales entrando en la ciudad, acertaron á alojarse en un meson do se alojaba una compañía de famosos recitantes, los quales aquella misma noche habian de dar la muestra, para alcanzar la licencia de representar en público, en casa del Corregidor; pero apenas vieron el rostro de Auristela y el de Constanza, quando les sobresaltó lo que solia sobresaltar á todos aquellos que primeramente las veian, que era admiracion y espanto; pero ninguno puso tan en punto el maravillarse, como fue el ingenio de un poeta, que de propósito con los recitantes venia, así para enmendar y remendar comedias viejas, como para hacerlas de nuevo, exercicio mas ingenioso que honrado, y mas de trabajo que de provecho: pero la ex-

celencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que á todo lo no limpio aprovecha: es como el sol que pasa por todas las cosas inmundas, sin que se le pegue nada; es habilidad que tanto vale quanto se estima; es un rayo que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos, y al paso del deleyte lleva consigo la honestidad y el provecho: digo en fin, que este poeta, á quien la necesidad habia hecho trocar los Parnasos con los mesones, y las Castalias y las Aganipes con los charcos y arroyos de los caminos y ventas, fue el que mas se admiró de la belleza de Auristela, y al momento la marcó en su imaginacion, y la tuvo por mas que buena, para ser comedianta, sin reparar si sabia ó no la lengua castellana: contentóle el talle, dióle gusto el brio, y en un instante la vistió en su imaginacion en hábito corto de varon; desnu-

dóla luego, y vistióla de ninfa, y casi al mismo punto la envistió de la magestad de Reyna, sin dexar trage de risa ó de gravedad, de que no la vistiese, y en todas se le representó grave, alegre, discreta, aguda y sobremanera honesta, estremos que se acomodan mal en una farsanta hermosa.

Válame Dios, ¡y con quanta facilidad discurre el ingenio de un poeta, y se arroja á romper por mil imposibles! sobre quán flacos cimientos levanta grandes quimeras! todo se lo halla hecho, todo facil, todo llano, y esto de manera, que las esperazas le sobran, quando la ventura le falta, como lo mostró este nuestro moderno poeta, quando vió descoger acaso el lienzo donde venian pintados los trabajos de Periandro; allí se vió él en el mayor que en su vida se habia visto por venirle á la imaginacion un grandísimo deseo de componer de todos ellos una comedia: pero no acertaba en qué nombre le

pondria, si la llamaria comedia ó tragedia, ó tragicomedia, porque si sabia el principio, ignoraba el medio y el fin, pues aun todavía iban corriendo las vidas de Periandro y de Auristela, cuyos fines habian de poner nombre á lo que de ellos se representase: pero lo que mas le fatigaba era pensar, cómo podria encajar un lacayo consejero y gracioso en el mar y entre tantas islas, fuego y nieves, y con todo esto no se desesperó de hacer la comedia, y de encajar el tal lacayo á pesar de todas las reglas de la poesía, y á despecho del arte cómico; y en tanto que en esto iba y venia, tuvo lugar de hablar á Auristela, y de proponerla su deseo, y aconsejarla quan bien la estaria si se hiciese recitanta: díxola, que á dos salidas al teátro la lloverian minas de oro acuestas, porque los Príncipes de aquella edad eran como hechos de alquimia, que llegada al oro es oro, y llegada al cobre es cobre; pero que la mayor par-

te rendian su voluntad á las ninfas de los teatros, á las diosas enteras y á las semideas, á las Reynas de estudio y á las fregonas de apariencia: díxole, que si alguna fiesta Real acertase á hacerse en su tiempo, que se diese por cubierta de faldellines de oro, porque todas ó las mas libreas de los caballeros habian de venir á su casa rendidas á besarla los pies: representóla el gusto de los viages, y el llevarse tras sí dos ó tres disfrazados caballeros que la servirian tan de criados, como de amantes; y sobre todo encarecia y puso sobre las nubes la excelencia y la honra que la darian en encargarla las primeras figuras, en fin la dixo, que si en alguna cosa se verificaba la verdad de un antiguo refran castellano, era en las hermosas farsantas, donde la honra y provecho cabian en un saco. Auristela lo respondió, que no habia entendido palabra de quantas le habia dicho, porque bien se veia que ignoraba la

lengua castellana, y que puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenian puesta la mira en otros exercicios, si no tan agradables, á lo menos mas convenientes. Desesperóse el poeta con la resoluta respuesta de Auristela; miróse á los pies de su ignorancia, y deshizo la rueda de su vanidad y locura.

Aquella noche fueron á dar muestra en casa del Corregidor, el qual como hubiese sabido que la hermosa junta peregrina estaba en la ciudad, los envió á buscar, y á convidar viniesen á su casa á ver la comedia, y á recibir en ella muestras del deseo que tenia de servirles, por las que de su valor le habian escrito de Lisboa: aceptólo Periandro con parecer de Auristela y de Antonio el padre, á quien obedecian como á su mayor. Juntas estaban muchas damas de la ciudad con la Corregidora, quando entraron Auristela, Ricla y Constanza, con Periandro y los dos An-

tonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes, que á sentir tales efectos les forzaba la sin par bizarria de los nuevos peregrinos, los quales acrecentando con su humildad y buen parecer la benevolencia de los que los recibieron, dieron lugar á que les diesen casi el mas honrado en la fiesta, que fue la representacion de la fábula de Céfalo y de Pocris, quando ella zelosa mas de lo que debia, y él con menos discurso que fuera necesario, disparó el dardo que á ella la quitó la vida, y á él el gusto para siempre; el verso tocó los estremos de bondad posibles, como compuesto, segun se dixo, por Juan de Herrera de Gamboa, á quien por mal nombre llamaron el Maganto, cuyo ingenio tocó asimismo las mas altas rayas de la poetica esfera: acabada la comedia, desmenuzaron las damas la hermosura de Auristela parte por parte, y hallaron todas un todo, á quien dieron por nombre: *Perfeccion sin*

tacha; y los varones dixeron lo mismo de la gallardia de Periandro, y de recudida se alabó tambien la belleza de Constanza y la bizarria de su hermano Antonio. Tres dias estuvieron en la ciudad, donde en ellos mostró el Corregidor ser Caballero liberal, y tener la Corregidora condicion de Reyna, segun fueron las dádivas y presentes que hizo á Auristela y á los demas peregrinos, los quales mostrándose agradecidos y obligados, prometieron de tener cuenta de darla de sus sucesos, de donde quiera que estuviesen. Partidos pues de Badajoz, se encaminaron á nuestra Señora de Guadalupe, y habiendo andado tres dias, y en ellos cinco leguas, les tomó la noche en un monte poblado de infinitas encinas y de otros rústicos árboles: tenia suspenso el cielo el curso y sazon del tiempo en la balanza igual de los dos Equinocios: ni el calor fatigaba, ni el frio ofendia; y á necesidad tan bien se podia pasar

la noche en el campo como en el aldea: y á esta causa, y por estar lejos un pueblo, quiso Auristela, que se quedasen en unas majadas de pastores boyeros, que á los ojos se les ofrecieron.

Hízose lo que Auristela quiso, y apenas habian entrado por el bosque doscientos pasos, quando se cerró la noche con tanta oscuridad, que los detuvo, y les hizo mirar atentamente la lumbre de los boyeros, porque su resplandor les sirviese de norte, para no errar el camino; las tinieblas de la noche y un ruido que sintieron, les detuvo el paso, y hizo que Antonio el mozo se apercibiese de su arco, perpetuo compañero suyo; llegó en esto un hombre á caballo, cuyo rostro no vieron, el qual les dixo: ¿Sois de esta tierra, buena gente? No por cierto, respondió Periandro, sino de bien lejos de ella; peregrinos estrangeros somos, que vamos á Roma, y primero á Guadalupe. Sí, que tambien, dixo

el de á caballo, hay en las estrangeras tierras caridad y cortesia: tambien hay almas compasivas donde quiera. ¿Pues no? respondió Antonio: mirad, señor, quien quiera que seais, si habeis menester algo de nosotros, y vereis como sale verdadera vuestra imaginacion. Tomad, dixo pues el Caballero, tomad, señores, esta cadena de oro, que debe de valer doscientos escudos, y tomad asimismo esta prenda que no debe de tener precio, á lo menos yo no se le hallo, y darle heis en la ciudad de Truxillo á uno de dos Caballeros, que en ella y en todo el mundo son bien conocidos: llámase el uno Don Francisco Pizarro y el otro Don Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres, ambos ricos, y ambos en todo estremo generosos: y en esto puso en las manos de Ricla, que como muger compasiva se adelantó á tomarlo, una criatura que ya comenzaba á llorar, envuelta, ni se supo por entonces, si en ricos,

ó en pobres paños, y direis á qualquiera de ellos, que la guarden, que presto sabrán quien es, y las desdichas que á ser dichoso le habrán llevado, si llega á su presencia; y perdonadme, que mis enemigos me siguen, los quales si aquí llegaren y preguntaren si me habeis visto, direis que no, pues os importa poco el decir esto; ó si ya os pareciere mejor, decid que por aquí pasaron tres ó quatro hombres de acaballo, que iban diciendo: á Portugal, á Portugal, y á Dios quedad, que no puedo detenerme, que puesto que el miedo pone espuelas, mas agudas las pone la honra; y arrimando las que traia al caballo, se apartó como un rayo de ellos, pero casi al mismo punto volvio el Caballero y dixo: no está bautizado: y tornó á seguir su camino. Veis aquí á nuestros peregrinos, á Ricla con la criatura en los brazos, á Periandro con la cadena al cuello, á Antonio el mozo, sin dexar de tener flechado

el arco, y al padre en postura de desembaynar el estoque que de bordon le servia, y á Auristela confusa y atónita del estraño suceso, y á todos juntos admirados del estraño acontecimiento, cuya salida fue por entonces, que aconsejó Auristela, que como mejor pudiesen llegasen á la majada de los boyeros, donde podria ser hallasen remedios para sustentar aquella recien nacida criatura, que por su pequeñez y la debilidad de su llanto, mostraba ser de pocas horas nacida; hízose así, y apenas llegaron á la majada de los pastores, á costa de muchos tropiezos y caidas, quando antes que los Peregrinos les preguntasen, si eran servidos de darles alojamiento aquella noche, llegó á la majada una muger llorando, triste, pero no reciamente, porque mostraba en sus gemidos que se esforzaba á no dexar salir la voz del pecho; venia medio desnuda, pero las ropas que la cubrian eran de rica y principal persona: la lum-

bre y luz de las hogueras, á pesar de la diligencia que ella hacia para encubrirse el rostro, la descubrieron, y vieron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa, puesto que Ricla, que sabia mas de edades, la juzgó por de diez y seis á diez y siete años: preguntáronle los pastores, si la seguia alguien, ó si tenia otra necesidad que pidiese presto remedio; á lo que respondió la dolorosa muchacha: lo primero, señores, que habeis de hacer, es ponerme debaxo de la tierra, quiero decir, que me encubrais de modo que no me halle quien me buscáre. Lo segundo, que me deis algun sustento, porque desmayos me van acabando la vida. Nuestra diligencia, dixo un pastor viejo, mostrará que tenemos caridad, y aguijando con presteza á un hueco de un arbol que en una valiente encina se hacia, puso en él algunas pieles blandas de ovejas y cabras, que entre el ganado mayor se criaban; hizo un

modo de lecho, bastante por entonces á suplir aquella necesidad precisa; tomó luego á la muger en los brazos y encerróla en el hueco, á donde le dió lo que pudo, que fueron sopas en leche, y le dieran vino si ella quisiera beberlo; colgó luego delante del hueco otras pieles, como para enjugarse: Ricla viendo hecho esto, habiendo conjeturado, que aquella sin duda debia de ser la madre de la criatura que ella tenia, se llegó al pastor caritativo, diciéndole: no pongais, buen señor, término á vuestra caridad, y usadla con esta criatura que tengo en los brazos antes que perezca de hambre, y en breves razones le contó como se la habian dado: respondiola el pastor á la intencion, y no á sus razones, llamando á uno de los demas pastores, á quien mandó que tomando aquella criatura la llevase al aprisco de las cabras, y hiciese de modo, como de alguna de ellas tomáse el pecho: apenas hu-

bo hecho esto, y tan apenas que casi se oían los últimos acentos del llanto de la criatura, quando llegaron á la majada un tropel de hombres á caballo preguntando por la muger desmayada, y por el Caballero de la criatura; pero como no les dieron nuevas ni noticia de lo que pedian, pasaron con estraña priesa adelante, de que no poco se alegraron sus remediadores, y aquella noche pasaron con mas comodidad que los peregrinos pensaron, y con mas alegria de los ganaderos por verse tan bien acompañados.

CAPÍTULO III.

LA DONCELLA ENCERRADA EN EL ARBOL DA RAZON DE QUIEN ERA.

Preñada estaba la encina, dígamoslo así; preñadas estaban las nubes, cuya oscuridad la puso en los ojos de los que por la prisionera del arbol preguntaron: pero al compasi-

vo pastor, que era mayoral del ato, ninguna cosa le pudo turbar para que dexase de acudir á proveer lo que fuese necesario al recibiento de sus huespedes; la criatura tomó los pechos de la cabra, la encerrada el rústico sustento y los peregrinos el nuevo y agradable hospedage: quisieron todos saber luego, qué causas habian traido allí á la lastimada y al parecer fugitiva, y á la desamparada criatura; pero fue parecer de Auristela, que no le preguntasen nada hasta el venidero dia, porque los sobresaltos no suelen dar licencia á la lengua aun á que cuente venturas alegres, quanto mas desdichas tristes; y puesto que el anciano pastor visitaba á menudo el arbol, no preguntaba nada al depósito que tenia, sino solamente por su salud, fuele respondido que aunque tenia mucha ocasion para no tenerla, la sobraria, como ella se viese libre de los que la buscaban, que era su padre y hermanos: cu-

brióla y encubrióla el pastor, y dexóla, y volvióse á los peregrinos, que aquella noche la pasaron con mas claridad de las hogueras y fuego de los pastores, que con aquella que ella les concedia; y antes que el cansancio les obligáse á entregar los sentidos al sueño, quedó concertado que el pastor que habia llevado la criatura á procurar que las cabras fuesen sus amas, la lleváse y entregáse á una hermana del anciano ganadero, que casi dos leguas de allí, en una pequeña aldea vivia: dieronle que lleváse la cadena, con orden de darla á criar en la misma aldea, diciendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo así, con que se aseguraron y apercibieron á desmentir las espias, si acaso volviesen, ó viniesen otras de nuevos á buscar los perdidos, á lo menos los que perdidos parecian; en tratar de esto, y en satisfacer la hambre, y en un breve rato que se apoderó de sus ojos el sueño y de sus

lenguas el silencio, se pasó el de la noche, y se vino á mas andar el dia, alegre para todos, y no para la temerosa, que encerrada en el arbol apenas osaba ver del sol la claridad hermosa. Con todo eso, habiendo puesto primero, cerca y lejos del rebaño de trecho en trecho centinelas que avisasen si alguna gente venia, la sacaron del arbol para que la diese el ayre, y para saber de ella lo que deseaban; y con la luz del dia vieron que la de su rostro era admirable, de modo que puso en duda, á qual darian de ella y de Constanza, despues de Auristela, el segundo lugar de hermosa, porque donde quiera se llevó el primero Auristela, á quien no quiso dar igual la naturaleza: muchas preguntas la hicieron, y muchos ruegos precedieron antes, todos encaminados á que su suceso les contase; y ella de puro cortés y agradecida, pidiendo licencia á su flaqueza, con aliento debilitado así comenzó á decir.

Puesto, señores, que en lo que deciros quiero, tengo de descubrir faltas que me han de hacer perder el crédito de honrada, todavía quiero mas parecer cortés, por obedeceros, que desgraciada por no contentaros. Mi nombre es Feliciana de la Voz, mi pátria una villa no lejos de este lugar, mis padres son nobles mucho mas que ricos, y mi hermosura en tanto que no ha estado tan marchita como agora, ha sido de algunos estimada y celebrada. Junto á la villa que me dió el cielo por pátria, vivia un hidalgo riquísimo, cuyo trato y cuyas muchas virtudes le hacian ser Caballero en la opinion de las gentes; este tiene un hijo, que desde agora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hacienda, que es infinita: vivia ansimismo en la misma aldea un Caballero con otro hijo suyo, mas nobles que ricos en una tan honrada mediania, que ni los humillaba, ni los enso-

berbecia: con este segundo mancebo noble, ordenaron mi padre y dos hermanos que tengo, de casarme, hechando á las espaldas los ruegos con que me pedia por esposa el rico hidalgo; pero yo, á quien los cielos guardaban para esta desventura en que me veo, y para otras en que pienso verme, me dió por esposo al rico, yo me entregué por suya á hurto de mi padre y de mis hermanos, que madre no la tengo por mayor desgracia mia: vímonos muchas veces solos y juntos, que para semejantes casos nunca la ocasion vuelve las espaldas, antes en la mitad de las imposibilidades ofrece su guedeja.

De estas juntas, y de estos hurtos amorosos se acortó mi vestido y creció mi infamia, si es que se puede llamar infamia la conversacion de los desposados amantes; en este tiempo, sin hacerme sabidora, concertaron mis padres y hermanos de casarme con el mozo noble, con tanto deseo de efectuar-

lo, que á noche le traxeron á casa acompañado de dos cercanos parientes suyos, con propósito de que luego luego nos diesemos las manos; sobresaltéme, quando ví entrar á Luis Antonio, que este es el nombre del mancebo noble, y mas me admiré, quando mi padre me dixo, que me entrase en mi aposento, y me aderezáse algo mas de lo ordinario, porque en aquel punto habia de dar la mano de esposa á Luis Antonio: dos dias habia que habia entrado en los términos que la naturaleza pide en los partos, y con el sobresalto y no esperada nueva quedé como muerta, y diciendo entraba á aderezarme á mi aposento, me arrojé en los brazos de una mi doncella, depositaria de mis secretos, á quien dixe, hechos fuentes mis ojos: ¡Ay, Leonora mia, y como creo que es llegado el fin de mis dias! ¡Luis Antonio está en esa antesala esperando que yo salga á darle la mano de esposa: mira, si es este trance riguro-

so y la mas apretada ocasion en que pueda verse una muger desdichada: pásame, hermana mia, si tienes con qué, este pecho; salga primero mi alma de estas carnes, que no la desvergüenza de mi atrevimiento: ¡ay, amiga mia, que me muero, que se me acaba la vida! y diciendo esto, y dando un gran suspiro, arrojé una criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendió á mi doncella, y á mí me cegó el discurso de manera, que sin saber qué hacer, estuve esperando á que mi padre ó mis hermanos entrasen, y en lugar de sacarme á desposar me sacasen á la sepultura.

Aquí llegaba Feliciana de su cuento, quando vieron, que las centinelas que habian puesto para asegurarse, hacian señal de que venia gente, y con diligencia no vista el pastor anciano queria volver á depositar á Feliciana en el árbol, seguro asilo de su desgracia; pero habiendo vuelto las centinelas á decir que se asegurasen, porque un

tropel de gente que habian visto, cruzaba por otro camino, todos se aseguraron, y Feliciana de la Voz volvió á su cuento, diciendo: considerad, señores, el apretado peligro en que me ví á noche; el desposado en la sala esperándome, y el adúltero, si así se puede decir, en un jardin de mi casa atendiéndome para hablarme, ignorante del estrecho en que yo estaba, y de la venida de Luis Antonio; yo sin sentido por el no esperado suceso, mi doncella turbada con la criatura en los brazos, mi padre y hermanos dándome priesa que saliese á los desdichados desposorios: aprieto fue éste que pudiera derribar á mas gallardos entendimientos que el mio, y oponerse á toda buena razon y buen discurso. No sé que os diga mas, sino que sentí, estando sin sentido, que entró mi padre, diciendo: acaba, muchacha, sal como quiera que estuvieres, que tu hermosura suplirá tu desnudez, y te servirá de riquísimas galas; dió-

le, á lo que creo, en esto á los oidos el llanto de la criatura, que mi doncella, á lo que imagino, debia de ir á poner en cobro, ó á dársela á Rosanio, que este es el nombre del que yo quise escoger por esposo. Alborotóse mi padre, y con una vela en la mano me miró el rostro, y coligió por mi semblante mi sobresalto y mi desmayo; volvióle á herir en los oidos el eco del llanto de la criatura, y echando mano á la espada, fue siguiendo adonde la voz le llevaba: el resplandor del cuchillo me dió en la turbada vista, y el miedo en la mitad del alma; y como sea natural cosa el desear conservar la vida cada uno del temor de perderla, salió en mí el ánimo de remediarla, y apenas hubo mi padre vuelto las espaldas, quando yo, así como estaba, baxé por un caracol á unos aposentos baxos de mi casa, y de ellos con facilidad me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del campo no sé en qué camino, y

finalmente aguijada del miedo y solicitada del temor, como si tuviera alas en los pies, caminé mas de lo que prometia mi flaqueza; mil veces estuve para arrojarme en el camino de algun ribazo que me acabára con acabarme la vida, y otras tantas estuve por sentarme ó tenderme en el suelo y dexarme hallar de quien me buscase; pero alentándome la luz de vuestras cabañas, procuré llegar á ellas á buscar descanso á mi cansancio, y si no remedio, algun alivio á mi desdicha; y así llegué, como me vistes, y así me hallo como me veo, merced á vuestra caridad y cortesía. Esto es, señores mios, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dexo al cielo, y le remito en la tierra á vuestros buenos consejos.

Aquí dió fin á su plática la lastimada Feliciana de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion y lástima en un mismo grado. Periandro contó luego el hallazgo de

la criatura, la dádiva de la cadena, con todo aquello que le habia sucedido con el caballero que se la dió. ¡Ay! dixo Feliciana, ¿si es por ventura esa prenda mia? ¿y si es Rosanio el que la traxo? y si yo la viese, si no por el rostro, pues nunca le he visto, quizá por los paños en que viene envuelta, sacaria á luz la verdad de las tinieblas de mi confusion, porque mi doncella no apercibida, ¿en qué la podia envolver, sino en paños que estuviesen en el aposento que fuesen de mí conocidos? y quando esto no sea, quizá la sangre hará su oficio, y por ocultos sentimientos le dará á entender lo que me toca. A lo que respondió el pastor: la criatura está ya en mi aldea en poder de una hermana y de una sobrina mia: yo haré que ellas mismas nos la traigan hoy aquí, donde podrás, hermosa Feliciana, hacer las experiencias que deseas: en tanto sosiega, señora, el espíritu, que mis pastores y este

árbol servirán de nubes que se opongan á los ojos que te buscaren.

CAPÍTULO IV.

Paréceme, hermano mio, dixo Auristela á Periandro, que los trabajos y los peligros, no solamente tienen jurisdicion en el mar, sino en toda la tierra: que las desgracias é infortunios así se encuentran con los levantados sobre los montes, como con los escondidos en sus rincones: ésta que llaman fortuna, de quien yo he oido hablar algunas veces, de la qual se dice que quita y da los bienes, quando, cómo y á quien quiere, sin duda alguna debe de ser ciega y antojadiza, pues á nuestro parecer levanta los que habian de estar por el suelo, y derriba los que están sobre los montes de la luna. No sé, hermano, lo que me voy diciendo, pero sé que quiero decir, que no es mucho que nos admire ver esta señora, que dice que se llama Fe-

liciana de la Voz, que apenas la tiene para contar su desgracia, contemplola yo pocas horas ha en su casa, acompañada de su padre, hermanos y criados, esperando poner con sagacidad remedio á sus arrojados deseos, y ahora puedo decir que la veo escondida en lo hueco de un árbol, temiendo los mosquitos del ayre y aun las lombrices de la tierra: bien es verdad que la suya no es caida de Príncipes, pero es un caso que puede servir de exemplo á las recogidas doncellas que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueve á suplicarte, ó hermano, mires por mi honra, que desde el punto que salí del poder de mi padre y del de tu madre la deposité en tus manos, y aunque la experiencia con certidumbre grandisima tiene acreditada tu bondad, ansi en la soledad de los desiertos, como en la compañia de las ciudades, todavia temo que la mudanza de las horas no mude los que de suyo son faciles pensa-

mientos; á tí te va en esto lo que sabes: mi honra es la tuya, un solo deseo nos gobierna, y una misma esperanza nos sustenta; el camino en que nos hemos puesto es largo, pero no hay ninguno que no se acabe, como no se le oponga la pereza y la ociosidad: ya los cielos, á quien doy mil gracias por ello, nos han traido á España, sin la compañia peligrosa de Arnaldo: ya podemos tender los pasos seguros de naufragios, de tormentas y de salteadores, porque segun la fama que sobre todas las regiones del mundo de pacifica y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viage. O hermana, respondió Periandro, y como por puntos vas mostrando los estremados de tu discrecion: bien veo que temes como muger, y que te animas como discreta: yo quisiera por aquietar tus bien nacidos recelos, buscar nuevas esperanzas que me acreditasen contigo, que puesto que las hechas pueden con-

vertir el temor en esperanza y la esperanza en firme seguridad y desde luego en posesion alegre, quisiera que nuevas ocasiones me acreditaran: en el rancho de estos pastores no nos queda que hacer, ni en el caso de Feliciana podemos servir mas que de compadecernos de ella; procuremos llevarnos esta criatura á Truxillo, como nos lo encargó el que con ella nos dió la cadena al parecer por paga.

En esto estaban los dos, quando llegó el pastor anciano con su hermana y con la criatura que habia enviado por ella á la aldea, por ver si Feliciana la reconocia, como ella lo habia pedido: llevaronsela, miróla y remiróla, quitóle las fajas, pero en ninguna cosa pudo conocer ser la que habia parido, ni aun lo que mas es de considerar, el natural cariño no le movia los pensamientos á reconocer el niño que era varon el recien nacido. No, decia Feliciana, no son estas las mantillas que mi doncella tenia di-

putadas, para envolver lo que de mí naciese, ni esta cadena, que se la enseñaron, la ví yo jamas en poder de Rosanio: de otra debe ser esta prenda que no mia, que á serlo no fuera yo tan venturosa, teniéndola una vez perdida tornar á cobrarla; aunque yo oí decir muchas veces á Rosanio, que tenia amigos en Truxillo, pero de ninguno me acuerdo el nombre. Con todo eso, dixo el pastor, que pues el que dió la criatura mandó que la llevasen á Truxillo, sospecho que el que la dió á estos peregrinos fue Rosanio, y así soy de parecer, si es que en ello os hago algun servicio, que mi hermana con la criatura y con otros dos de estos mis pastores se ponga en camino de Truxillo á ver si la recibe alguno de esos dos Caballeros á quien va dirigida. A lo que Feliciana respondió con sollozos y con arrojarse á los pies del pastor, abrazándolos estrechamente, señales que la dieron de que aprobaba su pare-

cer: todos los peregrinos le aprobaron asimismo, y con darle la cadena lo facilitaron todo. Sobre una de las bestias del hato se acomodó la hermana del pastor que estaba recien parida, como se ha dicho, con orden que se pasase por su aldea y dexase en cobro su criatura, y con la otra se partiese á Truxillo, que los peregrinos que iban á Guadalupe, con mas especio la seguirian: todo se hizo como lo pensaron; y luego porque la necesidad del caso no admitia tardanza alguna. Feliciana callaba y con silencio se mostraba agradecida á los que tan de veras sus cosas tomaban á su cargo. Añadióse á todo esto, que Feliciana habiendo sabido como los peregrinos iban á Roma, aficionada á la hermosura y discrecion de Auristela, á la cortesia de Periandro, á la amorosa conversacion de Constanza y de Ricla su madre, y al agradable trato de los dos Antonios, padre y hijo, que todo lo miró, notó y ponderó en aquel

poco espacio que los habia comunicado, y lo principal por volver las espaldas á la tierra donde quedaba enterrada su honra, pidió que consigo la llevasen como peregrina á Roma, que pues habia sido peregrina en culpas, queria procurar serlo en gracias, si el cielo se las concedia en que con ellos la llevasen. Apenas descubrió su pensamiento, quando Auristela acudió á satisfacer su deseo, compasiba y deseosa de sacar á Feliciana de entre los sobresaltos y miedos que la perseguian: solo dificultó el ponerla en camino estando tan recien parida, y así se lo dixo; pero el anciano pastor dixo, que no habia mas diferencia del parto de una muger, que del de una res, y que así como la res sin otro regalo alguno despues de su parto se quedaba á las inclemencias del cielo, ansi la muger podia sin otro regalo alguno acudir á sus exercicios, si no que el uso habia introducido entre las mugeres los regalos y to-

das aquellas prevenciones que suelen hacer con las recien paridas. Yo aseguro, dixo mas, que quando Eva parió el primer hijo, que no se echó en el lecho, ni se guardó del ayre, ni usó de los melindres que agora se usan en los partos. Esforzaos, señora Feliciana, y seguid vuestro intento, que desde aquí le apruebo casi por santo, pues es tan christiano: á lo que añadió Auristela: no quedará por falta de hábito de peregrina, que mi cuidado me hizo hacer dos quando hice este, el qual daré yo á la señora Feliciana de la Voz, con condicion que me diga qué misterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido. No me le ha dado, respondió Feliciana, mi linage, sino el ser comun opinion de todos quantos me han oido cantar, que tengo la mejor voz del mundo, tanto que por excelencia me llaman comunmente Feliciana de la Voz, y á no estar en tiempo mas de gemir que de cantar, con facilidad

os mostrára esta verdad; pero si los tiempos se mejoran, y dan lugar á que mis lágrimas se enjuguen, yo cantaré, si no canciones alegres, á lo menos endechas tristes, que cantándolas encanten, y llorándolas alegren. Por esto que Feliciana dixo, nació en todos un deseo de oirla cantar luego luego; pero no osaron rogarselo, porque como ella habia dicho, los tiempos no lo permitian. Otro dia se despojó Feliciana de los vestidos no necesarios que traia, y se cubrió con los que le dió Auristela de peregrina; quitóse un collar de perlas y dos sortijas, y si los adornos son parte para acreditar calidades, estas piezas pudieran acreditarla de rica y noble: tomólas Ricla como tesorera general de la hacienda de todos, y quedó Feliciana segunda peregrina, como primera Auristela, y tercera Constanza, aunque este parecer se dividió en pareceres, y algunos le dieron el segundo lugar á Constanza, que el primero no hu-

bo hermosura en aquella edad que á la de Auristela se le quitase.

Apenas se vió Feliciana en el nuevo hábito, quando le nacieron alientos nuevos y deseos de ponerse en camino, conoció esto Auristela, y con consentimiento de todos, despidiéndose del pastor caritativo y de los demas de la majada, se encaminaron á Cáceres hurtando el cuerpo con su acostumbrado paso al cansancio: y si alguna vez alguna de las mugeres le tenia, le suplia el bagage donde iba el repuesto, ó ya el márgen de algun arroyuelo ó fuente do se sentaban, ó la verdura de algun prado que á dulce reposo las convidaba, y así andaban á una con ellos el reposo y el cansancio, junto con la pereza y la diligencia, la pereza en caminar poco, la diligencia en caminar siempre; pero como por la mayor parte nunca los buenos deseos llegan á fin dichoso sin estorbos que los impidan, quiso el cielo que el de este hermoso es-

quadron, que aunque dividido en todos, era solo uno en la intencion, fuese impedido con el estorbo que agora oireis. Dabales asiento la verde yerba de un deleytoso pradecillo, refrescabales los rostros el agua clara y dulce de un pequeño arroyuelo que por entre las yerbas corria, servianles de muralla y de reparo muchas zarzas cambroneras, que casi por todas partes los rodeaba, sitio agradable y necesario para su descanso, quando de improviso rompiendo por las intrincadas matas vieron salir al verde sitio un mancebo vestido de camino, con una espada hincada por las espaldas, cuya punta le salia al pecho; cayo de ojos, y al caer dixo: Dios sea conmigo: y el fin de esta palabra y el arrancarsele el alma, fue todo á un tiempo, y aunque todos con el estraño espectáculo se levantaron alborotados, el que primero llegó á socorrerle fue Periandro, y por hallarle ya muerto se atrevió á sacar la espada: los

dos Antonios saltaron las zarzas por ver si vieran quien hubiese sido el cruel y alevoso homicida, que por ser la herida por las espaldas, se mostraba que traidoras manos la habian hecho: no vieron á nadie: volvieronse á los demas, y la poca edad del muerto y su gallardo talle y parecer les acrecentó la lástima; miraronle todo, y hallaronle, debaxo de una ropilla de terciopelo pardo sobre el jubon puesta, una cadena de quatro vueltas de menudos eslabones de oro, de la qual pendia un devoto Crucifixo asimismo de oro; allá entre el jubon y la camisa le hallaron dentro de una caxa de évano ricamente labrada un hermosisimo retrato de muger, pintado en la lisa tabla, al rededor del qual de menudisima y clara letra vieron que traia escritos estos versos:

Hiela, enciende, mira y habla,
Milagros de la hermosura,
Que tenga vuestra figura
Tanta fuerza en una tabla.

Por estos versos conjeturó Periandro que los leyó primero, que de causa amorosa debia de haber nacido su muerte: miráronle las faldriqueras y escudriñaronle todo, pero no hallaron cosa que les diese indicio de quién era; y estando haciendo este escrutinio, parecieron como si fueran llovidos quatro hombres con ballestas armadas, por cuyas insignias conoció luego Antonio el padre que eran quadrilleros de la Santa Hermandad, uno de los quales dixo á voces: teneos, ladrones, homicidas y salteadores: no le acabeis de despojar, que á tiempo sois venidos en que os llevarémos á donde pagueis vuestro pecado. Eso no, bellacos, respondió Antonio el mozo; aquí no hay ladron ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son. Bien se os parece por cierto, replicó el quadrillero, el hombre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras manos, que sirve de testigos

á vuestra maldad; ladrones sois, salteadores sois, homicidas sois, y como tales ladrones, salteadores y homicidas presto pagareis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud christiana con que procurais encubrir vuestras maldades, vistiendoos de peregrinos. A esto le dió respuesta Antonio el mozo con poner una flecha en su arco y pasarle con ella un brazo, puesto que quisiera pasarle de parte á parte el pecho: los demas quadrilleros ó escarmentados del golpe, ó por hacer la prision mas al seguro, volvieron las espaldas, y entre huyendo y esperando, á grandes voces apellidaron: aquí de la santa Hermandad, favor á la santa Hermandad; y mostróse ser santa la Hermandad que apellidaban, porque en un instante como por milagro se juntaron mas de veinte quadrilleros, los quales encarando sus ballestas y sus saetas, á los que no se defendian, los prendieron y aprisionaron, sin respetar la belleza

de Auristela, ni las demas peregrinas, y con el cuerpo del muerto las llevaron á Cáceres, cuyo Corregidor era un Caballero del Hábito de Santiago, el qual viendo el muerto y el quadrillero herido y la informacion de los demas quadrilleros, con el indicio de ver ensangrentado á Periandro, con el parecer de su Teniente quisiera luego ponerlos á qüestion de tormento, puesto que Periandro se defendia con la verdad, mostrándole en su favor los papeles que para seguridad de su viage y licencia de su camino habia tomado en Lisboa; mostróle asimismo el lienzo de la pintura de su suceso, que la relató y declaró muy bien Antonio el mozo, cuyas pruebas hicieron poner en opinion la ninguna culpa que los peregrinos tenian. Ricla, la tesorera, que sabia muy poco ó nada de la condicion de Escribanos y Procuradores, ofreció á uno de secreto que andaba allí en público, dando muestras de ayudarles, no

sé que cantidad de dineros, porque tomase á cargo su negocio, lo echó á perder del todo, porque en oliendo los sátrapas de la pluma, que tenian lana los peregrinos, quisieron trasquilarlos, como es uso y costumbre, hasta los huesos; y sin duda alguna fuera así, si las fuerzas de la inocencia no permitiera el cielo que sobrepujaran á las de la malicia.

Fue el caso pues, que un huesped ó mesonero del lugar, habiendo visto el cuerpo muerto que habian traido, y reconocidole muy bien, se fue al Corregidor y le dixo: Señor, este hombre que han traido muerto los quadrilleros, ayer de mañana partió de mi casa en compañía de otro, al parecer Caballero: poco antes que se partiese, se encerro conmigo en mi aposento, y con recato me dixo: Señor huesped, por lo que debeis á ser christiano os ruego, que si yo no vuelvo por aquí dentro de seis dias, abrais este papel que os doy, de-

lante de la justicia, y diciendo esto, me dió éste que entrego á vuesa merced, donde imagino que debe de venir alguna cosa que toque á este tan extraño suceso: tomó el papel el Corregidor, y abriéndole, vió que en él estaban escritas estas mismas razones.

Yo Don Diego de Parraces salí de la Corte de su Magestad tal dia, (y venia puesto el dia) en compañía de Don Sebastian de Soranzo mi pariente, que me pidió que le acompañase en cierto viage, donde le iba la honra y la vida: yo por no querer hacer verdaderas ciertas sospechas falsas que de mí tenia, fiándome en mi inocencia, dí lugar á su malicia, y acompañéle: creo que me lleva á matar; si esto sucediere, y mi cuerpo se hallare sépase que me mataron á traicion, y que morí sin culpa. Y firmaba

Don Diego de Parraces.

Este papel que á toda diligencia despachó el Corregidor á Madrid, donde con la justicia se hicieron las diligencias posibles, buscando al matador, el qual llegó á su casa la misma noche que le buscaban y entreoyendo el caso, sin apearse de la cabalgadura, volvió las riendas, y nunca mas pareció: quedóse el delito sin castigo, el muerto se quedó por muerto, quedaron libres los prisioneros, y la cadena que tenia Ricla, se deslabonó para gastos de justicia; el retrato se quedó para gusto de los ojos del Corregidor; satisfízose la herida del quadrillero: volvió Antonio el mozo á relatar el lienzo, y dexando admirado al pueblo y habiendo estado en él todo este tiempo de las averiguaciones, Feliciana de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma, por no ser vista, se partieron la vuelta de Guadalupe, cuyo camino entretuvieron, tratando del caso estraño, y deseando que sucediese ocasion

donde se cumpliese el deseo que tenian de oir cantar á Feliciana, la qual si cantára, pues no hay dolor que no se mitigue con el tiempo, ó se acabe con acabar la vida; pero por guardar ella á su desgracia el decoro que á sí misma debia, sus cantos eran lloros y su voz gemidos: estos se aplacaron un tanto con haber topado en el camino la hermana del compasivo pastor que volvia de Truxillo, donde dixo, que dexaba el niño en poder de Don Francisco Pizarro y de Don Juan de Orellana, los quales habian conjeturado no poder ser de otro aquella criatura sino de su amigo Rosanio, segun el lugar donde le hallaron, pues por todos aquellos contornos no tenian ellos algun conocido que aventurase á fiarse de ellos. Sea en fin lo que fuere, dixo la labradora, dixeron ellos, que no ha de quedar defraudado de sus buenos pensamientos, el que se ha fiado de nosotros: ansi que, señores, el niño queda en Truxillo en

poder de los que he dicho; si algo me queda que hacer por serviros, aquí estoy con la cadena, que aun no me he deshecho de ella, pues la que me pone á la voluntad el ser yo christiana, me enlaza y me obliga á mas que la de oro. A lo que respondió Feliciana, que la gozase muchos años sin que se le ofreciese necesidad de deshacella, pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, porque ó se empeñan para no quitarse, ó se venden para nunca volverlas á comprar. La Labradora se despidió aquí, y dieron mil encomiendas para su hermano y los demas pastores, y nuestros peregrinos llegaron poco á poco á las santísimas tierras de Guadalupe.

CAPÍTULO V.

Apenas hubieron puesto los pies los devotos peregrinos en una de las dos entradas que guian al valle, que forman y cierran las altísimas

sierras de Guadalupe, quando con cada paso que daban nacian en sus corazones nuevas ocasiones de admirarse: pero allí llegó la admiracion á su punto, quando vieron el grande y suntuoso Monasterio, cuyas murallas encierran la santísima Imágen de la Emperatriz de los cielos: la santísima Imágen otra vez, que es libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones: la santísima Imágen, que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huerfanos y reparo de las desgracias. Entraron en su Templo, y donde pensaron hallar por sus paredes pendientes por adorno las púrpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milan, hallaron en lugar suyo, muletas que dexaron los cojos, ojos de cera que dexaron los ciegos, brazos que colgaron los mancos, mortajas de que se desnudaron los muertos, todos despues de haber caido en el suelo de las miserias,

ya vivos, ya sanos, ya libres, y ya contentos, merced á la larga misericordia de la Madre de las misericordias, que en aquel pequeño lugar hace campear á su benditísimo hijo con el esquadron de sus infinitas misericordias: de tal manera hicieron aprehension estos milagrosos adornos en los corazones de los devotos peregrinos, que volvieron los ojos á todas las partes del Templo, y les parecia ver venir por el ayre volando los cautivos envueltos en sus cadenas, á colgarlas de las santas murallas, y á los enfermos arrastrar las muletas, y á los muertos mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el sacro Templo no cabian: tan grande es la suma que las paredes ocupan. Esta novedad no vista hasta entonces de Periandro, ni de Auristela, ni menos de Ricla, de Constanza, ni de Antonio, los tenia como asombrados, y no se hartaban de mirar lo que veian, ni de admirar lo que imaginaban, y

así con devotas y christianas muestras hincados de rodillas se pusieron á adorar á Dios Sacramentado y á suplicar á su santísima Madre, que en crédito y honra de aquella Imágen, fuese servida de mirar por ellos; pero lo que mas es de ponderar fue, que puesta de hinojos y las manos puestas y junto al pecho la hermosa Feliciana de la Voz, lloviendo tiernas lagrimas con sosegado semblante, sin mover los labios, ni hacer otra demonstracion, ni movimiento que diese señal de ser viva criatura, soltó la voz á los vientos, y levantó el corazon al cielo, y cantó unos versos que ella sabia de memoria, los quales dió despues por escrito, con que suspendió los sentidos de quantos le escuchaban y acreditó las alabanzas que ella misma de su voz habia dicho, y satisfizo de todo en todo los deseos que sus peregrinos tenian de escucharla.

Quatro estancias habia canta-

do, quando entraron por la puerta del templo unos forasteros, á quien la devocion y la costumbre puso luego de rodillas, y la voz de Feliciana que todavía cantaba, puso tambien en admiracion, y uno de ellos que de anciana edad parecia, volviéndose á otro que estaba á su lado, díxole: ó aquella voz es de algun Angel de los confirmados en gracia, ó es de mi hija Feliciana de la Voz. ¿Quién lo duda? respondió el otro: ella es, y la que no será, si no yerra el golpe este mi brazo; y diciendo esto, echó mano á una daga, y con descompasados pasos, perdido el color y turbado el sentido se fue hácia donde Feliciana estaba: el venerable anciano se arrojó tras él: y le abrazó por las espaldas, diciéndole: no es este, ó hijo, teatro de miserias, ni lugar de castigos: dá tiempo al tiempo, que pues no se nos puede huir esta traidora, no te precipites, y pensando castigar el ageno delito, te

eches sobre tí la pena de la culpa propia. Estas razones y alboroto selló la boca de Feliciana, y alborotó á los peregrinos, y á todos quantos en el Templo estaban, los quales no fueron parte para que su padre y hermano de Feliciana no la sacasen del Templo á la calle, donde en un instante se juntó casi toda la gente del pueblo con la justicia, que se la quitó, á los que parecian mas verdugos que hermano y padre. Estando en esta confusion, el padre dando voces por su hija, y su hermano por su hermana, y la justicia defendiéndola, hasta saber el caso, por una parte de la plaza entraron hasta seis de á caballo, que los dos de ellos fueron luego conocidos de todos, por ser el uno Don Francisco Pizarro y el otro Don Juan de Orellana, los quales llegándose al tumulto de la gente, y con ellos otro Caballero, que con un velo de tafetan negro traia cubierto el rostro: preguntaron la causa de aquellas voces, fueles res-

pondido que no se sabia otra cosa, sino que la justicia queria defender aquella peregrina, á quien querian matar dos hombres que decian ser su hermano y su padre. Esto estaban oyendo Don Francisco Pizarro, y Don Juan de Orellana, quando el Caballeros embozado, arrojándose del caballo abaxo, sobre quien venia, poniendo mano á su espada, y descubriéndose el rostro, se puso al lado de Feliciana, y á grandes voces dixo: en mí, y en mí debeis, señores, tomar la enmienda del pecado de Feliciana vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte, el casarse una doncella contra la voluntad de sus padres: Feliciana es mi esposa, y yo soy Rosanio, como veis, no de tan poca calidad que no merezca que me deis por concierto, lo que yo supe escoger por industria; noble soy, de cuya nobleza os podré presentar por testigos; riquezas tengo que la sustenten, y no será bien que lo que he ganado por ven-

tura, me lo quite Luis Antonio por vuestro gusto, y si os parece que os he hecho ofensa, de haber llegado á este punto, de teneros por señores sin sabiduria vuestra, perdonadme, que las fuerzas poderosas de amor suelen turbar los ingenios mas entendidos, y el veros yo tan inclinados á Luis Antonio, me hizo no guardar el decoro que se os debia, de lo qual otra vez os pido perdon. Mientras Rosanio esto decia, Feliciana estaba pegada con él, teniéndole asido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa y toda triste y toda hermosa juntamente; pero antes que su padre y hermano respondiesen palabra, D. Francisco Pizarro se abrazó con su padre, y D. Juan de Orellana con su hermano que eran sus grandes amigos. Don Francisco dixo al padre. ¿Dónde está vuestra discrecion, señor Don Pedro Tenorio? ¿cómo y es posible que vos mismo querais fabricar vuestra ofensa? ¿no veis que estos agravios antes que

la pena traen la disculpa consigo? ¿qué tiene Rosanio que no merezca á Feliciana? ó ¿qué le quedará á Feliciana de aquí adelante, si pierde á Rosanio?

Casi estas mismas ó semejantes razones decia Don Juan de Orellana á su hermano, añadiendo mas, porque le dixo: Señor Don Sancho, nunca la cólera prometió buen fin de sus ímpetus, ella es pasion del ánimo, y el ánimo apasionado pocas veces acierta en lo que emprehende; vuestra hermana supo escoger buen marido; tomar venganza de que no se guardaron las debidas ceremonias y respetos, no será bien hecho, porque os pondreis á peligro de derribar y echar por tierra todo el edificio de vuestro sosiego: mirad, Señor Don Sancho, que tengo una prenda vuestra en mi casa, un sobrino os tengo que no lo podreis negar, si no os negais á vos mismo, tanto es lo que os parece. La respuesta que dió el padre á Don Francisco, fue lle-

garse á su hijo Don Sancho, y quitalle la daga de las manos, y luego fue á abrazar á Rosanio, el qual dexándose derribar á los pies del que ya conoció ser su suegro, se los besó mil veces: arrodillóse tambien ante su padre Feliciana, derramó lágrimas, envió suspiros, vinieron desmayos. La alegria discurrió por todos los circunstantes, ganó fama de prudente el padre, de prudente el hijo, y los amigos de discretos y bien hablados; llevólos el Corregidor á su casa; regalólos el Prior del Santo Monasterio abundantisimamente; visitaron las reliquias los peregrinos que son muchas, santisimas y ricas; confesaron sus culpas, recibieron los Sacramentos, y en este tiempo, que fue el de tres dias, envió Don Francisco por el niño que le habia llevado la labradora, que era el mismo que Rosanio dió á Periandro la noche que le dió la cadena, el qual era tan lindo, que el abuelo puesta en olvido toda inju-

ria, dixo viéndole: que mil bienes haya la madre que te parió, y el padre que te engendró, y tomándole en sus brazos, tiernamente le bañó el rostro con lágrimas, y se las enjugó con besos, y las limpió con sus canas. Pidió Auristela á Feliciana le diese el traslado de los versos que habia cantado delante de la santisima Imágen, la qual respondió que solamente habia cantado quatro estancias, y que todas eran doce, dignas de ponerse en la memoria, y así las escribió que eran estas:

Antes que de la mente eterna fuera
saliesen los espíritus alados,
y antes que la veloz ó tarda esfera
tuviese movimientos señalados,
y antes que aquella oscuridad primera
los cabellos del sol viese dorados,
fabricó para sí Dios una casa
de santisima, limpia y pura masa:
Los altos y fortísimos cimientos

sobre humildad profunda se fundaron,
y mientras mas á la humildad atentos,
mas la fábrica régia levantaron:
pasó la tierra, pasó el mar, los vientos
atras como mas baxos se quedaron,
el fuego pasa, y con igual fortuna
debaxo de sus pies tiene la luna.

De fe son los pilares, de esperanza
los muros; esta fábrica bendita
ciñe la caridad, por quien se alcanza
duracion, como Dios siempre infinita,
su recreo se aumenta en su templanza,
su prudencia los grados facilita
del bien que ha de gozar por la grandeza
de su mucha justicia y fortaleza.

Adornan este alcazar soberano
Profundos pozos, perenales fuentes

huertos cerrados, cuyo fruto sano
es bendicion y gloria de las gentes:
estan á la siniestra y diestra mano
cipreses altos, palmas eminentes,
altos cedros, clarisimos espejos,
que dan lumbre de gracia cerca y
lejos.

El cinamomo, el plátano y la rosa
de Hiericó se halla en sus jardines,
con aquella color, y aun mas her-
mosa,
de los mas abrasados Querubines:
del pecado la sombra tenebrosa
ni llega, ni se acerca á sus confines:
todo es luz, todo es gloria, todo es
cielo,
este edificio que hoy se muestra
al suelo.

De Salomon el templo se nos
muestra
hoy con la perfeccion á Dios po-
sible,
donde no se oyó golpe, que la
diestra
mano diese á la obra convenible,

hoy haciendo de sí gloriosa muestra,
salió la luz del sol inacesible,
hoy nuevo resplandor ha dado al dia
la clarisima estrella de Maria.

Antes que el sol la estrella hoy da su lumbre,
prodigiosa señal, pero tan buena,
que sin guardar de agüeros la costumbre,
dexa el alma de gozo y bienes llena:
hoy la humildad se vió puesta en la cumbre,
hoy comenzó á romperse la cadena
del hierro antiguo, y sale al mundo aquella
prudentisima Ester, que el sol mas bella.

Niña de Dios por nuestro bien nacida,
tierna, pero tan fuerte, que la frente,
en soberbia maldad endurecida,
quebrantasteis de la infernal serpiente,

brinco de Dios, de nuestra muerte vida,
pues vos fuisteis el medio conveniente,
que reduxo á pacifica concordia
de Dios y el hombre la mortal discordia.

La justicia y la paz hoy se han juntado
en Vos, Virgen Santísima, y con gusto
el dulce beso de la paz se han dado,
arra y señal del venidero Augusto:
del claro amanecer, del Sol sagrado
sois la primera aurora, sois del justo
gloria, del pecador firme esperanza,
de la borrasca antigua la bonanza.

Sois la paloma que ab eterno fuistes
llamada desde el cielo; sois la esposa,
que al Sacro Verbo limpia carne distes,
por quien de Adan la culpa fue dichosa:

sois el brazo de Dios, que detuvistes
de Abrahan la cuchilla rigurosa,
y para el sacrificio verdadero
nos distes al mansisimo Cordero.

Creced, hermosa planta, y dad el fruto
presto en sazon, por quien el alma espera
cambiar en ropa rozagante el luto
que la gran culpa le vistió primera:
de aquel inmenso y general tributo
la paga conveniente y verdadera
en vos se ha de fraguar: creed, señora,
que sois universal remediadora.

Ya en las empireas sacrosantas salas
el paraninfo aligero se apresta,
ó casi mueve las doradas alas,
para venir con la embaxada honesta,
que el olor de virtud que de tí exhalas,
Virgen bendita, sirve de requesta

y apremio, á que se vea en tí muy presto
del gran poder de Dios echado el resto.

Estos fueron los versos que comenzó á cantar Feliciana, y los que dió por escrito despues que fueron de Auristela mas estimados que entendidos: en resolucion las paces de los desavenidos se hicieron: Feliciana, esposo, padre y hermano se volvieron á su lugar, dexando orden á Don Francisco Pizarro y Don Juan de Orellana les enviasen el niño; pero no quiso Feliciana pasar el disgusto que da el esperar, y así se le llevó consigo: con cuyo suceso quedaron todos alegres.

CAPÍTULO VI.

Quatro dias se estuvieron los peregrinos en Guadalupe, en los quales comenzaron á ver las grandezas de aquel santo Monasterio: digo

comenzaron: porque acabarlas de ver es imposible: desde allí se fueron á Truxillo, á donde asimismo fueron agasajados de los dos nobles Caballeros, Don Francisco Pizarro y Don Juan de Orellana, y allí de nuevo refirieron el suceso de Feliciana y ponderaron al par de su voz su discrecion, y el buen proceder de su hermano y de su padre, exâgerando Auristela los corteses ofrecimientos que Feliciana le habia hecho al tiempo de su partida: la ida de Truxillo fue de allí á dos dias, la vuelta de Talavera, donde hallaron que se preparaba para celebrar la gran fiesta de la Monda que trae su origen de muchos años antes que Christo naciese, reducida por los Christianos á tan buen punto y término, que si entonces se celebraba en honra de la Diosa Venus por la Gentilidad, ahora se celebra en honra y alabanza de la Virgen de las vírgenes. Quisieran esperar á verla, pero por no dar mas espacio, pasaron

adelante, y se quedaron sin satisfacer su deseo: seis leguas se habrian alongado de Talavera, quando delante de sí vieron que caminaba una peregrina, tan peregrina, que iba sola, y escusóles el darla voces, á que se detuviese, el haberse ella sentado sobre la verde yerba de un pradecillo, ó ya convidada del ameno sitio, ó ya obligada del cansancio. Llegaron á ella, y hallaron ser de tal talle que nos obliga á describirle: la edad, al parecer, salía de los términos de la mocedad y tocaba en las márgenes de la vejez; el rostro daba en rostro, porque la vista de un lince no alcanzára á verle las narices, porque no las tenia sino tan chatas y llanas, que con unas pinzas no le pudieran asir una brizna de ellas; los ojos les hacian sombra, porque mas salian fuera de la cara que ella; el vestido era una esclavina rota que le besaba los calcañares, sobre la qual traia una muceta, la mitad guarnecida de cue-

ro, que por roto y despedazado no se podia distinguir, si de cordoban ó si de badana fuese: ceñiase con un cordon de esparto, tan abultado y poderoso, que mas parecia gumena de galera, que cordon de peregrina; las tocas eran bastas, pero limpias y blancas: cubriale la cabeza un sombrero viejo sin cordon ni toquilla, y los pies unos alpargates rotos, y ocupabale la mano un bordon hecho á manera de cayado, con una punta de acero al fin; pendiale del lado izquierdo una calabaza de mas que mediana estatura, y apegabale el cuello un rosario, cuyos Padres nuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al argolla. En efecto toda ella era rota y toda penitente, y como despues se echó de ver, toda de mala condicion. Saludáronla en llegando, y ella les volvió las saludes con la voz que podia prometer la cátedra de sus narices, que fue mas gangosa que suave. Preguntá-

ronla, donde iba, y qué peregrinacion era la suya, y diciendo y haciendo, convidados como ella del ameno sitio, se le sentaron á la redonda, dexaron pacer el bagage que les servia de recamara, de despensa y botilleria, y satisfaciendo á la hambre, alegremente la convidaron, y ella respondiendo á la pregunta que la habian hecho, dixo: mi peregrinacion es la que usan algunos peregrinos, quiero decir, que siempre es la que mas cerca les viene á cuento para disculpar su ociosidad, y así me parece que será bien deciros, que por ahora voy á la gran ciudad de Toledo, á visitar á la devota Imágen del Sagrario, y desde allí me iré al Niño de la Guardia, y dando una punta, como halcon Noruego, me entretendré con la santa Veronica de Jaen, hasta hacer tiempo, de que llegue el último Domingo de Abril, en cuyo dia se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andu-

jar, la fiesta de nuestra señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra tal, segun he oido decir, que ni las pasadas fiestas de la Gentilidad, á quien imita la de la Monda de Talavera, no le han hecho, ni le pueden hacer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginacion donde la tengo fixa, y pintarosla con palabras, y ponerosla delante de la vista, para que comprehendiéndola, vierades la mucha razon que tengo de alabarosla, pero esta es carga para otro ingenio no tan estrecho como el mio: en el rico Palacio de Madrid, morada de los Reyes, en una galeria está retratada ésta fiesta con la puntualidad posible: allí está el monte, ó por mejor decir, peñasco, en cuya cima está el Monasterio que deposita en sí una santa Imágen llamada de la Cabeza, que tomó el nombre de la peña donde habita, que antiguamente se llamó el Ca-

bezo, por estar en la mitad de un llano, libre y desembarazado, solo y sereno de otros montes ni peñas que lo rodeen, cuya altura será de hasta un quarto de legua, y cuyo circuito debe de ser poco mas de media. En este espacioso y ameno sitio tiene su asiento siempre verde y apacible por el humor que le comunican las aguas del rio Xándula que de paso, como en reverencia, le besa las faldas: el lugar, la peña, la imágen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y lejos el solemne dia que he dicho, le hacen famoso en el mundo y célebre en España, sobre quantos lugares las mas estendidas memorias se acuerdan.

Suspensos quedaron los peregrinos de la relacion de la nueva, aunque vieja peregrina, y casi les comenzó á bullir en el alma la gana de irse con ella á ver tantas maravillas; pero la que llevaban de acabar su camino, no dió lugar á que nuevos deseos lo impidiesen: desde

allí prosiguió la peregrina, no sé qué viage será el mio, aunque sé que no me ha de faltar donde ocupe la ociosidad y entretenga el tiempo, como lo hacen, como ya he dicho, algunos peregrinos que se usan. A lo que dixo Antonio el padre: paréceme, señora peregrina, que os da en el rostro la peregrinacion. Eso no, respondió ella, que bien sé, que es justa, santa y loable, y que siempre la ha habido y la ha de haber en el mundo; pero estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hacen grangería de la santidad y ganancia infame de la virtud loable: con aquellos digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres, y no digo mas, aunque pudiera. En esto por el camino real que junto á ellos estaba, vieron venir un hombre á caballo, que llegando á igualar con ellos, al quitarles el sombrero para saludarles y hacerles cortesía, habiendo puesto la cabalgadura, como despues pareció, la mano en un ho-

yo, dió consigo y con su dueño al traves una gran caida: acudieron todos luego á socorrer el caminante que pensaron hallar muy mal parado. Arrendó Antonio el mozo la cabalgadura que era un poderoso macho, y al dueño le abrigaron lo mejor que pudieron, y le socorrieron con el remedio mas ordinario que en tales casos se usa, que fue darle á beber un golpe de agua, y hallando que su mal no era tanto como pensaban, le dixeron que bien podia volver á subir y á seguir su camino: el qual hombre les dixo: quizá, señores peregrinos, ha permitido la suerte que yo haya caido en este llano para poder levantarme de los riesgos donde la imaginacion me tiene puesta el alma: yo, señores, aunque no querais saberlo, quiero que sepais, que soy extrangero, y de nacion Polaco; muchacho salí de mi tierra y vine á España, como á centro de extrangeros y á madre comun de las naciones; serví á Españoles, aprendí la

lengua castellana de la manera que veis que la hablo, y llevado del general deseo que todos tienen de ver tierras, vine á Portugal á ver la gran ciudad de Lisboa, y la misma noche que entré en ella, me sucedió un caso, que si le creyeredes, haréis mucho, y sino no importa nada, puesto que la verdad ha de tener siempre su asiento, aunque sea en sí misma. Admirados quedaron Periandro y Auristela y los demas compañeros de la improvisa y concertada narracion del caido caminante, y con gusto de escuchalle, le dixo Periandro, que prosiguiese en lo que decir queria, que todos le darian crédito, porque todos eran corteses, y en las cosas del mundo experimentados.

Alentado con esto el caminante, prosiguió diciendo: digo, que la primera noche que entré en Lisboa, yendo por una de sus principales calles, ó *ruas*, como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me habia parecido bien una, don-

de me habia apeado, al pasar de un lugar estrecho, y no muy limpio, un embozado Portugues con quien encontré, me desvió de sí con tanta fuerza, que tuve necesidad de arrimarme al suelo: despertó el agravio la cólera, remití mi venganza á mi espada, puse mano, púsola el Portugues con gallardo brio y desenvoltura, y la ciega noche y la fortuna mas ciega á la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adonde, encaminó la punta de mi espada á la vista de mi contrario, el qual dando de espaldas, dió el cuerpo al suelo y el alma adonde Dios sabe. Luego me representó el temor lo que habia hecho: pásméme, puse en el huir mi remedio, quise huir, pero no sabia adonde: mas el rumor de la gente que me pareció que acudia, me puso alas en los pies, y con pasos desconcertados volví la calle abaxo buscando donde esconderme, ó adonde tener lugar de limpiar mi espada, porque si la justicia me cogiese, no me hallase

con manifiestos indicios de mi delito; yendo pues así, ya del temor desmayado, ví una luz en una casa principal, y arrojéme á ella sin saber con qué designio: hallé una sala baxa abierta y muy bien aderezada, alargué el paso y entré en otra quadra tambien bien aderezada, y llevado de la luz que en otra quadra parecia, hallé en un rico lecho echada una señora que alborotada, sentándose en él, me preguntó, ¿quién era, qué buscaba y adonde iba, y quién me habia dado licencia de entrar hasta allí con tan poco respeto? Yo le respondí: Señora, á tantas preguntas no os puedo responder, sino solo con deciros, que soy un hombre extrangero, que á lo que creo, dexo muerto á otro en esa calle, mas por su desgracia y su soberbia, que por mi culpa: suplícoos por Dios y por quien sois, que me escapeis del rigor de la justicia, que pienso que me viene siguiendo. ¿Sois Castellano, me preguntó en su lengua portuguesa? No,

señora, le respondí yo, sino forastero, y bien lejos de esta tierra. Pues aunque fuerades mil veces Castellano, replicó ella, os librára yo, si pudiera, y os libraré, si puedo; subid por cima de este lecho, y entraos debaxo de este tapiz, y entraos en un hueco que aquí hallaréis, y no os movais, que si la justicia viniere, me tendrá respeto, y creerá lo que yo quisiere decirles. Hice luego lo que me mandó, alzé el tapiz, hallé el hueco, estrechéme en él, recogí el aliento, y comenzé á encomendarme á Dios lo mejor que pude, y estando en esta confusa afliccion, entró un criado de casa, diciendo casi á gritos: señora, á mi señor Don Duarte han muerto, aquí le traen pasado de una estocada de parte á parte por el ojo derecho, y no se sabe el matador, ni la ocasion de la pendencia, en la qual apenas se oyeron los golpes de las espadas: solamente hay un muchacho que dice, que vió entrar un

hombre huyendo en esta casa. Este debe de ser el matador sin duda, respondió la señora ,, y no podrá escaparse: quántas veces temia yo, ¡ay desdichada! ver que traian á mi hijo sin vida, porque de su arrogante proceder no se podian esperar sino desgracias.

En esto en hombros de otros quatro entraron al muerto, y le tendieron en el suelo delante de los ojos de la afligida madre, la qual con voz lamentable comenzó á decir: ¡Ay venganza, y cómo me estás llamando á las puertas del alma; pero no consiente que responda á tu gusto, el que yo tengo de guardar mi palabra! ¡Ay, con todo esto, dolor que me aprietas mucho! Considerad, señores, qual estaria mi corazon, oyendo las apretadas razones de la madre, á quien la presencia del muerto hijo me parecia á mí que le ponian en las manos mil géneros de muertes con que de mí se vengase, que bien estaba claro que habia de imagi-

nar, que yo era el matador de su hijo: pero ¿qué podia yo hacer entonces sino callar y esperar en la misma desesperacion? y mas quando entró en el aposento la justicia, que con comedimiento dixo á la señora: guiados por la voz de un muchacho que dice, que se entró en esta casa el homicida de este caballero, nos hemos atrevido á entrar en ella. Entonces yo abrí los oidos, y estuve atento á las respuestas que daria la afligida madre, la qual respondió llena el alma de generoso ánimo y de piedad christiana: si ese tal hombre ha entrado en esta casa, no á lo menos en esta estancia: por allá le pueden buscar, aunque plegue á Dios que no le hallen, porque mal se remedia una muerte con otra, y mas quando las injurias no proceden de malicia.

Volvióse la justicia á buscar la causa, y volvieron en mí los espíritus que me habian desamparado; mandó la señora quitar delante de sí el cuerpo muerto del hijo, y

que le amortajasen, y desde luego diesen órden en su sepultura: mandó asimismo que la dexasen sola, porque no estaba para recebir consuelos y pésames de infinitos que venian á dárselos, así de parientes como de amigos y conocidos. Hecho esto, llamó á una doncella suya, que á lo que pareció, debió de ser de la que mas se fiaba, y habiéndola hablado al oido, la despidió, mandándole cerrase tras sí la puerta: ella lo hizo así, y la señora sentándose en el lecho, tentó el tapiz, y á lo que pienso, me puso las manos sobre el corazon, el qual palpitando apriesa daba indicios del temor que le cercaba; ella viendo lo qual, me dixo con baxa y lastimada voz: hombre, quien quiera que seas, ya ves que me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos, y finalmente la vida que me sustentaba; pero porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra á mi venganza, y así en cum-

plimiento de la promesa que te hice de librarte, quando aquí entraste, has de hacer lo que ahora te diré: pónte las manos en el rostro, porque si yo me descuido en abrir los ojos, no me obligues á que te conozca, y sal de ese encerramiento y sigue á una mi doncella, que ahora vendrá aquí, la qual te pondrá en la calle, y te dará cien escudos de oro con que facilites tu remedio: no eres conocido, no tienes ningun indicio que te manifieste, sosiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir el delinqüente.

En esto volvió la doncella, yo salí detras del paño, cubierto el rostro con la mano, y en señal de agradecimiento, hincado de rodillas besé el pie de la cama muchas veces, y luego seguí las de la doncella que asimismo callando me asió del brazo, y por la puerta falsa de un jardin, á escuras me puso en la calle. En viéndome en ella, lo primero que hice,

fue limpiar la espada, y con sosegado paso salí acaso á una calle principal, de donde reconocí mi posada, y me encontré en ella, como si por mí no hubiera pasado, ni próspero suceso ni adverso; contóme el huesped la desgracia del recien muerto caballero, y así exâgeró la grandeza de su linage, como la arrogancia de su condicion, de la qual se creia, le habria grangeado algun enemigo secreto que á semejante término le hubiese conducido. Pasé aquella noche dando gracias á Dios de las recibidas mercedes, y ponderando el valeroso y nunca visto ánimo christiano, y admirable proceder de Doña Guiomar de Sosa, que así supe se llamaba mi bienhechora: salí por la mañana al rio, y hallé en él un barco lleno de gente que se iba á embarcar en una gran nave que en Sangian estaba de partida para las Indias orientales; volvíme á mi posposada, vendí á mi huesped la cabalgadura, y cerrando todos mis

discursos en el puño, volví al rio y al barco, y otro dia me hallé en el gran navío fuera del puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se deseaba: quince años he estado en las Indias, en los quales sirviendo de soldado con valentísimos Portugueses, me han sucedido cosas de que quizá pudiera hacer una gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes invencible nacion portuguesa, dignas de perpetua alabanza en los presentes y venideros siglos: allí grangee algun oro y algunas perlas y cosas mas de valor que de bulto, con las quales y con la ocasion de volverse mi General á Lisboa, volví á ella, y de allí me puse en camino para volverme á mi patria, determinando ver primero todas las mejores y mas principales ciudades de España: reduxe á dineros mis riquezas, y á pólizas lo que me pareció ser necesario para mi camino, que fue el que primero intenté venir á

Madrid, donde estaba recien venida la Corte del gran Felipe III; pero ya mi suerte cansada de llevar la nave de mi ventura con próspero viento por el mar de la vida humana, quiso que diese en un baxío que la destrozase toda, y ansi hizo que en llegando una noche á Talavera, un lugar que no está lejos de aquí, me apee en un meson que no me sirvió de meson sino de sepultura, pues en él hallé la de mi honra.

¡O fuerzas poderosas de amor, de amor digo inconsiderado, presuroso y lascivo y mal intencionado, y con quanta facilidad atropellas designios buenos, intentos castos, proposiciones discretas! digo, pues, que estando en este meson, entró en él acaso una doncella de hasta diez y seis años, á lo menos á mí no me pareció de mas, puesto que despues supe que tenia veinte y dos: venia en cuerpo y en tranzado, vestida de paño, pero limpísima, y al pasar junto á mí, me

pareció que olia á un prado lleno de flores por el mes de Mayo, cuyo olor en mis sentidos dexó atras las aromas de Arabia: llegóse la qual á un mozo del meson, y hablándole al oido, alzó una gran risa, y volviendo las espaldas, salió del meson, y se entró en una casa frontera: el mozo mesonero corrió tras ella, y no la pudo alcanzar sino fue con una coz que le dió en las espaldas, que la hizo entrar cayendo de ojos en su casa; esto vió otra moza del mismo meson, y llena de cólera dixo al mozo: por Dios, Alonso, que lo haces mal, que no merece Luisa que la santigues á coces. Como esas le daré yo, si vivo, respondió el Alonso: calla, Martina amiga, que estas mocitas sobresalientes no solamente es menester ponerles la mano, sino los pies y todo, y con esto nos dexó solos á mí y á Martina, á la qual le pregunté que qué Luisa era aquella, y si era casada, ó no: no es casada, respondió Martina;

pero serálo presto con este mozo Alonso, que habeis visto, y en fé de los tratos que andan entre los padres de ella y los de él, de esposa, se atreve Alonso á molella á coces todas las veces que se le antoja, aunque muy pocas son, sin que ella las merezca, porque si va á decir la verdad, señor huesped, la tal Luisa es algo atrevidilla y algun tanto libre y descompuesta; harto se lo he dicho yo, mas no aprovecha: no dexará de seguir su gusto si la sacan los ojos: pues en verdad, en verdad que una de las mejores dotes que puede llevar una doncella, es la honestidad, que buen siglo haya la madre que me parió, que fue persona que no me dexó ver la calle, ni aun por un agujero, quanto mas salir al umbral de la puerta; sabia bien, como ella decia, que la muger y la gallina &c. Dígame, señora Martina, le repliqué yo, ¿cómo de la estrecheza de ese noviciado vino á hacer profesion en la anchura de un meson? Hay mucho

que decir en eso, dixo Martina, y aun yo tuviera mas que decir de estas menudencias, si el tiempo lo pidiera, ó el dolor que traigo en el alma lo permitiera.

CAPÍTULO XII.

Con atencion escuchaban los peregrinos al peregrino, quando del Polaco ya deseaban saber qué dolor traia en el alma, como sabian el que debia tener en el cuerpo, á quien dixo Periandro: contad, señor, lo que quisieredes y con las menudencias que quisieredes, que muchas veces el contarlas, suele acrecentar gravedad al cuento; que no parece mal estar en la mesa de un banquete junto á un faysan bien aderezado, un plato de una fresca, verde y sabrosa ensalada: la salsa de los cuentos es la propiedad del lenguage en qualquiera cosa que se diga: así que, señor, seguid vuestra historia, contad de Alonso y de Martina acoceada á vuestro gus-

to, á Luisa casadla, ó no la caseis, séase ella libre y desenvuelta como un cérnicalo, que el que toque no está en sus desenvolturas, sino en sus sucesos, segun lo hallo yo en mi Astrología. Digo pues, señores, respondió el Polaco, que usando de esa buena licencia, no me quedará cosa en el tintero que no la ponga en la plana de vuestro juicio. Con todo el que entonces tenia, que no debia de ser mucho, fuí y vine una y muchas veces aquella noche á pensar en el donayre, en la gracia y en la desenvoltura de la sin par, á mi parecer, ni sé si la llame vecina moza, ó conocida de mi huespeda: hice mil designios, fabriqué mil torres de viento, caséme, tuve hijos y dí dos higas al que dirán; y finalmente me resolví de dexar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Talavera casado con la diosa Venus, que no menos hermosa me pareció la muchacha, aunque acoceada por el mozo del mesonero; pasóse aquella noche, to-

mé el pulso á mi gusto, y halléle tal, que á no casarme con ella, en poco espacio de tiempo habia de perder, perdiendo el gusto la vida que ya habia depositado en los ojos de mi labradora; y atropellando por todo género de inconvenientes determiné de hablar á su padre, pidiéndosela por muger: enseñéle mis perlas, manifestéle mis dineros, díxele alabanzas de mi ingenio y de mi industria, no solo para conservarlos sino para aumentarlos: y con estas razones y con el alarde que le habia hecho de mis bienes, vino mas blando que un guante á condescender con mi deseo, y mas quando vió que yo no reparaba en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenia por pagado, contento y satisfecho de este concierto: quedó Alonso despechado, Luisa mi esposa rostrituerta, como lo dieron á entender los sucesos que de allí á quince dias acontecieron con dolor mio y vergüenza suya, que fueron acomodarse mi esposa

con algunas joyas y dineros mios, con los quales y con ayuda de Alonso, que le puso alas en la voluntad y en los pies, desapareció de Talavera, dexándome burlado y arrepentido, y dando ocasion al pueblo, á que de su inconstancia y bellaquería en corrillos hablasen; hízome el agravio acudir á la venganza, pero no hallé en quien tomarla sino en mí propio, que con un lazo estuve mil veces para ahorcarme; pero la suerte que quizá para satisfacerme de los agravios que me tiene hechos me guarda, ha ordenado que mis enemigos hayan parecido presos en la cárcel de Madrid, de donde he sido avisado que vaya á ponerles la demanda y á seguir mi justicia: y así voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi honra, y con quitarles las vidas, quitar de sobre mis hombros la pesada carga de su delito, que me trae aterrado y consumido: vive Dios que han de morir: vive Dios que

me he de vengar: vive Dios que ha de saber el mundo, que no sé disimular agravios, y mas los que son tan dañosos que se entran hasta las médulas del alma; á Madrid voy, ya estoy mejor de mi caida, no hay sino ponerme á caballo, y guárdense de mí hasta los mosquitos del ayre, y no me lleguen á los oidos ni ruegos de frayles, ni llantos de personas devotas, ni promesas de bien intencionados corazones, ni dádivas de ricos, ni imperios, ni mandamientos de Grandes, ni toda la caterva que suele proceder á semejantes acciones, que mi honra ha de andar sobre su delito como el aceyte sobre el agua; y diciendo esto, se iba á levantar muy ligero para volver á subir y á seguir su viage; viendo lo qual Periandro, asiéndole del brazo le detuvo, y le dixo: vos, señor, ciego de vuestra cólera no echais de ver que vais á dilatar y á extender vuestra deshonra; hasta ahora no estais mas deshonrado de entre los que os

conocen en Talavera, que deben de ser bien pocos, y agora vais á serlo de los que os conocerán en Madrid: quereis ser como el labrador que crió la víbora serpiente en el seno todo el invierno, y por merced del cielo, quando llegó el verano, donde ella pudiera aprovecharse de su ponzoña, no la halló porque se habia ido; el qual sin agradecer esta merced al cielo, quiso irla á buscar y volverla á anidar en su casa y en su seno, no mirando ser suma prudencia no buscar el hombre lo que no le está bien hallar, y á lo que comunmente se dice, que al enemigo que huye puente de plata, y el mayor que el hombre tiene suele decirse que es la muger propia, (pero esto debe de ser en otras religiones que en la christiana) entre las quales los matrimonios son una manera de concierto y conveniencia, como lo es el de alquilar una casa ú otra alguna heredad; pero en la Religion Católica el casamiento es Sa-

cramento que solo se desata con la muerte, ó con otras cosas que son mas duras que la misma muerte, las quales pueden escusar la cohabitacion de los dos casados, pero no deshacer el nudo con que ligados fueron: ¿qué pensais que os sucederá quando la justicia os entregue á vuestros enemigos atados y rendidos encima de un teátro público á la vista de infinitas gentes, y á vos blandiendo el cuchillo encima del cadahalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos decis, vuestra honra? ¿qué os puede suceder, como digo, sino hacer mas público vuestro agravio? porque las venganzas castigan, pero no quitan las culpas; y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se están en pie, y siempre están vivas en las memorias de las gentes, á lo menos en tanto que vive el agraviado: así que, señor, volved en vos, y dando lugar á la miseri-

cordia, no corrais tras la justicia, y no os aconsejo por esto á que perdoneis á vuestra muger para volvella á vuestra casa, que á esto no hay ley que os obligue: lo que os aconsejo es, que la dexeis, que es el mayor castigo que podreis darle; vivid lejos de ella, y vivireis, lo que no haréis estando juntos, porque moriréis continuo. La ley del repudio fue muy usada entre los Romanos; y puesto que seria mayor caridad perdonarla, recogerla, sufrirla y aconsejarla, es menester tomar el pulso á la paciencia, y poner en un punto estremado á la discrecion, de la qual pocos se pueden fiar en esta vida, y mas quando la contrastan inconvenientes tantos y tan pesados: y finalmente quiero que considereis, que vais á hacer un pecado mortal, en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca.

Atento estuvo á estas razones de Periandro el colérico Polaco, y

mirándole de hito en hito respondió: tú, señor, has hablado sobre tus años: tu discrecion se adelanta á tus dias, y la madurez de tu ingenio á tu verde edad; un angel te ha movido la lengua, con la qual has ablandado mi voluntad, pues ya no es otra la que tengo sino es la de volverme á mi tierra á dar gracias al cielo por la merced que me ha hecho; ayudame á levantar, que si la cólera me volvió las fuerzas, no es bien que me las quite mi bien considerada paciencia. Eso harémos todos de muy buena gana, dixo Antonio el padre, y ayudándole á subir en el macho, abrazándoles á todos primero, dixo, que queria volver á Talavera á cosas que á su hacienda tocaban, y que desde Lisboa volveria por la mar á su patria; dixoles su nombre, que se llamaba Ortel Banedre, que respondia en Castellano, Martin Banedre, y ofreciéndoseles de nuevo á su servicio, volvió las riendas hácia Talavera, dexando á

todos admirados de sus sucesos, y del buen donaire con que los habia contado; aquella noche la pasaron los peregrinos en aquel mismo lugar, y de allí á dos dias, en compañía de la antigua peregrina llegaron á la Sagra de Toledo y á vista del celebrado Tajo, famoso por sus arenas y claro por sus líquidos cristales.

CAPÍTULO VIII.

No es la fama del rio Tajo tal, que la cierren límites, ni la ignoren las mas remotas gentes del mundo, que á todos se estiende y á todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle, y como es uso de los Setentrionales, ser toda la gente principal versada en la lengua Latina, y en los antiguos Poetas, eralo asímismo Periandro, como uno de los mas principales de aquella nacion; y así por esto, como por haber mostrádose á la luz del mundo aquellos

dias las famosas obras del jamas alabado, como se debe, Poeta, Garcilaso de la Vega, y haberlas él visto, leido, mirado y admirado, así como vió al claro rio, dixo, no dirémos: *Aquí dió fin á su cantar Salicio*, sino: Aquí dió principio á su cantar Salicio: aquí sobrepujó en sus eglogas á sí mismo: aquí resonó su zampoña, á cuyo son se detuvieron las aguas de este rio, no se movieron las hojas de los arboles, y parandose los vientos dieron lugar á que la admiracion de su canto fuese de lengua en lengua y de gente en gente por todas las de la tierra: ó venturosas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas, ¿qué digo yo doradas? antes de puro oro nacidas, recoged á este pobre peregrino, que como desde lejos os adora, os piensa reverenciar desde cerca, y poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo, fue esto lo que dixo: ¡O peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en

cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes Godos, para volver á resucitar su muerta gloria, y á ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias: salve pues, ó ciudad santa, y dá lugar que en tí le tengan estos que venimos á verte.

Esto dixo Periandro, que lo dixera mejor Antonio el padre, si tambien como él lo supiera, porque las lecciones de los libros muchas veces hacen mas cierta esperiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto, á causa que el que lee con atencion, repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada, y con esto excede la leccion á la vista: casi en este mismo instante resonó en sus oidos el són de infinitos y alegres instrumentos, que por los valles que la ciudad rodean, se estendian, y vieron venir hácia donde ellos estaban, esquadrones no armados de infanteria, sino mon-

tones de doncellas, sobre el mismo sol hermosas, vestidas á lo villano, llenas de sartas y patenas los pechos, en quien los corales y la plata tenian su lugar y asiento, con mas gala que las perlas y el oro, que aquella vez se hurtó de los pechos, y se acogió á los cabellos, que todos eran luengos y rubios como el mismo oro; venian, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeza con verdes guirnaldas de olorosas flores: campeó aquel dia y en ellas, antes la palmilla de Cuenca que el damasco de Milan y el raso de Florencia; finalmente la rusticidad de sus galas se aventajaba á las mas ricas de la Corte, porque si en ellas se mostraba la honesta mediania, se descubria asimismo la estremada limpieza; todas eran flores, todas rosas, todas donaire, y todas juntas componian un honesto movimiento, aunque de diferentes bailes formado, el qual movimiento era incitado del són de los diferen-

tes instrumentos ya referidos: al rededor de cada esquadron andaban por de fuera, de blanquísimo lienzo vestidos y con paños labrados rodeadas las cabezas, muchos zagales, ó ya sus parientes, ó ya sus conocidos, ó ya vecinos de sus mismos lugares; uno tocaba el tamboril y la flauta, otro el salterio, éste las sonajas, y aquel los albogues, y de todos estos sones redundaba uno solo, que alegraba con la concordancia, que es el fin de la música; y al pasar uno de estos esquadrones, ó junta de bayladoras doncellas, por delante de los peregrinos, uno que á lo que despues pareció era el Alcalde del pueblo, asió á una de aquellas doncellas del brazo, y mirandola muy bien de arriba abaxo, con voz alterada y de mal talante le dixo: Ah, ¿Tozuelo, Tozuelo, y que de poca vergüenza os acompaña? ¿bayles son estos para ser profanados? ¿fiestas son estas para no llevarlas sobre las niñas de los ojos? no sé yo como

consienten los cielos semejantes maldades, si esto ha sido con sabiduria de mi hija Clementa Cobeña, por Dios que nos han de oir los sordos: apenas acabó de decir esta palabra el Alcalde, quando llegó otro Alcalde, y le dixo: Pedro Cobeño, si os oyesen los sordos, seria hacer milagros: contentaos con que nos oigamos á nosotros, y sepamos en qué os ha ofendido mi hijo Tozuelo, que si él ha delinquido contra vos, justicia soy yo que le podré y sabré castigar, á lo que repondió Cobeño: el delinquimiento ya se vé, pues siendo varon vá vestido de hembra y no de hembra como quiera, sino de doncella de su Magestad en sus fiestas; porque veais, Alcalde Tozuelo, si es mocosa la culpa, témome que mi hija Cobeña anda por aquí, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos, y no querria que el diablo hiciese de las suyas y sin nuestra sabiduria los juntáse sin las bendiciones de la

Iglesia, que ya sabeis, que estos casorios hechos á hurtadillas, por la mayor parte pararon en mal y dan de comer á los de la Audiencia Clerical, que es muy carera.

A esto respondió por Tozuelo una doncella labradora, de muchas que se pararon á oir la plática: si va á decir la verdad, señores Alcaldes, tan marida es Mari Cobeña de Tozuelo y él marido de ella, como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre; ella está en cinta, y no está para danzar ni baylar; casenlos y vayase el diablo para malo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Par Dios, hija, respondió Tozuelo, vos decis muy bien: entrambos son iguales, no es mas christiano viejo el uno que el otro; las riquezas se pueden medir con una misma vara. Agora bien, replicó Cobeño, llamen aquí á mi hija que ella lo deslindará todo, que no es nada muda: vino Cobeña, que no estaba lejos, y lo primero que di-

xo fue: ni yo he sido la primera, ni seré la postrera que haya tropezado y caido en estos barrancos. Tozuelo es mi esposo, y yo su esposa, y perdonenos Dios á entrambos, quando nuestros padres no quisieren. Eso sí, hija, dixo su padre, la vergüenza por los cerros de Ubeda, antes que en la cara; pero pues esto está ya hecho, bien será que el Alcalde Tozuelo se sirva de que este caso pase adelante, pues vosotros no le habeis querido dexar atras. Pardiez, dixo la doncella primera, que el señor Alcalde Cobeño ha hablado como un viejo, dense estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta agora, y queden para en uno, como lo manda la santa Iglesia nuestra madre, y vamos con nuestro bayle al olmo, que no se ha de estorbar nuestra fiesta por niñerias. Vino Tozuelo con el parecer de la moza, diéronse las manos los donceles, acabóse el pleyto, y pasó el bayle adelante: que si con esta

brevedad se acabarán todos los pleytos, secas y peladas estuvieran las solícitas plumas de los escribanos. Quedaron Periandro, Auristela y los demas peregrinos contentisimos de haber visto la pendencia de los dos amantes, y admirados de ver la hermosura de las labradoras doncellas que parecian todas á una mano, que eran principio, medio y fin de la humana belleza.

No quiso Periandro que entrasen en Toledo, porque así se lo pidió Antonio el padre, á quien aguijaba el deseo que tenia de ver á su patria y á sus padres que no estaban lejos diciendo, que para ver las grandezas de aquella ciudad, convenia mas tiempo que el que su priesa les ofrecia: por esta misma razon tampoco quisieron pasar por Madrid, donde á la sazon estaba la Corte, temiendo algun estorbo que su camino les impidiese; confirmoles en este parecer la antigua peregrina, diciéndoles que andaban en la Corte ciertos pequeños

que tenian fama de ser hijos de grandes, que aunque páxaros novales, se abatian al señuelo de qualquier muger hermosa de qualquiera calidad que fuese, que el amor antojadizo no busca calidades sino hermosura; á lo que añadió Antonio el padre: de esa manera será menester que usemos de la industria que usan las grullas quando mudando regiones pasan por el monte Limabo, en el qual las estan aguardando unas aves de rapiña para que les sirvan de pasto, pero ellas previniendo este peligro pasan de noche y llevan una piedra cada una en la boca para que les impida el canto y escusen de ser sentidas; quanto mas que la mejor industria que podemos tener, es seguir la ribera de este famoso rio, y dexando la ciudad á mano derecha, guardando para otro tiempo el verla, nos vamos á Ocaña, y desde allí al Quintanar de la Orden, que es mi patria: viendo la peregrina el designio del via-

ge que habia hecho Antonio, dixo, que ella queria seguir el suyo, que le venia mas á cuento: la hermosa Ricla le dió dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidió de todos cortés y agradecida: nuestros peregrinos pasaron por Aranjuez, cuya vista por ser en tiempo de primavera, en un mismo punto les puso la admiracion y la alegria: vieron iguales y estendidas calles, á quien servian de espaldas y arrimos los verdes é infinitos árboles, tan verdes que las hacian parecer de finisimas esmeraldas; vieron la junta, los besos y abrazos que se daban los dos famosos rios, Xarama y Tajo; contemplaron sus sierras de agua; admiraron al concierto de sus jardines y de la diversidad de sus flores; vieron sus estanques con mas peces que arenas, y sus esquisitos frutales que por aliviar el peso á los árboles tendian las ramas por el suelo; finalmente Periandro tuvo por verdadera la fama que de este

sitio por todo el mundo se esparcia; desde allí fueron á la Villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus padres vivian, y se informó de otras cosas que le alegraron, como luego se dirá.

CAPÍTULO IX.

Con los ayres de su patria se regocijaron los espiritus de Antonio, y con el visitar á Nuestra Señora de Esperanza, á todos se les alegró el alma: Ricla y sus dos hijos se alborozaron con el pensamiento de que habian de ver presto, ella á sus suegros, y ellos á sus abuelos, de quien ya se habia informado Antonio que vivian á pesar del sentimiento que la ausencia de su hijo les habia causado; supo asimismo, como su contrario habia heredado el estado de su padre y que habia muerto en amistad de su padre de Antonio, á causa que con infinitas pruebas, nacidas de la intrincada seta del duelo, se ha-

bia averiguado que no fue afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia pasaron, fueron con la espada desnuda, y la luz de las armas quitan la fuerza á las palabras, y las que se dicen con las espadas desnudas no afrentan, puesto que agravian: y así el que quiere tomar venganza de ellas, no se ha de entender que satisface su afrenta, sino que castiga su agravio, como se mostrará en este exemplo. Presupongamos que yo digo una verdad manifiesta: respondeme un desalumbrado, que miento y mentiré todas las veces que lo dixere, y poniendo mano á la espada sustenta aquella desmentida; yo, que soy el desmentido, no tengo necesidad de volver por la verdad que dixe, la qual no puede ser desmentida en ninguna manera; pero tengo necesidad de castigar el poco respeto que se me tuvo, de modo que el desmentido de esta suerte puede entrar en campo con otro sin que

se le aponga por objecion que está afrentado, y que no puede entrar en campo con nadie, hasta que se satisfaga, porque como tengo dicho, es grande la diferencia que hay entre agravio y afrenta: en efecto, digo, que supo Antonio la amistad de su padre y de su contrario, y que pues ellos habian sido amigos, se habria bien mirado su causa: con estas buenas nuevas con mas sosiego y mas contento se puso otro dia en camino con sus camaradas, á quien contó todo aquello que de su negocio sabia, y que un hermano del que pensó ser su enemigo le habia heredado y quedado en la misma amistad con su padre, que su hermano el muerto: fue parecer de Antonio que ninguno saliese de su orden, porque pensaba darse á conocer á su padre, no de improviso, sino por algun rodeo que le aumentase el contento de haberle conocido, advirtiendo que tal vez mata una súbita alegria, como suele matar un improviso pesar.

De allí á tres dias llegaron al crepúsculo de la noche á su lugar y á la casa de su padre, el qual con su madre, segun despues pareció, estaba sentado á la puerta de la calle tomando, como dicen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del verano; llegaron todos juntos, y el primero que habló fue Antonio á su mismo padre: ¿Hay por ventura, señor, en este lugar hospital de peregrinos? Segun es christiana la gente que le habita, respondió su padre, todas las casas de él son hospital de peregrinos, y quando otra no hubiera, esta mia segun su capacidad sirviera por todas; prendas tengo yo por esos mundos adelante, que no sé si andarán agora buscando quien las acoja. ¿Por ventura, señor, replicó Antonio, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en él no vive un apellido de unos hidalgos, que se llaman Villaseñores? dígolo, porque he conocido yo un tal Villaseñor bien lejos

de esta tierra, que si él estuviera en esta, no nos faltara posada á mí ni á mis camaradas. ¿Y cómo se llamaba, hijo, dixo su madre, ese Villaseñor que decis? Llamabase Antonio, replicó Antonio, y su padre segun me acuerdo, me dixo que se llamaba Diego de Villaseñor. Ay, señor, dixo la madre, levantándose de donde estaba, que ese Antonio es mi hijo, que por cierta desgracia ha al pie de diez y seis años que falta de esta tierra; comprado le tengo á lágrimas, pesado á suspiros, y grangeado con oraciones; plegue á Dios que mis ojos lo vean, antes que les cubra la noche de la eterna sombra. ¿Decidme, dixo, ha mucho que le vistes, ha mucho que le dexastes, tiene salud, piensa volver á su patria, acuerdase de sus padres á quien podrá venir á ver, pues no hay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hicieron desterrar de su tierra? Todas estas razo-

nes escuchaba el anciano padre de Antonio, y llamando á grandes voces á sus criados, les mandó encender luces, y que metiesen dentro de casa á aquellos honrados peregrinos, y llegándose á su no conocido hijo, le abrazó estrechamente diciéndole: por vos solo, señor, sin que otras nuevas os hiciesen el aposento, os le diera yo en mi casa, llevado de la costumbre que tengo de agasajar en ella á todos quantos peregrinos por aquí pasan; pero agora con las regocijadas nuevas que me habeis dado ensancharé la voluntad, y sobrepujarán los servicios que os hiciere á mis mismas fuerzas.

En esto ya los sirvientes habian encendido luces y guiado los peregrinos dentro de la casa, y en mitad de un gran patio que tenia, salieron dos hermosas y honestas doncellas hermanas de Antonio, que habian nacido despues de su ausencia, las quales, viendo la hermosura de Auristela y la gallardia

de Constanza, su sobrina, con el buen parecer de Ricla, su cuñada, no se hartaban de besarlas y de bendecirlas, y quando esperaban que sus padres entrasen dentro de casa con el nuevo huesped, vieron entrar con ellos un confuso monton de gente que traian en hombros sobre una silla sentado un hombre como muerto, que luego supieron ser el Conde que habia heredado al enemigo que solia ser de su hermano: el alboroto de la gente, la confusion de sus padres, el cuidado de recibir los nuevos huespedes las turbó de manera que no sabian á quien acudir, ni á quien preguntar la causa de aquel alboroto; los padres de Antonio acudieron al Conde, herido de una bala por las espaldas, que en una revuelta que dos compañias de soldados que estaban en el pueblo alojadas habian tenido con los del lugar, le habian pasado por las espaldas el pecho, el qual viéndose herido, mandó á sus criados que

le traxesen en casa de Diego de Villaseñor, su amigo, y el traerle fue al tiempo que comenzaba á hospedar á su hijo, á su nuera y á sus dos nietos y á Periandro y á Auristela, la qual asiendo de las manos á las hermanas de Antonio, les pidió que la quitasen de aquella confusion y la llevasen á algun aposento donde nadie la viese: hicieronlo ellas así, siempre admirándose de nuevo de la sin par belleza de Auristela: Constanza, á quien la sangre del parentesco bullia en el alma, ni queria, ni podia apartarse de sus tias, que todas eran de una misma edad y casi de una igual hermosura: lo mismo le aconteció al mancebo Antonio, el qual olvidado de los respetos de la buena crianza, y de la obligacion del hospedage, se atrevió honesto y regocijado á abrazar á una de sus tias, viendo lo qual un criado de casa, le dixo: por vida del señor peregrino, que tenga quedas las manos, que el señor de esta casa

no es hombre de burlas, sino á fe que se las haga tener quedas á despecho de su desvergonzado atrevimiento: por Dios, hermano, respondió Antonio, que es muy poco lo que he hecho, para lo que pienso hacer si el cielo favorece mis deseos, que no son otros que servir á estas señoras y á todos los de esta casa. Ya en esto habian acomodado al Conde herido en un rico lecho, y llamado á dos Cirujanos que le tomasen la sangre, y mirasen la herida, los quales declararon ser mortal, sin que por via humana tuviese remedio alguno.

Estaba todo el pueblo puesto en arma contra los soldados, que en esquadron formado se habian salido al campo, y esperaban si fuesen acometidos del pueblo, darles la batalla: valia poco para ponerlos en paz, la solicitud y la prudencia de los Capitanes, ni la diligencia christiana de los Sacerdotes y Religiosos del pueblo, el qual

por la mayor parte se alborota de livianas ocasiones, y crece bien así como van creciendo las olas del mar de blando viento movidas, hasta que tomando el Regañon el blando soplo del céfiro, le mezcla con su huracan, y las levanta al cielo, el qual dándose priesa á entrar el dia, la prudencia de los Capitanes hizo marchar á sus soldados á otra parte, y los del pueblo se quedaron en sus límites á pesar del rigor y mal ánimo que contra los soldados tenian concebido. En fin por términos y pausas espaciosas, con sobresaltos agudos, poco á poco vino Antonio á descubrirse á sus padres, haciéndoles presente de sus nietos y de su nuera, cuya presencia sacó lágrimas de los ojos de los viejos; la belleza de Auristela y gallardia de Periandro les sacó el pasmo al rostro, y la admiracion á todos los sentidos. Este placer tan grande como improviso, esta llegada de sus hijos tan no esperada, se le aguó, turbó y casi deshizo la

desgracia del Conde, que por momentos iba empeorando: con todo eso le hizo presente de sus hijos, y de nuevo le hizo ofrecimiento de su casa y de quanto en ella habia, que para su salud fuese conveniente, porque aunque quisiera moverse y llevarle á la de su Estado no fuera posible: tales eran las pocas esperanzas que tenian de su salud: no se quitaban de la cabecera del Conde obligadas de su natural condicion Auristela y Constanza, que con la compasion christiana y solicitud posible eran sus enfermeras puesto que iban contra el parecer de los Cirujanos, que ordenaban le dexasen solo, ó á lo menos no acompañado de mugeres; pero la disposicion del cielo que con causas á nosotros secretas ordena y dispone las cosas de la tierra, ordenó y quiso que el Conde llegase al último de su vida, y un dia antes que de ella se despidiese, cierto ya de que no podia vivir, llamó á Diego de Villaseñor, y quedán-

dose con él solo, le dixo de esta manera: yo salí de mi casa con intencion de ir á Roma este año, en el qual el Sumo Pontifice ha habierto las arcas del tesoro de la Iglesia, y comunicándonos como en Año Santo las infinitas gracias que en él suelen ganarse; iba á la ligera, mas como peregrino pobre, que como Caballero rico; en este pueblo hallé trabada una pendencia como ya señor habeis visto entre los soldados que en él estaban alojados y entre los vecinos de ella: mezcléme en ella, y por reparar las agenas vidas he venido á perder la mia, porque esta herida que á traicion, si así se puede decir, me dieron, me la va quitando por momentos: no sé quien me la dio, porque las pendencias del vulgo traen consigo á la misma confusion: no me pesa de mi muerte, sino es por las que ha de costar si por justicia ó por venganza quisiere castigarse: con todo esto, por hacer lo que en mí es, y todo

aquello que de mi parte puedo como Caballero y Christiano, digo que perdono á mi matador, y á todos aquellos que con él tuvieron culpa, y es mi voluntad asimismo de mostrar que soy agradecido al bien que en vuestra casa me habeis hecho; y la muestra que he de dar de este agradecimiento, no será así como quiera, sino con el mas alto estremo que pueda imaginarse; en esos dos baules que ahí estan, donde lleva recogida mi recámara, creo que van hasta veinte mil ducados en oro y en joyas, que no ocupan mucho lugar, y si como esta cantidad es poca, fuera la grande que encierran las entrañas de Potosí, hiciera de ella lo mismo que de esta hacer quiero; tomadla, señor en vida, ó haced que la tome la señora Doña Constanza, vuestra nieta, que yo se la doy en arras y para su dote, y mas que la pienso dar esposo de mi mano, tal que aunque presto quede viuda, quede viuda honradisima, junta-

mente con quedar doncella honrada: llamadla aquí, y traed quien me despose con ella, que su valor, su christiandad, su hermosura merecian hacerla señora del universo: no os admire, señor, lo que oís, creed lo que os digo, que no será novedad disparatada casarse un Titulo con una doncella hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hacer á una muger famosa; esto quiere el cielo, á esto me inclina mi voluntad; por lo que debeis al ser discreto, que no lo estorve la vuestra; id luego, y sin replicar palabra, traed quien me despose con vuestra nieta, y quien haga las escrituras tan firmes, así de la entrega de estas joyas y dineros, y de la mano que de esposo la he de dar, que no haya calumnia que la deshaga.

Pasmóse á estas razones Villaseñor, y creyó sin duda alguna que el Conde habia perdido el juicio, y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto por la ma-

yor parte, ó se dicen grandes sentencias, ó se hacen grandes disparates: y así lo que le respondió fue: Señor, yo espero en Dios que tendreis salud, y entonces con ojos mas claros, y sin que algun dolor os turve los sentidos, podreis ver las riquezas que dais, y la muger que escogeis; mi nieta no es vuestra igual, ó á lo menos no está en potencia propinqua, sino muy remota de merecer ser vuestra esposa, y yo no soy tan codicioso que quiera comprar esta honra que quereis hacerme, con lo que dirá el vulgo casi siempre mal intencionado, del qual ya me parece que dice que os tuve en mi casa, que os trastorné el sentido, y que por via de la solicitud codiciosa os hice hacer esto. Diga lo que quisiere, dixo el Conde, que si el vulgo siempre se engaña, tambien quedará engañado, en lo que de vos pensare. Alto pues, dixo Villaseñor, no quiero ser tan ignorante que no quiera abrir á la buena suer-

te, que está llamando á las puertas de mi casa, y con esto se salió del aposento, y comunicó lo que el Conde le habia dicho con su muger, con sus nietos y con Periandro y Auristela, los quales fueron de parecer que sin perder punto asiesen á la ocasion por los cabellos que les ofrecia, y traxesen quien llevase al cabo aquel negocio: hizose así, y en menos de dos horas ya estaba Constanza desposada con el Conde y los dineros y joyas en su posesion con todas las circunstancias y revalidaciones que fueron posible hacerse: no hubo músicas en el desposorio, sino llantos y gemidos, porque la vida del Conde se iba acabando por momentos; finalmente, otro dia despues del desposorio, recibidos todos los Sacramentos, murió el Conde en los brazos de su esposa la Condesa Constanza, la qual cubriéndose la cabeza con un velo negro, hincada de rodillas, y levantando los ojos al cielo, comenzó á decir: yo hago

voto; pero apenas dixo esta palabra, quando Auristela le dixo: ¿qué voto quereis hacer, señora? de ser monja, respondió la Condesa. Sedlo, y no le hagais, replicó Auristela; que las obras de servir á Dios no han de ser precipitadas, ni que parezcan que las mueven accidentes, y éste de la muerte de vuestro esposo quizá os hará prometer lo que despues, ó no podreis, ó no querreis cumplir; dexad en las manos de Dios y en las vuestras vuestra voluntad, que así vuestra discrecion como la de vuestros padres y hermanos os sabrá aconsejar y encaminar en lo que mejor os estuviere, y dese agora orden de enterrar vuestro marido, y confiad en Dios que quien os hizo Condesa tan sin pensarlo, os sabrá y querrá dar otro titulo que os honre y os engrandezca con mas duracion que el presente.

Rindióse á este parecer la Condesa, y dando trazas al entierro del Conde, llegó un su hermano

menor, á quien ya habian ido las nuevas á Salamanca donde estudiaba: lloró la muerte de su hermano, pero enjugóle presto las lágrimas el gusto de la herencia del Estado; supo el hecho, abrazó á su cuñado, no contradixo á ninguna cosa; depositó á su hermano para llevarle despues á su lugar; partióse á la Corte para pedir justicia contra los matadores, anduvo el pleyto, degollaron á los Capitanes, y castigaron muchos de los del pueblo; quedóse Constanza con las arras y el titulo de Condesa, apercibióse Periandro para seguir su viage, á quien no quisieron acompañar Antonio el padre, ni Ricla su muger, cansados de tantas peregrinaciones, que no cansaron á Antonio el hijo, ni á la nueva Condesa que no fue posible dexar la compañia de Auristela, ni de Periandro. A todo esto nunca habia mostrado á su abuelo el lienzo donde venia pintada su historia; enseñósele un dia Antonio, y

dixo, que faltaba allí de pintar los pasos por donde Auristela habia venido á la isla Bárbara, quando se vieron ella y Periandro en los trocados trages, ella en el de varon, y él en el de hembra: metamórfosis bien estraño; á lo que Auristela dixo, que en pocas razones lo diria, que fue que quando la robaron los piratas de las riberas de Dinamarca á ella, Cloelia y á las dos pescadoras vinieron á una isla despoblada á repartir la presa entre ellos, y no pudiéndose hacer el repartimiento con igualdad, uno de los mas principales se contentó con que por su parte le diesen mi persona, y aun añadió dádivas para igualar la demasia; entré en su poder sola sin tener quien en mi desventura me acompañase, que de las miserias suele ser alivio la compañia; éste me vistió en hábitos de varon, temeroso que en los de muger no me solicitase el viento; muchos dias anduve con él peregrinando por diversas partes, y sir-

viéndole en todo aquello que á mi honestidad no ofendia: finalmente un dia llegamos á la isla Bárbara, donde de improviso fuimos presos de los Bárbaros, y él quedó muerto en la refriega de mi prision, y yo fuí traida á la cueva de los prisioneros, donde hallé á mi amada Cloelia, que por otros no menos desventurados pasos allí habia sido traida, la qual me contó la condicion de los Bárbaros, la vana supersticion que guardaban, y el asunto ridículo y falso de su profecia: dixome asimismo, que tenia barruntos de que mi hermano Periandro habia estado en aquella sima, á quien no habia podido hablar por la priesa que los Bárbaros se daban á sacarle para ponerle en el sacrificio, y que habia querido acompañarle para certificarse de la verdad, pues se hallaba en hábitos de hombre, y que así rompiendo por las persuasiones de Cloelia, que se lo estorvaban, salió con su intento, y se entregó de toda su voluntad

para ser sacrificada de los Bárbaros, persuadiéndose ser bien de una vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte con traerla á peligro de perderla por momentos, y que no tenia mas que decir, pues sabian lo que desde aquel punto le habia sucedido.

Bien quisiera el anciano Villaseñor, que todo esto se añadiera al lienzo, pero todos fueron de parecer que no solamente se añadiese, sino que aun lo pintado se borrase, porque tan grandes y tan no vistas cosas no eran para andar en lienzos débiles, sino en láminas de bronce escritas, y en las memorias de las gentes grabadas. Con todo eso, quiso Villaseñor quedarse con el lienzo, siquiera por ver los bien sacados retratos de sus nietos y la singular hermosura y gallardía de Auristela y Periandro. Algunos dias se pasaron poniendo en órden su partida para Roma, deseosos de ver cumplidos los votos de su promesa. Quedóse Antonio el padre,

y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni menos la nueva Condesa, que como queda dicho, la aficion que á Auristela tenia, la llevára, no solamente á Roma, sino al otro mundo si para allá se pudiera hacer viage en compañía: llegóse el dia de la partida, donde hubo tiernas lágrimas y apretados abrazos y dolientes suspiros, especialmente de Ricla, que en ver partir á sus hijos se le partia el alma: echóles su bendicion su abuelo á todos, que la bendicion de los ancianos parece que tiene prerogativa de mejorar los sucesos: llevaron consigo á uno de los criados de casa, para que los sirviese en el camino, y puestos en él, dexaron soledades en su casa y padres, y en compañía entre alegre y triste siguieron su viage.

CAPÍTULO X.

Las peregrinaciones largas siempre traen consigo diversos acontecimientos, y como la diversidad se

compone de cosas diferentes, es forzoso que los casos lo sean: bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniéndonos en duda, donde será bien anudarle, porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y podrian pasar sin serlo y sin quedar menoscabada la historia: acciones hay, que por grandes deben callarse, y otras que por baxas no deben decirse, puesto que es excelencia de la historia, que qualquiera cosa que en ella se escriba, puede pasar al sabor de la verdad que trae consigo, lo que no tiene la fábula, á quien conviene guisar sus acciones con tanta puntualidad y gusto, y con tanta verisimilitud, que á despecho y pesar de la mentira, que hace disonancia en el entendimiento, forme una verdadera armonía. Aprovechándome pues de esta verdad, digo que el hermoso esquadron de los peregrinos, prosiguiendo su viage, llegó á un lugar no muy pequeño, ni

muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaza de él, por quien forzosamente habian de pasar, vieron mucha gente junta, todos atentos, mirando y escuchando á dos mancebos, que en trage de recien rescatados de cautivos, estaban declarando las figuras de un pintado lienzo que tenian tendido en el suelo: parecia que se habian descargado de dos pesadas cadenas que tenian junto á sí, insignias y relatoras de su pesada desventura, y uno de ellos, que debia de ser de hasta veinte y quatro años, con voz clara y en todo estremo experta lengua, crugiendo de quando en quando un corbacho, ó por mejor decir, azote, que en la mano tenia, le sacudia de manera, que penetraba los oidos y ponia los estallidos en el cielo, bien así como hace el cochero que castigando ó amenazando sus caballos, hace resonar su látigo por los ayres. Entre los que la larga plática escuchaban, estaban los dos Alcal-

des del pueblo, ambos ancianos, pero no tanto el uno como el otro: por donde comenzó su harenga el libre cautivo, fue diciendo: ésta, señores, que aquí veis pintada, es la ciudad de Argel, gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de corsarios, y amparo y refugio de ladrones, que de este pequeñuelo puerto que aquí va pintado, salen con sus baxeles á inquietar el mundo, pues se atreven á pasar el *plus ultra* de las colunas de Hercules, y á cometer y robar las apartadas islas, que por estar rodeadas del inmenso mar Océano, pensaban estar seguras, á lo menos de los baxeles turquescos: este baxel que aquí veis reducido á pequeño, porque lo pide así la pintura, es una galeota de veinte y dos bancos, cuyo dueño y Capitan es el Turco que en la crugía va en pie con un brazo en la mano que cortó á aquel Christiano que allí veis, para que les sirva de rebenque ó azote á los de-

mas Christianos que van amarrados á sus bancos, temeroso no le alcancen estas quatro galeras que aquí veis, que le van entrando y dando caza: aquel cautivo primero del primer banco, cuyo rostro le desfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del brazo muerto, soy yo, que servia de espalder en esta galeota, y el otro que está junto á mí, es este mi compañero, no tan sangriento, porque fue menos apaleado: escuchad, señores, y estad atentos, quizá la aprehension de este lastimero cuento os llevará á los oidos las amenazadoras y vituperosas voces, que ha dado este perro de Dragut, que así se llamaba el Arraez de la galeota, corsario tan famoso como cruel y tan cruel como Falaris, ó Busiris tirano de Sicilia; á lo menos á mí me suena agora el 'rospin, el manahora y el denimanioz, que con corage endiablado va diciendo, que todas estas son palabras y razones turquesas, encaminadas á la deshonra

y vituperio de los cautivos christianos, llámanlos de judíos, hombres de poco valor, de fe negra y de pensamientos viles, y para mayor horror y espanto con los brazos muertos azotan los cuerpos vivos.

Parece ser, que uno de los dos Alcaldes habia estado cautivo en Argel mucho tiempo, el qual con baxa voz dixo á su compañero: este cautivo hasta ahora parece que va diciendo verdad, y que en lo general no es cautivo falso, pero yo le exâminaré en lo particular y verémos como da la cuerda, porque quiero que sepais que yo iba dentro de esta galeota, y no me acuerdo de haberle conocido por espalder de ella, sino fue á un Alonso Moclin, natural de Velezmalaga, y volviéndose al cautivo, le dixo: decidme, amigo, ¿cuyas eran las galeras que os daban caza, y si conseguisteis por ellas la libertad deseada? Las galeras, respondió el cautivo, eran de Don Sancho de Leyva: la libertad no la conseguí-

galan, replicó el Alcalde, que aun no están dadas todas las vueltas de la mancuerda; escucheme, y dígame: ¿quántas puertas tiene Argel y quántas fuentes y quántos pozos de agua dulce? La pregunta es boba, respondió el primer cautivo: tantas puertas tiene como tiene casas, y tantas fuentes que yo no las sé, y tantos pozos que no los he visto, y los trabajos que yo en él he pasado me han quitado la memoria de mí mismo; y si el señor Alcalde quiere ir contra la caridad christiana, recogerémos los quartos y alzarémos la tienda, y á Dios aho, que tan buen pan hacen aquí como en Francia. Entonces el Alcalde llamó á un hombre de los que estaban en el corro, que al parecer servia de pregonero en el lugar y tal vez de verdugo, quando se ofrecia, y díxole: Gil Berrueco, id á la plaza, y tradme aquí luego los primeros dos asnos que toparedes, que por vida del Rey nuestro Señor, que han de pasear las calles en ellos

estos dos señores cautivos, que con tanta libertad quieren usurpar la limosna de los verdaderos pobres, contándonos mentiras y embelecos, estando sanos como una manzana, y con mas fuerzas para tomar una azada en la mano, que no un corbacho para dar estallidos en seco: yo he estado en Argel cinco años esclavo, y sé que no me dais señas de él en ninguna cosa de quantas habeis dicho. Cuerpo del mundo, respondió el cautivo, es posible que ha de querer el señor Alcalde, que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dineros, y que por una niñería que no importa tres ardites, quiera quitar la honra á dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar á su Magestad dos valientes soldados que ibamos á esas Italias y á esos Flandes, á romper, á destrozar, á herir y á matar los enemigos de la santa fe catolica, que topariamos, porque si va á decir verdad, que en fin es hija de Dios,

quiero que sepa el señor Alcalde, que nosotros no somos cautivos, sino estudiantes de Salamanca, y en la mitad y en lo mejor de nuestros estudios nos vino gana de ver mundo, y de saber á qué sabia la vida de la guerra, como sabiamos el gusto de la vida de la paz; para facilitar y poner en obra este deseo, acertaron á pasar por allí unos cautivos que tambien lo debian de ser falsos, como nosotros ahora; les compramos este lienzo y nos informamos de algunas cosas de las de Argel, que nos pareció ser bastantes y necesarias para acreditar nuestro embeleco; vendimos nuestros libros y nuestras alajas á menosprecio, y cargados con esta mercadería hemos llegado hasta aquí; pensamos pasar adelante, si es que el Señor Alcalde no manda otra cosa. Lo que pienso hacer, es, replicó el Alcalde, daros á cada uno cien azotes, y en lugar de la pica que vais á arrastrar en Flandes, poneros un remo en las manos que le

cimbreis en el agua, en las galeras, con quien quizá hareis mas servicio á su Magestad, que con la pica. Querráse, replicó el mozo hablador, mostrar ahora el señor Alcalde un Legislador de Atenas, y que la riguridad de su oficio llegue á los oidos de los señores del Consejo, donde acreditándole con ellos, le tengan por severo y justiciero, y le cometan negocios de importancia, donde muestre su severidad y su justicia: pues sepa el señor Alcalde, que *summum jus suma injuria*. Mirad como hablais, hermano, replicó el segundo Alcalde, que aquí no hay justicia con luxuria: que todos los Alcaldes de este lugar han sido, son y serán limpios y castos como el pelo de la masa, y hablad menos, que os será sano.

Volvió en esto el pregonero, y dixo: Señor Alcalde, yo no he topado en la plaza asnos ningunos, sino á los dos Regidores, Berrueco y Crespo, que andan en ella paseándose. Por asnos os envié yo,

majadero, que no por Regidores; pero volved y traedlos acá por si ó por no, que se hallen presentes al pronunciar de esta sentencia que ha de ser sin embargo y no ha de quedar por falta de asnos que gracias sean dadas al cielo hartos hay en este lugar. No le tendrá vuesa merced señor Alcalde en el cielo, replicó el mozo, si pasa adelante con esa riguridad: por quien Dios es, que vmd. considere que no hemos robado tanto, que podemos dar á censo, ni fundar, ningun mayorazgo; apenas grangeamos el mísero sustento con nuestra industria, que no dexa de ser trabajosa, como lo es la de los oficiales y jornaleros, nuestros padres no nos enseñaron oficio alguno, y así nos es forzoso que remitamos á la industria, lo que habiamos de remitir á las manos si tuvieramos oficio: castíguense los que cohechan, los escaladores de casas, los salteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los

mal entretenidos en la República, los ociosos y valdíos en ella, que no sirven de otra cosa que de acrecentar el número de los perdidos, y dexen á los míseros que van su camino derecho á servir á su Magestad con la fuerza de sus brazos y con la agudeza de sus ingenios, porque no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra; ninguno salió de estudiante para soldado, que no lo fuese por estremo, porque quando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la República se engrandece. Admirado estaba Periandro y todos los mas de los circunstantes, así de las razones del mozo, como de la velocidad con que hablaba, el qual prosiguiendo, dixo: espúlguenos el señor Alcaldes, mírenos y remírenos y haga escrutinio de las costuras de

nuestros vestidos, y si en todo nuéstro poder halláre seis reales, no solo nos mande dár ciento, sino seis cuentos de azotes; veamos pues, si la adquisicion de tan pequeña cantidad de interés merece ser castigada con afrentas y martirizada con galeras; y así otra vez digo, que el señor Alcalde se remire en esto, no se arroje y precipite apasionadamente, á hacer lo que despues de hecho quizá le causará pesadumbre; los jueces discretos castigan, pero no toman venganza de los delitos; los prudentes y los piadosos mezclan la equidad con la justicia, y entre el rigor y la clemencia dan luz de su buen entendimiento. Por Dios, dixo el segundo Alcalde, que este mancebo ha hablado bien, aunque ha hablado mucho, y que no solamente no tengo de consentir que los azoten, sino que los tengo de llevar á mi casa y ayudarles para su camino, con condicion que le lleven derecho, sin andar surcando

la tierra de una en otras partes, porque si así lo hiciesen, mas parecerian viciosos que necesitados.

Ya el primer Alcalde manso y piadoso, blando y compasivo, dixo: no quiero que vayan á vuestra casa, sino á la mia, donde les quiero dar una leccion de las cosas de Argel, tal, que de aquí adelante ninguno les coja en mal latin, en quanto á su fingida historia: los cautivos se lo agradecieron, los circunstantes alabaron su honrada determinacion, y los peregrinos recibieron contento del buen despacho del negocio. Volviose el primer Alcalde á Periandro y dixo: ¿Vosotros, señores peregrinos, traheis algun lienzo que enseñarnos? ¿traheis otra historia que hacernos creer por verdadera, aunque la haya compuesto la misma mentira? No respondió nada Periandro, porque vió que Antonio sacaba del seno las patentes, licencias y despachos que llevaban para seguir su viage, el qual los puso en manos

del Alcalde, diciéndole: por estos papeles podrá ver vuesa merced quien somos y adonde vamos, los quales no era menester presentallos, porque ni pedimos limosna, ni tenemos necesidad de pedilla; y así como á caminantes libres nos podian dexar pasar libremente. Tomó el Alcalde los papeles, y porque no sabia leer se los dió á su compañero, que tampoco lo sabia, y así pararon en manos del Escribano, que pasando los ojos por ellos brevemente se los volvió á Antonio, diciendo: aquí, señores Alcaldes, tanto valor hay en la bondad de estos peregrinos, como hay grandeza en su hermosura; si aquí quisieren hacer noche, mi casa les servirá de meson y mi voluntad de alcazar donde se recojan: volvióle las gracias Periandro: quedaronse allí aquella noche por ser algo tarde, donde fueron agasajados en casa del Escribano con amor, con abundancia y con limpieza.

CAPÍTULO XI.

Llegóse el dia, y con él los agradecimientos del hospedage, y puestos en camino, al salir del lugar toparon con los cautivos falsos que dixeron que iban industriados del Alcalde, de modo que de allí adelante no los podian coger en mentira á cerca de las cosas de Argel, que tal vez dixo el uno, digo, el que hablaba mas que el otro, tal vez dixo, se hurta con autoridad y aprobacion de la justicia, quiero decir, que alguna vez los malos ministros de ella se hacen á una con los delinqüentes, para que todos coman: llegaron todos juntos donde un camino se dividia en dos: los cautivos tomaron el de Cartagena y los peregrinos el de Valencia, los quales otro dia al salir de la Aurora, que por los balcones del Oriente se asomaba, barriendo el cielo de las estrellas y aderezando el camino por donde el sol

habia de hacer su acostumbrada carrera; Bartolome, que así creo se llamaba el guiador del bagaje, viendo salir el sol tan alegre y regocijado, bordando las nubes de los cielos con diversas colores, de manera que no se podia ofrecer otra cosa mas alegre y mas hermosa á la vista, con rústica discrecion, dixo: verdad debió de decir el Predicador que predicaba los dias pasados en nuestro pueblo, quando dixo, que los cielos y la tierra anunciaban y declaraban las grandezas del Señor: par diez que si yo no conociera á Dios, por lo que me han enseñado mis padres y los sacerdotes y ancianos de mi lugar, le viniera á rastrear y conocer, viendo la inmensa grandeza de estos cielos, que me dicen que son muchos, ó á lo menos que llegan á once, y por la grandeza de este sol que nos alumbra, que con no parecer mayor que una rodela, es muchas veces mayor que toda la tierra, y mas que con ser tan gran-

de, afirman, que es tan ligero que camina en veinte y quatro horas mas de trescientas mil leguas: la verdad que sea, yo no creo nada de esto, pero dicenlo tantos hombres de bien, que aunque hago suerza al entendimiento, lo creo; pero de lo que mas me admiro, es, que debaxo de nosotros hay otras gentes, á quien llaman *Antípodas*, sobre cuyas cabezas los que andamos acá arriba, trahemos puestos los pies, cosa que me parece imposible, que para tan gran carga como la nuestra, fuera menester que tuvieran ellos las cabezas de bronce: rióse Periandro de la rústica Astrología del mozo, y díxole: buscar querria razones acomodadas, ó Bartolome, para darte á entender el error en que estás, y la verdadera postura del mundo, para lo qual era menester tomar muy de atras sus principios; pero acomodándome con tu ingenio, habré de coartar el mio, y decirte sola una cosa, y es, que quiero que entien-

das por verdad infalible que la tierra es centro del cielo, llamo centro un punto indivisible, á quien todas las lineas de su circunferencia van á parar: tampoco me parece que has de entender esto; y así dexando estos términos, quiero que te contentes con saber que toda la tierra tiene por alto el cielo, y en qualquier parte de ella, donde los hombres estén, han de estar cubiertos con el cielo; así que como á nosotros el cielo que ves nos cubre, asímismo cubre á los *Antípodas*, que dicen, sin estorvo alguno y como naturalmente lo ordenó la naturaleza, mayordoma del verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra. No se descontentó el mozo de oir las razones de Periandro, que tambien dieron gusto á Auristela, á la Condesa y á su hermano.

Con estas y otras cosas iba enseñando y enteteniendo el camino Periandro, quando á sus espaldas llegó un carro acompañado de seis

arcabuceros á pie, y uno que venia á caballo con una escopeta pendiente del arzon delantero, llegándose á Periandro, dixo: si por ventura, señores peregrinos, llevais en ese repuesto alguna conserva de regalo, que yo creo que sí debeis de llevar, porque vuestra gallarda presencia, mas de Caballeros ricos, que de pobres peregrinos, os señala; si la llevais, dadmela, para socorrer con ella á un desmayado muchacho que va en aquel carro, condenado á galeras por dos años, con otros doce soldados, que por haberse hallado en la muerte de un Conde los dias pasados, van condenados al remo, y sus Capitanes por mas culpados, creo que están sentenciados á degollar en la Corte. No pudo tener á esta sazon las lágrimas la hermosa Constanza, porque en ella se le representó la muerte de su breve esposo, pero pudiendo mas su christiandad, que el deseo de su venganza, acudió al bagaje, y sacó una caxa de conser-

va, y acudiendo al carro, preguntó: ¿Quién es aquí el desmayado? á lo que respondió uno de los soldados: allí va echado en aquel rincon, untado el rostro con el sebo del timon del carro, porque no quiere que parezca hermosa la muerte, quando él se muera, que será bien presto segun está pertinaz en no querer comer bocado. A estas razones alzó el rostro el untado mozo, y alzándose de la frente un roto sombrero que toda se la cubria, se mostró feo y sucio á los ojos de Constanza, y alargando la mano para tomar la caxa, la tomó diciendo: Dios os lo pague, señora; volvió á encaxar el sombrero y volvió á su melancolía y á arrinconarse en el rincon donde esperaba la muerte. Otras algunas razones pasaron los peregrinos con las guardas del carro, que se acabaron con apartarse por diferentes caminos.

De allí algunos dias llegó nuestro hermoso esquadron á un lugar

de Moriscos, que estaba puesto como una legua de la marina en el Reyno de Valencia, hallaron en él no meson en que alvergarse, sino todas las casas del lugar con agradable hospicio los convidaban, viendo lo qual Antonio, dixo: yo no sé quien dice mal de esta gente, que todos me parecen unos santos. Con palmas, dixo Periandro, recibieron al Señor en Jerusalen, los mismos que de allí á pocos dias le pusieron en una Cruz; agora bien, á Dios y á la ventura, como decir se suele, aceptémos el convite que nos hace este buen viejo, que con su casa nos convida, y era así verdad, que un anciano Morisco, casi por fuerza, asiéndolos por las esclavinas, los metió en su casa, y dió muestras de agasajarlos, no morisca, sino christianamente: salió á servirlos una hija suya, vestida en trage morisco, y en él tan hermosa, que las mas gallardas christianas tuvieran á ventura el parecerla, que en las gracias que na-

turaleza reparte, tambien suele favorecer á las Barbaras de Citia, como á las Ciudadanas de Toledo: esta pues hermosa y Mora, en lengua Aljamiada, asiendo á Constanza y á Auristela de las manos, se encerró con ellas en una sala baxa, y estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente miró á todas partes, temerosa de ser escuchada, y despues que hubo asegurado el miedo que mostraba, las dixo: ay señoras, y como habeis venido como mansas y simples ovejas al matadero: veis este viejo que con vergüenza digo, que es mi padre, veisle tan agasajador vuestro, pues sabed que no pretende otra cosa sino ser vuestro verdugo; esta noche se han de llevar en peso, si así se puede decir, diez y seis baxeles de corsarios Berberiscos á toda la gente de este lugar con todas sus haciendas, sin dexar en él cosa que les mueva á volver á buscarlas: piensan estos desventurados que en Berberia está el gusto de

sus cuerpos y la salvacion de sus almas, sin advertir que de muchos pueblos que allá se han pasado casi enteros, ninguno hay que dé otras nuevas, sino de arrepentimiento, el qual les viene juntamente con las quejas de su daño: los Moros de Berberia pregonan glorias de aquella tierra, al sabor de las quales corren los Moriscos de ésta, y dan en los lazos de su desventura; si quereis estorbar la vuestra y conservar la libertad en que vuestros padres os engendraron salid luego de esta casa y acogeos á la Iglesia, que en ella hallareis quien os ampare, que es el Cura, que solo él y el Escribano son en este lugar Christianos viejos: hallareis tambien alli al Xadraque Xarife, que es un tio mio, Moro solo en el nombre y en las obras Christiano; contadles lo que pasa, y decid que os lo dixo Rafala, que con esto sereis creidos y amparados, y no lo echeis en burla, si no quereis que las veras os

desengañen á vuestra costa, que no hay mayor engaño, que venir el desengañado tarde.

El susto, las acciones con que Rafala esto decia, se asentó en las almas de Auristela y de Constanza, demanera que fue creida, y no le respondieron otra cosa que fuese mas que agradecimientos. Llamaron luego á Periandro y á Antonio, y contándoles lo que pasaba; sin tomar ocasion aparente, se salieron de la casa, con todo lo que tenian. A Bartolome, que quisiera mas descansar que mudar de posada, pesóle de la mudanza; pero en efecto obedeció á sus señores: llegaron á la Iglesia, donde fueron bien recibidos del Cura y del Xadraque á quien contaron lo que Rafala les habia dicho. El Cura dixo: muchos dias ha, señores, que nos dan sobresalto con la venida de esos baxeles de Berberia, y aunque es costumbre suya hacer estas entradas, la tardanza de esta me tenia ya algo descuidádo, entrad, hi-

jos, que buena torre tenemos y buenas y ferradas puertas la Iglesia, que si no es muy de propósito no pueden ser derribadas ni abrasadas. Ay! dixo á esta sazon el Xadraque, si han de ver mis ojos, antes que se cierren, libre esta tierra de estas espinas y malezas que la oprimen: ay! quando llegará el tiempo que tiene profetizado un abuelo mio, famoso en el Astrologia, donde se verá España de todas partes entera y maciza en la Religion Christiana, que ella sola es el rincon del mundo, donde está recogida y venerada la verdadera verdad de Christo: Morisco soy, señores, y oxalá que negarlo pudiera; pero no por esto dexo de ser Christiano, que las divinas gracias les dá Dios á quien él es servido, el qual tiene por costumbre, como vosotros mejor sabeis, de hacer salir su sol sobre los buenos y los malos, y llover sobre los justos y los injustos. Digo pues, que este mi abuelo dexó dicho que cerca de estos tiem-

pos reynaria en España un Rey de la Casa de Austria, en cuyo animo cabria la dificultosa resolucion de desterrar los Moriscos de ella, bien así como el que arroja de su seno la serpiente que le está royendo las entrañas, ó bien asi como quien aparta la neguilla del trigo, ó escarda, ó arranca la mala yerba de los sembrados; ven ya, ó venturoso mozo y Rey prudente y pon en execucion el gallardo decreto de este destierro, sin que se te oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente, y el de que no será bien desterrar la que en efecto está en ella bautizada, que aunque estos sean temores de consideracion, el efecto de tan grande obra los hará vanos, mostrando la experiencia dentro de poco tiempo, que con los nuevos Christianos viejos que esta tierra se pobláre, se volverá á fertilizar, y á poner en mucho mejor punto que agora tiene: tendrán sus señores, si no tantos y tan humil-

des vasallos, serán los que tuvieren Católicos, con cuyo amparo estarán estos caminos seguros, y la paz podrá llevar en las manos las riquezas, sin que los salteadores se las lleven. Esto dicho, cerraron bien las puertas, fortalecieronlas con los bancos de los asientos, subieronse á la torre, alzaron una escalera levadiza, llevóse el Cura consigo el Santísimo Sacramento en su relicario, proveyéronse de piedras, armaron dos escopetas, dexó el bagaje mondo y desnudo á la puerta de la Iglesia Bartolome el mozo, y encerróse con sus amos, y todos con ojo alerta y manos listas y con animos determinados estuvieron esperando el asalto, de quien avisados estaban por la hija del Morisco.

Pasó la media noche, que la midió por las estrellas el Cura, tendia los ojos por todo el mar que desde allí se parecia, y no habia nube que con la luz de la luna se pareciese, que no pensase sino que

fuesen los baxeles Turquescos, y aguijando á las campanas, comenzó á repicallas tan á priesa y tan recio, que todos aquellos valles y todas aquellas riberas retumbaban, á cuyo són los atajadores de aquellas marinas se juntaron y las corrieron todas; pero no aprovechó su diligencia, para que los baxeles no llegasen á la ribera y echasen la gente en tierra. La del lugar que los esperaba salió cargada con sus mas ricas y mejores alajas, adonde fueron recibidos de los Turcos con grande grita y algazara al són de muchas dulzaynas y de otros instrumentos, que puesto que eran bélicos, eran regocijados; pegaron fuego al lugar y asimismo á las puertas de la Iglesia, no por esperar entrarla, sino por hacer el mal que pudiesen: dexaron á Bartolome á pie, porque le dejarretaron el bagage, derribaron una cruz de piedra, que estaba á la salida del pueblo, llamando á grandes voces el nombre de Mahoma, se entregaron

á los Turcos, ladrones pacíficos y deshonestos públicos, desde la lengua del agua, como dicen, comenzáron á sentir la pobreza que les amenazaba su mudanza, y la deshonra en que ponian á sus mugeres y á sus hijos; muchas veces y quizá algunas no en vano, dispararon Antonio y Periandro las escopetas, muchas piedras arrojó Bartolome, y todas á la parte donde habia dexado el bagage, y muchas flechas el Xadraque, pero muchas mas lágrimas echaron Auristela y Constanza, pidiendo á Dios, que presente tenian, que de tan manifiesto peligro los librâse, y ansi mismo, que no ofendiese el fuego á su Templo, el qual no ardió, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro, y porque fue poco el fuego que se les aplicó. Poco faltaba para llegar el dia, quando los baxeles cargados con la presa, se hicieron al mar, alzando regocijados lilies, y tocando infinitos atabales y dulzaynas: y en es-

to vieron venir dos personas corriendo hácia la Iglesia: la una de la parte de la marina: y la otra de la de la tierra, que llegando cerca, conoció el Xadraque que la una era su sobrina Rafala, que con una cruz de caña en las manos, venia diciendo á voces: Christiana, Christiana, y libre, y libre por la gracia y misericordia de Dios. La otra conocieron ser el Escribano, que acaso aquella noche estaba fuera del lugar, y al són del arma de las campanas venia á ver el suceso que lloró, no por la pérdida de sus hijos y de su muger, que allí no los tenia, sino por la de su casa que halló robada y abrasada. Dexaron entrar el dia y que los baxeles se alargasen y que los atajadores tuviesen lugar de asegurar la costa, y entonces baxaron de la torre y abrieron la Iglesia, donde entró Rafala bañado con alegres lágrimas el rostro y acrecentando con su sobresalto su hermosura, hizo oracion á las Imágenes y luego se abra-

zó con su tio, besando primero las manos al Cura: el Escribano ni adoró, ni besó las manos á nadie, porque le tenia ocupada el alma el sentimiento de la pérdida de su hacienda. Pasó el sobresalto, volvieron los espíritus de los retraidos á su lugar y el Xadraque cobrando aliento nuevo, volviendo á pensar en la profecia de su abuelo, casi como lleno de celestial espíritu, dixo: ea, mancebo generoso, ea, Rey invencible, atropella, rompe, desbarata todo género de inconvenientes y dexanos á España tersa, limpia y desembarazada de esta mi mala casta, que tanto la asombra y menoscaba: ea, consejero tan prudente como ilustre, nuevo Atlante del peso de esta Monarquía, ayuda y facilita con tus consejos á esta necesaria transmigracion; llenense estos mares de tus galeras cargadas del inutil peso de la generacion Agarena, vayan arrojadas á las contrarias riberas las zarzas, las malezas y las otras yerbas que estorban

el crecimiento de la fertilidad y abundancia Christiana, que si los pocos Hebreos que pasaron á Egipto, multiplicaron tanto, que en su salida se contaron mas de seiscientas mil familias, ¿qué se podrá temer de estos que son mas y viven mas holgadamente? no las esquilman las religiones, no las entresacan las Indias, no las quintan las guerras; todos se casan, todos, ó los mas, engendran, de do se sigue y se infiere que su multiplicacion y aumento ha de ser innumerable. Ea pues, vuelvo á decir, vayan, vayan, señor, y dexa la taza de tu Reyno resplandeciente como el sol y hermosa como el cielo. Dos dias estuvieron en aquel lugar los peregrinos, volviendo á enterarse en lo que les faltaba, y Bartolome se acomodó de bagaje, los peregrinos agradecieron al Cura su buen acogimiento y alabaron los buenos pensamientos del Xadraque, y abrazando á Rafala, se despidieron de todos y siguieron su camino.

CAPÍTULO XII.

En el qual se fueron entreteniendo en contar el pasado peligro, el buen animo del Xadraque, la valentia del Cura, el zelo de Rafala, de la qual se les olvidó de saber, cómo se habia escapado del poder de los Turcos que asaltaron la tierra, aunque bien consideraron, que con el alboroto ella se habria escondido en parte que tuviese lugar despues de volver á cumplir su deseo, que era de vivir y morir Christiana. Cerca de Valencia llegaron, en la qual no quisieron entrar por escusar las ocasiones del detenerse, pero no faltó quien les dixo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y finalmente todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no solo de España, sino de toda Europa, y principalmente les alabaron la hermosura de las mugeres y su estre-

mada limpieza y graciosa lengua, con quien sola la Portuguesa puede competir, en ser dulce y agradable: determinaron de alargar sus jornadas aunque fuese á costa de su cansancio, por llegar á Barcelona, adonde tenian noticia, habian de tocar unas galeras, en quien pensaban embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Genova. Y al salir de Villareal, hermosa y amenisima villa, de través de entre una espesura de arboles les salió al encuentro una zagala, ó pastora Valenciana, vestida á lo del campo, limpia como el sol y hermosa como él y como la luna, la qual en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hacerles ceremonia de comedimiento alguno, dixo: ¿Señores, pedirlos he, ó daros he? A lo que respondió Periandro: hermosa zagala, si son zelos, ni los pidas, ni los des, porque si los pides, menoscabas tu estimacion, y si los das, tu crédito: y si es que el que te ama tiene en-

tendimiento, conociendo tu valor te estimará y querrá bien, y si no le tiene ¿para qué quieres que te quiera? Bien has dicho, respondió la villana, y diciendo á Dios, volvió las espaldas y se entró en la espesura de los árboles, dexándolos admirados con su pregunta, con su presteza y con su hermosura.

Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importancia que merezcan escritura, sino fue el ver desde lejos las santísimas montañas de Monserrate, que adoraron con devocion christiana, sin querer subir á ellas por no detenerse. Llegaron á Barcelona á tiempo quando llegaban á su playa quatro galeras Españolas, que disparando y haciendo salva á la ciudad con gruesa artilleria, arrojaron quatro esquifes al agua, el uno de ellos adornado con ricas alcatifas de Levante y cogines de carmesi, en el qual venia como despues pareció una hermosa muger de poca edad, ri-

camente vestida, con otra señora anciana, y dos doncellas hermosas y honestamente aderezadas. Salió infinita gente de la ciudad, como es costumbre, ansi á ver las galeras como á la gente que de ellas desembarcaba, y la curiosidad de nuestros peregrinos llegó tan cerca de los esquifes, que casi pudieran dar la mano á la dama que de ellos desembarcaba, la qual poniendo los ojos en todos, especialmente en Constanza, despues de haber desembarcado dixo: llegaos acá, hermosa peregrina, que os quiero llevar conmigo á la ciudad, donde pienso pagaros una deuda que os debo, de quien vos creo que teneis poca noticia: vengan asimismo vuestros camaradas, porque no ha de haber cosa que obligue á dexar tan buena compañia. La vuestra á lo que veo, respondió Constanza, es de tanta importancia que careceria de entendimiento quien no la aceptase; vamos donde quisieredes que mis camaradas me segui-

rán, que no estan acostumbrados á dexarme. Asió la señora de la mano á Constanza, y acompañada de muchos caballeros que salieron de la ciudad á recibirla, y de otra gente principal de las galeras se encaminaron á la ciudad, en cuyo espacio de camino Constanza no quitaba los ojos de ella, sin poder reducir á la memoria haberla visto en tiempo alguno. Aposentaronla en una casa principal á ella y á las que con ella desembarcaron, y no fue posible que dexase ir á los peregrinos á otra parte, con los quales así que tuvo comodidad para ello, pasó esta plática: sacaros quiero, señores, de la admiracion en que sin duda os debe tener el ver que con particular cuidado procuro serviros, y así os digo que á mí me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimiento fue en una ciudad de Aragon, y cuyo hermano es Don Bernardo Agustin, Quatralvo de estas galeras que estan en la playa; Contarino de Arbolanchez,

Caballero del Hábito de Alcántara, en ausencia de mi hermano, y á hurto del recato de mis parientes se enamoró de mí, y yo llevada de mi estrella, ó por mejor decir de mi facil condicion, viendo que no perdia nada en ello con titulo de esposa le hice señor de mi persona y de mis pensamientos, y el mismo dia que le dí la mano, recibió él de la de S. M. una carta en que le mandaba viniese luego al punto á conducir un tercio que baxaba de Lombardia á Génova, de infanteria Española á la isla de Malta, sobre la qual se pensaba baxaba el Turco. Obedeció Contarino con tanta puntualidad lo que se le mandaba, que no quiso coger los frutos del matrimonio con sobresalto y sin tener cuenta con mis lágrimas el recibir la carta y el partirse todo fue uno: parecióme que el cielo se habia caido sobre mí, y que entre él y la tierra me habian apretado el corazon y cogido el alma.

Pocos dias pasaron, quando añadiendo yo imaginaciones á imaginaciones y deseos á deseos vine á poner en efecto uno, cuyo cumplimiento, así como me quitó la honra por entonces, pudiera tambien quitarme la vida: ausentéme de mi casa sin sabiduria de ninguno de ella y en hábitos de hombre, que fueron los que tomé de un pagecillo, asenté por criado de un atambor de una compañia que estaba en un lugar, pienso que ocho leguas del mio; en pocos dias toqué la caxa tan bien como mi amo, aprendí á ser chocarrero como lo son los que usan tal oficio; juntóse otra compañia con la nuestra, y ambas á dos se encaminaron á Cartagena á embarcarse en estas quatro galeras de mi hermano, en las quales fue mi designio pasar á Italia á buscar á mi esposo, de cuya noble condicion esperé que no afearia mi atrevimiento, ni culparia mi deseo, el qual me tenia tan ciega, que no reparé en el peligro

á que me ponia de ser conocida si me embarcaba en las galeras de mi hermano; mas como los pechos enamorados no hay inconvenientes que no atropellen, ni dificultades por quien no rompan, ni temores que se le opongan, toda escabrosidad hice llana, venciendo miedos, y esperando aun en la misma desesperacion; pero como los sucesos de las cosas hacen mudar los primeros intentos en ellas, el mio mas mal pensado que fundado me puso en el término que agora oireis. Los soldados de las compañías de aquellos Capitanes que os he dicho, travaron una cruel pendencia con la gente de un pueblo de la Mancha sobre los alojamientos, de la qual salió herido de muerte un caballero que decian ser Conde de no sé que Estado: vino un Pesquisidor de la Corte, prendió los Capitanes, descarriaronse los soldados, y con todo eso prendió á algunos, y entre ellos á mí desdichada que ninguna culpa tenia;

condenólos á galeras por dos años al remo, y á mí tambien como por añadidura me tocó la misma suerte; en vano me lamenté de mi desventura viendo quan en vano se habian fabricado mis designios; quisiera darme la muerte, pero el temor de ir á otra peor vida me embotó el cuchillo en la mano, y me quitó la soga del cuello: lo que hice fue enlodarme el rostro, afeándole quanto pude, y encerreme en un carro donde nos metieron con intencion de llorar tanto, y de comer tan poco que las lágrimas y la hambre hiciesen lo que la soga y el hierro no habian hecho. Llegamos á Cartagena, donde aun no habian llegado las galeras: pusieronnos en la casa del Rey bien guardados, y allí estuvimos no esperando sino temiendo nuestra desgracia. No sé, señores, si os acordareis de un carro que topasteis junto á una venta, en el qual esta hermosa peregrina (señalando á Constanza) socorrió con una caxa de conserva á un des-

mayado delinqüente: si acuerdo, respondió Constanza. Pues sabed que yo era, dixo la señora Ambrosia el que socorristeis: por entre las esteras del carro os miré á todos, y me admiré de todos, porque vuestra gallarda disposicion no puede dexar de admirar si se mira. En efecto las galeras llegaron con la presa de un vergantin de Moros que las dos habian tomado en el camino; el mismo dia aherreojaron en ellas á los soldados, desnudándolos del trage que traian, y vistiéndoles el de remeros: transformacion triste y dolorosa, pero llevadera: que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla la hace facil: llegaron á mí para desnudarme, hizo el Comitre que me lavasen el rostro, porque yo no tenia aliento para levantar los brazos, miróme el Barbero que limpia la chusma y dixo: pocas navajas gastaré yo con esta barba, no sé yo para que nos envian acá á este muchacho de alfeñique, como si fue-

sen nuestras galeras de melcocha y sus remeros de alcorza, ¿y qué culpas cometiste tú, rapaz que mereciesen esta pena? sin duda alguna creo, que el raudal y corriente de otros agenos delitos te han conducido á este término, y encaminando su plática al Comitre le dixo: en verdad, patron, que me parece que seria bien dexar á que sirviese este muchacho en la popa á nuestro General con una manilla al pie, porque no vale para el remo dos ardites.

Estas pláticas y la consideracion de mi suceso, que parece que entonces se estremó en apretarme el alma, me apretó el corazon de manera que me desmayé y quedé como muerta: dicen que volví en mí á cabo de quatro horas, en el qual tiempo se me hicieron muchos remedios para que volviese, y lo que mas sintiera yo si tuviera sentido, fue que debieron de enterarse que yo no era varon, sino hembra; volví de mi parasismo, y lo

primero con quien topó la vista fue con los rostros de mi hermano y de mi esposo, que entre sus brazos me tenian; no sé yo como en aquel punto la sombra de la muerte no cubrió mis ojos; no sé yo como la lengua no se me pegó al paladar: solo sé que no supe lo que me dixe, aunque sentí que mi hermano dixo: ¿qué trage es este hermana mia? y mi esposo dixo: ¿qué mudanza es esta mitad de mi alma? que si tu bondad no estuviera tan de parte de tu honra, yo hiciera luego que trocaras este trage con el de la mortaja. ¿Vuestra esposa es esta? dixo mi hermano á mi esposo: tan nuevo me parece este suceso, como me parece el de verla á ella en este trage: verdad es que si esto es verdad, bastante recompensa seria á la pena que me causa el ver así á mi hermana. A este punto, habiendo yo recobrado en parte mis perdidos espiritus me acuerdo que dixe: hermano mio, yo soy Ambrosia Agustina, tu her-

mana, y soy ansimismo la esposa del señor Contarino de Arbolanchez: el amor y tu ausencia, ó hermano, me le dieron por marido, el qual sin gozarme me dexó; yo atrevida, arrojada y mal considerada en este trage que me veis le vine á buscar: y con esto les conté toda la historia que de mí habeis oido; y mi suerte que por puntos se iba á mas andar mejorando, hizo que me diesen crédito y me tuviesen lástima: contaronme como á mi esposo le habian cautivado Moros con una de dos chalupas donde se habia embarcado para ir á Génova, y que el cobrar la libertad habia sido el dia antes al anochecer, sin que le diese lugar el tiempo de haberse visto con mi hermano sino al punto que me halló desmayada. Suceso cuya novedad le podia quitar el crédito, pero todo es así como lo he dicho: en estas galeras pasaba esta señora que viene conmigo y con estas sus dos nietas á Italia, donde su hijo en Sicilia tiene el

Patrimonio Real á su cargo: vistieronme estos que traigo que son sus vestidos, y mi marido y mi hermano alegres y contentos nos han sacado hoy á tierra para espaciarnos y para que los muchos amigos que tienen en esta ciudad se alegren con ellos: si vosotros, señores, vais á Roma, yo haré que mi hermano os ponga en el mas cercano puerto de ella. La caxa de conserva os la pagaré con llevaros en la mia, hasta adonde mejor os esté, y quando yo no pasára á Italia, en fe de mi ruego os llevará mi hermano. Esta es, amigos mios, mi historia: si se os hiciere dura de creer, no me maravillaria puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo: y pues que comunmente se dice que el creer es cortesia, en la vuestra que debe de ser mucha, deposito mi crédito.

Aquí dió fin la hermosa Agustina á su razonamiento, y aquí comenzó la admiracion de los oyen-

tes á subirse de punto: aquí comenzaron á desmenuzarse las circunstancias del caso y tambien los abrazos de Constanza y Auristela que á la bella Ambrosia dieron, la qual por ser así voluntad de su marido, hubo de volverse á su tierra, porque por hermosa que sea, es embarazosa la compañía de la muger en la guerra. Aquella noche se alteró el mar de modo, que fue forzoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de contínuo mal segura: los corteses catalanes, gente enojada, terrible, pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas se adelantan á sí mismos, que es como adelantarse á todas las naciones del mundo, visitaron y regalaron todo lo posible á la señora Ambrosia Agustina, á quien dieron las gracias despues que volvieron su hermano y su esposo. Auristela escarmentada con tantas experiencias como habia hecho de las borrascas del

mar, no quiso embarcarse en las galeras, sino irse por Francia, pues estaba pacífica. Ambrosia se volvió á Aragon, las galeras siguieron su viage, y los peregrinos el suyo entrándose por Perpiñan en Francia.

CAPÍTULO XIII.

Por la parte de Perpiñan quiso tocar la primera de Francia nuestra esquadra, á quien dió que hablar el suceso de Ambrosia muchos dias, en la qual fueron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros, y juntamente halló en el amor que á su esposo tenia, perdon de su atrevimiento: en fin ella se volvió, como queda dicho, á su patria, las galeras siguieron su viage, y el suyo nuestros peregrinos, los quales llegando á Perpiñan, pararon en un meson, á cuya gran puerta estaba puesta una mesa y al rededor de ella mucha gente, mirando jugar á dos hombres á los dados, sin que otro alguno jugase:

parecióles á los peregrinos, ser novedad que mirasen tantos y jugasen tan pocos. Preguntó Periandro la causa, y fuéle respondido, que de los que jugaban, el perdidoso perdia la libertad y se hacia prenda del Rey, para vogar el remo seis meses; y el que ganaba, ganaba veinte ducados que los ministros del Rey habian dado al perdidoso, para que probase en el juego su ventura: uno de los dos que jugaban la probó, y no le supo bien, porque la perdió, y al momento le pusieron en una cadena, y al que la ganó le quitaron otra que para seguridad de que no huiria si perdia le tenian puesta: miserable juego y miserable suerte, donde no son iguales la pérdida y la ganancia. Estando en esto, vieron llegar al meson gran golpe de gente, entre la qual venia un hombre en cuerpo, de gentil parecer, rodeado de cinco ó seis criaturas, de edad de quatro á siete años: venia junto á él una muger amargamente

llorando, con un lienzo de dineros en la mano, la qual con lastimada voz venia diciendo: tomad, señores, vuestros dineros, y volvedme á mi marido, pues no el vicio sino la necesidad le hizo tomar este dinero; él no se ha jugado sino vendido, porque quiere á costa de su trabajo sustentarme á mí y á sus hijos: ¡amargo sustento y amarga comida para mí y para ellos! Callad, señora, dixo el hombre, y gastad ese dinero, que yo le desquitaré con la fuerza de mis brazos, que todavia se amañarán antes á domeñar un remo que un azadon: no quise ponerme en aventura de perderlos jugándolos, por no perder juntamente con mi libertad vuestro sustento. Casi no dexaba oir el llanto de los muchachos esta dolorida plática, que entre marido y muger pasaba: los ministros que le traian, le dixeron que enjugasen las lágrimas, que si lloraran quantas cabian en el mar no serian bastantes á darle la libertad

que habia perdido. Prevalecian en su llanto los muchachos, diciendo á su padre: señor, no nos dexe, porque nos morirémos todos si se va. El nuevo y estraño caso enterneció las entrañas de nuestros peregrinos, especialmente las de la tesorera Constanza, y todos se movieron á rogar á los ministros de aquel cargo, fuesen contentos de tomar su dinero, haciendo cuenta que aquel hombre no habia sido en el mundo, y que les conmoviese á no dexar viuda á una muger, ni huérfanos á tantos niños: en fin tanto supieron decir y tanto quisieron rogar, que el dinero volvió á poder de sus dueños, y la muger cobró su marido y los niños á su padre.

La hermosa Constanza, rica despues de Condesa, mas christiana que bárbara, con parecer de su hermano Antonio, dió á los pobres perdidos con que se cobraron, cincuenta escudos de oro, y así se volvieron tan contentos como libres, agradeciendo al cielo y á los peregri-

nos la tan no vista como no esperada limosna. Otro dia pisaron la tierra de Francia, y pasando por Lenguadoc, entraron en la Provenza, donde en otro meson hallaron tres damas francesas de tan estremada hermosura, que á no ser Auristela en el mundo, pudieran aspirar á la palma de la belleza: parecian señoras de grande estado segun el aparato con que se servian; las quales viendo los peregrinos, así les admiró la gallardía de Periandro y de Antonio, como la sin igual belleza de Auristela y de Constanza; llegáronlas á sí, y habláronlas con alegre rostro y cortés comedimiento, preguntáronlas quien eran en lengua castellana, porque conocieron ser Españolas las peregrinas, y en Francia ni varon ni muger dexa de aprender la lengua castellana. En tanto que la señoras esperaban la respuesta de Auristela, á quien se encaminaban sus preguntas, se desvió Periandro á hablar con un cria-

do que le pareció ser de las ilustres francesas; preguntóle, quién eran y adonde iban, y él le respondió, diciendo: el Duque de Nemurs que es uno de los que llaman de la sangre en este Reyno, es un caballero bizarro y muy discreto, pero muy amigo de su gusto: es recien heredado, y ha propuesto de no casarse por agena voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de estado y de hacienda, y aunque vaya contra el mandamiento de su Rey: porque dice, que los Reyes bien pueden dar la muger á quien quisieren de sus vasallos, pero no el gusto de recibilla. Con esta fantasia, locura ó discrecion, ó como mejor debe llamarse, ha enviado á algunos criados suyos á diversas partes de Francia á buscar alguna muger que despues de ser principal, sea hermosa, para casarse con ella, sin que reparen en hacienda, porque él se contenta con que la dote sea su calidad y su hermosura; supo la de

estas tres señoras, y envióme á mí que le sirvo, para que las viese y las hiciese retratar de un famoso pintor que envió conmigo: todas tres son libres y todas de poca edad como habeis visto: la mayor que se llama Deleasir, es discreta en estremo, pero pobre: la mediana que Belarminia se llama, es bizarra y de gran donayre y rica medianamente: la mas pequeña, cuyo nombre es Feliz Flora, hace gran ventaja á las dos en ser rica: ellas tambien han sabido el deseo del Duque, y querrian, segun á mí se me ha traslucido, ser cada una la venturosa de alcanzarle por esposo, y con ocasion de ir á Roma á ganar el jubileo de este año, que es como el centésimo que se usaba, han salido de su tierra, y quieren pasar por Paris, y verse con el Duque, fiadas en el quizá que trae consigo la buena esperanza; pero despues, señores peregrinos, que aquí entrasteis, he determinado de llevar un presente á

mi amo que borre del pensamiento todas y qualesquier esperanzas que estas señoras en el suyo hubieren fabricado, porque le pienso llevar el retrato de esa vuestra peregrina, única y general señora de la humana belleza; y si ella fuese tan principal como es hermosa, los criados de mi amo no tendrian mas que hacer, ni el Duque mas que desear. ¿Decidme por vida vuestra, señor, si es casada esta peregrina, cómo se llama y que padres la engendraron? A lo que temblando respondió Periandro, su nombre es Auristela, su viage á Roma, sus padres nunca ella los ha dicho; y de que sea libre, os aseguro, porque lo sé sin duda alguna; pero hay otra cosa en ello, que es tan libre y tan señora de su voluntad que no la rendirá á ningun Príncipe de la tierra, porque dice, que la tiene rendida al que lo es del cielo: y para enteraros en que sepais ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que

yo soy su hermano, y el que sabe lo escondido de sus pensamientos; así que no os servirá de nada el retratalla, sino de alborotar el ánimo de vuestro señor, si acaso quisiese atropellar por el inconveniente de la baxeza de mis padres. Con todo esto respondió el otro, tengo de llevar su retrato, siquiera por curiosidad y porque se dilate por Francia este nuevo milagro de hermosura.

Con esto se despidieron, y Periandro quiso partirse luego de aquel lugar, por no dársele al pintor para retratar á Auristela. Bartolomé volvió luego á aderezar el bagaje, y á no estar bien con Periandro, por la priesa que daba á la partida. El criado del Duque viendo que Periandro queria partirse luego, se llegó á él y le dixo: bien quisiera, señor, rogaros que os detuvierades un poco en este lugar, siquiera hasta la noche, porque mi pintor con comodidad y de espacio pudiera sacar el retrato del ros-

tro de vuestra hermana; pero bien os podeis ir á la paz de Dios, porque el pintor me ha dicho que de sola una vez que la ha visto, la tiene tan aprendida en la imaginacion, que la pintará á sus solas tan bien como si siempre la estuviera mirando. Maldixo Periandro entre sí la rara habilidad del pintor, pero no dexó por esto de partirse, despidiéndose luego de las tres gallardas francesas que abrazaron á Auristela y á Constanza estrechamente, y les ofrecieron de llevarlas hasta Roma en su compañía, si de ello gustaban. Auristela se lo agradeció con las mas corteses palabras que supo, diciéndoles que su voluntad obedecia á la de su hermano Periandro, y que así no podian detenerse ella ni Constanza, pues Antonio hermano de Constanza y el suyo se iban, y con esto se partieron, y de allí á seis dias llegaron á un lugar de la Provenza, donde les sucedió lo que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIV.

La historia, la poesía y la pintura se simbolizan entre sí y se parecen tanto, que quando escribes historia, pintas, y quando pintas, compones; no siempre va en un mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes y magníficas, ni la poesía conversa siempre por los cielos; baxezas admite la historia, la pintura yerbas y retamas en sus quadros, y la poesía tal vez se realza cantando cosas humildes; esta verdad nos la muestra bien Bartolomé, bagajero del esquadron peregrino, el qual, tal vez habla y es escuchado en nuestra historia. Éste revolviendo en su imaginacion el cuento del que vendió su libertar por sustentar á sus hijos, una vez dixo, hablando con Periandro: Grande debe ser, señor, la fuerza que obliga á los padres á sustentar á sus hijos, sino dígalo aquel hombre que no quiso

jugarse por no perderse, sino empeñarse por sustentar á su pobre familia: la libertad, segun yo he oido decir, no debe de ser vendida por ningun dinero, y éste la vendió por tan poco que lo llevaba la muger en la mano: acuérdome tambien de haber oido decir á mis mayores, que llevando á ahorcar á un hombre anciano, y ayudándole los sacerdotes á bien morir, les dixo: Vuesas mercedes se sosieguen, y déxenme morir despacio, que aunque es terrible este paso en que me veo, muchas veces me he visto en otros mas terribles. Preguntáronle, ¿y quales eran?: respondióles: que el amanecer Dios y el rodealle seis hijos pequeños pidiéndole pan, y no teniéndolo para dárselo, la qual necesidad me puso la ganzüa en la mano y fieltros en los pies, con que facilité mis hurtos, no viciosos, sino necesitados. Estas razones llegaron á los oidos del señor que le habia sentenciado al suplicio, que fueron parte para volver

la justicia en misericordia, y la culpa en gracia. Á lo que respondió Periandro: El hacer el padre por su hijo, es hacer por sí mismo, porque mi hijo es otro yo, en el qual se dilata y se continúa el sér del padre; y así como es cosa natural y forzosa el hacer cada uno por sí mismo, así lo es el hacer por sus hijos, lo que no es tan natural, ni tan forzoso hacer los hijos por los padres: porque el amor que el padre tiene á su hijo deciende, y el decender es caminar sin trabajo, y el amor del hijo con el padre asciende y sube, que es caminar cuesta arriba, de donde ha nacido aquel refran: *Un padre para cien hijos, antes que cien hijos para un padre.* Con estas pláticas y otras entretenian el camino por Francia, la qual es tan poblada, tan llana y apacible, que á cada paso se hallan casas de placer adonde los señores de ellas están casi todo el año, sin que se les dé algo por estar en las villas, ni en las ciu-

dades. Á una de éstas llegaron nuestros viandantes, que estaba un poco desviada del camino real.

Era la hora de mediodia, herian los rayos del sol derechamente á la tierra, entraba el calor, y la sombra de una gran torre de la casa les convidó á que allí esperasen á pasar la siesta, que con calor riguroso amenazaba. El solícito Bartolomé desembarazó el bagage y tendiendo un tapete en el suelo, se sentaron todos á la redonda, y de los manjares de quien tenia cuidado de hacer Bartolomé su repuesto, satisfacieron la hambre, que ya comenzaba á fatigarles; pero apenas habian alzado las manos para llevarlo á la boca, quando alzando Bartolomé los ojos, dixo á grandes voces: Apartaos, señores, que no sé quien baxa volando del cielo, y no será bien que os coja debaxo. Alzaron todos la vista y vieron baxar por el ayre una figura, qué antes que distinguiesen lo que era, ya estaba en el suelo casi

junto á los pies de Periandro, la qual figura era de una muger hermosísima, que habiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, sirviéndole de campana y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies en el suelo sin daño alguno, cosa posible sin ser milagro: dexóla el suceso atónita y espantada, como lo quedaron los que volar la habian visto; oyeron en la torre gritos que los daba otra muger, que abrazada con un hombre parecia que pugnaban por derribarse el uno al otro: socorro, socorro, decia la muger, socorro, señores, que este loco quiere despeñarme de aquí abaxo. La muger voladora, vuelta algun tanto en sí, dixo: si hay alguno que se atreva á subir por aquella puerta, señalándoles una que al pie de la torre estaba, librará del peligro mortal á mis hijos y á otras gentes flacas que allí arriba estan. Periandro impelido de la generosidad de su ánimo se entró por la puerta, y á poco rato le vieron en

la cumbre de la torre abrazado con el hombre que mostraba ser loco, del qual quitándole un cuchillo de las manos, procuraba defenderse; pero la suerte que queria concluir con la tragedia de su vida, ordenó que entrambos á dos viniesen al suelo, cayendo al pie de la torre, el loco pasado el pecho con el cuchillo que Periandro en la mano traia, y Periandro vertiendo por los ojos, narices y boca cantidad de sangre, que como no tuvo vestidos anchos que le sustentasen, hizo el golpe su efecto, y dexóle casi sin vida. Auristela que ansi le vió, creyendo induvitablemente, que estaba muerto, se arrojó sobre él, y sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperaba á recoger en sí alguna reliquia, si del alma le hubiese quedado; pero aunque le hubiera quedado no pudiera recibilla, porque los traspillados dientes le negaran la entrada. Constanza dando lugar á la pasion no le pudo dar á mover el paso para ir

á socorrerla, y quedóse en el mismo sitio donde la halló el golpe, pegada los pies al suelo como si fueran raices, ó como si ella fuera estatua de duro mármol formada. Antonio su hermano acudió á apartar los semivivos, y á dividir los que ya pensaba ser cadáveres: solo Bartolomé fue el que mostró con los ojos el grave dolor que en el alma sentia, llorando amargamente.

Estando todos en la amarga aflicion que he dicho, sin que hasta entónces ninguna lengua hubiese publicado su sentimiento, vieron que ácia ellos venia un gran tropel de gente, la qual desde el camino real habia visto el vuelo de los caidos y venian á ver el suceso, y era el tropel que venia, las hermosas damas Francesas, Deleasir, Belarminia y Feliz Flora: luego como llegaron, conocieron á Auristela y á Periandro, como á aquellos que por su singular belleza quedaban impresos en la imaginacion del que una vez lo miraba: apenas la com-

pasion les habia hecho apear para socorrer, si fuese posible, la desventura que miraban, quando fueron asaltados de seis ú ocho hombres armados, que por las espaldas les acometieron. Este asalto puso en las manos de Antonio su arco y sus flechas, que siempre las tenia á punto, ó ya para ofender, ó ya para defenderse: uno de los armados con descortés movimiento asió á Feliz Flora del brazo, y la puso en el arzon delantero de su silla, y dixo volviéndose á los demas compañeros: esto es hecho, esta me basta, demos la vuelta. Antonio que nunca se pagó de descortesias, pospuesto todo temor, puso una flecha en el arco, tendió quanto pudo el brazo izquierdo, y con la derecha estiró la cuerda, hasta que llegó al diestro oido, de modo que las dos puntas y extremos del arco casi se juntaron, y tomando por blanco el robador de Feliz Flora, disparó tan derechamente la flecha, que sin tocar á Feliz Flora, sino

en una parte del velo, con que se cubria la cabeza, pasó al salteador el pecho de parte á parte: acudió á su venganza uno de sus compañeros, y sin dar lugar á que otra vez Antonio el arco armase, le dió una herida en la cabeza, tal, que dió con él en suelo mas muerto que vivo; visto lo qual de Constanza, dexó de ser estatua, y corrió á socorrer á su hermano, que el parentesco calienta la sangre que suele helarse en la mayor amistad, y lo uno y lo otro son indicios y señales de demasiado amor.

Ya en esto habian salido de la casa gente armada, y los criados de las tres damas apercibidos de piedras, digo, los que no tenian armas, se pusieron en defensa de su señora; los salteadores que vieron muerto á su Capitan, y que segun los defensores acudian, podian ganar poco en aquella empresa, especialmente considerando ser locura aventurar las vidas, por quien ya no podia premiarlas, volvieron

las espaldas y dexaron el campo solo. Hasta aquí de esta batalla pocos golpes de espada hemos oido, pocos instrumentos bélicos han sonado: el sentimiento que por los muertos suelen hacer los vivos, no ha salido á romper los ayres, las lenguas en amargo silencio tienen depositadas sus quejas, solo algunos ayes entre roncos gemidos andan envueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela y Constanza, cada qual abrazada con su hermano, sin poder aprovecharse de las quejas, con que se alivian los lastimados corazones; pero en fin, el cielo que tenia determido de no dexarlas morir tan apriesa y tan sin quejarse, les despegó las lenguas, que al paladar pegadas tenian, y la de Auristela prorrumpió en razones semejantes:

No se yo desdichada como busco aliento en un muerto, y como ya que le tuviese puede sentirle, si estoy tan sin él, que ni sé si

hablo, ni si respiro; ay hermano! y que caida ha sido esta, que así ha derribado mis esperanzas, como que la grandeza de vuestro linage no se hubiera opuesto á vuestra desventura: mas ¿cómo podria ella ser grande si vos no lo fuerades? en los montes mas levantados caen los rayos, y adonde hallan mas resistencia hacen mas daño: monte erades vos, pero monte humilde, que con las sombras de vuestra industria y de vuestra discrecion os encubriades á los ojos de las gentes: ventura ibades á buscar en la mia, pero la muerte ha atajado el paseo, encaminando el mio á la sepultura: quan cierta la tendrá la Reyna vuestra madre, quando á sus oidos llegue vuestra no pensada muerte: ¡ay de mí, otra vez sola y en tierra agena, bien asi como verde yedra á quien ha faltado su verdadero arrimo! Estas palabras de Reyna, de montes y grandezas, tenian atentos los oidos de los circunstantes que les escuchaban y

aumentóles la admiracion las que tambien decia Constanza, que en sus faldas tenia á su mal herido hermano, apretándole la herida y tomándole la sangre. La compasiva Feliz Flora, que con un lienzo suyo blandamente se la esprimia, obligada de haberla el herido librado de su heshonra: ¡ay, digo, decia, amparo mio! ¿de qué ha servido haberme levantado la fortuna, si me habia de derribar al de desdichada? volved, hermano, en vos, si quereis que yo vuelva en mí, ó sino haced, ó piadosos cielos, que una misma muerte nos cierre los ojos y una misma sepultura nos cubra los cuerpos, que el bien que sin pensar me habia venido, no podia traer otro descuento que la presteza de acabarse. Con esto se quedó desmayada, y Auristela ni mas ni menos, de modo que tan muertas parecian ellas, y aun mas que los heridos. La dama que cayó de la torre, causa principal de la caida de Periandro, mandó á sus

criados que ya habian venido muchos de la casa, que le llevasen al lecho del Conde Domicio, su señor: mandó tambien llevar á Domicio, su marido, para dar órden en sepultalle. Bartolomé tomó en brazos á su señor Antonio; á Constanza se los dió Feliz Flora, y á Auristela, Belarminia y Deleasir, y en esquadron doloroso y con amargos pasos se encaminaron á la casi Real casa.

CAPÍTULO XV.

Poco aprovechaban las discretas razones que las tres damas Francesas daban á las dos lastimadas Constanza y Auristela, porque en las recientes desventuras no hallan lugar consolatorias persuasiones; el dolor y desastre que de repente sucede, no de improviso admite consolacion alguna por discreta que sea: la postema duele, mientras no se ablanda y el ablandarse requiere tiempo, hasta que llegue el de

abrirse ; y así mientras se llora, mientras se gime, mientras se tiene delante quien mueva al sentimiento á quejas y á suspiros, no es discrecion demasiada acudir al remedio con agudas medicinas: llore pues algun tanto mas Auristela, gima algun espacio mas Constanza, y cierren entrambos los oidos á toda consolacion, en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio su esposo, que fue, segun ella dixo á las damas Francesas, qué antes que Domicio con ella se desposase andaba enamorado de una parienta suya, la qua tuvo casi induvitables esperanzas de casarse con él; saliole en blanco la suerte, para que ella, dixo Claricia, la tuviese siempre negra, porque disimulando Lorena, que así se llamaba la parienta de Domicio, el enojo que habia recibido del casamiento de mi esposo, dió en regalarle con muchos y diversos presentes, puesto que mas bizarros y de buen parecer

que costosos, entre los quales le envió una vez, bien así como envió la falsa Deyanira la camisa á Hércules: digo que le envió unas camisas, ricas por el lienzo y por la labor vistosas; apenas se puso una, quando perdió los sentidos y estubo dos dias como muerto, puesto que luego se la quitaron, imaginando que una esclava de Lorena, que estaba en opinion de maga la habria hechizado. Volvió á la vida mi esposo, pero con sentidos tan turbados y tan trocados, que ninguna accion hacia que no fuese de loco, y no de loco manso sino de cruel, furioso y desatinado, tanto que era necesario tenerle en cadenas, y que aquel dia, estando ella en aquella torre, se habia soltado el loco de las prisiones, y viniendo á la torre la habia echado por las ventanas abaxo, á quien el cielo socorrió con la anchura de sus vestidos, ó por mejor decir, con la acostumbrada misericordia de Dios, que mira por los inocentes: dixo,

como aquel peregrino habia subido á la torre á librar á una doncella á quien el loco queria derribar al suelo, tras la qual tambien despeñara á otros dos pequeños hijos, que en la torre estaban; pero el suceso fue tan contrario, que el Conde y el peregrino se estrellaron en la dura tierra, el Conde herido de una mortal herida, y el peregrino con un cuchillo en la mano que al parecer se le habia quitado á Domicio, cuya herida era tal, que no fuera menester servir de añadidura para quitarle la vida pues bastaba la caida. En esto Periandro estaba sin sentido en el lecho, adonde acudieron Maestros á curarle y á concertarle los dislocados huesos, diéronle bebidas apropiadas al caso, halláronle pulsos y algun tanto de conocimiento de las personas que al rededor de sí tenia, especialmente de Auristela, á quien con voz desmayada, que apenas podia entenderse, dixo: Hermana, yo muero en la fe Católica Christiana

y en la de quererte bien; y no habló ni pudo hablar mas palabra por entónces. Tomaron la sangre á Antonio, y tentándole los Cirujanos la herida, pidieron albricias á su hermana, de que era mas grande que mortal, y de que presto tendria salud con ayuda del cielo: dióselas Feliz Flora adelantándose á Constanza, que se las iba á dar y aun se las dió, y los Cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos.

Un mes ó poco mas estuvieron los enfermos curándose, sin querer dexarlos las señoras Francesas, tanta fue la amistad que trabaron y el gusto que sintieron de la discreta conversacion de Auristela y de Constanza y de los dos sus hermanos, especialmente Feliz Flora que no acertaba á quitarse de la cabecera de Antonio, amándole con un tan comedido amor, que no se estendia á mas que á ser benevolencia y á ser como agradecimiento del bien que de él habia recibido,

quando su saeta la libró de las manos de Rubertino, que segun Feliz Flora contaba, era un Caballero, señor de un castillo que cerca de otro suyo tenia, el qual Rubertino; llevado no de perfecto, sino de vicioso amor, habia dado en seguirla y perseguirla y en rogarla le diese la mano de esposa; pero que ella por mil experiencias y por la fama, que pocas veces miente, habia conocido ser Rubertino de áspera y cruel condicion y de mudable y antojadiza voluntad, no habia querido conceder con su demanda, y que imaginaba que acosado de sus desdenes, habria salido al camino á roballa y á hacer de ella por fuerza lo que la voluntad no habia podido; pero que la flecha de Antonio habia cortado todos sus crueles y mal fabricados designios, y esto le movia á mostrarse agradecida. Todo esto que Feliz Flora dixo, pasó así sin faltar punto, y quando se llegó el de la sanidad de los enfermos y sus fuerzas comenzaron

á dar muestras de ella, volvieron á renovarse sus deseos, á lo menos los de volver á su camino, así lo pusieron por obra, acomodándose de todas las cosas necesarias, sin que, como está dicho, quisiesen las señoras Francesas dexar á los peregrinos, á quien ya trataban con admiracion y con respeto, porque las razones del llanto de Auristela les habian hecho concebir en sus ánimos, que debian de ser grandes señores, que tal vez la Magestad suele cubrirse de buriel, y la grandeza vestirse de humildad. En efecto con perplexos pensamientos los miraban: el pobre acompañamiento suyo les hacia tener en estima de condicion mediana, el brio de sus personas y la belleza de sus rostros levantan su calidad al cielo, y así entre el sí y el nó andaba dudosa.

Ordenaron las damas Francesas, que fuesen todos á caballo, porque la caida de Periandro no consentia que se fiase de sus pies. Feliz Flo-

ra agradecida al golpe de Antonio el barbaro, no sabia quitarle de su lado, y tratando del atrevimiento de Rubertino, á quien dexaban muerto y enterrado, y de la estraña historia del Conde Domicio á quien las joyas de su prima, juntamente con quitarle el juicio, le habian quitado la vida, y del vuelo milagroso de su muger, mas para ser admirado que creido, llegaron á un rio, que se vadeaba con algun trabajo. Periandro fue de parecer que se buscase la puente, pero todos los demas no vinieron en él: y bien así como quando al represado rebaño de mansas ovejas, puestas en el lugar estrecho, hace camino la una á quien las demas al momento siguen. Belarminia se arrojó al agua, á quien todos siguieron sin quitarse del lado de Auristela Periandro, ni del de Feliz Flora Antonio, llevando tambien junto así á su hermana Constanza: ordenó pues la suerte que no fuese buena la de Feliz Flora, porque la

corriente del agua le desvaneció la cabeza de modo, que sin poder tenerse dió consigo en mitad de la corriente, tras quien se abalanzó con no creida presteza el cortés Antonio, y sobre sus hombros, como á otra nueva Europa, la puso en la seca arena de la contraria ribera. Ella viendo el presto beneficio, le dixo: muy cortés eres, Español. A quien Antonio respondió: si mis cortesias no nacieran de tus peligros, estimarálas en algo: pero como nacen de ellos, antes me descontentan que alegran. Pasó en fin el, como he dicho otras veces, hermoso esquadron, y llegaron al anochecer á una caseria, que junto con serlo, era meson, en el qual se alojaron á toda su voluntad; y lo que en él les sucedió, nuevo estilo y nuevo capítulo pide.

CAPÍTULO XVI.

Cosas y casos suceden en el mundo, que si la imaginacion, antes

de suceder, pudiera hacer que así sucedieran, no acertara á trazarlos, y así muchos por la raridad con que acontecen pasan plaza de apócrifos y no son tenidos por tan verdaderos como lo son, y así es menester que les ayuden juramentos, ó á lo menos el buen crédito de quien los cuenta; aunque yo digo, que mejor seria no contarlos segun lo aconsejan aquellos antiguos versos castellanos, que dicen:

Las cosas de admiracion
No las digas, ni las cuentes,
Que no saben todas gentes
Como son.

La primera persona con quien encontró Constanza, fue con una moza de gentil parecer, de hasta veinte y dos años, vestida á la Española, limpia y aseadamente, la qual llegándose á Constanza, le dixo en lengua Castellana: bendito sea Dios que veo gente, si no de mi tierra, á lo menos de mi nacion

Española: bendito sea Dios digo otra vez, que oiré decir vuesa merced y ño señoría hasta los mozos de cocina. ¿De esa manera, respondió Constanza, vos señora, Española debeis de ser? Y cómo si lo soy, respondió ella, y aun de la mejor tierra de Castilla: de qual? replicó Constanza: de Talavera de la Reyna, respondió ella. Apenas hubo dicho esto, quando á Constanza le vinieron barruntos que habia de ser la esposa de Ortel Banedre, el Polaco, que por adúltera quedaba presa en Madrid, cuyo marido, persuadido de Periandro, la habia dexado presa, y ídose á su tierra, y en un instante fabricó en su imaginacion un monton de cosas, que puestas en efecto, le sucedieron casi como las habia pensado: tomóla por la mano, y fuese donde estaba Auristela, y apartándola á parte con Periandro, les dixo: señores, vosotros estais dudosos de si la ciencia que yo tengo de adivinar ès falsa, ó verdadera,

la qual ciencia no se acredita con decir las cosas que estan por venir, porque solo Dios las sabe, y si algun humano las acierta, es acaso, ó por algunas premisas á quien la experiencia de otras semejantes tiene acreditadas: si yo os dixese cosas pasadas que no hubiesen llegado, ni pudiesen llegar á mi noticia, qué diriades? quereislo ver? esta buena hija que tenemos delante, es de Talavera de la Reyna, que casó con un extrangero Polaco, que se llamaba, si mal no me acuerdo, Ortel Banedre, á quien ella ofendió con alguna desenvoltura con un mozo de meson que vivia frontero de su casa, la qual llevada de sus ligeros pensamientos y en los brazos de sus pocos años, se salió de casa de sus padres con el referido mozo, y fue presa en Madrid con el adúltero, donde debe de haber pasado muchos trabajos, así en la prision, como en el haber llegado hasta aquí, que quiero que ella nos los cuente,

porque aunque yo los adivine, ella nos los contará con mas puntualidad y con mas gracia. Ay, cielos santos! dixo la moza, ¿y quién es esta señora que me ha leido mis pensamientos? ¿quién es esta adivina que ansi sabe la desvergonzada historia de mi vida? yo, señora, soy esa adúltera, yo soy esa presa y condenada á destierro de diez años, porque no tuve parte que me siguiese, y soy la que aquí estoy en poder de un soldado Español, que va á Italia, comiendo el pan con dolor, y pasando la vida que por momentos me hace desear la muerte: mi amigo el primero murio en la cárcel, éste que no sé en qué número ponga, me socorrió en ella, de donde me sacó, y como he dicho me lleva por esos mundos con gusto suyo y con pesar mio, que no soy tan tonta que no conozca el peligro en que traigo el alma en este vagamundo estado. Por quien Dios es, señores, pues sois Españoles, pues sois Christia-

nos y pues sois principales, segun lo da á entender vuestra presencia, que me saqueis del poder de este Español, que será como sacarme de las garras de los leones.

Admirados quedaron Periandro y Auristela de la discrecion sagaz de Constanza, y concediendo con ella, la reforzaron y acreditaron, y aun se movieron á favorecer con todas sus fuerzas á la perdida moza, la qual dixo que el español soldado no iba siempre con ella, sino una jornada adelante ó atras, por deslumbrar á la justicia. Todo eso está muy bien, dixo Periandro, y aquí darémos traza en vuestro remedio, que la que ha sabido adivinar vuestra vida pasada, tambien sabrá acomodaros en la venidera; sed vos buena, que sin el cimiento de la bondad no se puede cargar ninguna cosa que lo parezca: no os desvieis por ahora de nosotros, que vuestra edad y vuestro rostro son los mayores contrarios que podeis tener en las tierras es-

trañas. Lloró la moza, enterneció-se Constanza, y Auristela mostró los mismos sentimientos, con que obligó á Periandro á que el remedio de la moza buscase. En esto estaban, quando llegó Bartolome y dixo: señores, acudid á ver la mas estraña vision que habreis visto en vuestra vida: dixo esto tan asustado y tan como espantado, que pensando ir á ver alguna maravilla estraña le siguieron, y en un apartamiento algo desviado de aquel donde estaban alojados los peregrinos y damas, vieron por entre unas esteras un aposento todo cubierto de luto, cuya lóbrega obscuridad no les dexó ver particularmente lo que en él habia, y estándole así mirando, llegó un hombre anciano todo asimismo cubierto de luto, el qual les dixo: señores, de aquí á dos horas que habrá entrado una de la noche, si gustais de ver á la señora Ruperta sin que ella os vea, yo haré que la veais, cuya vista os dará ocasion de que os admireis, así de su con-

dicion como de su hermosura. Señor, respondió Periandro, este nuestro criado que aquí está, nos convidó á que viniesemos á ver una maravilla, y hasta ahora no hemos visto otra, que la de este aposento cubierto de luto, que no es maravilla ninguna. Si volveis á la hora que digo, respondió el enlutado, tendreis de qué maravillaros, porque habreis de saber que en este aposento se aloja la señora Ruperta, muger que fue, apenas hace un año, del Conde Lamberto de Escocia, cuyo matrimonio á él le costó la vida, y á ella verse en términos de perderla á cada paso, á causa que Claudino Rubicon, Caballero de los principales de Escocia, á quien las riquezas y el linage hicieron soberbio, y la condicion algo enamorado, quiso bien á mi señora, siendo doncella, de la qual, si no fue aborrecido, á lo menos fue desdeñado, como lo mostró el casarse con el Conde mi señor; esta presta resolucion de

mi señora la bautizó Rubicon en deshonra y menosprecio suyo, como si la hermosa Ruperta no hubiera tenido padres que se lo mandaran, y obligaciones precisas que le obligaran á ello, junto con ser mas acertado ajustarse las edades entre los que se casan, que si puede ser, siempre los años del esposo con el número de diez han de llevar ventaja á los de la muger, ó con algunos mas, porque la vejez los alcance en un mismo tiempo.

Era Rubicon varon viudo y que tenia un hijo de casi veinte y un años, gentil hombre en estremo y de mejores condiciones que el padre, tanto que si él se hubiera opuesto á la cátedra de mi señora, hoy viviera mi señor el Conde, y mi señora estuviera mas alegre; sucedió pues, que yendo mi señora Ruperta á holgarse con su esposo á una villa suya, acaso y sin pensar, en un despoblado encontramos á Rubicon con muchos cria-

dos suyos que le acompañaban. Vió á mi señora y su vista despertó el agravio que á su parecer se le había hecho, y fue de suerte, que en lugar del amor nació la ira, y de la ira el deseo de hacer pesar á mi señora, y como las venganzas de los que bien se han querido sobrepujan á las ofensas hechas, Rubicon despechado, impaciente y atrevido, desembaynando la espada, corrió al Conde mi señor, que estaba inocente de este caso, sin que tuviese lugar de prevenirse del daño que no temia, y embaynándosela en el pecho, dixo: tú me pagarás lo que no me debes, y si ésta es crueldad, mayor la usó tu esposa para conmigo, pues no una vez sola, sino cien mil me quitan la vida sus desdenes. A todo esto me hallé yo presente; oí las palabras, y ví con mis ojos y tenté con las manos la herida, escuché los llantos de mi señora, que penetraron los cielos: volvimos á dar sepultura al Conde y al enterrarle,

por órden de mi señora se le cortó la cabeza, que en pocos dias con cosas que se le aplicaron, quedó descarnada y en solamente los huesos; mandola mi señora poner en una caxa de plata, sobre la qual puestas sus manos, hizo este juramento; pero olvídaseme por decir, como el cruel Rubicon, ó ya por menosprecio, ó ya por mas crueldad, ó quizá con la turbacion descuidado, se dexó la espada embaynada en el pecho de mi señor, cuya sangre aun hasta ahora muestra estar casi reciente en ella; digo, pues, que dixo estas palabras: yo, la desdichada Ruperta, á quien han dado los cielos solo nombre de hermosa, hago juramento al cielo, puestas las manos sobre estas dolorosas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder y con mi industria, si bien aventurase en ello una y mil veces esta miserable vida que tengo, sin que me espanten trabajos, sin que me falten ruegos he-

chos á quien pueda favorecerme; y en tanto que no llegare á efecto este mi justo, sino christiano deseo, juro que mi vestido será negro, mis aposentos lóbregos, mis manteles tristes y mi compañía la misma soledad; á la mesa estarán presentes estas reliquias que me atormentan el alma, esta cabeza que me diga sin lengua, que vengue su agravio, esta espada cuya no enjuta sangre me parece que veo, y la que alterando la mia, no me dexe sosegar hasta vengarme: esto dicho, parece que templó sus continuas lágrimas y dió algun vado á sus dolientes suspiros: háse puesto en camino de Roma, para pedir en Italia á sus Príncipes favor y ayuda contra el matador de su esposo, que aun todavía la amenaza, quizá temeroso, que suele ofender un mosquito, mas de lo que puede favorecer un águila. Esto, señores, vereis como he dicho de aquí á dos horas: y si no os dexare admira-

dos, ó yo no habré sabido contarlo, ó vosotros tendreis el corazon de mármol: aqui dió fin á su plática el enlutado escudero, y los peregrinos, sin ver á Ruperta, desde luego se comenzaron á admirar del caso.

CAPÍTULO XVII.

La ira, segun se dice, es una revolucion de la sangre que está cerca del corazon, la qual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia y tal vez con la memoria: tiene por último fin y paradero suyo la venganza, que como la tome el agraviado, sin razon ó con ella sosiega: esto nos lo dará á entender la hermosa Ruperta agraviada y ayrada, y con tanto deseo de vengarse de su contrario, que aunque sabia que era ya muerto, dilataba su cólera por todos sus descendientes, sin querer dexar si pudiera vivo ninguno de ellos, que la cólera de la muger no tiene lí-

mite: llegóse la hora de que la fueron á ver los peregrinos, sin que ella los viese, y viéronla hermosa en todo estremo con blanquísimas tocas, que desde la cabeza casi le llegaban á los pies, sentada delante de una mesa, sobre la qual tenia la cabeza de su esposo en la caxa de plata, la espada con que le habian quitado la vida, y una camisa que ella se imaginaba que aun no estaba enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertaron su ira, la qual no tenia necesidad que nadie la despertase, porque nunca dormia: levantóse en pie y puesta la mano derecha sobre la cabeza del marido, comenzó á hacer y revalidar el voto y juramento que dixo el enlutado escudero; llovian lágrimas de sus ojos, bastantes á bañar las reliquias de su pasion; arrancaba suspiros del pecho que condensaban el ayre cerca y lejos; añadia al ordinario juramento razones que le agravaban, y tal vez parecia que

arrojaba por los ojos, no lágrimas sino fuego, y por la boca no suspiros sino humo: tan sujeta la tenia su pasion y el deseo de vengarse. Veisla llorar, veisla suspirar, veisla no estar en sí, veisla blandir la espada matadora, veisla besar la camisa ensangrentada y que rompe las palabras con sollozos, pues esperad no mas de hasta la mañana, y veréis cosas que os den sugeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuviesedes de vida.

En mitad de la fuga de su dolor estaba Ruperta y casi en los umbrales de su gusto, porque mientras se amenaza, descansa el amenazador, quando se llegó á ella uno de sus criados, como si se llegára una sombra negra, segun venia cargado de luto, y en mal pronunciadas palabras le dixo: señora, Croriano el galan, el hijo de tu enemigo se acaba de apear ahora con algunos criados: mira si quieres encubrirte, ó si quieres que te conozca, ó lo que seria bien que

te hagas, pues tienes lugar para pensarlo. Que no me conozca, respondió Ruperta, y avisad á todos mis criados, que por descuido no me nombren, ni por cuidado me descubran; y esto diciendo, recogió sus prendas, y mandó cerrar el aposento, y que ninguno entrase á hablalla; volviéronse los peregrinos al suyo, quedó ella sola y pensativa, y no sé como se supo que habia hablado á solas estas ó otras semejantes razones. Adviertе, ó Ruperta, que los piadosos cielos te han traido á las manos, como simple victima al sacrificio, al alma de tu enemigo, que los hijos y mas los únicos, pedazos del alma son de los padres: ea, Ruperta, olvídate de que eres muger, y si no quieres olvidarte de esto, mira que eres muger y agraviada; la sangre de tu marido te está dando voces, y en aquella cabeza sin lengua te está diciendo: venganza, dulce esposa mia, que me mataron sin culpa; sí, que no

espantó la braveza de Olofernes á la humildad de Judit: verdad es que la causa suya fue muy diferente de la mia, ella castigó á un enemigo de Dios, y yo quiero castigar á un enemigo que no sé si lo es mio: á ella le puso el hierro de las manos el amor de su patria, y á mí me le pone el de mi esposo: ¿pero para qué hago yo tan disparatadas comparaciones? ¿qué tengo que hacer mas, sino cerrar los ojos, y embaynar el acero en el pecho de este mozo, que tanto será mi venganza mayor, quanto fuere menor su culpa? alcance yo renombre de vengadora, y venga lo que viniere: los deseos que se quieren cumplir no reparan en inconvenientes aunque sean mortales; cumpla yo el mio, y tenga la salida por mi misma muerte: esto dicho, dió traza y orden en como aquella noche se encerrase en la estancia de Croriano donde le dió facil entrada un criado suyo, traidor por dádivas, aunque él no pensó si-

no que hacia un gran servicio á su amo, llevándole al lecho una tan hermosa muger como Ruperta, la qual puesta en parte donde no pudo ser vista ni sentida ofreciendo su suerte al disponer del cielo, sepultada en maravilloso silencio estuvo esperando la hora de su contento que le tenia puesto en la de la muerte de Croriano; llevó para ser instrumento del cruel sacrificio un agudo cuchillo que por ser arma mañera y no embarazosa le pareció ser mas á propósito; llevó asimismo una lanterna bien cerrada, en la qual ardia una vela de cera; recogió los espiritus de manera que apenas osaba enviar la respiracion al ayre: ¿qué no hace una muger enojada? ¿qué montes de dificultades no atropella en sus designios? ¿qué enormes crueldades no le parecen blandas y pacificas? No mas, porque lo que en este caso se podia decir, es tanto que será mejor dexarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con que en-

carecerlo: llegóse en fin la hora, acostóse Croriano, durmióse con el cansancio del camino, y entregóse sin pensamiento de su muerte al reposo.

Con atentos oidos estaba escuchando Ruperta si daba alguna señal Croriano de que durmiese, y aseguraronla que dormia, así el tiempo que habia pasado desde que se acostó hasta entonces, como algunos dilatados alientos que no los dan sino los dormidos, viendo lo qual sin santiguarse ni invocar ninguna deidad que la ayudase, abrió la lanterna con que quedó claro el aposento, y miró donde pondria los pies para que sin tropezar la llevasen al lecho. Ea bella matadora, dulce enojada, verdugo agradable, executa tu ira, satisface tu enojo, borra y quita del mundo tu agravio que delante tienes en quien puedes hacerlo; pero mira, ó hermosa Ruperta, si quieres que no mires á ese hermoso Cupido que vas á descubrir que se deshará en

un punto toda la máquina de tus pensamientos: llegó en fin, y temblándole la mano descubrió el rostro de Croriano que profundamente dormia, y halló en él la propiedad del escudo de Medusa, que la convirtió en mármol; halló tanta hermosura que fue bastante á hacerle caer el cuchillo de la mano, y á que diese lugar la consideracion del enorme caso que cometer queria: vió que la belleza de Croriano, como hace el sol á la niebla, ahuyentaba las sombras de la muerte que darle queria, y en un instante no le escogió para víctima del cruel sacrificio, síno para holocausto santo de su gusto. ¡Ay, dixo entre sí, generoso mancebo, y quan mejor eres tú para ser mi esposo, que para ser objeto de mi venganza! qué culpa tienes tú de la que cometió tu padre! y qué pena se ha de dar á quien no tiene culpa! gozate, gozate joven ilustre, y quedese en mi pecho mi venganza y mi crueldad encerrada,

que quando se sepa, mejor nombre me dará el ser piadosa que vengativa: esto diciendo ya turbada y arrepentida se le cayó la lanterna de las manos sobre el pecho de Croriano que despertó con el ardor de la vela: hallóse á oscuras, quiso Ruperta salirse de la estancia y no acertó por donde; dió voces Croriano, tomó su espada y saltó del lecho, y andando por el aposento topó con Ruperta que toda temblando le dixo: no me mates, ó Croriano, puesto que soy una muger que no ha una hora que quise y pude matarte, y agora me veo en términos de rogarte que no me quites la vida.

En esto entraron sus criados al rumor con luces, y vió Croriano y conoció á la bellisima viuda, como quien ve á la resplandeciente luna de nubes blancas rodeada: ¿qué es esto, señora Ruperta? le dixo: ¿son los pasos de la venganza los que hasta aquí os han traido, ó quereis que os pague yo los desafue-

ros que mi padre os hizo? que este cuchillo que aquí veo, qué otra señal es, sino de que habeis venido á ser verdugo de mi vida? mi padre es ya muerto y los muertos no pueden dar satisfaccion de los agravios que dexan hechos: los vivos sí que pueden recompensarlos, y así yo que represento agora la persona de mi padre, quiero recompensaros la ofensa que él os hizo lo mejor que pudiere y supiere; pero dexadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si sois fantasma que aquí ha venido, ó á matarme, ó á engañarme, ó á mejorar mi suerte. Empeoróse la mia, respondió Ruperta, si es que halla modo el cielo como empeorarla, sí: entré este dia pasado en este meson con alguna memoria tuya: veniste tú á el: no te ví quando entraste, oí tu nombre, el qual despertó mi colera y me movió á la venganza, concerté con un criado tuyo que me encerrase esta noche en este aposento; hicele que

callase sellándole la boca con algunas dádivas: entré en él, apercebíme de este cuchillo y acrecenté el deseo de quitarte la vida; sentí que dormías, salí de donde estaba, y á la luz de una lanterna que conmigo traia te descubrí y ví tu rostro, que me movió á respeto y á reverencia, de manera que los filos del cuchillo se embotaron, el deseo de mi venganza se deshizo, cayóseme la vela de las manos, despertóte su fuego, diste voces, quedé yo confusa, de donde ha sucedido lo que has visto; yo no quiero mas venganzas, ni mas memorias de agravios; vive en paz que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, si ya no lo son el perdonarte la culpa que no tienes. Señora, respondió Croriano, mi padre quiso casarse contigo, tú no quisiste, él despechado mató á tu esposo; murióse llevando al otro mundo esta ofensa, yo he quedado como parte tan suya para hacer bien por su alma; si quieres

que te entregue la mia, recibeme por tu esposo, si ya como he dicho, no eres fantasma que me engañas: que las grandes venturas que vienen de improviso siempre traen consigo alguna sospecha. Dame esos brazos, respondió Ruperta, y veras, señor, como este mi cuerpo no es fantástico, y que el alma que en él te entrego, es sencilla, pura y verdadera. Testigos fueron de estos abrazos y de las manos que por esposos se dieron, los criados de Croriano que habian entrado con las luces; triunfó aquella noche la blanda paz de esta dura guerra volviéndose el campo de la batalla en tálamo de desposorio; nació la paz de la ira, de la muerte la vida, y del disgusto el contento; amaneció el dia y halló á los recien desposados cada uno en los brazos del otro: levantaronse los peregrinos con deseo de saber qué habria hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia

estaban ya bien informados: salió el rumor del nuevo desposorio y haciendo de los Cortesanos entraron á dar los parabienes á los novios, y al entrar en el aposento vieron salir del de Ruperta el anciano escudero que su historia les habia contado cargado con la caxa donde iba la calabera de su primero esposo y con la camisa y espada que tantas veces habia renovado las lágrimas de Ruperta; y dixo que lo llevaba adonde no renovasen otra vez en las glorias presentes pasadas desventuras; murmuró de la facilidad de Ruperta, y en general de todas las mugeres, y el menor vituperio que de ellas dixo fue llamarlas antojadizas.

Levantaronse los novios antes que entrasen los peregrinos, regocijaronse los criados, asi de Ruperta como de Croriano, y volvióse aquel meson en alcazar Real, digno de tan altos desposorios. En fin Periandro y Auristela, Constanza y Antonio su hermano hablaron

á los desposados, y se dieron parte de sus vidas, á lo menos la que convenia que se diese.

CAPÍTULO XVIII.

En esto estaban, quando entró por la puerta del meson un hombre, cuya larga y blanca barba mas de ochenta años le daba de edad: venia vestido ni como peregrino, ni como religioso puesto que lo uno y lo otro parecia; traia la cabeza descubierta, rasa y calva en el medio y por los lados luengas y blanquísimas canas le pendian; sustentaba el agobiado cuerpo sobre un retorcido cayado que de báculo le servia: en efecto todo él y todas las partes representaban un venerable anciano, digno de todo respeto, al qual apenas hubo visto la dueña del meson, quando hincándose ante él de rodillas le dixo: contaré yo este dia padre Soldino entre los venturosos de mi vida, pues he merecido verte en mi ca-

sa, que nunca vienes á ella sino para bien mio; y volviéndose á los circunstantes, prosiguió diciendo: este monton de nieve y esta estatua de mármol blanco que se mueve que aquí veis, señores, es la del famoso Soldino, cuya fama no solo en Francia, sino en todas partes de la tierra se estiende. No me alabeis, buena señora, respondió el anciano, que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira; no la entrada, sino la salida hace á los hombres venturosos: la virtud que tiene por remate el vicio, no es virtud sino vicio; pero con todo esto quiero acreditarme con vos en la opinion que de mí teneis: mirad hoy por vuestra casa, porque de estas bodas y de estos regocijos que en ella se preparan, se ha de engendrar un fuego que casi toda la consuma. A lo que dixo Croriano, hablando con Ruperta su esposa, este sin duda debe de ser Mágico ó Adivino, pues predice lo por venir.

Entreoyó esta razon el anciano y respondio: no soy mago ni adivino, sino judiciario, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña á adivinar: creedme, señores, por esta vez siquiera, y dexad esta estancia y vamos á la mia, que en una cercana selva que aquí está, os dará sino tan capaz, mas seguro alojamiento. Apenas hubo dicho esto, quando entró Bartolome, criado de Antonio y dixo á voces: señores, las cocinas se abrasan, porque en la infinita leña que junto á ellas estaba, se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar: tras esta voz acudieron las de otros criados, y comenzaron á acreditarlas los estallidos del fuego; la verdad tan manifiesta acreditó las palabras de Soldino, y asiendo en brazos Periandro á Auristela, sin querer ir primero á averiguar si el fuego se podia atajar ó no, dixo á Soldino, señor, guianos á tu estancia que el peligro de ésta ya

está manifiesto: lo mismo hizo Antonio con su hermana Constanza y con Feliz Flora la dama Francesa á quien siguieron Deleasir y Berlaminia, y la moza arrepentida de Talavera se asió del cinto de Bartolome, y él del cabestro de su bagaje, y todos juntos con los desposados y con la huespeda que conocia bien las adivinanzas de Soldino, le siguieron aunque con tardo paso los guiaba: las demas gentes del meson que no habian estado presentes á las razones de Soldino, quedaron ocupados en matar el fuego; pero presto su furor les dió á entender que trabajaban en vano, ardiendo la casa todo aquel dia, que á cogerles el fuego de noche fuera milagro escapar alguno que contara su furia: llegaron en fin á la selva donde hallaron una ermita no muy grande, dentro de la qual vieron una puerta que parecia serlo de una cueva oscura: antes de entrar en la ermita, dixo Soldino á todos los que le habian seguido: es-

tos árboles con su apacible sombra os servirán de dorados techos, y la yerba de este amenísimo prado, sino de muy blancas, á lo menos de muy blandas camas; yo llevaré conmigo á mi cueva á estos señores, porque les conviene, y no porque los mejore en la estancia; y luego llamó á Periandro, á Auristela, á Constanza, á las tres damas Francesas, á Ruperta, á Antonio y á Croriano, y dexando otra mucha gente fuera, se encerró con estos en la cueva, cerrando tras sí la puerta de la ermita y la de la cueva.

Viéndose pues Bartolome y la de Talavera, no ser de los escogidos ni llamados de Soldino, ó ya de despecho, ó ya llevados de su ligera condicion, se concertaron los dos, viendo ser tan para en uno, de dexar Bartolome á sus amos y la moza sus arrepentimientos: y así aliviaron el bagaje de dos hábitos de peregrinos, y la moza á caballo y el galan á pie, dieron cantonada, ella á sus compasivas seño-

ras, y él á sus honrados dueños, llevando en la intencion de ir tambien á Roma, como iban todos. Otra vez se ha dicho, que no todas las acciones verosimiles ni probables se han de contar en las historias, porque si no se les dá crédito pierden de su valor; pero al historiador no le conviene mas de decir la verdad, parezcalo ó no lo parezca: con esta máxîma pues el que escribió esta historia, dice, que Soldino con todo aquel esquadron de damas y caballeros baxo por las gradas de la oscura cueva y á menos de ochenta gradas se descubrió el cielo luciente y claro, y se vieron unos amenos y tendidos prados que entretenian la vista y alegraban las almas, y haciendo Soldino rueda de los que con él habian baxado, les dixo: Señores, esto no es encantamento, y esta cueva por donde aquí hemos venido no sirve sino de atajo para llegar desde allá arriba á este valle que veis que una legua de aquí tiene mas fácil,

mas llana y mas apacible entrada; yo levanté aquella ermita, y con mis brazos y con mi continuo trabajo cabé la cueva y hice mio este valle, cuyas aguas y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan; aquí huyendo de la guerra, hallé la paz; la hambre que en ese mundo de allá arriba, si así se puede decir, tenia, hallo aquí á la hartura; aquí en lugar de los Príncipes y Monarcas que mandaban en el mundo, á quien yo servia, he hallado á estos arboles mudos, que aunque altos y pomposos son humildes; aquí no suena en mis oidos el desden de los Emperadores, el enfado de sus ministros; aquí no veo dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirva; aquí soy yo señor de mí mismo; aquí tengo mi alma en mi palma, y aquí por vía recta encamino mis pensamientos y mis deseos al cielo; aquí he dado fin al estudio de las Matemáticas, he contemplado el curso de las estrellas y el movimiento del

sol y de la luna: aquí he hallado causas para alegrarme y causas para entristecerme, que aunque están por venir, serán ciertas segun yo pienso, que corren parejas con la misma verdad: agora, agora como presente veo, quitar la cabeza á un valiente pirata un valeroso mancebo de la casa de Austria nacido: ó si le viesedes, como yo le veo, arrastrando estandartes por el agua, bañando con menosprecio sus medias lunas, pelando sus luengas colas de caballos, abrasando baxeles, despedazando cuerpos y quitando vidas. Pero ay de mí, que me hace entristecer otro coronado jóven, tendido en la seca arena, de mil moras lanzas atravesado; el uno nieto y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamas como se debe alabado, Carlos V. á quien yo serví muchos años y serviria hasta que la vida se me acabára, si no lo estorvára el querer mudar la milicia mortal en la divina: aquí estoy, donde sin libros,

con sola la experiencia que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo, ó Croriano, (y en saber yo tu nombre sin haberte visto jamas me acreditaré contigo) que gozarás de tu Ruperta largos años; y á tí, Periandro, te aseguro buen suceso de tu peregrinacion; tu hermana Auristela no lo será presto, y no porque ha de perder la vida con brevedad; á tí, ó Constanza, subirás de Condesa á Duquesa y tu hermano Antonio al grado que su valor merece: estas señoras Francesas, aunque no consigan los deseos que agora tienen, conseguirán otros que las honren y contenten: el haber pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres sin haberos visto jamas, las muertes que he dicho que he visto antes que vengan, os podrán mover, si quereis, á creerme, y mas quando halleis ser verdad, que vuestro mozo Bartolome con el bagaje y con la moza Castellana se ha ido y os ha dexado á pie; no le sigais, porque

no le alcanzareis; la moza es mas del suelo que del cielo, y quiere seguir su inclinacion á despecho y pesar de vuestros consejos: Español soy, que me obliga á ser cortés y á ser verdadero; con la cortesia os ofrezco quanto estos prados me ofrecen, y con la verdad á la experiencia de todo quanto os he dicho; si os maravilláse de ver á un Español en esta agena tierra, advertid, que hay sitios y lugares en el mundo, saludables mas que otros, y este en que estamos lo es para mí mas que ninguno: las alquerias, caserias y lugares que hay por estos contornos, las habitan gentes Católicas y santas; quando conviene recibo los sacramentos y busco lo que no pueden ofrecer los campos para pasar la humana vida; esta es la que tengo, de la qual pienso salir á la siempre duradera, y por agora no mas, sino vamonos arriba, darémos sustento á los cuerpos como aquí abaxo le hemos dado á las almas.

CAPÍTULO XIX.

Aderezóse la pobre mas que limpia comida, aunque fue muy limpia, cosa no muy nueva para los quatro peregrinos, que se acordaron entonces de la isla Bárbara y de las Ermitas, donde quedó Rutilio y adonde ellos comieron de los ya sazonados, y ya no, frutos de los arboles; tambien se les vino á la memoria la profecia falsa de los Isleños, y las muchas de Mauricio, con las Moriscas de Xadraque, y últimamente con las del Español Soldino pareciales que andaban rodeados de adivinanzas y metidos hasta el alma en la Judiciaria Astrologia, que á no ser acreditada con la esperiencia, con dificultad le dieran crédito. Acabóse la breve comida, salió Soldino con todos los que con él estaban al camino para despedirse de ellos, y en él echaron menos á la moza Castellana y á Bartolome el del bagaje, cuya falta

no dió poca pesadumbre á los quatro, porque les faltaba el dinero y la reposteria; mostró congojarse Antonio, y quiso adelantarse á buscarle, porque bien se imaginó que la moza le llevaba, ó él llevaba á la moza, ó por mejor decir, el uno se llevaba al otro; pero Soldino le dixo, que no tuviese pena, ni se moviese á buscarlos, porque otro dia volveria su criado arrepentido del hurto, y entregaria quanto habia llevado; creyeronlo, y así no procuró Antonio de buscarle, y mas que Feliz Flora ofreció á Antonio de prestarle quanto hubiese menester para su gasto y el de sus compañeros desde allí á Roma, á cuya liberal oferta se mostró Antonio agradecido lo posible, y aun se ofreció de darle prenda que cupiese en el puño, y en el valor pasase de cincuenta mil ducados, y esto fue pensando de darle una de las dos perlas de Auristela, que con la cruz de diamantes, guardadas siempre consigo las traia. No se

atrevió Feliz Flora á creer la cantidad del valor de la prenda, pero atrevióse á volver á hacer el ofrecimiento hecho.

Estando en esto, vieron venir por el camino y pasar por delante de ellos hasta ocho personas á caballo, entre las quales iba una muger sentada en un rico sillon y sobre una mula vestida de camino, toda de verde hasta el sombrero, que con ricas y varias plumas azotaba el ayre con un antifaz asimismo verde cubierto el rostro; pasaron por delante de ellos, y con baxar las cabezas sin hablar palabra alguna, los saludaron y pasaron de largo: los del camino tampoco hablaron palabra, y al mismo modo les saludaron; quedabase atras uno de los de la compañía, y llegándose á ellos, pidió por cortesia un poco agua: diéronsela y preguntáronle, ¿qué gente era la que iba allí delante, y qué dama la de lo verde? A lo que el caminante respondió: el que allí adelante va, es el señor

Alexandro Castrucho, gentil-hombre Capuano, y uno de los ricos varones, no solo de Capua, sino de todo el Reyno de Nápoles, la dama es su sobrina, la señora Isabela Castrucho, que nació en España, donde dexa enterrado á su padre, por cuya muerte su tio la lleva á casar á Capua, y á lo que yo creo no muy contenta. Eso será, respondió el escudero enlutado de Ruperta, no porque va á casarse, sino porque el camino es largo, que yo para mí tengo, que no hay muger que no desee enterarse con la mitad que le falta, que es la del marido. No sé esas filosofías, respondió el caminante, solo sé que va triste, y la causa ella se la sabe; y á Dios quedad, que es mucha la ventaja que mis dueños me llevan, y picando apriesa se les fue de la vista, y ellos despidiéndose de Soldino le abrazaron y le dexaron. Olvidábase de decir como Soldino habia aconsejado á las damas Francesas que siguiesen el

camino derecho de Roma, sin torcerle para entrar en París, porque así les convenia: este consejo fue para ellas como si se le dixera un Oráculo, y así con parecer de los peregrinos determinaron de salir de Francia por el Delfinado, y atravesando el Piamonte y el Estado de Milan, ver á Florencia y luego á Roma. Tanteado pues este camino, con propósito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta allí caminaron, otro dia al romper del alba, vieron venir ácia ellos, al tenido por ladron, Bartolomé el bagajero, detras de su bagaje y él vestido como peregrino; todos gritaron quando le conocieron, y los mas le preguntaron, qué huida habia sido la suya, qué trage aquel, y qué vuelta aquella? A lo que él hincado de rodillas delante de Constanza casi llorando, respondió á todos: mi huida no sé como fue, mi trage ya veis que es de peregrino, mi vuelta es á restituir lo que quizá y sin quizá en vuestras imagi-

naciones me tenia confirmado por ladron; aquí, señora Constanza, viene el bagaje con todo aquello que en él estaba, excepto dos vestidos de peregrinos, que el uno es este que yo traigo, y el otro queda haciendo romera á la ramera de Talavera, que doy yo al diablo al amor y al bellaco que me lo enseñó, y es lo peor que lo conozco y determino ser soldado debaxo de su bandera, porque no siento fuerzas que se opongan á las que hace el gusto con los que poco saben; echeme vuesa merced su bendicion, y déxeme volver que me espera Luisa, y advierta que vuelvo sin blanca, fiado en el donayre de mi moza, mas que en la ligereza de mis manos, que nunca fueron ladronas ni lo serán, si Dios me guarda el juicio, si viviese mil siglos.

Muchas razones le dixo Periandro para estorvarle su mal propósito; muchas le dixo Auristela, y muchas mas Constanza y Antonio: pero todo fue, como dicen, dar

voces al viento y predicar en desierto: limpióse Bartolomé sus lágrimas, dexó su bageje, volvió las espaldas y partió en un vuelo, dexando á todos admirados de su amor y de su simpleza: Antonio viéndole partir tan de carrera, puso una flecha en su arco, que jamas la disparó en vano, con intencion de atravesarle de parte á parte y sacarle del pecho el amor y la locura: mas Feliz Flora, que pocas veces se le apartaba del lado, le trabó del arco, diciéndole: déxale, Antonio, que harta mala ventura lleva en ir á poder y á sujetarse al yugo de una muger loca: bien dices, señora, respondió Antonio, y pues tú le das la vida, ¿quién ha de ser poderoso á quitársela? Finalmente muchos dias caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada: entraron en Milan, admiróles la grandeza de la ciudad, su infinita riqueza, sus oros, que allí, no solamente hay oro, sino oros; sus bélicas herrerias que no parece si-

no que allí ha pasado las suyas Vulcano: la abundancia infinita de sus frutos, la grandeza de sus templos, y finalmente la agudeza del genio de sus moradores: oyeron decir á un huesped suyo, que lo mas que habia que ver en aquella ciudad, era la Academia de los Entronados, que estaba adornada de eminentísimos Académicos, cuyos sutiles entendimientos daban que hacer á la fama á todas horas, y por todas las partes del mundo: dixo tambien que aquel dia era de Academia, y que se habia de disputar si podia haber amor sin zelos. Sí puede, dixo Periandro, y para probar esta verdad no es menester gastar mucho tiempo. Yo, replicó Auristela, no sé que es amor, aunque sé lo que es querer bien. A lo que dixo Belarminia, no entiendo ese modo de hablar, ni la diferencia que hay entre amor y querer bien. Está, replicó Auristela, en que el querer bien, puede ser sin causa vehemente que os

mueva la voluntad, como se puede querer á una criada que os sirve, ó á una estatua ó pintura que bien os parece ó que mucho os agrada, y éstas no dan zelos ni los pueden dar; pero aquello que dicen que se llama amor, que es una vehemente pasion del ánimo, como dicen, ya que no dé zelos, puede dar temores que lleguen á quitar la vida, del qual temor á mí me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera. Mucho has dicho, señora, respondió Periandro, porque no hay ningun amante que esté en posesion de la cosa amada, que no tema el perderla; no hay ventura tan firme que tal vez no dé vaivenes: no hay clavo tan fuerte que pueda detener la rueda de la fortuna, y si el deseo que nos lleva á acabar presto nuestro camino no lo estorbara, quizá mostrara yo hoy en la Academia, que puede haber amor sin zelos, pero no sin temores: cesó esta plática, estuvieron quatro dias en Milan, en los qua-

les comenzaron á ver sus grandezas, porque á acabarlas de ver no dieran tiempo quatro años; partiéronse de allí y llegaron á Luca, ciudad pequeña, pero hermosa y libre, que debaxo de alas del Imperio y de España se descuella y mira exênta á las ciudades de los Príncipes que la desean: allí mejor que en otra parte ninguna son bien vistos y recibidos los Españoles, y es la causa, que en ella no mandan ellos sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de mas de un dia, no dan lugar á mostrar su condicion, tenida por arrogante: aquí aconteció á nuestros pasageros una de las mas estrañas aventuras que se han contado en todo el discurso de este libro.

CAPÍTULO XX.

Las posadas de Luca son capaces para aloxar una compañia de soldados, en una de las quales se aloxó nuestro esquadron, siendo guia-

do de las guardas de las puertas de la ciudad, que se los entregaron al huesped por cuenta, para que á la mañana ó quando se partiesen la habia de dar de ellos: al entrar vió la señora Ruperta que salia un Médico, que tal le pareció en el trage; diciendo á la huespeda de la casa, que tembien le pareció no podia ser otra: Yo, señora, no me acabo de desengañar si esta doncella está loca ó endemoniada, y por no errar digo que está endemoniada y loca, y con todo eso tengo esperanza de su salud, si es que su tio no se dá priesa á partirse. ¡Ay Jesus! dixo Ruperta, y en casa de endemoniados y locos nos apeamos? en verdad que si se toma mi parecer, no hemos de poner los pies dentro, á lo que dixo la huespeda: sin escrúpulo puede V. S. que este es el merced de Italia, apearse, porque de cien leguas se puede venir á ver lo que está en esta posada: apeáronse todos, y Auristela y Constanza que habian oido las razo-

nes de la huespeda, le preguntaron ¿qué habia en aquella posada, que tanto encarecia el verla? Venganse conmigo, respondió la huespeda, y verán lo que verán, y dirán lo que yo digo: guió y siguiéronla, donde vieron echada en un lecho dorado á una hermosísima muchacha, de edad, al parecer, de diez y seis ó diez y siete años: tenia los brazos aspados y atados con unas vendas á los balaustres de la cabecera del lecho, como que le querian estorvar el moverlos á ninguna parte, dos mugeres que debian de servirla de enfermeras, andaban buscándole las piernas para atarselas tambien, lo que la enferma dixo: basta que se me aten los brazos, que todo lo demas las ataduras de mi honestidad, lo tiene ligado, y volviéndose á las peregrinas, con levantada voz, dixo: figuras del cielo, Angeles de carne, sin duda creo que venis á darme salud, porque de tan hermosa presencia y de tan Christiana visita

no se puede esperar otra cosa: por lo que debeis á ser quien sois, que sois mucho, que mandeis que me desaten, que con quatro ó cinco bocados que me dé en el brazo, quedaré harta y no me haré mas mal, porque no estoy tan loca como parezco, ni el que me atormenta es tan cruel que dexará que me muerda. Pobre de tí, sobrina, dixo un anciano que habia entrado en el aposento, y qual te tiene ese que dices que no ha de dexar que te muerdas; encomiendate á Dios, Isabela, y procura comer, no de tus hermosas carnes, sino de lo que te diere este tu tio que bien te quiere, lo que cria el ayre, lo que mantiene el agua, lo que sustenta la tierra te traeré, que tu mucha hacienda y mi voluntad mucha te lo ofrece todo. La doliente moza respondió: déxenme sola con estos Angeles, quizá mi enemigo el demonio huirá de mí por no estar con ellos: y señalando con la cabeza, que se quedasen con ella Auristela,

Constanza, Ruperta y Feliz Flora; dixo que los demas se saliesen, como se hizo con voluntad y aun con ruegos de su anciano y lastimado tio, del qual supieron ser aquella la gentil dama de lo verde, que al salir de la cueva del sabio Español, habian visto pasar por el camino, que el criado que se quedó atrás, les dixo que se llamaba Isabela Castrucho, y que se iba á casar al Reyno de Napoles.

Apenas se vió sola la enferma, quando mirando á todas partes, dixo, que mirasen si habia otra persona en el aposento que aumentase el número de los que ella dixo que se quedasen: mirólo Ruperta y escrudiñólo todo, y aseguró no haber otra persona que ellos: con esta seguridad sentóse Isabela, como pudo, en el lecho, y dando muestras de que queria hablar de propósito, rompió la voz con un tan grande suspiro que pareció que con él se le arrancaba el alma, el fin del qual fue tenderse otra vez en

el lecho, y quedar desmayada con señales tan de muerte, que obligó á los circunstantes á dar voces pidiendo un poco de agua para bañar el rostro de Isabela, que á mas andar se iba al otro mundo: entró el mísero tio, llevando una cruz en la una mano y en la otra un hisopo bañado en agua bendita; entraron asimismo con él dos Sacerdotes, que creyendo ser el demonio quien la fatigaba, pocas veces se apartaban de ella; entró asimismo la huespeda con el agua, rociáronle el rostro, y volvió en sí diciendo: escusadas son por agora estas prevenciones; yo saldré presto, pero no ha de ser quando vosotros quisieredes, sino quando á mí me parezca, que será quando viniere á esta ciudad Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero de esta ciudad, el qual Andrea agora está estudiando en Salamanca, bien descuidado de estos sucesos. Todas estas razones acabaron de confirmar en los oyentes la opi-

nion que tenian de estar Isabela endemoniada, porque no podian pensar, cómo pudiese saber ella, Juan Bautista Marulo quién fuese y su hijo Andrea, y no faltó quien fuese luego á decir al ya nombrado Juan Bautista Marulo, lo que la bella endemoniada de él y de su hijo habia dicho. Torno á pedir que la dexasen sola con los que antes habia escogido; dixéronle los Sacerdotes los Evangelios y hicieron su gusto, llevándole todas de la señal que habia dicho que daria, quando el demonio la dexase libre, que induvitablemente la juzgaron por endemoniada: Feliz Flora hizo de nuevo la pesquisa de la estancia y cerrando la puerta de ella, dixo á la enferma: solas estamos, mira, señora, lo que quieres. Lo que quiero es, respondió Isabela, que me quiten estas ligaduras, que aunque son blandas me fatigan, porque me impiden: hiciéronlo así con mucha diligencia, y sentándose Isabela en el lecho, asió de la

una mano á Auristela y de la otra á Ruperta, y hizo que Constanza y Feliz Flora se sentasen junto á ella en el mismo lecho, y así apiñadas en un hermoso monton, con voz baxa y lágrimas en los ojos, dixo:

Yo, señoras, soy la infelice Isabela Castrucho, cuyos padres me dieron nobleza, la fortuna hacienda, y los cielos algun tanto de hermosura: nacieron mis padres en Capua, pero engendráronme en España, donde nací y me crié en casa de este mi tio, que aquí está, que en la Corte del Emperador la tenia. Válame Dios, ¿y para qué tomo yo tan de atras la corriente de mis desventuras? Estando pues yo en casa de este mi tio, ya huérfana de mis padres, que á él me dexaron encomendada y por tutor mio, llegó á la Corte un mozo, á quien yo ví en una Iglesia y le miré tan de propósito : : : y no os parezca esto, señoras, desenvoltura, que no parecerá, si considerardes que soy muger; digo,

que le miré en la Iglesia de tal modo, que en casa no podia estar sin mirarle, porque quedó su presencia tan impresa en mi alma, que no podia apartarla de mi memoria; finalmente no me faltaron medios, para entender quien él era y la calidad de su persona, y qué hacia en la Corte, ó donde iba, y lo que saqué en limpio, fue que se llamaba Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, Caballero de esta ciudad mas noble que rico, y que iba á estudiar á Salamanca: en seis dias que allí estuvo, tuve órden de escribirle quien yo era y la mucha hacienda que tenia, y que de mi hermosura se podia certificar viéndome en la Iglesia; escribíle asimismo, que entendia que este mi tio me queria casar con un primo mio, porque la hacienda se quedase en casa, hombre no de mi gusto, ni de mi condicion, como es verdad: díxele asimismo, que la ocasion en mí le ofrecia sus cabellos, que los

tomase, y que no diese lugar, en no hacello, al arrepentimiento, y que no tomase de mi facilidad ocasion para no estimarme: respondió despues de haberme visto no sé quantas veces en la Iglesia, que por mi persona sola sin los adornos de la nobleza y de la riqueza, me hiciera señora del mundo, si pudiera y que me suplicaba durase firme algun tiempo en mi amorosa intencion, lo menos hasta que él dexase en Salamanca á un amigo suyo que con él de esta ciudad habia partido á seguir el estudio: respondile que sí haria, porque en mí no era el amor importuno ni indiscreto que presto nace y presto se muere: dexóme entonces por honrado, pues no quiso faltar á su amigo, y con lágrimas como enamorado, que yo se las ví verter, pasando por mi calle el dia que se partió, sin dexarme, y yo me fuí con él, sin partirme: otro dia, ¡quién podrá creer esto! ¡qué de rodeos tienen las desgracias para

alcanzar mas presto á los desdichados! digo, que otro dia concertó mi tio, que volviesemos á Italia, sin poderme escusar, ni valerme el fingirme enferma, porque el pulso y la color me hacian sana; mi tio no quiso creer que de enferma, sino de mal contento del casamiento, buscaba trazas para no partirme: en este tiempo le tuve para escribir á Andrea de lo que me habia sucedido, y que era forzoso el partirme, pero que yo procuraria pasar por esta ciudad, donde pensaba fingirme endemoniada y dar lugar con esta traza á que él le tuviese de dexar á Salamanca y venir á Luca, adonde á pesar de mi tio y aun de todo el mundo seria mi esposo: así que en su diligencia estaba mi ventura y aun la suya, si queria mostrarse agradecido; si las cartas llegaron á sus manos, que sí debieron llegar, porque los portes las hacen ciertas, antes de tres dias ha de estar aqui: yo por mi parte he hecho

lo que he podido; una legion de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener una onza de amor en el alma, quando la esperanza desde lejos la anda haciendo cocos. Esta es, señoras mias, mi historia, esta mi locura, esta mi enfermedad; mis amorosos pensamientos son los demonios que me atormentan; paso hambre, porque espero hartura; pero con todo eso la desconfianza me persigue porque como dicen en Castilla, *á los desdichados se les suelen helar las migas entre la boca y la mano.* Haced, señoras, de modo que acrediteis mi mentira y fortalezcais mis discursos, haciendo con mi tio, que puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos dias, quizá permitirá el cielo, que llegue el de mi contento con la venida de Andrea. No habrá para qué preguntar, si se admiraron ó no los oyentes de la historia de Isabela, pues la historia misma se trae consigo la admiracion, para ponerla en las al-

mas de los que la escuchan. Ruperta, Auristela, Constanza y Feliz Flora le ofrecieron de fortalecer sus designios y de no partirse de aquel lugar, hasta ver el fin de ellos, pues á buena razon no podia tardar mucho.

CAPÍTULO XXI.

Priesa se daba la hermosa Isabela Castrucho á revalidar su demonio, y priesa se daban las quatro ya sus amigas á fortalecer su enfermedad, afirmando con todas las razones que podian, de que verdaderamente era el demonio el que hablaba en su cuerpo; porque se vea quien es el amor, pues hace parecer endemoniados á los amantes. Estando en esto, que seria casi al anochecer, volvió el Médico á hacer la segunda visita, y acaso traxo con él á Juan Bautista Marulo, padre de Andrea el enamorado, y al entrar del aposento de la enferma, dixo: vea vmd. señor Juan Bautista Ma-

rulo, la lástima de esta doncella y si merece, que en su cuerpo de angel se ande esparciendo el demonio; pero una esperanza nos consuela, y es, que nos ha dicho que presto saldrá de aquí, y dará por señal de su salida la venida del señor Andrea vuestro hijo, que por instantes aguarda. Así me lo han dicho, respondió el señor Juan Bautista, y holgariame yo, que cosas mias fuesen paraninfos de tan buenas nuevas. Gracias á Dios y á mi diligencia, dixo Isabela, que si no fuera por mí, él se estuviera ahora quedo en Salamanca, haciendo lo que Dios se sabe: créame, señor Juan Bautista, que está presente, que tiene un hijo mas hermoso que santo, y menos estudiante que galan, que mal hayan las galas y las atildaduras de los mancebos que tanto daño hacen en la República, y mal hayan juntamente las espuelas que no son de rodaxa, y los acicates que no son puntiagudos y las mulas de

alquiler que no se aventajan á las postas : con estas fue ensartando otras razones equívocas , conviene á saber , de dos sentidos , que de una manera las entendian sus secretarias y de otra los demas circunstantes ; ellas las interpretaban verdaderamente, y los demas como desconcertados disparates. ¿Dónde vistes vos , señora , dixo Marulo, á mi hijo Andrea? ¿fue en Madrid ó en Salamanca? No fue sino en Illescas , dixo Isabela , cogiendo guindas la mañana de San Juan al tiempo que alboreaba ; mas si va á decir verdad , que es milagro que yo la diga , siempre le veo y siempre le tengo en el alma. Aun bien , replicó Marulo , que esté mi hijo cogiendo guindas y no espulgándose , que es mas propio de los estudiantes. Los estudiantes que son Caballeros , respondió Isabela, de pura fantasia pocas veces se espulgan , pero muchas se rascan , que estos animalejos que se usan en el mundo tan de or-

dinario, son tan atrevidos, que así se entran por las calzas de los Príncipes, como por las frazadas de los hospitales. Todo lo sabes, malino, dixo el Médico: bien parece que eres viejo, y esto encaminando sus razones al demonio que pensaba que tenia Isabela en el cuerpo: estando en esto, que no parece sino que el mismo satanas lo ordenaba, entró el tio de Isabela con muestras de grandísima alegría, diciendo: albricias, sobrina mia, albricias, hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Juan Bautista, que está presente. Ea, dulce esperanza mia, cúmplenos la que nos has dado, de que has de quedar libre en viéndole: ea, demonio maldito, *vade retro*, *exi foras*, sin que lleves pensamiento de volver á esta estancia, por mas barrida y escombrada que la veas. Venga, venga, replicó Isabela, ese putativo Ganimedes, ese contrahecho Adonis y deme la mano de espo-

so, libre, sano y sin cautela, que yo le he estado aquí aguardando, mas firme que roca puesta á las ondas del mar, que la tocan, mas no la mueven.

Entró de camino Andrea Marulo, á quien ya en casa de sus padres le habian dicho la enfermedad de la estrangera Isabela, y de como le esperaba, para darle por seña, de la salida del demonio. El mozo que era discreto y estaba prevenido por las cartas que Isabela le envió á Salamanca, de lo que habia de hacer, si la alcanzaba en Luca, sin quitarse las espuelas, acudió á la posada de Isabela y entró por su estancia, como atontado y loco, diciendo: á fuera, á fuera, á fuera, aparta, aparta, aparta que entra el valeroso Andrea, quadrillero mayor de todo el infierno, si es que no basta de una esquadra: con este alboroto y voces casi quedaron admirados los mismos que sabian la verdad del caso, tanto que dixo el

Médico y aun su mismo padre: tan demonio es éste, como el que tiene Isabela: y su tio dixo: esperabamos á este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal. Sosiégate, hijo, sosiégate, dixo su padre, que parece que estás loco. No lo ha de estar, dixo Isabela, si me ve á mí: ¿no soy yo por ventura el centro donde reposan sus pensamientos? ¿no soy yo el blanco donde asestan sus deseos? Sí por cierto, dixo Andrea, sí, que vos sois señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo y vida de mi muerte; dadme la mano de ser mi esposa, señora mia, y sacadme de la esclavitud en que me veo, á la libertad de verme debaxo de vuestro yugo: dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alzadme de la humildad de ser Andrea Marulo á la alteza de ser esposo de Isabela Castrucho; vayan de aquí fuera los demonios que quisieren estorbar tan sabro-

so nudo, y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta. Tú dices bien, señor Andrea, replicó Isabela, y sin que aquí intervengan trazas, máquinas, ni embelecos, dáme esa mano de esposo y recíbeme por tuya: tendió la mano Andrea, y en aquel instante alzó la voz Auristela, y dixo: bien se la pueden dar, que para en uno son.

Pasmado y atónito tendió tambien la mano su tio de Isabela y trabó de la de Andrea, y dixo: ¿Qué es esto, señores? ¿úsase en este pueblo, que se case un diablo con otro? Que no, dixo el Médico, que esto debe de ser burlando para que el diablo se vaya, porque no es posible que este caso que va sucediendo, pueda ser prevenido por entendimiento humano. Con todo eso, dixo el tio de Isabela, quiero saber de la boca de entrambos, qué lugar le daremos á este casamiento, el de la verdad, ó el de la burla. El de la verdad, respondió Isabela, porque ni An-

drea Marulo está loco, ni yo endemoniada; yo le quiero y escojo por mi esposo, si es que él me quiere y me escoje por su esposa. No loco, ni endemoniado, sino con mi juicio entero, tal qual Dios ha sido servido de darmele, y diciendo esto tomó la mano de Isabela y ella le dió la suya y con dos sies quedaron indubitablemente casados. ¿Qué es esto, dixo Castrucho? otra vez aquí de Dios, ¿cómo y es posible que así se deshonren las canas de este viejo? No las puede deshonrar, dixo el padre de Andrea, ninguna cosa mia, yo soy noble, y no demasiadamente rico, no tan pobre que haya menester á nadie; no entro, ni salgo en este negocio: sin mi sabiduria se han casado los muchachos, que en los pechos enamorados la discrecion se adelanta á los años; y si las mas veces los mozos en sus acciones disparan, muchas aciertan, y quando aciertan, aunque sea acaso, exceden con muchas ventajas á las mas considera-

das; pero mirese con todo eso, si lo que aquí ha pasado puede pasar adelante, porque si se puede deshacer, las riquezas de Isabela no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo. Dos Sacerdotes que se hallaron presentes, dixeron, que era válido el matrimonio; presupuesto, que si con parecer de locos le habian comenzado, con parecer de verdaderamente cuerdos le habian confirmado. Y de nuevo le confirmamos, dixo Andrea, y lo mismo dixo Isabela; oyendo lo qual su tio, se le cayeron las alas del corazon y la cabeza sobre el pecho, y dando un profundo suspiro, vueltos los ojos en blanco, dió muestras de haberle sobrevenido un mortal parasismo: llevaronle sus criados al lecho; levantóse del suyo Isabela, llevóla Andrea á casa de su padre, como á su esposa, y de allí á dos dias entraron por la puerta de una Iglesia un niño, hermano de Andrea Marulo, á bautizar, Isabela y

y Andrea á casarse, y á enterrar el cuerpo de su tio, porque se vean, quán estraños son los sucesos de esta vida; unos á un mismo punto se bautizan, otros se casan y otros se entierran: con todo eso se puso luto Isabela, porque esta que llaman muerte, mezcla los tálamos con las sepulturas y las galas con los lutos. Quatro dias mas estuvieron en Luca nuestros peregrinos y la esquadra de nuestros pasageros, que fueron regalados de los desposados y del noble Juan Bautista Marulo. Y aquí dió fin nuestro autor al tercero libro do esta historia.

LIBRO QUARTO.

CAPÍTULO I.

Disputóse entre nuestra peregrina esquadra, no una, sino muchas veces, si el casamiento de Isabela Castrucho, con tantas máquinas fabricado, podia ser valedero, á lo que Periandro muchas veces dixo que sí, quanto mas que no les tocaba á ellos la averiguacion de aquel caso, pero lo que á él le habia descontentado era la junta del Bautismo, casamiento y la sepultura y la ignorancia del Médico, que no atinó con la traza de Isabela, ni con el peligro de su tio; unas veces trataban en esto y otras en referir los peligros que por ellos habian pasado; andaban Croriano y Ruperta su esposa atentísimos inquiriendo quien fuesen Periandro y Auristela, Antonio y Constanza,

lo que no hacian, por saber quien fuesen las tres damas francesas, que desde el punto que las vieron, fueron de ellos conocidas. Con esto, á mas que medianas jornadas, llegaron á Aquapendente, lugar cercano á Roma, á la entrada de la qual villa, adelantándose un poco Periandro y Auristela de los demas, sin temor que nadie los escuchàse, ni oyese Periandro habló á Auristela de esta manera: bien sabes, ó señora, que las causas que nos movieron á salir de nuestra patria y á dexar nuestro regalo, fueron tan justas como necesarias: ya los ayres de Roma nos dan en el rostro, ya las esperanzas que nos sustentan nos bullen en las almas, ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce posesion esperada: mira, señora, que será bien, que des una vuelta á tus pensamientos y escudriñando tu voluntad, mires si estás en la entereza primera, ó si lo estarás despues de haber cumplido tu voto, de lo que yo no dudo,

porque tu Real sangre no se engendró entre promesas mentirosas, ni entre dobladas trazas; de mi te sé decir, ó hermosa Sigismunda, que este Periandro que aquí ves, es el Persiles, que en la casa del Rey mi padre viste, aquel, digo, que te dió palabra de ser tu esposo en los alcazares de su padre, y te la cumplirá en los desiertos de Libia, si allí la contraria fortuna nos lleváse.

Ibale mirando Auristela atentísimamente, maravillada de que Periandro dudáse de su fe, y así le dixo: sola una voluntad, ó Persiles he tenido en toda mi vida, y esa habrá dos años que te la entregué, no forzada, sino de mi libre alvedrío, la qual tan entera y firme está agora como el primer dia que te hice señor de ella, la qual, si es posible que se aumente, se ha aumentado y crecido entre los muchos trabajos que hemos pasado; de que tú estés firme en la tuya, me mostraré tan agradecida, que en

cumpliendo mi voto, haré que se vuelvan en posesion tus esperanzas: pero dime, ¿qué haremos despues que una misma coyunda nos ate y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Lejos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las agenas, sin arrimo que sustente la yedra de nuestras incomodidades: no digo esto, porque me falte el animo de sufrir todas las del mundo como esté contigo, sino dígolo, porque qualquiera necesidad tuya me ha de quitar la vida: hasta aquí, ó poco menos de hasta aquí, padecia mi alma en sí sola, pero de aquí adelante padeceré en ella y en la tuya, aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son mas que una. Mira, señora, respondió Periandro, como no es posible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dicen, que cada uno es el artífice de ella desde el principio hasta el cabo: así yo no puedo responderte agora lo que haremos des-

pues que la buena suerte nos junte; rompase agora el inconveniente de nuestra division, que despues de juntos, campos hay en la tierra que nos sustenten y chozas que nos recojan y hatos que nos encubran, que á gozarse dos almas que son una, como tu has dicho, no hay contentos con que igualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen; no nos faltará medio para que mi madre la Reyna sepa donde estamos, ni á ella le faltará industria para socorrernos, y en tanto esa cruz de diamantes que tienes, y esas dos perlas inestimables comenzarán á darnos ayudas, sino que temo que al deshacernos de ellas, se ha de deshacer nuestra máquina, porque ¿cómo se ha de creer, que prendas de tanto valor se encubran debaxo de una esclavina? Y por venir dándoles alcance la demas compañía, cesó su plática, que fue la primera que habian hablado en cosas de su gusto, porque la mucha honestidad de

Auristela, jamas dió ocasion á Periandro á que en secreto la hablase, y con este artificio y seguridad notable pasaron la plaza de hermanos entre todos quantos hasta allí los habian conocido, solamente en el desalmado y ya muerto Clodio pasó la malicia tan adelante que llegó á sospechar la verdad.

Aquella noche llegaron una jornada antes de Roma, y en un meson, adonde siempre les solia acontecer maravillas, les aconteció esta, si es que asi puede llamarse: estando todos sentados á una mesa, la qual la solicitud del huesped y la diligencia de sus criados tenian abundantemente proveida, de un aposento del meson salió un gallardo peregrino con unas escribanías sobre el brazo izquierdo, y un cartapacio en la mano, y habiendo hecho á todos la debida cortesia en lengua Castellana, dixo: este trage de peregrino que visto, el qual trae consigo la obligacion de que pida limosna al que lo trae, me

obliga á que os la pida y tan aventajada y tan nueva, que sin darme joya alguna, ni prendas que lo valgan, me habeis de hacer rico: yo, señores, soy un hombre curioso; sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al exercicio de la guerra, y algunos otros y los mas maduros en el de las letras: en los de la guerra he alcanzado algun buen nombre y por los de las letras he sido algun tanto estimado: algunos libros he impreso, de los ignorantes no condenados por malos, ni de los discretos han dexado de ser tenidos por buenos: y como la necesidad, segun se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mio, que tiene un no sé qué de fantástico é inventivo, ha dado en una imaginacion algo peregrina y nueva, y es, que á costa agena quiero sacar un libro á luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ageno y el provecho mio: el libro se ha de

llamar: *Flor de aforismos peregrinos*, conviene á saber, sentencias sacadas de la misma verdad, en esta forma: quando en el camino, ó en otra parte topo alguna persona, cuya presencia muestre ser de ingenio y de prendas le pido me escriba en este cartapacio algun dicho agudo, si es que le sabe, ó alguna sentencia que lo parezca, y de esta manera tengo ajuntados mas de trescientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse y no en nombre mio, sino de su mismo autor que lo firmó de su nombre despues de haberlo dicho. Esta es la limosna que pido, y la que estimaré sobre todo el oro del mundo. Dadnos, señor Español, respondió Periandro, alguna muestra de lo que pedis por quien nos guiemos, que en lo demas sereis servido como nuestros ingenios lo alcanzaren. Esta mañana, respondió el Español, llegaron aquí y pasaron de largo, un peregrino y una peregrina, Españoles, á los quales, por ser Es-

pañoles, declaré mi deseo, y ella me dixo que pusiese de mi mano (porque no sabia escribir) esta razon:

Mas quiero ser mala con esperanza de ser buena, que buena con propósito de ser mala.

Y díxome que firmáse, *La peregrina de Talavera*: tampoco sabia escribir el peregrino, y me dixo, que escribiese:

No hay carga mas pesada, que la muger liviana.

Y firmé por él, *Bartolomé el Manchego*. De este modo son los aforismos que pido y los que espero de esta gallarda compañía, serán tales, que realcen á los demas y les sirvan de adorno y de esmalte. El caso está entendido, respondió Croriano, y por mí, tomando la pluma al peregrino y el cartapacio, quiero comenzar á salir de esta obligacion y escribió:

Mas hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huida.

Y firmó, *Croriano*: luego to-

mó la pluma Periandro y escribió:

Dichoso es el soldado que quando está peleando, sabe que le está mirando su Principe.

Y firmó. Sucedióle el bárbaro Antonio, y escribió:

La honra que se alcanza por la guerra, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es mas firme que las demas honras.

Y firmóse, *Antonio el Bárbaro*: y como allí no habia mas hombres, rogó el peregrino que tambien aquellas damas escribiesen, y fue la primera que escribió Ruperta y dixo:

La hermosura que se acompaña con la honestidad es hermosura; y la que no, no es mas de un buen parecer.

Y firmó. Segundóla Auristela, y tomando la pluma dixo:

La mejor dote que puede llevar la muger principal, es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta ó la fortuna la deshace.

Y firmó, á quien siguió Constanza escribiendo:

No por el suyo, sino por el parecer ageno ha de escoger la muger el marido.

Y firmó. Feliz Flora escribió tambien, y dixo:

A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa, pero á mucho mas las fuerzas del gusto.

Y firmó: y siguiendo Belarminia, dixo:

La muger ha de ser como el Armiño, dexándose antes prender que enlodarse.

Y firmó. La última que escribió fue la hermosa Deleasir y dixo:

Sobre todas las acciones de esta vida tiene imperio la buena ó la mala suerte, pero mas sobre los casamientos.

Esto fue lo que escribieron nuestras damas y nuestros peregrinos, de lo que el Español quedó agradecido y contento; y preguntándole Periandro si sabia algun

aforismo de memoria de los que tenia allí escritos le dixese: á lo que respondió que solo uno diria que le habia dado gran gusto por la firma del que lo habia escrito, que decia:

No desees y serás el mas rico hombre del mundo.

Y la firma decia *Diego de Ratos, corcobado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar en Castilla la Vieja, junto á Valladolid.* Por Dios, dixo Antonio, que la firma está larga y tendida, y que el aforismo es el mas breve y compendioso que pueda imaginarse, porque está claro que lo que se desea es lo que falta, y el que no desea no tiene falta de nada, y así será el mas rico del mundo. Algunos otros aforismos dixo el Español que hicieron sabrosa la conversacion y la cena: sentóse el peregrino con ellos, y en el discurso de la cena dixo: no daré el privilegio de este mi libro á ningun librero en Madrid si me da por él dos mil du-

cados, que allí no hay ninguno que no quiera los privilegios de valde, ó á lo menos por tan poco precio, que no le luzca al autor del libro; verdad es, que tal vez suelen comprar un privilegio y imprimir un libro con quien piensan enriquecer y pierden en él el trabajo y la hacienda, pero el de estos aforismos escrito se lleva en la frente la bondad y la ganancia.

CAPÍTULO II.

Bien podia intitularse el libro del Peregrino Español, *Historia peregrina sacada de diversos Autores*: y dixera verdad segun habian sido y iban siendo los que la componian, y no les dió poco que reir la firma de Diego de Ratos, el zapatero de viejo, y aun tambien les dió que pensar el dicho de Bartolome el Manchego que dixo: *que no habia carga mas pesada que la muger liviana*, señal que le debia de pesar ya la que llevaba en la

moza de Talavera. En esto fueron hablando otro dia que dexaron al español moderno y nuevo autor de nuevos y esquisitos libros, y aquel mismo dia vieron á Roma, alegrándoles las almas, de cuya alegria redundaba salud en los cuerpos: alborozáronse los corazones de Periandro y de Auristela, viéndose tan cerca del fin de su deseo: los de Croriano y Ruperta y los de las tres damas Francesas ansi mismo por el buen suceso que prometia el fin próspero de su viage, entrando á la parte de este gusto los de Constanza y Antonio: heriales el sol por Zenit, á cuya causa puesto que está mas apartado de la tierra que en ninguna otra sazon del dia, hiere con mas calor y vehemencia, y habiéndoles convidado una cercana selva que á su mano derecha se descubria, determinaron de pasar en ella el rigor de la siesta que les amenazaba y aun quizá la noche, pues les quedaba lugar demasiado para entrar el dia

siguiente en Roma: hicieronlo así, y mientras mas entraban por la selva adelante la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las yerbas salian, los arroyos que por ella cruzaban les iban confirmando en su mismo propósito.

Tanto habían entrado en ella, quanto volviendo los ojos vieron que estaban ya encubiertos á los que por el real camino pasaban, y haciéndoles la variedad de los sitios variar en la imaginacion, qual escogerian segun eran todos buenos y apacibles, alzó á caso los ojos Auristela, y vió pendiente de la rama de un verde sauce un retrato del grandor de una quartilla de papel pintado en una tabla no mas del rostro de una hermosisima muger, y reparando un poco en él, conoció claramente ser su rostro el del retrato, y admirada y suspensa se le enseñó á Periandro: á este mismo instante dixo Croriano, que todas aquellas yerbas manaban sangre, y mostró los pies en ca-

liente sangre teñidos. El retrato que luego descolgó Periandro, y la sangre que mostraba Croriano los tuvo confusos á todos, y en deseo de buscar así el dueño del retrato como de la sangre. No podia pensar Auristela quién, donde, ó quando pudiese haber sido sacado su rostro, ni se acordaba Periandro que el criado del Duque de Nemurs le habia dicho que el pintor que sacaba los de las tres damas Francesas sacaria tambien el de Auristela con no mas de haberla visto, que si de esto él se acordara, con facilidad diera en la cuenta de lo que no alcanzaba: el rastro que siguieron de la sangre llevó á Croriano y á Antonio que le seguian, hasta ponerlos entre unos espesos árboles que allí cerca estaban, donde vieron al pie de uno un gallardo peregrino sentado en el suelo, puestas las manos casi sobre el corazon y todo lleno de sangre, vista que les turbó en gran manera, y mas quando llegándose á él Cro-

riano, le alzó el rostro que sobre los pechos tenia derribado y lleno de sangre, y limpiándosele con un lienzo conoció sin duda alguna ser el herido el Duque de Nermurs, que no bastó el diferente trage en que le hallaba para dexar de conocerle, tanta era la amistad que con él tenia: el Duque herido, ó á lo menos el que parecia ser el Duque, sin abrir los ojos que con la sangre los tenia cerrados con mal pronunciadas palabras dixo: bien hubierais hecho, ó quien quiera que seas, enemigo mortal de mi descanso, si hubieras alzado un poco mas la mano y dadome en mitad del corazon, que allí sí que hallaras el retrato mas vivo y mas verdadero que el que me hiciste quitar del pecho y colgar en el árbol, porque no me sirviese de reliquia y de escudo en nuestra batalla. Hallóse Constanza en este hallazgo, y como naturalmente era de condicion tierna y compasiva, acudió á mirarle la herida, y á to-

marle la sangre, antes que á tener cuenta con las lastimosas palabras que decia; casi otro tanto le sucedió á Periandro y á Auristela, porque la misma sangre les hizo pasar adelante á buscar el origen de donde procedia, y hallaron entre unos verdes y crecidos juncos tendido otro peregrino cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro que descubierto y limpio tenia, y así sin tener necesidad de limpiarsele, ni de hacer diligencias para conocerle, conocieron ser el Príncipe Arnaldo que mas desmayado que muerto estaba. La primera señal que dió de vida, fue probarse á levantar diciendo: no le llevarás, traidor, porque el retrato es mio por ser el de mi alma; tú le has robado y sin haberte yo ofendido en cosa, me quieres quitar la vida.

Temblando estaba Auristela con la no pensada vista de Arnaldo, y aunque las obligaciones que le tenia le impelian á que á él se llegase, no osaba por la presencia de

Periandro, el qual tan obligado como cortés asió de las manos del Príncipe, y con voz no muy alta por no descubrir lo que quizá el Príncipe querria que se callase, le dixo: volved en vos, señor Arnaldo, y vereis que estais en poder de vuestros mayores amigos, y que no os tiene tan desamparado el cielo que no os podais prometer mejora de vuestra suerte: abrid los ojos digo, y vereis á vuestro amigo Periandro, y á vuestra obligada Auristela tan deseosos de serviros como siempre; contadnos vuestra desgracia y todos vuestros sucesos, y prometeos de nosotros todo quanto nuestra industria y fuerzas alcanzaren: decidnos si estais herido, y quien os hirio y en qué parte para que luego se procure vuestro remedio. Abrió en esto los ojos Arnaldo, y conociendo á los dos que delante tenia, como pudo que fue con mucho trabajo se arrojó á los pies de Auristela puesto que abrazado tambien á los de Pe-

riandro que hasta en aquel punto guardó el decoro á la honestidad de Auristela, en la qual puestos los ojos dixo: no es posible que no seas tú, señora, la verdadera Auristela y no imagen suya, porque no tendria ningun espiritu licencia ni ánimo para ocultarse debaxo de apariencia tan hermosa: Auristela eres sin duda, y yo tambien sin ella soy aquel Arnaldo que siempre ha deseado servirte: en tu busca vengo, porque si no es parando en tí, que eres mi centro, no tendrá sosiego el alma mia.

En el tiempo que esto pasaba, ya habian dicho á Croriano y á los demas el hallazgo del otro peregrino, y que daba tambien señales de estar mal herido; oyendo lo qual Constanza, habiendo tomado ya la sangre al Duque, acudió á ver lo que habia menester el segundo herido, y quando conoció ser Arnaldo, quedó atónita y confusa, y supliendo su discrecion su sobresalto, sin entrar en otras ra-

zones le dixo, que le descubriese sus heridas: á lo que Arnaldo respondió con señalarle con la mano derecha el brazo izquierdo, señal de que allí tenia la herida. Desnudóle luego Constanza, y hallósele por la parte superior atravesado de parte á parte: tomóle luego la sangre que aun corria, y dixo á Periandro como el otro herido que allí estaba era el Duque de Nemurs, y que convenia llevarlos al pueblo mas cercano donde fuesen curados, porque el mayor peligro que tenian era la falta de la sangre. Al oir Arnaldo el nombre del Duque se estremeció todo, y dió lugar á que los frios zelos se entrasen hasta el alma por las calientes venas, casi vacias de sangre, y así dixo sin mirar lo que decia: alguna diferencia hay de un Duque á un Rey; pero en el estado del uno ni del otro, ni aun en el de todos los Monarcas del mundo cabe el merecer á Auristela, y añadió y dixo: no me lleven adonde lleva-

ren al Duque, que la presencia de los agraviadores no ayuda nada á las enfermedades de los agraviados. Dos criados traia consigo Arnaldo y otros dos el Duque, los quales por orden de sus señores los habian dexado allí solos, y ellos se habian adelantado á un lugar allí cercano para tenerles aderezado alojamiento cada uno de por sí, porque aun no se conocian. Miren tambien, dixo Arnaldo, si en un árbol de estos que estan aquí á la redonda, está pendiente un retrato de Auristela sobre quien ha sido la batalla que entre mí y el Duque hemos pasado; quitese y deseme, porque me cuesta mucha sangre y de derecho es mio. Casi esto mismo estaba diciendo el Duque á Ruperta y á Croriano y á los demas que con él estaban; pero á todos satisfizo Periandro diciendo, que él le tenia en su poder como en depósito, y que le volveria en mejor coyuntura á cuyo fuese. ¿Es posible, dixo Arnaldo, que se pue-

de poner en duda la verdad de que el retrato sea mio? no sabe ya el cielo que desde el punto que ví el original le trasladé en mi alma? pero tengale mi hermano Periandro, que en su poder no tendrán entrada los zelos, las iras y las soberbias de sus pretensores, y llevenme de aquí que me desmayo: luego acomodaron en qué pudiesen ir los dos heridos, cuya vertida sangre mas que la profundidad de las heridas les iba poco á poco quitando la vida, y así los llevaron al lugar donde sus criados les tenian el mejor alojamiento que pudieron, y hasta entonces no habia conocido el Duque ser el Príncipe Arnaldo su contrario.

CAPÍTULO III.

Envidiosas y corridas estaban las tres damas Francesas, de ver que en la opinion del Duque estaba estimado el retrato de Auristela mucho mas que ninguno de los suyos

que el criado que envió á retratarlas, como se ha dicho, les dixo que consigo los traia entre otras joyas de mucha estima, pero que en el de Auristela idolatraba: razones y desengaño que las lastimó las almas; que nunca las hermosas reciben gusto, sino mortal pesadumbre de que otras hermosuras igualen á las suyas, ni aun que se les comparen, porque la verdad que comunmente se dice de que toda comparacion es odiosa, en la de las bellezas viene á ser odiosisima sin que amistades, parentescos, calidades y grandezas se opongan al rigor de esta maldita envidia, que así puede llamarse la que encendia las comparadas hermosuras: dixo ansimismo que viniendo el Duque su señor desde Paris, buscando á la peregrina Auristela, enamorado de su retrato, aquella mañana se habia sentado al pie de un árbol con el retrato en las manos que así hablaba con el muerto, como con el original vivo, y que estando así,

habia llegado el otro peregrino tan paso por las espaldas, que pudo bien oir lo que el Duque con el retrato hablaba, sin que yo y otro compañero mio lo pudiesemos estorvar, porque estabamos algo desviados: en fin corrimos á advertir al Duque que le escuchaban, volvió el Duque la cabeza y vió al peregrino, el qual sin hablar palabra, lo primero que hizo fue arremeter al retrato y quitársele de las manos al Duque, que como le cogió de sobresalto, no tuvo lugar de defenderle, como él quisiera, y lo que le dixo, fue, á lo menos lo que yo pude entender: salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrílegas manos la que en ellas tienes: dexa esa tabla, donde está pintada la hermosura del cielo, ansi porque no la mereces, como por ser ella mia. Eso no, respondio el otro peregrino, y si de esta verdad no puedo darte testigos, remitiré su falta á los filos de mi estoque, que en este

bordon traigo oculto. Yo sí que soy el verdadero posesor de esta incomparable belleza, pues en tierras bien remotas de la que ahora estamos, la compré con mis tesoros, y la adoré con mi alma, y he servido á su original con mi solicitud y con mis trabajos.

El Duque entonces volviéndose á nosotros, nos mandó con imperiosas razones, los dexasemos solos, y que viniesemos á este lugar, donde le esperasemos, sin tener osadia de volver solamente el rostro á mirarles: lo mismo mandó el otro peregrino á los dos que con él llegaron, que segun parece, tambien son sus criados; con todo esto hurté algun tanto la obediencia á su mandamiento y la curiosidad me hizo volver los ojos, y ví que el otro peregrino colgaba el retrato de un árbol, no porque puntualmente lo viese, sino porque lo conjeturé, viendo que luego desembaynando del bordon que tenia un estoque, ó á lo menos una arma

que lo parecia, acometió á mi señor, el qual le salió á recebir con otro estoque, que yo sé que en el bordon traia. Los criados de entrambos quisimos volver á despartir la contienda; pero yo fuí de contrario parecer, diciéndoles, que pues era igual y entre dos solos, sin temor ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dexasemos y siguiesemos nuestro camino, pues en obedecerles no errabamos, y en volver quizá sí: ahora sea lo que fuere, pues no sé si el buen consejo ó la cobardia nos emperezó los pies y nos ató las manos, ó si la lumbre de los estoques, hasta entonces aun no sangrientos, nos cegó los ojos, que no acertabamos á ver el camino que habia desde allí al lugar de la pendencia, sino el que habia al de éste adonde ahora estamos: llegamos aquí, hicimos el alojamiento con priesa, y con mas animoso discurso volvimos á ver lo que habia hecho la suerte de nuestros due-

ños: hallámoslos, qual habeis visto, donde, si vuestra llegada no los socorriera, bien sin provecho habia sido la nuestra. Esto dixo el criado, y esto escucharon las damas, y esto sintieron de manera, como si fueran amantes verdaderas del Duque; y al mismo instante se deshizo en la imaginacion de cada una la quimera y máquina, si alguna habia hecho ó levantado, de casarse con el Duque, que ninguna cosa quita ó borra el amor mas presto de la memoria, que el desden en los principios de su nacimiento: que el desden en los principios del amor tiene la misma fuerza que tiene la hambre en la vida humana: á la hambre y al sueño se rinde la valentia, y al desden los mas gustosos deseos. Verdad es, que esto suele ser en los principios, que despues que el amor ha tomado larga y entera posesion del alma, los desdenes y desengaños le sirven de espuelas, para que con mas ligereza corra

á poner en efecto sus pensamientos. Curáronse los heridos, y dentro de ocho dias estuvieron para ponerse en camino y llegar á Roma, de donde habian venido Cirujanos á verlos.

En este tiempo supo el Duque, como su contrario era Príncipe heredero del Reyno de Dinamarca, y supo ansimismo la intencion que tenia de escogerla por esposa: esta verdad calificó en él sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Parecióle que la que era estimada para Reyna, lo podia ser para Duquesa; pero entre estos pensamientos, entre estos discursos y imaginaciones se mezclaban los zelos de manera, que le amargaban el gusto, y le turbaban el sosiego; en fin se llegó el dia de su partida, y el Duque y Arnaldo, cada uno por su parte, entró en Roma, sin darse á conocer á nadie, y los demas peregrinos de nuestra compañía llegando á la vista de ella desde un alto montecillo

la descubrieron y hincados de rodillas, como á cosa sacra, la adoraron, quando de entre ellos salió una voz de un peregrino que no conocieron, que con lágrimas en los ojos comenzó á decir de esta manera:

O grande, ó poderosa, ó sacrosanta,
alma ciudad de Roma, á tí me inclino
devoto, humilde y nuevo peregrino,
á quien admira ver belleza tanta,

Tú vista, que á tu fama se adelanta,
al ingenio suspende, aunque divino,
de aquel que á verte y adorarte vino,
con tierno afecto y con desnuda planta.

La tierra de tu suelo, que contemplo
con la sangre de Mártires mezclada,
es la reliquia universal del suelo.

No hay parte en tí, que no sirva de exemplo
de santidad, así como trazada
de la ciudad de Dios al gran modelo.

Quando acabó de decir este soneto el peregrino, se volvió á los circunstantes diciendo: habrá pocos años, que llegó á esta santa ciudad un poeta español, enemigo mortal de sí mismo y deshonra de su nacion, el qual hizo y compuso un soneto en vituperio de esta insigne ciudad y de sus ilustres habitadores, pero la culpa de su lengua pagará su garganta, si le cogieran: yo, no como poeta, sino como christiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que habeis oido. Rogóle Periandro que le repitiese, hizolo así, alabáronsele mucho, baxaron del recuesto, pasaron por los prados de Madama, entraron en Roma por la puerta del Populo, besando primero una y muchas ve-

ces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa, antes de la qual llegaron dos Judios á uno de los criados de Croriano, y le preguntaron, si toda aquella esquadra de gente tenia estancia conocida y preparada donde alojarse, sino que ellos se la darian tal, que pudiesen en ella alojarse Príncipes; porque habeis de saber, señor, dixeron, que nosotros somos Judios, yo me llamo Zabulon, y mi compañero Abiud; tenemos por oficio adornar casas de todo lo necesario, segun y como es la calidad del que quiere habitarlas, y allí llega su adorno, donde llega el precio que se quiere pagar por ellas. Á lo que el criado respondio: Otro compañero mio desde ayer está en Roma con intencion, que tenga preparado el alojamiento, conforme á la calidad de mi amo y de todos aquellos que aquí vienen. Que me maten, dixo Abiud, si no es éste el Frances que ayer se contentó con la casa de nues-

tro compañero Manases, que la tiene aderezada como casa real, vamos pues adelante, dixo el criado de Croriano, que mi compañero debe de estar por aquí esperando á ser nuestra guia, y quando la casa que tuviere, no fuere tal, nos encomendarémos á la que nos diere el señor Zabulon: con esto pasaron adelante, y á la entrada de la ciudad vieron los Judios á Manases, su compañero, y con él al criado de Croriano, por donde vinieron en conocimiento que la posada que los Judios habian pintado, era la rica de Manases, y así alegres y contentos guiaron á nuestros peregrinos, que estaba junto al arco de Portugal.

Apenas entraron las francesas damas en la ciudad, quando se llevaron tras sí los ojos de casi todo el pueblo, que por ser dia de estacion, estaba llena aquella calle de nuestra Señora del Populo de infinita gente; pero la admiracion que comenzó á entrar poco á poco

en los que á las damas francesas miraban, se acabó de entrar mucho á mucho en los corazones de los que vieron á la sin par Auristela y á la gallarda Constanza, que á su lado iba, bien así como van por iguales paralelos dos lucientes estrellas por el cielo; tales iban, que dixo un Romano, que á lo que se cree, debia de ser poeta: yo apostaré que la diosa Venus, como en los tiempos pasados, vuelve á esta ciudad á ver las reliquias de su querido Eneas. Por Dios que hace mal el señor Gobernador de no mandar que se cubra el rostro de esta movible imágen: ¿quiere por ventura que los discretos se admiren, que los tiernos se deshagan, y que los necios idolatren? Con estas alabanzas tan hipérboles como no necesarias, pasando adelante el gallardo esquadron, llegó al alojamiento de Manases, bastante para alojar á un poderoso Príncipe y á un mediano exército.

CAPÍTULO IV.

Estendióse aquel mismo dia la llegada de las damas francesas por toda la ciudad con el gallardo esquadron de los peregrinos, especialmente se divulgó la desigual hermosura de Auristela, encareciéndola, sino como ella era, á lo menos quanto podian las lenguas de los mas discretos ingenios: al momento se coronó la casa de los nuestros de mucha gente que los llevaba la curiosidad y el deseo de ver tanta belleza junta, segun se habia publicado. Llegó esto á tanto estremo, que desde la calle pedian á voces, se asomasen á las ventanas las damas y las peregrinas, que reposando, no querian dexarse ver; especialmente clamaban por Auristela, pero no fué posible que se dexase ver ninguna de ellas.

Entre la demas gente que llegó á la puerta, llegaron Arnaldo y el

Duque con sus hábitos de peregrinos, y apenas se hubo visto el uno al otro, quando á entrambos les temblaron las piernas, y les palpitaron los pechos: conociólos Periandro desde la ventana, díxoselo á Croriano, y los dos juntos baxaron á la calle para estorbar, en quanto pudiesen, la desgracia que podian temer de dos tan zelosos amantes. Periandro se pasó con Arnaldo y Croriano con el Duque, y lo que Arnaldo dixo á Periandro, fue, uno de los cargos mayores que Auristela me tiene, es el sufrimiento que tengo consintiendo que este Caballero frances, que dicen ser el Duque de Nemurs, esté como en posesion del retrato de Auristela, que puesto que está en tu poder, parece que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mio: mira, amigo Periandro, esta enfermedad que los amantes llaman zelos, que la llamáran mejor desesperacion rabiosa, entran á la parte con ella la

envidia y el menosprecio, y quando una vez se apodera del alma enamorada, no hay consideracion que la sosiegue, ni remedio que la valga, y aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efectos que hace, son tan grandes, que por lo menos quitan el seso y por lo mas la vida. que mejor es al amante zeloso el morir desesperado, que vivir con zelos; y el que fuere amante verdadero, no ha de tener atrevimiento para pedir zelos á la cosa amada: y puesto que llegue á tanta perfeccion que no los pida, no puede dexarlos de pedir á sí mismo, digo á su misma ventura, de la qual es imposible vivir seguro: porque las cosas de mucho precio y valor tienen en continuo temor al que las posee, ó al que las ama, de perderlas, y esta es una pasion que no se aparta del alma enamorada como accidente inseparable. Aconséjote, ó amigo Periandro, si es que puede dar consejo quien no le tiene para sí, que conside-

res que soy Rey, y que quiero bien, y que por mil experiencias estás satisfecho y enterado, de que cumpliré con las obras, quanto con palabras he prometido, de recebir á la sin par Auristela tu hermana sin otra dote, que la grande que ella tiene en su virtud y hermosura, y que no quiero averiguar la nobleza de su linage, pues está claro que no habia de negar naturaleza los bienes de la fortuna, á quien tantos dió de sí misma: nunca en humildes sugetos ó pocas veces hacen su asiento virtudes grandes y la belleza del cuerpo muchas veces es indicio de la belleza del alma, y para reducirme á un término solo, te digo lo que otras veces te he dicho, que adoro á Auristela, hora sea del linage del cielo, hora de los ínfimos de la tierra; y pues ya está en Roma, adonde ella ha librado mis esperanzas, sé tu, ó hermano mio, parte para que me las cumpla, que desde aquí parto mi Corona y mi Reyno

contigo, y no permitas que yo muera escarnecido de este Duque, ni menospreciado de la que adoro.

A todas estas razones, ofrecimientos y promesas respondió Periandro diciendo: si mi hermana tuviera culpa en las causas que este Duque ha dado á tu enojo, si no la castigara, á lo menos la riñera, que para ella fuera un gran castigo; pero como sé que no la tiene, no tengo que responderte: en esto de haber librado tus esperanzas en su venida á esta ciudad, como no sé á donde llegan las que te ha dado, no sé que responderte: de los ofrecimientos que me haces y me has hecho estoy tan agradecido como me obliga el ser tú el que los haces, y yo á quien se hacen, porque con humildad sea dicho, ó valeroso Arnaldo, quizá esta pobre muceta de peregrino sirve de nube, que por pequeña que sea suele quitar los rayos al sol, y por ahora sosiegate, que ayer llegamos á Roma, y no es

posible que en tan breve espacio se hayan fabricado discursos, dado trazas y levantado quimeras que reduzcan nuestras acciones á los felices fines que deseamos: huye en quanto te fuere posible de encontrarte con el Duque, porque un amante desdeñado y flaco de esperanzas suele tomar ocasion del despecho para fabricarlas, aunque sea en daño de lo que bien quiere. Arnaldo le prometió que así lo haria, y le ofreció prendas y dineros para sustentar la autoridad y el gasto, ansi el suyo como el de las damas Francesas. Diferente fue la plática que tuvo Croriano con el Duque, pues toda se resolvió en que habia de cobrar el retrato de Auristela, ó habia de confesar Arnaldo no tener parte en él: pidió tambien á Croriano fuese intercesor con Auristela le recibiese por esposo, pues su estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hacia ventaja ninguna de las mas ilustres de Europa: en fin él

se mostró algo arrogante y algo zeloso, como quien tan enamorado estaba. Croriano se lo ofreció ansi mismo, y quedó en darle la respuesta que dixese Auristela al proponerle la ventura que se le ofrecia de recibirle por esposo.

CAPÍTULO V.

De esta manera los dos contrarios zelosos y amantes, cuyas esperanzas tenian fundadas en el ayre se despidieron, el uno de Periandro, y el otro de Croriano, quedando ante todas cosas en reprimir sus ímpetus y disimular sus agravios, á lo menos hasta tanto que Auristela se declarase, de la qual cada uno esperaba que habia de ser en su favor, pues al ofrecimiento de un reyno y al de un estado tan rico como el del Duque bien se podia pensar que habia de titubear qualquier firmeza, y mudarse el proposito de escoger otra vida, por ser muy natural el amar-

se las grandezas y apetecerse la mejoría de los estados, especialmente suele ser este deseo mas vivo en las mugeres. De todo esto estaba bien descuidada Auristela, pues todos sus pensamientos por entonces no se estendian á mas que á enterarse en las verdades que á la salvacion de su alma convenian: que por haber nacido en partes tan remotas, y en tierras adonde la verdadera fe Católica no está en el punto tan perfecto como se requiere, tenia necesidad de acrisolarla en su verdadera oficina. Al apartarse Periandro de Arnaldo llegó á él un hombre Español y le dixo: segun traigo las señas, si es que vuesa merced es Español para vuesa merced viene esta carta; pusole una en las manos cerrada, cuyo sobrescrito decia: *al ilustre Señor Antonio de Villaseñor*, por otro nombre llamado *el Bárbaro*. Preguntóle Periandro, ¿que quién le habia dado aquella carta? respondióle el portador, que un Es-

pañol que estaba preso en la cárcel que llaman Torre de Nona, y por lo menos condenado á ahorcar por homicida; él y otra su amiga, muger hermosa, llamada *la Talaverana*. Conocio Periandro los nombres, y casi adivinó sus culpas y respondió: esta carta no es para mí, sino para este peregrino que hácia acá viene, y fue así, porque en aquel instante llego Antonio, á quien Periandro dió la carta, y apartándose los dos á una parte la abrio y vió que así decia:

Quien en mal anda, en mal para: de dos pies, aunque el uno este sano, si el otro está coxo, tal vez coxea: que las malas compañías no pueden enseñar buenas costumbres; la que yo travé con la Talaverana, que no debiera, me tiene á mí y á ella sentenciados de remate para la horca; el hombre que la sacó de España, la halló aquí en Roma en mi compañia, recibió pesadumbre de ello, asentóle la mano en mi presencia, y yo que no soy

amigo de burlas, ni de recibir agravios, sino de quitarlos, volví por la moza, y á puros palos maté á su agraviador. Estando en la fuga de esta pendencia, llegó otro peregrino que por el mismo estilo comenzó á tomarme la medida de las espaldas: dice la moza que conoció que el que me apaleaba era un su marido, de nacion Polaco, con quien se habia casado en Talavera, y temiéndose que en acabando conmigo habia de comenzar por ella, porque le tenia agraviado, no hizo mas de echar mano á un cuchillo de los que traia consigo siempre en la bayna, y llegándose á él bonitamente se le clavó por los riñones, haciéndole tales heridas que no tuvieran necesidad de Maestro: en efecto, el amigo á palos y el marido á puñaladas, en un instante concluyeron la carrera mortal de su vida. Prendieronnos al mismo punto, y traxeronnos á esta cárcel, donde quedamos muy contra nuestra voluntad: tomaronnos la confesion,

confesamos nuestro delito, porque no le podiamos negar, y con esto ahorramos el tormento que aquí llaman tortura; sustancióse el proceso, dándose mas priesa á ello de la que quisieramos; ya está concluso y nosotros sentenciados á destierro, sino que es de esta vida para la otra. Digo, señor, que estamos sentenciados á ahorcar, de lo que está tan pesarosa la Talaverana, que no lo puede llevar en paciencia: la qual besa á vuesa merced las manos, y á mí señora Constanza y al señor Periandro y á mi señora Auristela, y dice que ella se holgara de estar libre para ir á besárselas á vuesas mercedes á sus casas; dice tambien, que si la sin par Auristela pone aldas en cinta y quiere tomar á su cargo nuestra libertad que le será facil, porque ¿qué pedirá su grande hermosura que no lo alcance, aunque la pida á la dureza misma? y añade mas, y es, que si vuesas mercedes no pudieren alcanzar el perdon, á lo me-

nos procuren alcanzar el lugar de la muerte, y que como ha de ser en Roma sea en España, porque está informada la moza que aquí no llevan los ahorcados con la autoridad conveniente, porque van á pie, y apenas los ve nadie, y así apenas hay quien les reze una Avemaria, especialmente si son Españoles los que ahorcan, y ella querria si fuese posible morir en su tierra y entre los suyos, donde no faltaria algun pariente que de compasion le cerrase los ojos: yo tambien digo lo mismo, porque soy amigo de acomodarme á la razon, porque estoy tan mohino en esta carcel, que á trueco de escusar la pesadumbre que me dan las chinches en ella, tomaria por buen partido que me sacasen á ahorcar mañana; y advierto á vuesa merced, señor mio, que los jueces de esta tierra no desdicen nada de los de España; todos son corteses y amigos de dar y recibir cosas justas, y que quando no hay parte que solicite la justi-

cia, no dexan de llegarse á la misericordia, la qual si reyna en todos los valerosos pechos de vuesas mercedes que sí debe de reynar, sugeto hay en nosotros en que se muestre, pues estamos en tierra agena, presos en la carcel, comidos de chinches y de otros animales inmundos, que son muchos por pequeños, y enfadan como si fuesen grandes; y sobre todo nos tienen ya en cueros y en la quinta esencia de la necesidad solicitadores, procuradores, y escribanos, de quien Dios Nuestro Señor nos libre por su infinita bondad amen. Aguardando la respuesta quedamos, con tanto deseo de recibirla buena, como le tienen los cigoñinos en la torre, esperando el sustento de sus madres. Y firmaba: = *El desdichado Bartolomé Manchego.*

En estremo dio la carta gusto á los dos que la habian leido, y en estremo les fatigó su afliccion; y luego diciéndole al que la habia llevado dixese al preso que se con-

solase y tuviese esperanza de su remedio, porque Auristela y todos ellos, con todo aquello que dádivas y promesas pudiesen, le procurarian, y al punto fabricaron las diligencias que habian de hacerse: la primera fue que Croriano hablase al Embaxador de Francia, que era su pariente y amigo, para que no se executase la pena tan presto, y diese lugar el tiempo á que le tuviesen los ruegos y las solicitudes: determinó tambien Antonio de escribir otra carta en respuesta de la suya á Bartolomé, con que de nuevo se renovase el gusto que les habia dado la suya; pero comunicando este pensamiento con Auristela y con su hermana Constanza, fueron las dos de parecer, que no se la escribiese, porque á los afligidos no se ha de añadir afliccion, y podria ser que tomasen las burlas por veras y se afligiesen con ellas: lo que hicieron, fue dexar todo el cargo de aquella negociacion sobre los hom-

bros y diligencia de Croriano y en las de Ruperta su esposa, que se lo rogó ahincadamente, y en seis dias ya estaban en la calle Bartolomé y la Talaverana; que adonde interviene el favor y las dádivas, se allanan los riscos y se deshacen las dificultades.

En este tiempo le tuvo Auristela de informarse de todo aquello que á ella le parecia que le faltaba por saber de la Fe Católica, á lo menos de aquello que en su patria escuramente se platicaba: halló con quien comunicar su deseo por medio de los Penitenciarios, con quien hizo su confesion entera, verdadera y llana, y quedó enseñada y satisfecha de todo lo que quiso, porque los tales Penitenciarios, en la mejor forma que pudieron, le declararon todos los principales y mas convenientes misterios de nuestra santa Fe. Comenzaron desde la envidia y soberbia de Lucifer y de su caida con la tercera parte de las estre-

llas que cayeron con él en los abismos, caida que dexó vacas y vacías las sillas del cielo, que las perdieron los Angeles malos por su necia culpa: declaráronle el medio que Dios tuvo para llenar estos asientos criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria que los Angeles malos perdieron; discurrieron por la verdad de la creacion del hombre y del mundo y por el misterio sagrado y amoroso de la Encarnacion, y con razones sobre la razon misma bosquexaron el profundísimo misterio de la Santísima Trinidad: contaron, como convino, que la segunda persona de las tres, que es la del Hijo, se hiciese hombre, para que como hombre Dios, pagase por el hombre, y Dios pudiese pagar como Dios, cuya union hipostática solo podia ser bastante para dexar á Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se habia de satisfacer, y el hombre finito por sí no

podia, y Dios en sí solo era incapaz de padecer, pero juntos los dos llegó el caudal á ser infinito y ansi lo fue la paga: mostraronle la muerte de Christo, los trabajos de su vida, desde que se mostró en el pesebre, hasta que se puso en la Cruz; exâgeraronle la fuerza y eficacia de los Sacramentos, y señalaronle con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la qual no hay abrir la senda del cielo, que suele cerrar el pecado: mostraronle asimismo á Jesu-Christo Dios vivo, sentado á la diestra del Padre, estando tan vivo y entero como en el cielo, sacramentado en la tierra, cuya santísima presencia no la puede dividir ni apartar ausencia alguna, porque uno de los mayores atributos de Dios, que todos son iguales, es el estar en todo lugar por potencia, por esencia y por presencia: asegurâronle infaliblemente la venida de este Señor á juzgar el mundo sobre las nubes del cie-

lo, y asimismo la estabilidad y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas, ó por mejor decir, las fuerzas del infierno: trataron del poder del sumo Pontífice, Visorrey de Dios en la tierra y llavero del cielo; finalmente no les quedó por decir cosa que vieron, que convenia para darse á entender, y para que Auristela y Periandro los entendiesen. Estas lecciones ansi alegraron sus almas, que las sacó de sí mismas y se las llevó á que paseasen los cielos, porque solo en ellos pusieron sus pensamientos.

CAPÍTULO VI.

Con otros ojos se miraron de allí adelante Auristela y Periandro, á lo menos con otros ojos miraba Periandro á Auristela, pareciéndole que ya ella habia cumplido el voto que la traxo á Roma, y que podia libre y desembarazadamente recebirle por esposo; pero si medio

gentil amaba Auristela la honestidad, despues de catequizada la adoraba, no porque viese iba contra ella en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos, sin que precediesen antes ó fuerzas ó ruegos. Tambien estaba mirando, si por alguna parte le descubria el cielo alguna luz que le mostrase lo que habia de hacer despues de casada, porque pensar volver á su tierra, lo tenia por temeridad y por disparate, á causa que el hermano de Periandro que la tenia destinada para ser su esposa, quizá viendo burladas sus esperanzas, tomaria en ella y en su hermano Periandro venganza de su agravio. Estos pensamientos y temores la traian algo flaca y algo pensativa: las damas francesas visitaron los templos, y anduvieron las estaciones con pompa y magestad, porque Croriano, como se ha dicho, era pariente del Embaxador de Francia, y no les faltó cosa que para mostrar ilustre deco-

ro, fuese necesaria, llevando siempre consigo á Auristela y á Constanza, y ninguna vez salian de casa, que no las seguia casi la mitad del pueblo de Roma: y sucedió que pasando un dia por una calle que se llamaba *Bancos*, vieron en una pared de ella un retrato entero de pies á cabeza de una muger que tenia una corona en la cabeza, aunque partida por medio la corona, y á los pies un mundo, sobre el qual estaba puesta, y apenas la hubieron visto, quando conocieron ser el rostro de Auristela tan al vivo dibuxado, que no les puso en duda de conocerla.

Preguntó Auristela admirada, ¿cuyo era aquel retrato, y si se vendia acaso? Respondió el dueño, que segun despues se supo, era un famoso pintor, que él vendia aquel retrato, pero no sabia de quien fuese: solo sabia que otro pintor su amigo se le habia hecho copiar en Francia, el qual le habia dicho, ser de una doncella

extrangera, que en hábitos de peregrina pasaba á Roma. ¿Que significa, respondió Auristela, haberla pintado con corona en la cabeza y los pies sobre aquella esfera y mas estando la corona partida? Eso, señora, dixo el dueño, son fantasias de pintores ó caprichos, como los llaman: quizá quieren decir que esta doncella merece llevar la corona de hermosura, y que ella va hollando aquel mundo; pero yo quiero decir, que dice, que vos, señora, sois su original, y que mereceis corona entera y no mundo pintado, sino real y verdadero. ¿Qué pedis por el retrato? preguntó Constanza. A lo que respondió el dueño: dos peregrinos están aquí que el uno de ellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dice que no lo dexará por ningun dinero; yo no he concluido la venta, por parecerme que se están burlando, porque la exhorbitancia del ofrecimiento me hace estar en duda. Pues no lo esteis, replicó Cons-

tanza, que esos dos peregrinos, si son los que yo imagino, bien pueden doblar el precio, y pagaros á toda vuestra satisfacion.

Las damas francesas, Ruperta, Croriano y Periandro quedaron atónitos de ver la verdadera imágen del rostro de Auristela en el del retrato: cayo la gente que el retrato miraba, en que parecia al de Auristela, y poco á poco comenzó á salir una voz, que todos y cada una de por sí afirmaba: este retrato que se vende, es el mismo de esta peregrina que va en este coche: para qué queremos ver al traslado, sino al original; y así comenzaron á rodear el coche, que los caballos no podian ir adelante, ni volver atras, por lo qual dixo Periandro: Auristela, hermana, cúbrete el rostro con algun velo, porque tanta luz ciega y no nos dexa ver por donde caminamos. Hízolo así Auristela, y pasaron adelante, pero no por esto dexó de seguirlos mucha gente que espera-

ba á que se quitase el velo, para verla como deseaba. Apenas se hubo quitado de allí el coche, quando se llegó al dueño del retrato Arnaldo en sus hábitos de peregrino, y dixo: yo soy el que os ofrecí los mil escudos por este retrato, si le quereis dar, traedle y veníos conmigo, que yo os los daré luego de oro en oro. Á lo que otro peregrino que era el Duque de Nemurs, dixo: no repareis, hermano, en precio, sino veníos conmigo y proponed en vuestra imaginacion el que quisieredes, que yo os le daré luego de contado. Señores, respondió el pintor, concertaos los dos en qual le ha de llevar, que yo no me desconcertaré en el precio, puesto que pienso que antes me habeis de pagar con el deseo, que con la obra.

Á estas pláticas estaba atenta mucha gente, esperando en que habia de parar aquella compra, porque ver ofrecer millaradas de ducados á dos, al parecer pobres pe-

regrinos, parecíales cosa de burla. En esto dixo el dueño: el que le quisiere, déme señal y guie, que yo ya le descuelgo para llevárselle: oyendo lo qual Arnaldo, puso la mano en el seno, y sacó una cadena de oro con una joya de diamantes que de ella pendia y dixo: tomad esta cadena, que con esta joya vale mas de dos mil escudos, y traedme el retrato. Esta vale diez mil, dixo el Duque, dándole una de diamantes al dueño del retrato, y traedmele á mi casa; santo Dios, dixo uno de los circunstantes, ¿qué retrato puede ser éste, qué hombres estos, y qué joyas estas? cosa de encantamiento parece aquesta: por eso os aviso, hermano pintor, que deis un toque á la cadena y hagais experiencia de la fineza de las piedras, antes que deis vuestra hacienda, que podria ser que la cadena y las joyas fuesen falsas, porque del encarecimiento que de su valor han hecho, bien se puede sospe-

char. Enojáronse los Príncipes; pero por no echar mas en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterase en la verdad del valor de las joyas.

Andaba revuelta toda la gente de *Bancos*, unos admirando el retrato, otros preguntando quien fuesen los peregrinos, otros mirando las joyas, y todos atentos esperando quien habia de quedar con el retrato, porque les parecia que estaban de parecer los dos peregrinos de no dexarle por ningun precio: diérale el dueño por mucho menos de lo que le ofrecian, si se le dexaran vender libremente. Pasó en esto por *Bancos* el Gobernador de Roma, oyó el murmurio de la gente, preguntó la causa, vió el retrato y vió las joyas, y pareciéndole ser prendas de mas que de ordinarios peregrinos, esperando descubrir algun secreto, las hizo depositar y llevar el retrato á su casa, y prender á los peregrinos: quedóse el pintor con-

fuso, viendo menoscabadas sus esperanzas y su hacienda en poder de la justicia, donde jamas entro alguna, que si saliese, fuese con aquel lustre con que habia entrado.

Acudió el pintor á buscar á Periandro, y á contarle todo el suceso de la venta y del temor que tenia, no se quedase el Gobernador con el retrato, el qual, de un pintor que le habia retratado en Portugal de su original, le habia él comprado en Francia, cosa que le pareció á Periandro posible, por haber sacado otros muchos en el tiempo que Auristela estuvo en Lisboa, con todo eso le ofreció por él cien escudos, con que quedáse á su riesgo el cobrarle. Contentóse el pintor, y aunque fue tan grande la baxa de ciento á mil, le tuvo por bien vendido y mejor pagado: aquella tarde, juntándose con otros Españoles peregrinos, fue á andar las siete Iglesias, entre los quales peregrinos acertó á encontrarse con

el Poeta, que dixo el soneto al descubrirse Roma: conocieronse y abrazáronse, y preguntáronse de sus vidas y sucesos; el Poeta peregrino le dixo, que el dia antes le habia sucedido una cosa digna de contarse por admirable, y fue que habiendo tenido noticia de que un Monseñor Clérigo de la Cámara, curioso y rico tenia un museo el mas extraordinario que habia en el mundo, porque no tenia figura de personas que efectivamente hubiesen sido, ni entonces lo fuesen, sino unas tablas preparadas para pintarse en ellas los personages ilustres que estaban por venir, especialmente los que habian de ser en los venideros siglos Poetas famosos, entre las quales tablas habia visto dos, que en el principio de ellas estaba escrito en la una, *Torquato Taso*, y mas abaxo un poco, decia, *Jerusalen libertada*; en la otra estaba escrito, *Zarate*, y mas abaxo, *Cruz y Constantino*. Preguntéle al que me las enseñaba, ¿qué signi-

ficaban aquellos nombres? Respondióme, que se esperaba que presto se habia de descubrir en la tierra la luz de un Poeta, que se habia de llamar *Torquato Taso*, el qual habia de cantar á *Jerusalen recuperada* con el mas heroyco y agradable plectro, que hasta entonces ningun Poeta hubiese cantado, y que casi luego le habia de suceder un Español, llamado *Francisco Lopez de Zarate*, cuya voz habia de llenar las quatro partes de la tierra y cuya harmonía habia de suspender los corazones de las gentes, cantando la invencion de la *Cruz de Christo*, *con las guerras del Emperador Constantino*, poema verdaderamente heroyco y religioso y digno del nombre de poema. A lo que replicó Periandro: duro se me hace de creer, que de tan atras se tome el cargo de aderezar las tablas donde se hayan de pintar los que están por venir; aunque en efecto en esta ciudad, cabeza del mundo, están otras mara-

villas de mayor admiracion: ¿y habrá otras tablas aderezadas para mas Poetas venideros? preguntó Periandro. Sí, respondio el peregrino, pero no quise detenerme á leer los títulos, contentándome con los dos primeros; pero así á vulto miré tantos, que me doy á entender, que en la edad, quando estos vengan, que segun me dixo el que me guiaba, no puede tardar, ha de ser grandísima la cosecha de todo género de Poetas, encaminelo Dios, como él fuere mas servido. Por lo menos, respondió Periandro, el año que es abundante de poesía, suele serlo de hambre, porque *dámele Poeta y dartelo he pobre*, si ya la naturaleza no se adelanta á hacer milagros, y siguese la conseqüencia, hay muchos Poetas, luego hay muchos pobres, hay muchos pobres, luego caro es el año.

En esto iban hablando el peregrino y Periandro, quando llegó á ellos Zabulon el Judio y dixo á Periandro, que aquella tarde le que-

ria llevar á ver á Hipolita la Ferraresa, que era una de las mas hermosas mugeres de Roma y aun de toda Italia. Respondióle Periandro que iria de muy buena gana, lo qual no le respondiera, si como le informó de la hermosura, le informára de la calidad de su persona, porque la alteza de la honestidad de Periandro no se abalanzaba, ni abatia á cosas baxas por hermosas que fuesen, que en esto la naturaleza habia hecho iguales y formado en una misma turquesa á él y á Auristela, de la qual se recató, para ir á ver á Hipolita, á quien el Judio le llevó mas por engaño que por voluntad, que tal vez la curiosidad hace tropezar y caer de ojos al mas honesto recato.

CAPÍTULO VII.

Con la buena crianza, con los ricos ornamentos de la persona, y con los aderezos y pompa de la casa se cubren muchas faltas, porque no

es posible que la buena crianza ofenda, ni el rico ornato enfade, ni el aderezo de la casa no contente. Todo esto tenia Hipolita, dama cortesana, que en riquezas podia competir con la antigua Flora, y en cortesia con la misma buena crianza; no era posible que fuese estimada en poco, de quien la conocia, porque con la hermosura encantaba, con la riqueza se hacia estimar, y con la cortesia, si así se puede decir, se hacia adorar: quando el amor se viste de estas tres calidades, rompe los corazones de bronce, abre las bolsas de hierro, y rinde las voluntades de marmol, y mas si á estas tres cosas se les añade el engaño y la lisonja, atributos convenientes para las que quieren mostrar á la luz del mundo sus donaires. ¿Hay por ventura entendimiento tan agudo en el mundo, que estando mirando una de estas hermosas que pinto, dexando á una parte las de su belleza, se ponga á discurrir las de su humilde tra-

to? La hermosura en parte ciega, y en parte alumbra; tras la que ciega, corre el gusto: tras la que alumbra, el pensar en la enmienda. Ninguna de estas cosas consideró Periandro al entrar en casa de Hipolita; pero como tal vez sobre descuidados cimientos suele levantar amor sus máquinas, ésta sin pensamiento alguno se fabricó, no sobre la voluntad de Periandro sino en la de Hipolita, que con estas damas que suelen llamar del vicio, no es menester trabajar mucho para dar con ellas donde se arrepientan sin arrepentirse.

Ya habia visto Hipolita á Periandro en la calle, y ya le habia hecho movimientos en el alma su bizarria, su gentileza y sobre todo, el pensar que era Español, de cuya condicion se prometia dádivas imposibles y concertados gustos, y estos pensamientos los habia comunicado con Zabulon, y rogadole se lo traxese á casa, la qual tenia tan aderezada, tan limpia y

tan compuesta, que mas parecia que esperaba ser tálamo de bodas, que acogimiento de peregrinos. Tenia la señora Hipolita, que con este nombre la llamaban en Roma, como si lo fuera, un amigo llamado Pirro, Calabrés, hombre acuchillador, impaciente, facineroso, cuya hacienda libraba en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos, y en los engaños de Hipolita, que muchas veces con ellos alcanzaba lo que queria, sin rendirse á nadie; pero en lo que mas Pirro aumentaba su vida, era en la diligencia de sus pies, que los estimaba en mas que las manos; y de lo que él mas se preciaba, era de traer siempre asombrada á Hipolita en qualquier condicion que se le mostrase, ora fuese amorosa, ora fuese aspera, que nunca falta á estas palomas duendas milanos que las persigan, ni páxaros que las despedacen: ¡miserable trato de esta mundana y simple gente! Digo pues, que este Caballero, que no

tenia de serlo mas que el nombre, se halló en casa de Hipolita, al tiempo que entraron en ella el Judio y Periandro: apartóle á parte Hipolita y díxole: vete con Dios, amigo, y llevate esta cadena de oro de camino, que este peregrino me envió con Zabulon esta mañana. Mira lo que haces Hipolita, respondió Pirro, que á lo que se me trasluce, este peregrino es Español, y soltar él de su mano sin haber tocado la tuya, esta cadena que debe de valer cien escudos, gran cosa me parece y mil temores me sobresaltan; llevate tú, ó Pirro, la cadena, dixo ella, y déxame á mí el cargo de sustentarla y de no volverla á pesar de todas sus españolerias.

Tomó la cadena que le dió Hipolita, Pirro, que para el efecto la habia hecho comprar aquella mañana, y sellándole la boca con ella, mas que de paso le hizo salir de casa: luego Hipolita libre y desembarazada de su corma, suelta de sus

grillos, se llegó á Periandro y con desenfado y donaire, lo primero que hizo, fue echarle los brazos al cuello, diciéndole: en verdad que tengo de ver, si son tan valientes los Españoles, como tienen la fama, quando Periandro vió toda aquella desenvoltura, creyó que toda la casa se le habia caido á cuestas, y poniéndole la mano delante el pecho á Hipolita, la detuvo y la apartó de sí, y le dixo: estos hábitos que visto, señora Hipolita, no permiten ser profanados, ó á lo menos yo no lo permitiré en ninguna manera, y los peregrinos, aunque sean Españoles, no están obligados á ser valientes quando no les importa; pero mirad, señora, en qué quereis que muestre mi valor, sin que á los dos perjudique y sereis obedecida sin replicaros en nada. Paréceme, respondió Hipolita, señor peregrino, que ansi lo sois en el alma como en el cuerpo; pero, pues segun decis, hareis lo que os dixere, como á ninguno de

los dos perjudique; entraos conmigo en esta quadra, que os quiero enseñar una lonja y un camarin mio. A lo que respondió Periandro: aunque soy Español, soy algun tanto medroso, y mas os temo á vos sola, que á un exército de enemigos: haced que nos haga otro la guia, y llevadme do quisieredes. Llamó Hipolita á dos doncellas suyas y á Zabulon el Judío, que á todo se halló presente, y mandólas que guiasen á la lonja, abrieron la sala y á los que despues Periandro dixo, estaba la mas bien aderezada, que pudiese tener algun Príncipe rico y curioso en el mundo; *Parrasio*, *Polignoto*, *Apeles*, *Ceuxis* y *Timantes*, tenian allí lo perfecto de sus pinceles, comprado con los tesoros de Hipólita, acompañados de los del devoto *Rafael de Urbino*, y de los del divino *Michael Angelo*, riquezas donde las de un gran Príncipe deben y pueden mostrarse: los edificios Reales, los alcazares so-

berbios, los templos magníficos y las pinturas valientes son propias y verdaderas señales de la magnanimidad y riqueza de los Príncipes, prendas en efecto contra quien el tiempo apresura sus alas y apresta su carrera, como émulas suyas, que á su despecho están mostrando la magnificencia de los pasados siglos. O Hipolita, solo buena por esto; si entre tantos retratos que tienes, tuvieras uno de tu buen trato y dexáras en el suyo á Periandro, que asombrado, atonito y confuso andaba mirando en que habia de parar la abundancia que en la lonja veia en una limpísima mesa que de cabo á cabo la tomaba la música, que de diversos géneros de páxaros en riquísimas jaulas estaban haciendo una confusa, pero agradable harmonía: en fin á él le pareció que todo quanto habia oido decir de los *huertos Esperides*, de los de la *Maga Falerina*, de los *Pensiles famosos*, ni de todos los otros que por fama fuesen conocidos en el

mundo, no llegaban al adorno de aquella sala y de aquella lonja, pero como él andaba con el corazon sobresaltado, que bien haya su honestidad que se le aprensaba entre dos tablas, no se le mostraban las cosas como ellas eran, antes cansado de ver cosas de tanto deleite y enfadado de ver que todas ellas se encaminaban contra su gusto, dando de mano á la cortesia, probó á salirse de la lonja, y se salie ra, si Hipolita no se lo estorbára, de manera que le fue forzoso mostrar con las manos y asperas palabras ser algo descortés; trabó de la esclavina de Periandro, y abriéndole el jubon le descubrió la cruz de diamantes que de tantos peligros hasta allí habia escapado y así deslumbró la vista á Hipolita, como el entendimiento, la qual viendo que se le iba, á despecho de su blanda fuerza, dió en un pensamiento, que si le supiera revalidar y apoyar algun tanto mejor, no le fuera bien de ello á Periandro, el

qual dexando la esclavina en poder de la nueva Egipcia, sin sombrero, sin bordon, sin ceñidor, ni esclavina se puso en la calle que el vencimiento de tales batallas consiste mas en el huir que en el esperar: pusose ella asimismo á la ventana y á grandes voces comenzó á apellidar la gente de la calle diciendo: Tenganme á ese ladron, que entrando en mi casa como humano me ha robado una prenda divina que vale una ciudad; acertaron á estar en la calle dos de la guarda del Pontifice que dicen pueden prender en fragante, y como la voz era de ladron, facilitaron su dudosa potestad, y prendieron á Periandro, echaronle mano al pecho, y quitándole la cruz le santiguaron con poca decencia: paga que da la justicia á los nuevos delinqüentes, aunque no se les averigue el delito.

Viéndose pues Periandro puesto en cruz sin su cruz, dixo á los Tudescos en su misma lengua que

él no era ladron, sino persona principal, y que aquella cruz era suya, y que viesen que su riqueza no podia ser de Hipólita, y que les rogaba le llevasen ante el Gobernador, que él esperaba con brevedad averiguar la verdad del caso: ofrecióles dineros, y con esto y con habelles hablado en su lengua con que se reconcilian los ánimos que no se conocen, los Tudescos no hicieron caso de Hipólita, y así llevaron á Periandro delante del Gobernador: viendo lo qual Hipólita se quitó de la ventana y casi arañándose el rostro dixo á sus criadas: ay hermanas, y que necia he andado, á quien pensaba regalar he lastimado, á quien pensaba servir he ofendido; preso va por ladron, el que lo ha sido de mi alma: mirad que caricias, mirad que halagos son, hacer prender al libre y disfamar al honrado: y luego les contó como llevaban preso al peregrino dos de la guarda del Papa: mandó asimismo que

la aderezasen luego el coche que queria ir en su seguimiento y disculpalle, porque no podia sufrir su corazon verse herir en las mismas niñas de sus ojos, y que antes queria parecer testimoñera que cruel, que de la crueldad no tendria disculpa y del testimonio sí, echando la culpa al amor que por mil disparates descubre y manifiesta sus deseos, y hace mal á quien bien quiere.

Quando ella llegó á casa del Gobernador le halló con la cruz en las manos, exâminando á Periandro sobre el caso, el qual como vió á Hipólita dixo al Gobernador: esta señora que aquí viene ha dicho que esta cruz que vuesa merced tiene yo se la he robado, y yo diré que es verdad quando ella dixere de qué es la cruz, qué valor tiene, y quántos diamantes la componen, porque sino es que se lo dicen los Angeles ó alguno otro espiritu que lo sepa, ella no lo puede saber porque no lo ha visto si-

no en mi pecho, y una vez sola. ¿Qué dice la señora Hipólita á esto? dixo el Gobernador, y esto cubriendo la cruz, porque no tomase las señas de ella, la qual respondió: con decir que estoy enamorada, ciega y loca quedará este peregrino disculpado, y yo esperando la pena que el señor Gobernador quisiere darme por mi amoroso delito; y le contó punto por punto lo que con Periandro le habia pasado, de lo que se admiró el Gobernador antes del atrevimiento, que del amor de Hipólita que á semejantes sugetos son propios los lascivos disparates; afeóle el caso, pidió á Periandro la perdonase, dióle por libre, y volvióle la cruz sin que en aquella causa se escribiese letra alguna que no fue ventura poca: quisiera saber el Gobernador quién eran los peregrinos que habian dado las joyas en prendas del retrato de Auristela; y asimismo quién era él, y quién Auristela: á lo que res-

pondió Periandro: el retrato es de Auristela mi hermana, los peregrinos pueden tener joyas mucho mas ricas; esta cruz es mia, y quando me dé el tiempo lugar y la necesidad me fuerce diré quien soy, que el decirlo agora no está en mi voluntad sino en la de mi hermana; el retrato que vmd. tiene ya se le tengo comprado al pintor por precio convenible, sin que en la compra hayan intervenido pujas que se fundan mas en rencor y en fantasia, que en razon. El Gobernador dixo, que él se queria quedar con él por el tanto, por añadir con él á Roma, cosa que aventajase á la de los mas excelentes pintores que la hacian famosa. Yo se le doy á vuesa merced, respondió Periadro por parecerme, que en darle tal dueño le doy la honra posible: agradecióselo el Gobernador, y aquel dia dió por libres á Arnaldo y á el Duque, y les volvió sus joyas, y él se quedó con el retrato, porque estaba puesto

en razon que se habia de quedar con algo.

CAPÍTULO VIII.

Mas confusa que arrepentida volvió Hipólita á su casa pensativa y ademas enamorada, que aunque es verdad que en los principios de los amores los desdenes suelen ser parte para acabarlos, los que usó con ella Periandro le avivaron mas los deseos: pareciale á ella que no habia de ser tan de bronce un peregrino, que no se ablandase con los regalos que pensaba hacerle; pero hablando consigo se dixo á sí misma: si este peregrino fuera pobre, no traxera consigo cruz tan rica, cuyos muchos y ricos diamantes sirven de claro sobrescrito de su riqueza, de modo que la fuerza de esta roca no se ha de tomar por hambre: otros ardides y mañas son menester para rendirla; ¿no seria posible que este mozo tuviese en otra parte ocupada el alma? ¿no

seria posible que esta Auristela no fuese su hermana? ¿no seria posible que las finezas de los desdenes que usa conmigo los quisiese asentar y poner en cargo á Auristela? valame Dios! que me parece que en este punto he hallado el de mi remedio; alto, muera Auristela, descubrase este encantamiento, á lo menos veamos el sentimiento que este montaraz corazon hace; pongamos siquiera en plática este designio, enferme Auristela, quitemos su sol delante de los ojos de Periandro, veamos si faltando la hermosura, causa primera de adonde el amor nace, falta tambien el mismo amor; qué podria ser que dando yo lo que á este le quitare, quitándole á Auristela viniese á reducirse á tener mas blandos pensamientos, por lo menos probarlo tengo, ateniéndome á lo que se dice, que no daña el tentar las cosas que descubren algun rastro de provecho.

Con estos pensamientos algo

consolada llegó á su casa, donde halló á Zabulon con quien comunicó todo su designio, confiada en que tenia una muger de la mayor fama de hechicera que habia en Roma, pidiéndole, habiendo antes precedido dádivas y promesas, hiciese con ella no que mudase la voluntad de Periandro, pues sabia que esto era imposible, sino que enfermase la salud de Auristela y con limitado término si fuese menester le quitase la vida. Esto dixo Zabulon ser cosa facil al poder y sabiduria de su muger; recibió no sé quanto por primera paga, y prometió que desde otro dia comenzaria la quiebra de la salud de Auristela. No solamente Hipolita satisfizo á Zabulon, sino amenazóle asimismo; y á un judio dadivas ó amenazas le hacen prometer y aun hacer imposibles. Periandro contó á Croriano, Ruperta, á Auristela, y á las tres damas Francesas, á Antonio y á Constanza su prision, los amores de Hipolita y

la dádiva que habia hecho del retrato de Auristela al Gobernador.

No le contentó nada á Auristela los amores de la Cortesana, porque ya habia oido decir que era una de las mas hermosas mugeres de Roma, de las mas libres, de las mas ricas y mas discretas, y las musarañas de los zelos, aunque no sea mas de una y sea mas pequeña que un mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de un amante mayor que el monte Olimpo, y quando la honestidad ata la lengua de modo que no puede quejarse, da tormento al alma con las ligaduras del silencio, de modo que á cada paso anda buscando salidas para dexar la vida del cuerpo. Segun otra vez se ha dicho, ningun otro remedio tienen los zelos que oir disculpas, y quando éstas no se admiten, no hay que hacer caso de la vida, la qual perdiera Auristela mil veces, antes que formar una queja de la fe de Periandro. Aquella noche fue

la primera vez que Bartolomé y la Talaverana fueron á visitar á sus señores no libres, aunque ya lo estaban de la cárcel, sino atados con mas duros grillos que eran los del matrimonio, pues se habian casado, que la muerte del Polaco puso en libertad á Luisa, y á él le trajo su destino á venir peregrino á Roma: antes de llegar á su patria halló en Roma á quien no traia intencion de buscar, acordándose de los consejos que en España le habia dado Periandro; pero no pudo estorvar su destino, aunque no le fabricó por su voluntad.

Aquella noche asimismo visitó Arnaldo á todas aquellas señoras, y dió cuenta de algunas cosas que en el volver á buscarles, despues que apaciguó la guerra de su patria le habian sucedido: contó como llegó á la isla de las Ermitas, donde no habia hallado á Rotilio, sino á otro ermitaño en su lugar, que le dixo que Rutilio estaba en Roma: dixo asimismo que habia

tocado en la isla de los pescadores, y hallado en ella libres, sanas y contentas á las desposadas, y á los demas que con Periandro, segun ellos dixeron, se habian embarcado: contó como supo de oidas que Policarpa era muerta, y Sinforosa no habia querido casarse: dixo como se tornaba á poblar la isla bárbara, confirmándose sus moradores en la creencia de su falsa profecia: advirtió como Mauricio y Ladislao su yerno con su hija Transila, habian dexado su patria y pasadose á vivir mas pacificamente á Inglaterra: dixo tambien como habia estado con Leopoldio Rey de los Danaos despues de acabada la guerra, el qual se habia casado por dar sucesion á su reyno, y que habia perdonado á los dos traidores que llevaba presos, quando Periandro y sus pescadores le encontraron, de quien mostró estar muy agradecido por el buen término y cortesia que con él tuvieron, y entre los nombres que le era forzoso

nombrar en su discurso, tal vez tocaba con el de los padres de Periandro, y tal con los de Auristela con que les sobresaltaba los corazones y les traia á la memoria, así grandezas como desgracias: dixo que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimacion tenidos sus retratos: contó asimismo la fama que dexaba en Francia en todo aquel camino la hermosura de Constanza, y de aquellas señoras damas Francesas: dixo como Croriano habia grangeado opinion de generoso y de discreto en haber escogido á la sin par Ruperta por esposa: dixo asimismo como en Luca se hablaba mucho en la sagacidad de Isabela Castrucho y en los breves amores de Andrea Marulo á quien con el demonio fingido traxo el cielo á vivir vida de Angeles: contó, como se tenia por milagro la caida de Periandro, y como dexaba en el camino á un mancebo peregrino, poeta, que no quiso adelantarse

con él, por venirse de espacio, componiendo una comedia de los sucesos de Periandro y Auristela, que los sabia de memoria por un lienzo que habia visto en Portugal, donde se habian pintado, y que traia intencion firmísima de casarse con Auristela, si ella quisiese. Agradeciole Auristela su buen proposito, y aun desde allí le ofreció darle para un vestido, si acaso llegase roto, que un deseo de un buen poeta toda buena paga merece: dixo tambien que habia estado en casa de la señora Constanza y Antonio, y que sus padres y abuelos estaban buenos y solo fatigados de la pena que tenian de no saber de la salud de sus hijos, deseando volviese la señora Constanza á ser esposa del Conde su cuñado, que queria seguir la discreta eleccion de su hermano, ó ya por no dar los veinte mil ducados, ó ya por el merecimiento de Constanza, que era lo mas cierto, de que no poco se alegraron todos, especialmente

Periandro y Auristela, que como á sus hermanos los querian.

De esta plática de Arnaldo se engendraron en los pechos de los oyentes nuevas sospechas de que Periandro y Auristela debian de ser grandes personages, porque de tratar de casamientos de Condes y de millaradas de ducados, no podian nacer sino sospechas ilustres y grandes: contó tambien, como habia encontrado en Francia á Renato, el Caballero frances vencido en la batalla contra derecho, y libre y victorioso por la conciencia de su enemigo: en efecto, pocas cosas quedaron de las muchas que en el gran progreso de esta historia se han contado, en quien él se hubiese hallado, que allí no las volviese á traer á la memoria, trayendo tambien la que tenia de quedarse con el retrato de Auristela, que tenia Periandro contra la voluntad del Duque y contra la suya, puesto que dixo, que por no dar enojo á Periandro, disimula-

ria su agravio. Ya le hubiera yo deshecho, respondió Periandro, volviendo, señor Arnaldo, el retrato, si entendiera fuera vuestro; la ventura y su diligencia se le dieron al Duque, vos se le quitastes por fuerza, y así no teneis de qué quejaros: los amantes están obligados á no juzgar sus causas por la medida de sus deseos, que tal vez no los han de satisfacer por acomodarse con la razon que otra cosa les manda; pero yo haré de manera, que quedando vos, señor Arnaldo, contento, el Duque quede satisfecho, y será con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es mas suyo que de otro alguno; satisfizole á Arnaldo el parecer de Periandro y ni mas ni menos á Auristela; con esto cesó la platica, y otro dia por la mañana comenzaron á obrar en Auristela los hechizos, los venenos, los encantos y la malicia de la Judía, muger de Zabulon.

CAPÍTULO IX.

No se atrevió la enfermedad á acometer rostro á rostro á la belleza de Auristela, temerosa no espantase tanta hermosura la fealdad suya; y así la acometió por las espaldas, dándole en ellas unos calofrios al amanecer, que no la dexaron levantar aquel dia: luego, luego se le quitó la gana de comer, y comenzó la viveza de sus ojos á amortiguarse, y el desmayo que con el tiempo suele llegar á los enfermos, se sembró en un punto por todos los sentidos de Constanza, haciendo el mismo efecto en los de Periandro, que luego se alborotaron y temieron todos los males posibles, especialmente los que temen los poco venturosos; no habia dos horas que estaba enferma, y ya se le parecian cárdenas las encarnadas rosas de sus mexillas, verde el carmin de sus labios y topacios las perlas de

sus dientes; hasta los cabellos le pareció que habian mudado de color, estrechandose las manos y casi mudado el asiento y encaje natural de su rostro, y no por esto le parecia menos hermosa, porque no la miraba en el lecho en que yacia, sino en el alma, donde la tenia retratada: llegaban á sus oidos, á lo menos llegaron de allí á dos dias sus palabras, entre débiles acentos formadas y pronunciadas con turbada lengua: asustáronse las señoras francesas, y el cuidado de atender á la salud de Auristela, fue de tal modo, que tuvieron necesidad de tenerle de sí mismas: llamáronse Médicos, escogiéronse los mejores, á lo menos los de mejor fama, que la buena opinion califica la acertada medicina, y así suele haber médicos venturosos, como soldados bien afortunados: la buena suerte y la buena dicha, que todo es uno, tambien puede llegar á la puerta del miserable en un saco de sayal,

como en un escaparate de plata; pero ni en plata, ni en lana, no llegaba ninguna á las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesperaban los dos hermanos Antonio y Constanza; esto era al rebes en el Duque, que como el amor que tenia en el pecho, se habia engendrado de la hermosura de Auristela, así como la tal hermosura iba faltando en ella, iba en él faltando el amor, el qual muchas raices ha de haber echado en el alma, para tener fuerzas para llegar hasta el márgen de la sepultura con la cosa amada; feísima es la muerte, y quien mas á ella se llega, es la dolencia, y amar las cosas feas, parece cosa sobre natural y digna de tenerse por milagro: Auristela en fin iba enflaqueciendo por momentos y quitando las esperanzas de su salud á quantos la conocian; solo Periandro era el solo, solo el firme, solo el enamorado, solo aquel que con intrépido pecho se oponia á la con-

traria fortuna y á la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaba.

Quince dias esperó el Duque de Nemurs á ver si Auristela mejoraba, y en todos ellos no hubo ninguno que á los médicos no consultase de la salud de Auristela, y ninguno se la aseguró, porque no sabian la causa precisa de su dolencia; viendo lo qual las damas francesas no hacian del Duque caso alguno, el qual viendo tambien que el Angel de luz de Auristela se habia vuelto el de tinieblas; fingiendo algunas causas que si no del todo, en parte le disculpaban, un dia llegándose á Auristela, en el lecho donde enferma estaba, delante de Periandro le dixo: pues la ventura me ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dexado conseguir el deseo que tenia de recibirte por mi legítima esposa, antes que la desesperacion me traiga á términos de perder el alma, como me ha traido

á los de perder la vida, quiero por otro camino probar mi ventura, porque sé cierto, que no tengo de tener ninguna buena, aunque la procure, y así sucediéndome el mal que no procuro, vendré á perderme y á morir desdichado y no desesperado; mi madre me llama, tieneme prevenida esposa, obedecerla quiero, y entretener el tiempo del camino tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memorias de tu hermosura y de tu enfermedad; y quiera Dios que no diga las de tu muerte: dieron sus ojos muestra de algunas lágrimas: no pudo responderle Auristela, ó no quiso, por no errar en la respuesta delante de Periandro: lo mas que hizo, fue poner la mano debaxo de su almohada y sacar su retrato y volvérsele al Duque, el qual le beso las manos por tan gran merced, pero alargando la suya Periandro, se le tomó y le dixo: si de ello no te disgustas, ó

gran señor, por lo que bien quieres, te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir una palabra que tengo dada, que sin ser en perjuicio tuyo, será grandemente en el mio si no lo cumplo: volvióselo el Duque con grandes ofrecimientos de poner por él la hacienda, la vida y la honra, y mas si mas pudiese, y desde allí se desvió de los dos hermanos con pensamiento de no verlos mas en Roma, discreto amante y el primero quizá que haya sabido aprovecharse de las guedejas que la ocasion le ofrecia. Todas estas cosas pudieran despertar á Arnaldo, para que considerara quan menoscabadas estaban sus esperanzas, y quan á pique de acabar con toda la máquina de sus peregrinaciones, pues como se ha dicho, la muerte casi habia pisado las ropas de Auristela, y estuvo muy determinado de acompañar al Duque, si no en su camino, á lo menos en su propósito, volviéndose á Dinamarca; mas el amor y

su generoso pecho no dieron lugar á que dexase á Periandro sin consuelo y á su hermana Auristela en los postreros límites de la vida, á quien visitó y de nuevo hizo ofrecimientos con determinacion de aguardar á que el tiempo mejorase los sucesos á pesar de todas las sospechas que le sobrevenian.

CAPÍTULO X.

Contentísima estaba Hipólita de ver que las artes de la cruel Judia tan en daño de la salud de Auristela se mostraban, porque en ocho dias la pusieron tan otra de la que ser solia, que ya no la conocian sino por el órgano de la voz, cosa que tenia suspensos á los médicos y admirados á quantos la conocian. Las señoras francesas atendian á su salud con tanto cuidado, como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Feliz Flora, que con particular aficion la queria. Llegó á tanto el mal de Auristela, que

no conteniendose en los términos de su jurisdiccion, pasó á la de sus vecinos, y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontró, fue con él, no porque el veneno y meleficios de la perversa Judia obrasen en él derechamente y con particular asistencia, como en Auristela para quien estaban hechos, sino porque la pena que él sentia de la enfermedad de Auristela era tanta, que causaba en él el mismo efecto que en Auristela, y así se iba enflaqueciendo, que comenzaron todos á dudar de la vida suya, como de la de Auristela: viendo lo qual Hipólita y que ella misma se mataba con los filos de su espada, adivinando con el dedo, de donde procedia el mal de Periandro, procuró darle remedio, dándosele á Auristela, la qual ya flaca, ya descolorida, parecia que estaba llamando su vida á las aldavas de las puertas de la muerte, y creyendo sin duda, que por momentos la

abririan, quiso abrir y preparar la salida á su alma por la carrera de los Sacramentos, bien como ya instruida en la verdad católica, y así haciendo las diligencias necesarias, con la mayor devocion que pudo dió muestras de sus buenos pensamientos, acreditó la integridad de sus costumbres, dió señales de haber aprendido bien lo que en Roma la habian enseñado, y resignándose en las manos de Dios sosegó su espiritu y puso en olvido reynos, regalos y grandezas.

Hipólita pues habiendo visto, como está ya dicho, que muriéndose Auristela moria tambien Periandro, acudió á la Judia á pedirle que templase el rigor de los hechizos que consumian á Auristela, ó los quitase del todo; que no queria ella ser inventora de quitar con un golpe solo tres vidas, pues muriendo Auristela, moria Periandro, y muriendo Periandro, ella tambien quedaria sin vida: hizolo así la Judia como si estuviera en su

mano la salud, ó la enfermedad agena, ó como si no dependieran todos los males que llaman de pena de la voluntad de Dios, como no dependen los males de culpa; pero Dios obligándole si así se puede decir por nuestros mismos pecados para castigo de ellos, permite que pueda quitar la salud agena esta que llaman hechiceria, con que lo hacen las hechiceras, usando mezclas y venenos que con tiempo limitado quitan la vida á la persona que quieren, sin que tenga remedio de escusar este peligro, porque le ignora, y no se sabe de donde procede la causa de tan mortal efecto, así que para guarecer de estos males la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra la que ha de aplicar la medicina.

Comenzó pues Auristela á dexar de empeorar, que fue señal de su mejoria: comenzó el sol de su belleza á dar señales y vislumbres de que volvia á amanecer en el

cielo de su rostro; volvieron á despuntar las rosas en sus mexillas, y la alegria en sus ojos, ahuyentaronse las sombras de su melancolia, volvió á enterarse en el órgano suabe de su voz, afinóse el carmin de sus labios, convirtió en marfil la blancura de sus dientes que volvieron á ser perlas como antes lo eran: en fin en poco espacio de tiempo volvió á ser toda hermosa, toda bellisima, toda agradable, y toda contenta; y estos mismos efectos redundaron en Periandro, y en las damas Francesas y en los demas, Croriano y Ruperta, Antonio y su hermana Constanza, cuya alegria ó tristeza caminaba al paso de la de Auristela, la qual dando gracias al cielo por la merced y regalos que le iba haciendo, así en la enfermedad como en la salud, un dia llamó á Periandro, y estando solos por cuidado y de industria de esta manera le dixo: hermano mio, pues ha querido el cielo que con este nombre

tan dulce y tan honesto ha dos años que te he nombrado sin dar licencia al gusto ó al descuido para que de otra suerte te llamase que tan honesta y tan agradable no fuese, querria que esta felicidad pasase adelante, y que solos los términos de la vida la pusiesen término, que tanto es una ventura buena quanto es duradera, y tanto es duradera, quanto es honesta: nuestras almas como tú bien sabes, y como aquí me han enseñado, siempre estan en continuo movimiento, y no pueden parar sino en Dios como en su centro: en esta vida los deseos son infinitos, y unos se encadenan de otros, y se eslabonan, y van formando una cadena que tal vez llega al cielo, y tal se sume en el infierno; si te pareciere hermano que este lenguage no es mio, y que va fuera de la enseñanza que me han podido enseñar mis pocos años y mi remota crianza, advierte que en la tabla rasa de mi alma ha pintado la ex-

periencia y escrito mayores cosas, principalmente ha puesto que en solo conocer y ver á Dios está la suma gloria, y todos los medios que para este fin se encaminan son los buenos, son los santos, son los agradables como son los de la caridad, de la honestidad y el de la virginidad: yo á lo menos así lo entiendo, y juntamente con entenderlo así, entiendo que el amor que me tienes es tan grande, que querrás lo que yo quisiere; heredera soy de un reyno, y ya tú sabes la causa, porque mi querida madre me envió en casa de los Reyes tus padres, por asegurarme de la grande guerra de que se temia; de esta venida se causó el de venirme yo contigo tan sujeta á tu voluntad, que no he salido de ella un punto: tú has sido mi padre, tú mi hermano, tú mi sombra, tú mi amparo, y finalmente tú mi Angel de Guarda, y tú mi enseñador y mi maestro, pues me has traido á esta ciudad, donde he lle-

gado á ser christiana como debo: querria agora si fuese posible irme al cielo sin rodeos, sin sobresaltos y sin cuidados, y esto no podrá ser si tú no me dexas la parte que yo misma te he dado, que es la palabra y la voluntad de ser tu esposa: dexame, señor, la palabra, que yo procuraré dexar la voluntad aunque sea por fuerza, que para alcanzar tan gran bien como es el cielo, todo quanto hay en la tierra se ha de dexar, hasta los padres y los esposos; yo no te quiero dexar por otro: por quien te dexo es por Dios, que te dará asimismo, cuya recompensa infinitamente excede á que me dexes por él: una hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es que se puede llamar hermosa la mortal belleza; con ella te podrás casar y alcanzar el reyno que á mí me toca, y con esto haciendo felices mis deseos, no quedarán defraudados del todo los tuyos; ¿qué, inclinas la cabeza, hermano? ah! ¿qué, pones

los ojos en el suelo? ¿desagradante estas razones? ¿parecente descaminados mis deseos? dimelo, respondeme; por lo menos sepa yo tu voluntad, quizá templaré la mia, y buscaré alguna salida á tu gusto, que en algo con el mio se conforme.

Con grandisimo silencio estuvo escuchando Periandro á Auristela, y en un breve instante formó en su imaginacion millares de discursos, que todos vinieron á parar en el peor que para él pudiera ser, porque imaginó que Auristela le aborrecia, porque aquel mudar de vida no era sino porque á él se le acabara la suya, pues bien debia saber, que en dexando ella de ser su esposa, él no tenia para que vivir en el mundo, y fue y vino con esta imaginacion con tanto ahinco, que sin responder palabra á Auristela se levantó de donde estaba sentado, y con ocasion de salir á recibir á Feliz Flora y á la señora Constanza que entraban en

el aposento, se salió de él y dexó á Auristela, no sé si diga arrepentida, pero sé que quedó pensativa y confusa.

CAPÍTULO XI.

Las aguas en estrecho vaso encerradas, mientras mas priesa se dan á salir, mas despacio se derraman, porque las primeras impelidas de las segundas se detienen, y unas á otras se niegan el paso hasta que hace camino la corriente y se desagua; lo mismo acontece en las razones que concibe el entendimiento de un lastimado amante, que acudiendo tal vez todas juntas á la lengua, las unas á las otras impiden y no sabe el discurso con quales se dé primero á entender su imaginacion, y así muchas veces callando dice mas de lo que querria. Mostróse esto en la poca cortesia que hizo Periandro á los que entraron á ver á Auristela, el qual lleno de discursos, preñado de con-

ceptos, colmado de imaginaciones, desdeñado y desengañado se salió del aposento de Auristela sin saber ni querer, ni poder responder palabra alguna á las muchas que ella le habia dicho: llegaron á ella Antonio y su hermana, y halláronla como persona que acaba de despertar de un pesado sueño, y que entre sí estaba diciendo con palabras distintas y claras: mal he hecho, ¿pero qué importa? ¿no es mejor que mi hermano sepa mi intencion? ¿no es mejor que yo dexe con tiempo los caminos torcidos y las dudosas sendas y tienda el paso por los atajos llanos que con distincion clara nos estan mostrando el felice paradero de nuestra jornada? yo confieso que la compañia de Periandro no me ha de estorbar de ir al cielo, pero tambien siento que iré mas presto sin ella: sí que mas me debo yo á mí, que no á otro, y al interes del cielo y de gloria se han de posponer los del parentesco, quanto mas que yo no ten-

go ninguno con Periandro. Advierte, dixo á esta sazon Constanza, hermana Auristela, que vas descubriendo cosas que podrian ser parte, que desterrando nuestras sospechas á tí te dexasen confusa: si no es tu hermano Periandro, mucha es la conversacion que con él tienes, y si lo es, no hay para que te escandalices de su compañia.

Acabó á esta sazon de volver en sí Auristela, y oyendo lo que Constanza le decia quiso enmendar su descuido; pero no acertó, pues para soldar una mentira, por muchas se atropella y siempre queda la verdad en duda, aunque mas viva la sospecha. No sé, hermana, dixo Auristela, lo que me he dicho, ni sé si Periandro es mi hermano ó si no; lo que te sabré decir es, que es mi alma por lo menos, por él vivo, por él respiro, por él me muevo, y por él me sustento, conteniéndome con todo esto en los términos de la razon,

sin dar lugar á ningun vario pensamiento, ni á no guardar todo honesto decoro, bien así como le debe guardar una muger principal á un tan principal hermano. No te entiendo, señora Auristela, la dixo á esta sazon Antonio, pues de tus razones tanto alcanzo ser tu hermano Periandro, como si no lo fuese; dinos ya quien es y quien eres, si es que puedes decillo; que agora sea tu hermano ó no lo sea, por lo menos no podeis negar ser principales, y en nosotros, digo en mí y en mi hermana Constanza, no está tan en niñez la experiencia, que nos admire ningun caso que nos contares, que puesto que ayer salimos de la isla Bárbara, los trabajos que has visto que hemos pasado, han sido nuestros maestros en muchas cosas, y por pequeña muestra que se nos dé, sacamos el hilo de los mas arduos negocios, especialmente en los que son de amores, que parece que los tales consigo mismo traen la decla-

racion. ¿Qué mucho que Periandro no sea tu hermano, y qué mucho que tú seas su legítima esposa? ¿y qué mucho otra vez, que con honesto y casto decoro os hayais mostrado hasta aquí limpisimos al cielo y honestisimos á los ojos de los que os han visto? no todos los amores son precipitados, ni atrevidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar á sus amadas, sino con las potencias de su alma: y siendo esto así, señora mia, otra vez te suplico nos digas, quien eres y quien es Periandro, el qual, segun le ví salir de aquí, él lleva un volcan en los ojos y una mordaza en la lengua. Ay desdichada! replicó Auristela, y quan mejor me hubiera sido que me hubiera entregado al siledcio eterno, pues callando escusára la mordaza que dices que lleva en su lengua: indiscretas somos las mugeres, mal sufridas y peor calladas; mientras callé, en sosiego estuvo mi alma: hablé y perdile y

para acabarle de perder y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero que sepais vosotros, pues el cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mio Periandro, ni menos es mi esposo, ni mi amante, á lo menos de aquellos que corriendo por la carrera de su gusto, procuran parar sobre la honra de sus amadas; hijo de Rey es: hija y heredera de un Reyno soy; por la sangre somos iguales, por el estado alguna ventaja le hago, por la voluntad ninguna, y con todo esto nuestras intenciones se responden y nuestros deseos con honestísimo afecto se están mirando: sola la ventura es la que turba y confunde nuestras intenciones, y la que por fuerza hace que esperemos en ella, y porque el nudo que lleva á la garganta Periandro, me aprieta la mia, no os quiero decir mas por agora, señores, sino suplicaros, me ayudeis á buscalle, que pues él tuvo licencia para irse sin la mia, no

querrá volver sin ser buscado. Levanta pues, dixo Constanza, y vamos á buscalle, que los lazos con que amor liga á los amantes, no los dexa alejar de lo que bien quieren: ven, que presto le hallarémos, presto le verás, y mas presto llegarás á tu contento: si quieres tener un poco los escrúpulos que te rodean, dales de mano, y dala de esposa á Periandro, que igualándole contigo, pondrá silencio á qualquiera murmuracion: levantóse Auristela y en compañia de Feliz Flora, Constanza y Antonio, salieron á buscar á Periandro, y como ya en la opinion de los tres era Reyna, con otros ojos la miraban y con otro respeto la servian. Periandro, en tanto que era buscado, procuraba alejarse de quien le buscaba; salió de Roma á pie, y solo, si ya no se tiene por compañía la soledad amarga, los suspiros tristes y los continuos sollozos, que estos y las varias imaginaciones no le dexaban un pun-

to: ay! iba diciendo entre sí, hermosísima Sigismunda, Reyna por naturaleza, bellísima por privilegio y por merced de la misma naturaleza, discreta sobre modo y sobre manera agradable, y quan poco te costaba, ó señora, el tenerme por hermano, pues mis tratos y pensamientos jamas desmintieran la verdad de serlo, aunque la misma malicia lo quisiera averiguar, aunque en sus trazas se desvelára: si quieres que te lleven al cielo sola y señora, sin que tus acciones dependan de otro que de Dios, y de tí misma, sea en buen hora, pero quisiera que advirtieras, que no sin escrúpulo de pecado puedes ponerte en el camino que deseas sin ser mi homicida: dexáras, ó señora, á cargo del silencio y del engaño tus pensamientos, y no me los declaráras á tiempo que habias de arrancar con las raices de mi amor mi alma, la qual por ser tan tuya, te dexo á toda tu voluntad, y de la mia me destierro; queda-

te en paz, bien mio, y conoce que el mayor que te puedo hacer, es dexarte. Llegóse la noche en esto y apartándose un poco del camino, que era el de Nápoles, oyó el sonido de un arroyo, que por entre unos arboles corria, á la márgen del qual arrojándose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no dió treguas á sus suspiros.

CAPÍTULO XII.

DONDE SE DICE QUIEN ERAN PERIANDRO Y AURISTELA.

Parece que el bien y el mal distan tan poco el uno del otro, que son como dos lineas concurrentes, que aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en un punto. Sollozando estaba Periandro en compañía del manso arroyuelo y de la clara luz de la noche; hacianle los arboles compañía y un ayre blando y fresco le enjugaba las

lágrimas, llevabale la imaginacion Auristela, y la esperanza de tener remedio de sus males el viento, quando llegó á sus oidos una voz estrangera que escuchándola con atencion, vió que en lenguage de su patria, sin poder distinguir, si murmuraba ó si cantaba y la curiosidad le llevó cerca y quando lo estuvo, oyó que eran dos personas, las que no cantaban ni murmuraban, sino que en plática corriente estaban razonando; pero lo que mas le admiró fue, que hablasen en lengua de Noruega, estando tan apartados de ella: acomodóse detras de un arbol, de tal forma, que él y el arbol hacian una misma sombra: recogió el aliento y la primera razon que llegó á sus oidos fue: no tienes, señor, para que persuadirme, de que en dos mitades se parte el dia entero de Noruega, porque yo he estado en ella algun tiempo, donde me llevaron mis desgracias, y sé que la mitad del año se lleva la noche y la otra mitad el dia; el

que sea esto así, yo lo sé; él porque sea así, ignoro. A lo que respondió: si llegamos á Roma, con una esfera te haré tocar con la mano la causa de ese maravilloso efecto, tan natural en aquel clima, como lo es en este ser el dia y la noche de veinte y quatro horas: tambien te he dicho como en la última parte de Noruega, casi debaxo del Polo Artico, está la isla que se tiene por última en el mundo, á lo menos por aquella parte, cuyo nombre es Tile, á quien Virgilio llamó Tule, en aquellos versos, que dicen en el libro 1. Georg.

..... *Ac tua nautae*
Numina sola colant: tibi serviat
ultima Thule.

Que Tule en Griego, es lo mismo que Tile en Latin. Esta isla es tan grande, ó poco menos que Inglaterra, rica y abundante de todas las cosas necesarias para la vida humana: mas adelante, debaxo

del mismo Norte, como trescientas leguas de Tile, está la Isla llamada Frislanda, que habrá quatrocientos años que se descubrió á los ojos de las gentes, tan grande, que tiene nombre de Reyno y no pequeño. De Tile es Rey y señor, Maxîmino, hijo de la Reyna Eustoquia, cuyo padre, no ha muchos meses que pasó de esta á mejor vida, el qual dexó dos hijos, que el uno es el Maxîmino que te he dicho, que es el heredero del Reyno, y el otro un generoso mozo, llamado Persiles, rico de los bienes de la naturaleza sobre todo estremo, y querido de su madre sobre todo encarecimiento, y no sé yo con qual poder te encarecer las virtudes de este Persiles, y asi quedense en su punto, que no será bien que con mi corto ingenio las menoscabe, que puesto que el amor que le tengo por haber sido su ayo y criadole desde niño, me pudiera llevar á decir mucho, todavía será mejor callar, por no quedar corto.

Esto escuchaba Periandro y luego cayó en la cuenta, que el que le alababa no podia ser otro que Serafido, un ayo suyo, y que asimismo el que le escuchaba era Rutilio, segun la voz y las palabras que de quando en quando respondia: si se admiró ó no, á la buena consideracion lo dexo, y mas quando Serafido, que era el mismo que habia imaginado Periandro, oyó, que dixo: Eusebia, Reyna de Frislanda, tenia dos hijas de estremada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda, que la menor llamábase Eusebia, como su madre, donde naturaleza cifró toda la hermosura, que por todas las partes de la tierra tiene repartida, á la qual no sé yo con que designio, tomando ocasion de que la querian hacer guerra ciertos enemigos suyos, la envió á Tile, en poder de Eustoquia, para que seguramente y sin los sobresaltos de la guerra en su casa se criáse, puesto que yo para mí tengo que no

fue esta la ocasion principal de envialla, sino para que el Príncipe Maxîmino se enamoráse de ella y la recibiese por su esposa, que de las estremadas bellezas se puede esperar que vuelvan en cera los corazones de marmol y junten en uno los estremos que entre sí están mas apartados; á lo menos, si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podrá averiguar la experiencia, porque sé que el Príncipe Maxîmino muere por Sigismunda, la qual á la sazon que llegó á Tile, no estaba en la isla Maxîmino, á quien su madre la Reyna envió el retrato de la doncella y la embaxada de su madre, y él respondió que la regalasen y la guardasen para su esposa. Respuesta que sirvió de flecha, que atravesó las entrañas de mi hijo Persiles, que este nombre le adquirió la crianza que en él hice; desde que la oyó, no supo oir cosas de su gusto; perdió los brios de su juventud, y finalmente encerró en el honesto silencio todas las

acciones que le hacian memorable y bien querido de todos y sobre todo vino á perder la salud y á entregarse en los brazos de la desesperacion de ella; visitáronle Médicos que como no sabian la causa de su mal, no acertaban con su remedio, que como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso y casi imposible entender la enfermedad que en ellas asiste: la madre, viendo morir á su hijo, sin saber quien le mataba, una y muchas veces le preguntó, le descubriese su dolencia, pues no era posible sino que él supiese la causa, pues sentia los efectos: tanto pudieron estas persuasiones, tanto las solicitudes de la doliente madre, que vencida la pertinacia, ó la firmeza de Persiles, le vino á decir, como él moria por Sigismunda, y que tenia determinado de dexarse morir antes que ir contra el decoro que á su hermano se le debia, cuya declaracion resucitó en la Reyna su muerta alegria, y

dió esperanzas á Persiles de remediarle, si bien se atropelláse el gusto de Maxîmino, pues por conservar la vida, mayores respetos se han de posponer que el enojo de un hermano: finalmente Eustoquia habló á Sigismunda, encareciéndole lo que se perdia en perder la vida Persiles, sujeto en donde todas las gracias del mundo tenian su asiento, bien al reves del de Maxîmino, á quien la aspereza de sus costumbres en algun modo le hacian aborrecible, levantóle en esto algo mas testimonios de los que debiera, y subió de punto, con los hipérboles que pudo, las bondades de Persiles. Sigismunda muchacha, sola y persuadida, lo que respondió, fue, que ella no tenia voluntad alguna, ni tenia otra consejera que la aconsejase, sino á su misma honestidad, que como esta se guardáse, dispusiesen á su voluntad de ella; abrazóla la Reyna, contó su respuesta á Persiles, y entre los dos concertaron que se ausen-

tasen de la isla, antes que su hermano viniese, á quien darian por disculpa, quando no la halláse, que habia hecho voto de venir á Roma, á enterarse en ella de la Fé Católica, que en aquellas partes Setentrionales andaba algo de quiebra; jurándole primero Pérsiles que en ninguna manera iria en dicho ni en hecho contra su honestidad, y así colmándoles de joyas y de consejos, los despidió la Reyna, la qual despues me contó todo lo que hasta aquí te he contado.

Dos años, poco mas, tardó en venir el Príncipe Maxîmino á su reyno, que anduvo ocupado en la guerra que siempre tenia con sus enemigos; preguntó por Sigismunda, y el no hallarla fue hallar su desasosiego: supo su viage y al momento se partió en su busca, si bien confiado de la bondad de su hermano, pero temeroso de los recelos, que por maravilla se apartan de los amantes: como su madre supo su determinacion, me lla-

mó á parte y me encargó la salud, la vida y la honra de su hijo, y me mandó me adelantase á buscarle y á darle noticia de que su hermano le buscaba. Partióse el Príncipe Maxîmino en dos gruesísimas naves, y entrando por el estrecho Herculeo con diferentes tiempos y diversas borrascas, llegó á la isla de Tinacria, y desde allí á la gran Ciudad de Partenope, y ahora queda no lejos de aquí en un lugar llamado Terrachina, último de los de Nápoles, y primero de los de Roma; queda enfermo, porque le ha cogido esto que llaman mutacion, que le tiene á punto de muerte; yo desde Lisboa, donde me desembarqué, traigo noticia de Persiles y Sigismunda, porque no pueden ser otros una peregrina y un peregrino, de quien la fama viene pregonando tan grande estruendo de hermosura, que si no son Persiles y Sigismunda, deben de ser Angeles humanados. Si como los nombras, respondió el que

escuchaba á Serafido, Persiles y Sigismunda, los nombráras Periandro y Auristela, pudiera darte nueva certísima de ellos, porque ha muchos dias que los conozco, en cuya compañía he pasado muchos trabajos; y luego le comenzó á contar los de la Isla Bárbara con otros algunos. En tanto se venia el dia, y en tanto Periandro, porque allí no le hallasen, los dexó solos y volvió á buscar á Auristela, para contar la venida de su hermano, y tomar consejo de lo que debian de hacer para huir de su indignacion, teniendo á milagro haber sido informado en tan remoto lugar de aquel caso; y así lleno de nuevos pensamientos, volvió á los ojos de su contrita Auristela y á las esperanzas casi perdidas de alcanzar su deseo.

CAPÍTULO XIII.

Entretiénese el dolor y el sentimiento de las recien dadas heridas

en la cólera y en la sangre caliente, que despues de fria fatiga de manera que rinde la paciencia del que la sufre: lo mismo acontece en las pasiones del alma, que en dando el tiempo lugar y espacio para considerar en ellas, fatigan hasta quitar la vida: dixo su voluntad Auristela á Periandro, cumplió con su deseo, y satisfecha de haberle declarado, esperaba su cumplimiento, confiada en la rendida voluntad de Periandro, el qual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio, se salió de Roma y le sucedió lo que se ha contado: conoció á Rutilio, el qual contó á su ayo Serafido toda la historia de la Isla Bárbara, con las sospechas que tenia, de que Auristela y Periandro fuesen Sigismunda y Persiles: díxole asimismo que sin duda los hallarian en Roma, á quien desde que los conoció, venian encaminados con la disimulacion y cubierta de ser hermanos: preguntó muchísimas veces á Se-

rafido la condicion de las gentes de aquellas islas remotas, de donde era Rey Maxîmino y Reyna la sin par Auristela.

Volvióle á repetir Serafido, como la Isla de Tile ó Tule, que ahora vulgarmente se llama Islanda, era la última de aquellos mares septentrionales, puesto que un poco mas adelante está otra Isla, como te he dicho, llamada Frislanda que descubrió Nicolas Temo, Veneciano, el año de mil trescientos y ochenta, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entonces de los antiguos, de quien es Reyna Eusebia, madre de Sigismunda, que yo busco: hay otra isla asimismo poderosa y casi siempre llena de nieve que se llama Groelanda; á una punta de la qual está fundado un Monasterio debaxo del título de Santo Tomas, en el qual hay religiosos de quatro naciones, Españoles, Franceses, Toscanos y Latinos: enseñan sus lenguas á la gen-

te principal de la isla, para que en saliendo de ella, sean entendidos por do quiera que fueren: está como he dicho, la isla sepultada en nieve y encima de una montañuela está una fuente, cosa maravillosa y digna de que se sepa, la qual derrama y vierte de sí tanta abundancia de agua y tan caliente, que llega al mar y por muy gran espacio dentro de él, no solamente le desnieva, pero le calienta de modo, que se recogen en aquella parte increible infinidad de diversos pescados, de cuya pesca se mantiene el Monasterio y toda la isla, que de allí saca sus rentas y provechos: esta fuente engendra asimismo unas piedras conglutinosas, de las quales se hace un betun pegajoso, con el qual se fabrican las casas, como si fuesen de duro mármol. Otras cosas te pudiera decir, dixo Serafido á Rutilio, de estas islas que ponen en duda su crédito; pero en efecto son verdaderas.

Todo esto que no oyó Periandro, lo contó despues Rutilio, que ayudado de la noticia que de ellas Periandro tenia, muchos las pusieron en el verdadero punto que merecian; llegó en esto el dia, y hallóse Periandro junto á la iglesia y templo magnífico, y casi el mayor de la Europa, de San Pablo, y vió venir hácia sí alguna gente en nomton, á caballo y á pie, y llegando cerca conoció que los que venian eran Auristela, Feliz Flora, Constanza y Antonio su hermano y asimismo Hipólita, que habiendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dexar á que otra llevase las albricias de su hallazgo, y así siguió los pasos de Auristela, encaminados por la noticia que de ellos dió la muger de Zabulon el Judío, bien como aquella que tenia amistad con quien no la tiene con nadie: llegó en fin Periandro al hermoso esquadron, saludó á Auristela, notóle el semblante del rostro, y halló mas man-

sa su riguridad y mas blandos sus ojos: contó luego públicamente lo que aquella noche le habia pasado con Serafido su ayo y con Rutilio; dixo como su hermano el Príncipe Maxîmino quedaba en Terrachina enfermo de la mutacion, y con propósito de venirse á curar á Roma y con autoridad disfrazada y nombre trocado á buscarlos; pidió consejo á Auristela y á los demas de lo que haria: porque de la condicion de su hermano el Príncipe no podia esperar ningun blando acogimiento. Pasmóse Auristela con las no esperadas nuevas, desapareciéronse en un punto, así las esperanzas de guardar su integridad y buen propósito, como de alcanzar por mas llano camino la compañía de su querido Periandro. Todos los demas circunstantes discurrieron en su imaginacion, qué consejo darian á Periandro, y la primera que salió con el suyo, aunque no se lo pidieron, fue la rica y enamora-

da Hipólita, que le ofreció llevarle á Nápoles con su hermana Auristela y gastar con ellos cien mil y mas ducados que su hacienda valia: oyó este ofrecimiento Pirro el Calabrés, que allí estaba, que fue lo mismo que oir la sentencia irremisible de su muerte, que en los rufianes no engendra zelos el desden, sino el interes; y como éste se perdia con los cuidados de Hipólita, por momentos iba tomando la desesperacion posesion de su alma, en la qual iba atesorando ódio mortal contra Periandro, cuya gentileza y gallardía, aunque era tan grande, como se ha dicho, á él le parecia mucho mayor, porque es propia condicion del zeloso, parecerle magníficas y grandes las acciones de sus rivales.

Agradeció Periandro á Hipólita, pero no admitió su generoso ofrecimiento; los demas no tuvieron lugar de aconsejarle nada, porque llegaron en aquel instante Rutilio y Serafido, y entrambos á dos

apenas hubieron visto á Periandro, quando corrieron á echarse á sus pies, porque la mudanza del hábito no le pudo mudar la de su gentileza: teníale abrazado Rutilio por la cintura y Serafido por el cuello: lloraba Rutilio de placer y Serafido de alegría; todos los circunstantes estaban atentos mirando el estraño y gozoso recibimiento; solo en el corazon de Pirro andaba la melancolía, atenaceándole con tenazas mas ardiendo que si fueran de fuego, y llegó á tanto estremo el dolor que sintió de ver engrandecido y honrado á Periandro, que sin mirar lo que hacia, ó quizá mirándolo muy bien, metió mano á su espada, y por entre los brazos de Serafido se la metió á Periandro por el hombro derecho con tal furia y fuerza, que le salió la punta por el izquierdo, atravesándole poco menos que al soslayo, de parte á parte. La primera que vió el golpe fue Hipólita, y la primera que gritó fue su voz, di-

ciendo: ¡Ay traidor, enemigo mortal mio! y cómo has quitado la vida á quien no merecia perderla para siempre? abrió los brazos Serafido, soltólos Rutilio, calientes ya en su derramada sangre y cayó Periandro en los de Auristela, la qual faltándole la voz á la garganta, el aliento á los suspiros y las lágrimas á los ojos, se le cayó la cabeza sobre el pecho y los brazos á una y otra parte. Este golpe mas mortal en la apariencia que en el efecto, suspendió los ánimos de los circunstantes, y les robó la color de los rostros, dibuxándoles la muerte en ellos, que ya por la falta de la sangre á mas andar se entraba por la vida de Periandro, cuya falta amenazaba á todos el último fin de sus dias, á lo menos Auristela la tenia entre los dientes y la queria escupir de los labios; Serafido y Antonio arremetieron á Pirro y á despecho de su fiereza y fuerzas le asieron, y con gente que se llegó, le enviaron

á la prision, y el Gobernador de allí á quatro dias le mandó llevar á la horca por incorregible y asesino, cuya muerte dió la vida á Hipólita, que vivió de allí adelante.

CAPÍTULO XIV.

Es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos un mínimo punto de firmeza: Auristela arrepentida de haber declarado su pensamiento á Periandro, volvió á buscarle alegre: por pensar que en su mano y en su arrepentimiento estaba el volver á la parte que quisiese la voluntad de Periandro, porque se imaginaba ser ella el clavo de la rueda de su fortuna, y la esfera del movimiento de sus deseos, y no estaba engañada, pues ya los traia Periandro en disposicion de no salir de los de Auristela; pero mirad los engaños de la variable fortuna. Auris-

tela en tan pequeño instante como se ha visto, se ve otra de lo que antes era, pensaba reir y está llorando, pensaba vivir y ya se muere: creia gozar de la vista de Periandro, y ofrecesele á los ojos la del Príncipe Maxîmino su hermano, que con muchos coches y grande acompañamiento entraba en Roma por aquel camino de Terrachina, y llevándole la vista el esquadron de gente que rodeaba al herido Periandro, llegó su coche á verlo, y salió á recibirle Serafido diciéndole: ¡ó Príncipe Maxîmino, y que malas albricias espero de las nuevas que pienso darte: este herido que ves en los brazos de esta hermosa doncella es tu hermano Persiles, y ella es la sin par Sigismunda hallada de tu diligencia á tiempo tan áspero y en sazon tan rigurosa, que te han quitado la ocasion de regalarlos, y te han puesto en la de llevarlos á la sepultura. No irán solos, respondió Maxîmino, que yo les haré com-

pañia, segun vengo, y sacando la cabeza fuera del coche conoció á su hermano, aunque tinto y lleno de sangre de la herida: conoció asimismo á Sigismunda por entre la perdida color de su rostro, porque el sobresalto que le turbó sus colores no le afeó sus facciones: hermosa era Sigismunda antes de su desgracia, pero hermosisima estaba despues de haber caido en ella, que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza.

Dexóse caer del coche sobre los brazos de Sigismunda, ya no Auristela, sino la Reyna de Frislanda, y en su imaginacion tambien Reyna de Tile: que estas mudanzas tan extrañas caen debaxo del poder de aquella que comunmente es llamada fortuna, que no es otra cosa sino un firme disponer del cielo. Habiase partido Maxîmino con intencion de llegar á Roma á curarse con mejores Médicos que los de Terrachina, los quales le

pronosticaron que antes que en Roma entrase le habia de saltear la muerte; en esto mas verdaderos y experimentados que en saber curarle, verdad es, que el mal que causa la mutacion pocos le saben curar: en efecto frontero del Templo de San Pablo, en mitad de la campaña rasa, la fea muerte salió al encuentro al gallardo Persiles y le derribó en tierra y enterró á Maxîmino, el qual viéndose á punto de muerte, con la mano derecha asió la izquierda de su hermano y se la llegó á los ojos, y con su izquierda le asió de la derecha y se la juntó con la de Sigismunda, y con voz turbada y aliento mortal y cansado dixo: de vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos mios, creo que entre vosotros está por saber esto; aprieta, ó hermano, estos párpados y cierrame estos ojos en perpetuo sueño, y con esotra mano aprieta la de Sigismunda, y sél-llala con el sí que quiero que la des de esposo, y sean testigos de

este casamiento la sangre que estás derramando y los amigos que te rodean; el Reyno de tus padres te queda, el de Sigismunda heredas, procura tener salud y goces los años infinitos.

Estas palabras tan tiernas, tan alegres y tan tristes avivaron los espíritus de Persiles, y obedeciendo el mandamiento de su hermano, apretándole la muerte, con la mano le cerró los ojos y con la lengua entre triste y alegre pronunció el sí y le dió, de ser su esposo á Sigismunda: hizo el sentimiento de la improvisa y dolorosa muerte en los presentes su efecto y comenzaron á ocupar los suspiros el ayre, y á regar las lagrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Maxîmino y llevaronle á San Pablo, y el medio vivo de Persiles en el coche del muerto le volvieron á curar á Roma, donde no hallaron á Belarmina, ni á Deleasir, que se habian ido ya á Francia con el Duque. Mucho sintió Arnaldo

el nuevo y estraño casamiento de Sigismunda: muchísimo le pesó de que se hubiesen malogrado tantos años de servicio, de buenas obras hechas, en orden á gozar pacífico de su sin igual belleza, y lo que mas le tarazaba el alma, eran las no creidas razones del maldiciente Clodio, de quien él á su despecho hacia tan manifiesta prueba: confuso, atonito y espantado estuvo, por ir se sin hablar palabra á Persiles y Sigismunda, mas considerando ser Reyes y la disculpa que tenian y que sola esta ventura estaba guardada para él, determino ir á verles y ansi lo hizo: fue muy bien recibido y para que del todo no pudiese estar quejoso, lo ofrecieron á la Infanta Eusebia, para su esposa, hermana de Sigismunda, á quien él aceptó de buena gana y se fuera luego con ellos, sino fuera por pedir licencia á su padre, que en los casamientos graves y en todos es justo se ajuste

la voluntad de los hijos con la de los padres. Asistió á la cura de la herida de su cuñado en esperanza, y dexándole sano se fue á ver á su padre, y prevenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinó de casarse con Antonio el Bárbaro, por no atreverse á vivir entre los parientes del que habia muerto Antonio: Croriano y Ruperta, acabada su romeria, se volvieron á Francia, llevando bien que contar del suceso de la fingida Auristela: Bartolomé el Manchego y la Castellana Luisa se fueron á Nápoles, donde se dice acabaron mal, porque no vivieron bien. Persiles depositó á su hermano en San Pablo, recogió á todos sus criados, volvió á visitar los Templos de Roma, acarició á Constanza á quien Sigismunda dió la cruz de diamantes y la acompañó hasta dexarla casada con el Conde su cuñado, y habiendo besado los pies al Pontífice, sosegó su espíritu y cumplió

su voto, y vivió en compañía de su esposo Persiles hasta que viznietos le alargaron los dias, pues los vió en su larga y feliz posteridad.

ÍNDICE
DE LOS CAPÍTULOS.

LIBRO TERCERO.

Capítulo I. *Llegan á Portugal, desembarcan en Belen: pasan por tierra á Lisboa, de donde al cabo de diez dias salen en trage de Peregrinos.* 3

Cap. II. *Empiezan los Peregrinos su viage por España: sucedenles nuevos y extraños casos.* 19

Cap. III. *La doncella encerrada en el árbol da razon de quien era.* 35

Cap. IV. *Quiere Feliciana acompañarlos en su peregrinacion: llegan á Guadalupe, habiéndoles acontecido en el camino un notable peligro.* 47

Cap. V. *Tiene fin en Guadalupe la desgracia de Feliciana, y se vuelve contenta*

á su casa con su esposo, padre y hermano. 66
Cap. VI. *Prosiguen su viage; encuentran una vieja peregrina, y un Polaco que les cuenta su vida.* 82
Cap. VII. *Donde el Polaco da fin á la narracion de su historia.* 104
Cap. VIII. *De como los Peregrinos llegaron á la Villa de Ocaña, y el agradable suceso que les avino en el camino.* 113
Cap. IX. *Llegan al Quintanar de la Orden, donde sucede un notable caso. Halla Antonio el Bárbaro á sus Padres: quedanse con ellos él y Ricla su muger; pero Antonio el mozo y Constanza prosiguen la peregrinacion en compañía de Periandro y Auristela.* 124
Cap. X. *De lo que pasó con unos cautivos fingidos que encontraron.* 145

Cap. XI. *Donde se cuenta lo que les pasó en un lugar poblado de Moriscos.* 161
Cap. XII. *En que se refiere un extraordinario suceso.* 179
Cap. XIII. *Entran en Francia, y dase cuenta de lo que les sucedió con un criado del Duque de Nemurs.* 194
Cap. XIV. *De los nuevos y nunca vistos peligros en que se vieron.* 204
Cap. XV. *Sanan de sus heridas Periandro y Antonio: prosiguen todos su viage en compañía de las tres Damas Francesas. Libra Antonio de un peligro á Feliz Flora.* 216
Cap. XVI. *De como encontraron con Luisa la muger del Polaco: y lo que les contó un escudero de la Condesa Ruperta.* 224
Cap. XVII. *Del dichoso fin que tuvo el rencor de la Condesa Ruperta.* 236
Cap. XVIII. *Incendio en el*

meson: saca de él á todos un Judiciario llamado Soldino: llevalos á su cueva, donde les pronostica felices sucesos. 249
Cap. XIX. *Salen de la cueva de Soldino: prosiguen su jornada pasando por Milan y llegan á Luca.* 259
Cap. XX. *De lo que contó Isabela Castrucho.* 268
Cap. XXI. *Llega Andrea Marulo: descubrese la ficcion de Isabela, y quedan casados.* 280

LIBRO QUARTO.

Capítulo I. *Dase cuenta del razonamiento que pasó entre Periandro y Auristela.* 290
Cap. II. *Llegan á las cercanias de Roma, y en un bosque encuentran á Arnaldo y al Duque de Nemurs, heridos en desafio.* 302
Cap. III. *Entran en Roma,*

y alojanse en la casa de un Judio llamado Manases. 312
Cap. IV. *De lo que pasó entre Arnaldo y Periandro, y entre el Duque de Nemurs y Croriano.* 324
Cap. V. *De como por medio de Croriano fueron libres Bartolomé y la Talaverana, que estaban sentenciados á muerte.* 330
Cap. VI. *Contienda entre Arnaldo y el Duque de Nemurs sobre la compra de un retrato de Auristela.* 341
Cap. VII. *De un estraño caso y notable peligro en que se vió Periandro por malicia de una dama cortesana.* 353
Cap. VIII. *Da cuenta Arnaldo de todo lo que habia sucedido desde que se apartó de Periandro y Auristela en la Isla de las Ermitas.* 367
Cap. IX. *En que se cuenta la enfermedad de Auristela, por los hechizos de la Ju-*

dia, muger de Zabulon. 377
Cap. X. *Cobra Auristela la salud, por haber la Judia deshecho los hechizos, y propone á Periandro el intento de no casarse.* 383
Cap. XI. *Sale Periandro de Roma despechado por la proposicion de Auristela.* 392
Cap. XII. *Donde se dice, quien eran Periandro y Auristela.* 400
Cap. XIII. *Vuelve Periandro bácia Roma con la noticia de venir su hermano Maximino: llega tambien Serafido su ayo, en compañía de Rutilio.* 413
Cap. XIV. *Llega Maximino enfermo de la mutacion: muere dexando casados á Periandro y Auristela, conocidos ya ser Persiles y Sigismunda.* 421

FIN.

